

DE LA AUTORA BEST SELLER

LENA VALENTI

LLEGA LA CONTINUACIÓN DE LA TRILOGÍA DE LAS BALANZAT

LIBRO SEGUNDO

SANANDA

DE NADA SIRVE CANTAR CANCIONES SI ANTES NO OYES
LA MÚSICA DE TU CORAZÓN.

EDITORIAL VANIR



LENA VALENTI

SANANDA

LIBRO SEGUNDO



Tabla de contenidos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

Créditos

Debo agradecer a muchas personas que hoy SANANDA sea lo que es. Más que un libro, más que un trilogía. *Sananda* es magia, música y amor, tres elementos fundamentales para nuestra vida. Gracias como siempre a mi editor, Valen, porque si yo creo en la magia es en parte por magos como él.

A David Ros y a Garson por realizar los arreglos a las canciones que compuse, por su gentileza, su talento, y por prestar sus increíbles voces en este proyecto. Al estudio SOIART.

Supongo que ya sabéis que *Sananda* no solo se lee, también se escucha. Porque siempre se puede dar algo más, ¿no creéis?

A todos mis lectores: Gracias por leer con tanto cariño cada una de mis historias. Quiero que disfrutéis de este libro como nunca. Solo os pido que no dudéis en escuchar la banda sonora original de *Sananda*. Son canciones que yo oía en mi cabeza, que saqué con una guitarra y que están en el libro, y que con la ayuda de estos músicos increíbles, se han hecho realidad hasta convertirse en música de película. Algunas de las canciones nuevas las podéis escuchar en youtube y en mi blog.

Apoyad la literatura y apoyad la música. Apoyad todo lo que nos hace especiales y todo lo que nos emociona. Y creed. Por favor, creed siempre en la magia y en el amor.

ENTRE SOMBRAS Y RECUERDOS,
ENTRE RISAS Y LAMENTOS
HOY ME ACUERDO DE TI.

LA SONRISA DESGASTADA,
LA ÚLTIMA CANCIÓN BORRADA
Y TODO LO QUE PERDÍ.

ME DICEN: ASÍ ES LA VIDA,
GANARÁS Y PERDERÁS.
Y NADIE ME HABLA DE ESTA HERIDA
QUE NO DEJA DE SANGRAR.

OIGO EL ECO DE TUS PASOS
Y EL SILENCIO DEL OCASO
Y DE LO QUE NO DIRÁS.

TUS PALABRAS NO HACEN RUIDO
COMO UN CAZADOR FURTIVO
DISPARAS SIEMPRE A DAR.

NO ME DIGAS QUE ESTOY LOCA
POR QUERERTE INCLUSO ASÍ.
CUANDO ME CIERRAS LA BOCA
Y NIEGAS TODO LO QUE FUI.

LA REINA DE CORAZONES
FUE UNA OVEJA QUE NO VIO,
QUE ERAS LOBO DISFRAZADO DEL CORDERO
QUE MATÓ Y DESPELLEJÓ.

REINA DE CORAZONES, POR SASHA BALANZAT

EIVISSA Es Vedrà

Hay cosas a las que con solo echarles un vistazo uno percibe que no son nada ordinarias. Hay lugares marcados por una extraña energía a la que los humanos no sabemos ponerle nombre, por mucho que sintamos en nuestro fuero interno que algo especial sucede ahí. Nos encanta observarlos y gozar de ellos sin pagar entrada ni pedir permiso, porque consideramos que no están regidos ni por estatutos comunitarios ni son propiedad de nadie en especial. Están ahí para la contemplación y el goce, vengan del mundo que vengan. Son Patrimonio de la Humanidad.

Eso sucede con es Vedrà. Es Vedrà formaba parte de Eivissa en la antigüedad; pero un día, por alguna extraña razón, decidió independizarse de ella y nadar a través del mar hasta quedarse flotando como una roca, parecida a una espectacular catedral gótica, que flanqueaba a los ibicencos, guardándoles, protegiéndoles y amándoles desde la distancia, pero fuera de ellos y de su núcleo. La atrevida fechoría de es Vedrà para con Ibiza fue el acto de independencia más pacífico y natural de la historia, en el que ni los intereses ni los prejuicios humanos podían delimitar si uno podía liberarse o no. Y es que... ¿quién se puede oponer a las fuerzas de la Naturaleza?

Las Antiguas, llamadas mujeres de Iboshim, aquelarres de sabias y ancestrales brujas que poblaban las islas desde época fenicia, ocultas solo para aquellos que no las quisieran ver, contaban en *petit comité* que es Vedrà necesitaba el aislamiento para mantenerse pura y acumular energía, puesto que era y sería un importantísimo punto de equilibrio telúrico y magnético para la Tierra. No sabían decir por qué era así, pero así era. Por tanto, aquella gigantesca roca, fuente de leyendas, mitos, magia y todo tipo de sucesos paranormales, emergía de las profundidades del mar

Mediterráneo, desde sus entrañas, para hacer de vigía de la gente de Eivissa y bañarlos con su poder. Ofreciéndose para ellos siempre que lo necesitaran y siempre que la respetaran.

Y allí estaba Amanda Balanzat, descendiente de las mujeres de Iboshim. A sus treinta y cinco años, tenía unos dolores de parto tan fuertes que parecía que la estaban matando. Cada contracción le arrancaba un año de vida, y suponía que, una vez diera a luz, su larguísimo pelo rojo estaría entrecano y las comisuras de sus ojos verdes lucirían arrugas marchitas; lamentablemente, ninguna de ellas sería causada por sonreír.

Los médicos le habían recomendado que no tuviera esos bebés. Su embarazo había sido declarado de alto riesgo y por eso decidió no continuar visitando a su equipo médico, pues ya no confiaban en el éxito del alumbramiento. Amanda no quería dar marcha atrás; sus ginecólogos decían que lo mejor para preservar su salud era abortar, y aquella diatriba había generado un serio conflicto entre ellos, más aún, sabiendo que su madre, Pietat, había sido una doctora muy respetada en las islas.

No obstante, los médicos no creían en aquello que las Balanzat, temidas por algunos, tenían por ciencia cierta, como eran los conocimientos, tan antiguos como la mismísima vida de sus maravillosas islas, que atesoraban con celo y que habían sido transmitidos de generación en generación desde la Antigüedad.

Es Vedrà era mágica y tan real como que el sol salía cada mañana y la luna se alzaba por las noches, tan mágica como había sido su caso de embarazo. Amanda había sido declarada rematadamente estéril. Con solo un ovario, «un tanto poliquístico» como decía ella, se había quedado embarazada en contra de los diagnósticos aplastantes de sus médicos.

Y no solo de un bebé. Ni de dos.

Tres. Tres eran los bebés que esperaban nacer de su vientre abultado, estriado y varicoso. Una cuna de carne que las había resguardado el tiempo necesario como para que se formaran, pero no el suficiente y recomendado para que las pequeñas, que no serían trillizas idénticas, pudieran sobrevivir a la vida fuera de su protector interior.

Amanda acarició la parte baja de su barriga y tomó aire por la nariz para sacarlo por la boca. Aquello debía salir bien. El linaje de las Balanzat no podía acabar solo con ella; ellas eran las guardianas de Eivissa y su línea de sangre debía persistir.

Mamá Pietat, su madre, y su amado y descuidado marido, Ángel, la acompañaban para la ocasión. Una le secaba el sudor de la frente con un paño blanco remojado en el agua fría de la orilla del islote mientras recitaba una oración a es Vedrà. Tenía el pelo blanco trenzado, y sus ojos azules y conmovedoramente claros, a diferencia de su hija, sí tenían arrugas de felicidad a su alrededor. La mujer no dejaba de sonreír, alegre por saber que las Balanzat proseguirían su camino en la vida de la mano de esas tres niñas que verían la luz de la luna llena esa misma noche. Pietat se negaba a creer otra cosa que no fuera un éxito rotundo en el parto.

—Tú, que eres madre y sostienes a tus hijos; tú, que nos vigilas y no juzgas; tú, que nos ayudas y nos purgas. Sobre tus faldas yace mi hija, la tuya; ayúdala a dar vida y ayúdala a sanar después. La vida con muerte no es vida, la vida con vida lo es. —Remojó su rostro de nuevo y acunó su mejilla roja en su mano—. Vas a estar bien, cariño. Ya lo verás.

—Me matan los dolores. Cada contracción es peor que la anterior —susurró ella dejándose mimar por su madre, abatida y y ya muy cansada.

—Lo sé, amor —dijo Ángel encendiendo la última vela pequeña y de tallo grueso a su alrededor. Se incorporó y con el índice recolocó sus gafas de pasta negra, que se habían deslizado debido al sudor sobre el puente de su gran nariz.

Amanda observó a Ángel y se sorprendió de lo mucho que lo seguía amando. A muchas parejas el tiempo les desgastaba, aniquilando todo el amor que un día habían sentido el uno por el otro, como si fuera un recuerdo de un sueño; pero ese no era su caso.

Basaron su relación en el respeto y en la admiración mutua que se profesaban como personas. Su amor no había sido nada fulgurante, se había forjado a fuego lento, y de ello había resultado un inmejorable cocido del que todavía paladeaban su sabor.

¿Qué futuro podrían haber tenido una curandera y el diseñador de la planta desalinizadora de Formentera? Probablemente no mucho.

Ángel era un hombre de negocios, muy rico y de ideas muy vanguardistas. Ella era solo una chica soñadora de un pueblo ibicenco, en es Cubells.

Pero una noche de San Juan entre hogueras, alcohol y ritos naturistas podía dar mucho de sí. Y vaya si lo había dado. Desde entonces, la pareja se había vuelto inseparable y se habían querido tanto o más que el primer día.

Por eso Amanda no quería fallar. Necesitaba sobrevivir al suplicio de sacar a tres personitas adelante, sufriera los dolores que sufriera.

Y si ella no seguía adelante, al menos, que sus hijas conocieran al maravilloso padre que tenían y a su espléndida abuela. Que vieran la vida con los ojos vivos con los que ella la veía.

La vida era un regalo que todos merecían sin distinción.

Y su deseo más profundo era que sus hijas la experimentaran.

—De acuerdo, preciosa —le dijo Ángel colocándose tras su espalda para que ella se apoyara en él. Habían intentado facilitar todas las comodidades posibles a la parturienta pero, al final, no había nada más seguro y tranquilizador que el sostén que conferían el cuerpo y los brazos de la persona que te quería y que no permitiría que hicieras ese viaje sola.

Los hombres no sufrían dolores de parto, pero sí sufrían el temor y el dolor de ver a su mujer gritando entre lágrimas, sangrando y desfalleciendo, y Ángel no era inmune al hecho de no poder apaciguar siquiera un poco de su tormento. Pero, al menos, estaría ahí para ella. Le ofreció la mano derecha a su mujer, y ella se la cogió, amarrándose a él como si fuera un salvavidas.

—Rómpeme todos los huesos si quieres —le susurró él al oído, con ternura infinita—. No me voy a ir.

Amanda sonrió y apoyó la cabeza en su pecho. Su respiración se había disparado y ahora ya no llevaba ritmo ni control.

Mamá Pietat se arrodilló entre sus piernas y arremangó las mangas de su camisa roja de estilo ibicenco.

—Muy bien, hija. Ya estás muy dilatada —La inspeccionó con los dedos entre las piernas—. Madre mía... Ya toco la cabeza de una de ellas —sonrió con ojos brillantes—. Cuando diga tres, empujas con fuerza.

—Mamá... —susurró llorosa— la última ecografía que me hice reflejaba que una de ellas estaba atravesada... —sorbió por la nariz—. No sé si podré... No sé si ha sido buena idea... —Las dudas, inevitablemente, la acecharon en el último momento.

—Chis, niña —la cortó la madre—. Las mujeres llevan pariendo desde hace milenios... No te va a pasar nada, cariño. Estamos en lugar sagrado y no podemos ofender a es Vedrà. Mis nietas estaban mal colocadas antes. —Alzó los ojos claros al cielo y a la luna llena. El pico lleno de acantilados de es Vedrà recortaba el color nocturno y lleno de luces titilantes de la bóveda celeste—. Pero ahora, el espíritu de Mamá Vedrà hará lo propio —dijo refiriéndose a la mágica roca—. Empuja —le ordenó seria y llena de determinación, sin perder de vista la expresión asustada de su hija—. ¡Empuja, Amanda!

Amanda no tardó ni un segundo en reaccionar y obedecerla. Impulsó su cuerpo hacia adelante con toda el alma y contempló a su madre, que con ojos abiertos y estupefactos, llenos de maravilla y fascinación, recibían al primer bebé en un paño rosa y caliente. Actuó con diligencia y cortó el cordón umbilical con unas tijeras nuevas que habían comprado ese mismo día. Todo era nuevo y a estrenar: las mantitas, la cuna triple que pondrían sobre la lancha para salir del islote, las gasas, los hilos... Todo sería casero para salir del paso. Después, cuando Amanda acabara de dar a luz a su tercera hija, se la llevarían al hospital municipal de Ibiza.

La bebé ni siquiera lloró. Pietat la observó con detenimiento cuando la pequeña abrió los ojos y, medio prematura como era, fijó la mirada en ella. Unos ojos tan verdes como los de Amanda. Tenía los puñitos apretados contra su pecho desnudo y resbaladizo y hacía pucheros con su boquita en forma de piñón.

—Por todos mis antepasados... —susurró Pietat, estremecida—. Esta niña tiene ojos de vieja.

—Se llamará Nicole —sentenció Amanda.

—Todos los bebés son viejos enanos al nacer —dijo Ángel, con una sonrisa estupefacta en sus labios—. Viene otra más, Pietat. Déjala en la cuna—la urgió nervioso, animando a Amanda y besándola en la coronilla.

—¡La quiero coger! —clamó Amanda.

—No, aún no —le prohibió Pietat—. Después cogerás a las tres. Ahora céntrate, esto aún no ha acabado.

—Vamos, cielo. Ya hay una parte del camino hecho —la espoleó Ángel.

Amanda lloraba con fuerza; los dolores se hacían insoportables.

Una vez había salido la primera, empujaba la segunda.

Sin embargo, esta segunda no tuvo nada que ver con la de antes. Amanda sintió una paz increíble al empujar; tanto que, incluso, pudo sentir cómo parte de su cuerpo, internamente magullado y desgarrado, se regeneraba y sanaba milagrosamente.

—¿Estás empujando? —preguntó Pietat.

—Sí... —contestó ella relamiéndose los labios—. No siento nada. ¿Por qué no siento nada?

La cabeza de la bebé emergió por la vagina de Amanda y su abuela posó sus manos cubiertas por un manto rojo para sostenerla hasta que, lentamente, todo su diminuto cuerpecito acabó arrullado por la tela polar.

—No sangras, Mandi —murmuró Pietat a su hija, tan incrédula como ella. La mujer estaba deslumbrada por la sonrisa de la niña—. Hola, *nineta meva*... —dijo estudiando su mata de pelo negro y sus ojos azules claros como los de ella—. ¿Qué le has hecho a mamá, eh? —le preguntó limpiándola y cortándole el cordón umbilical.

—Esta es Alegra —anunció Ángel.

—Bonito nombre —reconoció Pietat dejándola en la mullida y calentita cuna que habían preparado para ellas.

Ángel pegó su mejilla a la de su mujer, entrelazó sus dedos con fuerza y le dijo:

—Eres la mujer más increíble que he conocido en toda mi vida, y pienso levantar una escultura en tu nombre. Pero te queda el último esfuerzo, amor. —Ángel lloró al sentir cómo su mujer apretaba sus dedos. Estaba cansada, aunque no tenía tan mal aspecto como esperaba—. Ayuda a nacer a nuestra tercera hija y hazme el hombre más afortunado de este mundo por tener a cuatro guerreras custodiando mi corazón.

Amanda sonrió entre lágrimas, asintió con decisión y empujó con todas sus fuerzas. Lo hizo una y otra vez, haciéndose daño por el esfuerzo. Pero la tercera no salía.

Pietat, actuando con rapidez, introdujo una mano en el interior de su hija hasta que detectó el problema.

—Viene con un nudo al cuello. El cordón la está asfixiando. Es un prolapso umbilical —Pietat podía ser una Balanzat, una mujer de magia y misticismo, pero también era doctora y conocía todos los diagnósticos y métodos ortodoxos y sabía de lo que hablaba—. Te tengo que practicar una cesárea de riesgo.

—No. Ni hablar —dijo Ángel—. No tienes los instrumentos necesarios para ello. No quiero que se lo hagas. No es seguro ni ético.

—¿Y qué lo es, Ángel?! —replicó Pietat—. ¡Mi hija está sacando tres cabezas por su vagina cuando todos los médicos decían que iba a ser una locura y que el embarazo la mataría! ¡Que no sobrevivirían ni al tercer mes! —aseguró la mujer apasionada—. ¡Y mira dónde estamos! En es Vedrà, la misma noche del alumbramiento, porque así es como debe de ser... Ahora, hazme caso y déjame ayudarla —pidió con humildad.

—No la cortes —le ordenó Ángel con voz inflexible—. Ayúdale, pero no la cortes. Si tan mágica es esta noche para las Balanzat, demuéstremelo —la presionó—. Déjame ver qué sois capaces de hacer.

—¡Mamá! ¡Sácala! —gritó Amanda.

El bebé venía en posición cefálica posterior y eso, aun siendo la tercera, presionaba más la pelvis de Amanda y complicaba el parto.

Pietat miró a Ángel dubitativa. El hombre tenía razón: una cesárea sin la instrumentación básica era muy arriesgada. Peligraría la vida de Amanda si no lo hacía ya. Pero, sin ayuda, esa bebé que venía en camino no sobreviviría.

Intentó recolocar el cordón y liberar a la pequeña de su constricción. Pondría todo de su parte para salvarla.

Después de un minuto, finalmente lo consiguió; pero la niña, que salió entre las piernas de la madre, no respiraba y tenía un color azulado desolador.

—Ah, no. Eso sí que no. —Pietat, apresuradamente, colocó a la niña junto al calor de sus hermanas, en la cuna bien mullida y protegida, y empezó a darle masajes cardiopulmonares con solo dos de sus dedos, el índice y el corazón—. Tú tienes que vivir... Nada de dramas... ¿me oyes?

—¿Mamá? —preguntó Amanda, exhausta, levantando la cabeza, con el corazón en un puño—. Mamá, ¿qué le pasa? ¿Está bien? ¡Por favor, mamá! ¡¿Qué le pasa?!

Ángel aguantaba la respiración, compungido. Eran tres sus hijas. Tres. ¿Por qué iba a morir una de ellas si el destino de las Balanzat era vivir?

—A Sasha no le pasa nada —dijo la mujer, desesperada por hacer revivir a la cría. A ella le tocaba elegir el nombre de la más pequeña y decidió ponérselo ya, para que la pequeña supiera que existía ya en sus corazones—. Ella va a vivir. ¿Verdad, Sasha?

Y entonces, Alegra, que estaba en el medio de las tres mientras su abuela frotaba el pecho de su nieta con los dedos, hizo algo que llenó de desconcierto a Pietat. Era un bebé ochomesino, no más, tan diminuto como su antebrazo. Pero tenía los ojos bien abiertos y parecía comprender lo que estaba sucediendo con su hermana. Se giró, con su cuerpo desnudo y cubierto por su mantita roja, y por un momento levantó la cabecita y pegó la frente en el brazo sin vida de Sasha. Alegra empezó a llorar desconsoladamente, moviéndose con espasmos dentro de la manta.

Pietat, que tenía sus ojos azules llenos de lágrimas de desolación, recolocó a la bebé, porque parecía incómoda dentro de la manta, como si quisiera salir.

Sin embargo, lo que sucedió después sería una leyenda eterna para las Balanzat.

Una manita de Alegra salió disparada de entre los pliegues de la manta, como si hubiera esperado el momento de encontrar una salida, y súbitamente, producto del más puro de los milagros de la vida, sus deditos encontraron los de su hermana moribunda.

Alegra cesó su llanto y un silencio abrumador cayó sobre es Vedrà y sus seis inquilinos.

La preciosa bebé no soltaba la mano de su hermana. Su piel se tornó un tanto azulada, y sus labios se amorataron al tiempo que el cuerpo de Sasha recuperaba un color saludable y su pecho empezaba a subir y bajar recibiendo aire renovado en sus diminutos pulmones.

El aire de la vida.

Pietat parpadeó incrédula al ver cómo Sasha, en su manto lila, revivía al contacto de su hermana, y cómo Alegra absorbía la muerte de su hermana más pequeña, por segundos de diferencia, y la sanaba, recuperándola de entre los muertos.

La mujer tomó a Alegra en brazos y la cobijó contra su cuerpo, temerosa de que la bebé perdiera su propia vida.

Pietat estaba acostumbrada a la magia, pero era lo suficientemente inteligente para discernir qué era un don de lo que no lo era. Y tenía a un don puro entre sus manos.

La pequeña se repuso rápidamente y su color cerúleo desapareció.

Sasha, entre tanto, respiraba tranquilamente y un precioso color sonrosado llegó a sus mejillas para después coger aire, como quien sale del agua después de bucear durante largo rato, y soltar un grito melódico que se escucharía en toda la isla y hasta en Formentera.

—¿Esa es Sasha? —preguntó Ángel estupefacto—. ¿Está...? ¿Está viva?

Pietat asintió con la cabeza y se secó las lágrimas con el antebrazo, manchado de sangre de su sangre; carne de su carne.

—Sí —contestó asegurándose de que la auténtica salvadora estaba bien—. Sí... No os vais a creer lo que ha pasado. —Aunque le costó morderse la lengua, ya se lo contaría. En aquel momento lo importante era que las niñas conocieran a su madre y recibieran su calor.

Ángel y Amanda se miraron el uno al otro, maravillados por la revelación. La madre y las hijas estaban bien; las cuatro vivas. ¡Era un milagro!

Pietat dejó a Alegra sobre el pecho de su madre, y esta le sonrió, llena de amor y devoción por ellas. Después llegaron Nicole, la mayor, y Sasha, la pequeña y más luchadora de las tres.

Con Alegra en medio, flanqueada por sus dos hermanas, rodeadas por los brazos de su madre, y Amanda y Ángel felices y fascinados por las tres vidas que habían creado, Pietat, la abuela, solo tenía una cosa en mente: tal vez es Vedrà había dotado aquel nacimiento imposible de una magia que ninguno de ellos podía en realidad comprender.

Tal vez la roca les había ayudado con todo su poder telúrico y ancestral, y no recelaba; pero tampoco dudaba, y estaba segurísima, de que Alegra, la mediana, era propietaria de un don que entonces no sabían hasta dónde podría llegar. Un poderoso don, tan hermoso y altruista como el más purísimo y antiguo amor.

Y era su labor, la de Amanda y Ángel, y la de la gente que la amaría durante su vida, cuidarla y resguardarla de los intereses de aquellos que querrían su poder para sí mismos.

Las tres serían especiales. Las tres habían nacido el uno de marzo, el día de las Islas Baleares, mientras las hogueras iluminaban las orillas de las calas ibicencas y los fuegos artificiales empezaban a inundar el cielo estrellado. Tres ángeles habían nacido durante los gritos de jolgorio de la gente que disfrutaba de una festividad de las islas.

Ellos no lo sabrían jamás. El resto del mundo no lo sabría jamás. Pero sus islas habían recibido nuevos dones, más puros que la tierra que pisaban, llamados

Nicole, Alegra y Sasha; y eran las niñas de sus ojos, las descendientes de las Antiguas de Iboshim.

Las Balanzat.

2

De las bocas y las manos de Bes y de Tanit, el genio y la diosa que las Balanzat veneraban, emanaba agua cristalina y pura. «Agua mágica, sustancia de vida en movimiento que solventa todo tipo de sed».

Esas eran las palabras que su padre Ángel le decía cuando se quedaba embelesada mirando la fuente que presidía la plaza central de su casa, Sananda.

Allí estaba ella en ese atardecer, plantada frente aquella fuente. A Sasha le maravillaba el modo en que los rayos del sol, que se ocultaba despidiendo el día, atravesaban cada chorro, cubriéndola con una superficie diamantina que destellaba e iluminaba sus deseos y fantasías más secretas. Se quedaba fascinada por su fluidez, por el modo tan liviano con que transcurría aquel elemento de naturaleza líquida. Porque eso, fluidez, era lo que la pequeña Sasha no tenía. Y en su fuero interno deseaba ese fácil discurrir para ella a la hora de hablar y de expresarse.

Cuando nació la tercera de las trillizas en Es Vedrà tuvo serias complicaciones. Durante largos y angustiosos segundos, dejó de respirar. Y si no llega a ser por el toque mágico y sanador de su hermana mediana Alegra, habría muerto. Sin embargo, a pesar de sobrevivir milagrosamente, esos momentos de desesperanza en los que sus pulmones estuvieron privados de oxígeno, provocaron daños en uno de sus hemisferios. Por esa razón era tartamuda.

Una pequeña tartamuda de siete años entonces, que ya sabía tristemente lo que era la crueldad. Porque para los niños era tan fácil maravillarse con lo hermoso, como ridiculizar lo excepcional. Y Sasha era un ser excepcional vapuleado y señalado no solo por ser una de las famosas Balanzat.

A los insultos que le dirigían por ser bruja, se le añadían los que más daño le hacían y más la menguaban. «Metralleta, disco rayado, barbullona, retrasada, lengua de estropajo...», eran el sin fin de apodos e improperios que los niños le dedicaban, y los culpables de que le hicieran el día a día un poco más difícil.

Pero no todo era tan malo. Alegra siempre iba en su rescate y la ayudaba. Su sola presencia le provocaba un estado de calma y de paz que hacía que no se tropezara con las palabras ni una vez. Y Nicole, tan valiente y osada ella, se encaraba a los que la molestaban y les amenazaba con hechizos que ellas nunca hacían. Porque las Balanzat no eran brujas del tipo que la gente creía.

Nicole no tenía ningún problema en coger del pelo a los niños y a las niñas y arrastrarlos por el suelo. Era muy beligerante. Así que, Sasha con sus dos escuderas, que siempre la protegían, no lo pasaba tan mal.

No obstante, sabía que sus hermanas no siempre estarían ahí para socorrerla. El tiempo labraría su curso y sus vidas se separarían.

Por eso necesitaba hacerse fuerte. Valerse por sí sola y no depender de nadie.

La pequeña se frotó la nariz con el dorso de la mano y alzó sus enormes e inocentes ojos ámbar a las figuras exquisitamente esculpidas que conformaban aquella alfaguara de la que el agua nunca dejaba de brotar.

Llevaba su pelo liso castaño oscuro con reflejos dorados en una trenza algo floja que mamá Pietat le había hecho. El flequillo era tan largo que casi le cubría los ojos. Su vestido de color rosa palo estaba algo manchado del polvillo de la arena ibicense, y sus pies calzaban unas chanclas blancas con una tira sujeta al tobillo.

Tanit y Bes no la miraban a ella, pero a la chiquilla le gustaba imaginarse que así era. Que su genio y su diosa mágica estaban vivos, y que protegían el lugar.

Tomó su libreta de espirales con motivos de estrellas estampados que siempre llevaba encima y quitó la capucha del boli que sujetaba en la otra mano.

Estaba decidida a hacer aquello. Era la más sensible y creativa de las trillizas, pero aunque no era tan inteligente como podían serlo Alegra o Nicole, sí era avispada, y también práctica, y a su pronta edad había llegado a la conclusión de que su problema de dicción le iba a impedir crear auténticos lazos con las personas en un futuro. Su familia la amaba sin reparos, pero los niños se reían de ella, y aunque tenía fe ciega en que un día pudiera solucionar su problema, también era lista y sabía que, en el fondo, no tendría demasiados amigos. Nadie querría a una tartaja al lado.

Pero los que hiciera de pequeña, si los hacía, serían para siempre. Solo que esos amigos, aún no habían llegado.

Y a pesar de todo esto, de todas las cosas que a su temprana edad había meditado, lo que más inquietaba a Sasha era si iba a encontrar un príncipe adecuado para ella.

Aunque aún era muy pequeña, Sasha era un ser lleno de luz que creía en el amor. En el amor por encima de todas las cosas. Y deseaba que ese amor del que hablaban las películas que su madre y su abuela veían, le tocara un día a ella. Porque no estaría tan sola si encontraba el amor de verdad. Quería a su lado a esa persona que la completara, a esa persona que entendiera que hablar como ella hablaba no era ser tonta o tener algún tipo de retraso. Sus hermanas no estarían ahí siempre, cada una haría su vida. Pero eso no sería tan doloroso si tenía al chico adecuado a su lado.

Colocó la punta del bolígrafo sobre el papel y cerró los ojos. Su flequillo se meció con la suave brisa salina que venía de Cala d'Hort. Inhaló profundamente y empezó a escribir una canción.

Se le daba bien la música y las palabras escritas. Era un desastre al hablar, pero tenía talento para componer y cantar. Qué curioso era todo, ¿no?

Cuando nacieron, Es Vedrà otorgó unos dones a cada una de ellas. Y a ella le dieron el don de la música. A una tartamuda, le daban la facultad de poder cantar y escuchar melodías que nadie era capaz de componer. Bueno, como decían en la clase de religión de la escuela: «Dios apretaba, pero no ahogaba».

Mientras tarareaba la música que escuchaba en su cabeza, su manita escribía con ayuda del boli las estrofas de su canción. El sonido del agua de la fuente y el cantar de los grillos la inspiraron y acompañaron al ritmo de su melodía.

Cuando acabó, releyó lo escrito y sonrió secretamente satisfecha.

Entonces alzó la voz y llamó a su hermana Alegra.

—¡A-a-legra!

Sasha esperó unos segundos hasta que su hermana mediana, mayor que ella, apareció por el lateral de la casa, rodeándola. A su madre no le gustaba que

correteasen por los caminitos costaleros de la casa porque decía que acababan tirando los cuencos protectores de sal marina, y que no tenían cuidado con las macetas de las flores, sobre todo Nicole, que era la más caballo loco de las tres.

Alegra tenía el pelo negro, tan liso como ella. Le gustaba llevarlo recogido en una diadema que despejaba los mechones de sus ojos azul claro, como los de la abuela. Llevaba un vestido blanco ibicenco y tenía unas Victorias rojas en los pies. Su hermana la miró con curiosidad y se colocó a su lado.

—¿Qué quieres, Sa? —preguntó con dulce vocecilla, sin perder de vista la libreta y el boli que sujetaba su hermana pequeña—. ¿Qué has escrito ahí? ¿Un canción? ¿La puedo escuchar?

Sasha negó con la cabeza y volteó la mirada hasta posarla sobre Alegra.

—El otro día en Es Vedrà, papi nos habló de los amarres. ¿Tú hiciste un amarre de amor con él? —dijo sin trabarse ni una sola vez.

Como siempre, la presencia de Alegra eliminaba su tartamudez, sanaba su lesión cerebral. A veces lo hacía sin querer, pero cuando entre todos descubrieron que dejaba de hablar como una metralleta cuando Ale estaba cerca, su hermana, que se sentía responsable de todo lo que le rodeaba y que consideraba que, si podía, debía actuar siempre, empezó a usar su don sobre ella con conciencia. Y Sasha lo notaba. ¡Vaya si lo hacía! Era como un caudal de energía que la recorría de arriba abajo y que de golpe se concentraba en un costado de su cabeza. Podía sentir su poder tan altruista en su sangre y en sus venas. Era maravilloso.

—Sí —sonrió Alegra—. Lo hice en la gran piedra, con él. ¿Quieres hacer tú el tuyo? Papi está en Formentera ahora con la desalinizadora...

Sasha negó con la cabeza.

—No quiero hacerlo con él delante —contestó sonrojada—. Me da vergüenza.

Alegra sonrió y se encogió de hombros.

—Pues yo lo hice con él y me divertí mucho —aseguró sin prejuicios.

—Sí. Pero yo no quiero que papi y mami me escuchen. No quiero que sepan lo que pido para mí.

—¿Por qué no? —esta vez a Alegra le picó la curiosidad.

—Porque no, Ale —contestó Nicole con obviedad saliendo del porche con una toalla alrededor del cuerpo.

Era la más alta de las tres, la que nació primero. Tenía el pelo rojo y ondulado y unos ojos verdes grandes y poderosos como los de su madre Amanda. Nicole era vivaz, inquieta y la más indiscreta de las tres.

Bajó las escaleras de madera como una reina y sonrió a su hermana con suficiencia.

—Esas cosas no tienen por qué saberlas los papis. Son cosas de niñas —sentenció colocándose al otro lado de Sasha de manera que la pequeña quedaba en medio—. A los papis no les gustan los novios de sus hijas.

—Pues él me ayudó a hacer mi hechizo —contestó Alegra con inocencia.

—Seguro que te buscó a alguien imposible —dijo la del pelo fuego hundiendo un dedo en el agua fría de la fuente y sonriendo a Sasha de reojo.

Sasha se echó a reír y añadió.

—A lo mejor es tuerto —A Sasha le encantaba seguirle el juego a Nicole.

—Y peludo y con pies grandes —continuó Nicole salpicando a Alegra con sus dedos.

Alegra la miró como si fuera un ser horrible. Quería a su hermana con locura, pero a veces no la soportaba.

—No hace falta que hagas ningún amarre de amor, Nicole. No funcionará contigo —espetó Alegra ofendida.

—A mí no me hacen falta los amarres —aseguró soberbia alzando la barbilla respingona—. Cuando encuentre a mi príncipe le ataré y se vendrá conmigo.

Sasha abrió los ojos y soltó una carcajada.

—¡Nicole es una pirata!

Alegra negó con la cabeza y Nicole le sacó la lengua. Ambas disfrutaban de sus disputas, porque en el fondo sabían que nunca se dirían nada para hacerse daño de verdad. Eran hermanas y se querían sinceramente.

—Como sea —las cortó Sasha—. Quiero hacer mi amarre ahora —explicó Sasha—. Y necesito decirlo bien. Por eso quiero que estés conmigo. Porque si me encallo, a lo mejor no sale.

Nicole entrelazó el brazo con el de su hermana pequeña y miró al frente, a Bes y a Tanit.

—Eso no puede pasar. Eres una Balanzat y tu poder va más allá de cómo hables. Eso dice la abuela. Solo importa la intención y lo mucho que creas en lo que haces. No te preocupes, que si a tu príncipe le cuesta escucharte, ya nos encargaremos nosotras de que lo haga. ¿Verdad, Ale? —preguntó por encima de la cabeza castaña de Sasha.

Alegra la miró y afirmó sin ninguna duda.

—Claro. Nicole le atará y yo le daré una paliza.

Las tres niñas se echaron a reír sin complejos, tanto que se sujetaban las barrigas. Cuando la risa cesó, Sasha decidió que era el momento de ponerse seria para realizar su hechizo.

Carraspeó y miró de frente a las dos estatuas. Sus hermanas se quedaron un paso por detrás de ella, y tomaron silencio, respetuosas con el momento.

Con Alegra a su lado, Sasha sentía que sus palabras fluían mejor y eso la llenaba de determinación. Así que juntó los pies, se colocó bien recta y se dispuso a leer lo que había escrito.

*«En esta casa llena de flor de sal,
mi amarre de amor voy a realizar.
Bes y Tanit como testigos,
se asegurarán de que se cumpla lo que yo digo.*

*El hombre que me quede,
será el primero que me bese.
Mi príncipe adorado,
por una de mis canciones quedará embrujado.
El chico que esté a mi lado,
de mí estará eternamente enamorado.
Y hasta el último de mis días,
será mi agaporni, mi pájaro encantado».*

Cuando acabó de leerlo, hundió el índice en el agua y dibujó un infinito. Después susurró:

—Mi agaporni eterno. Este será nuestro símbolo. Que así sea. Así es. Y así será. Dicho está.

Nicole y Alegra tuvieron la decencia de esperar unos segundos hasta que la mayor, que parecía desaprobala, dijo:

—¿Dicho está? —su rostro reflejaba la más pura incredulidad—. Acabas de decir que con el primero que te dé un beso te quedas —puso los ojos en blanco—. Creo que eso no te lo has pensado bien.

Sasha se dio la vuelta y la miró extrañada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque a mí me dio un beso ayer Carlos y no pienso casarme con él —se cruzó de brazos toda ofendida.

—¿El Piraña? ¿El Piraña te dio un beso? ¡A la mamá vas! —la señaló Alegra como si su hermana hubiera cruzado una línea prohibida.

—¡Me cogió por sorpresa y me lo dio en la mejilla! —se defendió Nicole empezando a perseguir a su hermana alrededor de la fuente.

—¡Ese niño se ha comido a toda su familia! —Alegra sabía cómo molestarla, y ahora se partía de la risa al sentirse perseguida.

Mientras sus hermanas jugaban a la caza del gato y el ratón, y no se sabía bien quién era cada una, la pequeña Sasha se quedó mirando el fondo transparente de la fuente y esperó ver en ella el reflejo de esa persona especial que la elegiría a pesar de sus defectos. Pero aunque no la vio, no dejó de creer.

Puede que Nicole creyera que su hechizo no tenía sentido, porque, ¿cómo iba a quedarse con el primer muchacho que la besara? Pero Sasha lo tenía muy claro.

Su primer beso se lo daría al amor de su vida porque, la querría lo suficiente como para pasar por alto sus problemas, y vería mucho más de lo que aparentaba haber.

La vería a ella.

Con una sonrisa soñadora y un último vistazo a los dos vigías de piedra y mármol, se dio la vuelta para unirse a la persecución de sus hermanas.

Su amarre de amor ya estaba hecho. Ahora solo le quedaba esperar a que sus palabras surtieran efecto y a que la brisa de su isla trasladara su hechizo a los oídos correctos.

Ella esperaría. Esperaría impacientemente a esa persona que la aceptaría por completo.

Porque por ella siempre valía la pena esperar.

Le dolía el ojo.

De hecho, lo tenía hinchado y muy rojo. Al parecer, había desarrollado una extraña alergia a los pinares, y si eso era cierto, era un desastre porque pasaban todos los veranos en Ibiza, en Es Cubells. Y las Pitiusas se llamaban así por la cantidad de pinos que contenían, con lo cual, estaría perdido.

Kilian había nacido allí, igual que su hermano Geri. Su padre Armand Munier era un importante hombre de negocios en la península, así que pasaban el resto del año viviendo en Madrid. Pero cada verano regresaban a su maravillosa isla para disfrutar del periodo estival.

Kilian, de tupido pelo negro y ojos muy claros, sufría un picor horrible y no hacía más que rascarse el párpado con el dorso de la mano, mientras se apoyaba en la barandilla de la terraza superior de su casa y dirigía la mirada al acantilado que daba a la Cala d' Hort.

Cada verbena de San Juan, por su cumpleaños, hacía lo mismo. Salía de su casa y se asomaba a su espléndido balcón para observar los fuegos artificiales que explotarían en el cielo, y después, como un mirón intrépido, vería aparecer las luces que salían de Es Vedrà como en una procesión. Eran pequeñas lamparitas portadas por aquel grupo de mujeres, vecinas de Es Cubells, sobre las que su padre le había advertido tantas veces de manera tan negativa.

—Nosotros no tenemos nada que ver con estas personas, ¿de acuerdo? Los Munier no se mezclan con estas mujeres. Recuérdalo.

Puede que por eso, por la advertencia y por la prohibición, a Kilian le llamaban tanto la atención. O puede que fuera por llevarle la contraria a su padre Armand, con el que no se llevaba demasiado bien, la razón por la que le apetecía tanto desobedecerle.

Parecían extrañas, raras y excéntricas.

Las llamaban Balanzat y se decía que eran brujas.

Brujas o no, a Kilian le daba igual lo que fuesen. Solo tenía ganas de molestar a su padre. Ellas siempre iban juntas a todas partes, con una sonrisa perenne en los labios, disfrutando como una familia verdadera. De hecho, un hombre rubio con gafas, que debería de ser el padre, iba siempre con ellas.

Cosa que Armand no hacía. Para él, su tiempo era muy valioso, por eso lo invertía en otras cosas que no fueran sus hijos. Y Kilian ya no toleraba bien ni la separación ni la indiferencia ni sus prolongadas ausencias.

—¿Killer? —su hermano Geri siempre lo llamaba por ese nombre—. ¿Qué haces aquí afuera? ¿Vienes a jugar a la consola?

Geri, que tenía diez años y era dos mayor que él, se ubicó a su espalda y se reacomodó sus gafas de pasta, que cubrían una mirada igual de turquesa que la de Kilian, pero poseía el pelo de color más claro.

El pequeño, que vestía con pantalón corto y camiseta de marinero a rayas, se asomó al balcón para estudiar qué era aquello que su hermano miraba con tanto interés.

—Quiero bajar a la playa y darle unas cuantas patadas al balón —explicó Kilian sin perder de vista al pintoresco grupo que se apeaba de la pequeña lancha motora a orillas de la cala.

—Papá quiere que celebremos tu cumpleaños en la casa. Que no salgamos —le recomendó Geri más cauto.

Kilian se encogió de hombros, decidido a romper esa norma.

—Ya. Pero padre no está aquí, ¿a qué no?

—Vendrá la semana que viene. Ya sabes que trabaja mucho y que no puede...

—Lo sé —le cortó—. Pero es mi cumpleaños y él no está. Como el año pasado. Y el otro... Y si él no está, me gustaría pasar mi cumpleaños como yo quiero.

Sí. Así era.

Su familia se había roto dos años atrás. Sus padres se habían divorciado de un modo nada amigable. Desde entonces, los veranos los pasaban en Ibiza con Armand, y el resto del año vivían con su madre Juliet en Madrid.

Kilian prefería quedarse con ella, pero la sentencia del juez se debía cumplir, al menos hasta que ellos tuvieran la mayoría de edad.

Había tomado la determinación de que intentaría pasárselo bien ese verano solo, jugando en el equipo de fútbol de la isla, disfrutando con Geri en la playa, y sin contar ni una sola vez con Armand, porque había aprendido a no ilusionarse con su padre, porque siempre anteponía todo lo demás a ellos.

El pequeño abrazó la pelota de fútbol contra su pecho y dijo:

—Es mi cumpleaños. Cae en la verbena de San Juan —insistió—. Padre no está. Tenemos la playa aquí mismo —repitió decidido—. Bajemos y juguemos a fútbol, Geri.

—Sabes que no doy una con el balón —replicó Geri—. El deportista y el fuera de serie eres tú. No yo. Yo veo la pelota como si fuera un melón. Prefiero jugar a la consola —echó la mirada melancólica hacia atrás, al interior del salón.

—Necesito un portero —lo animó—. Solo tienes que impedir que te marque gol. Puedes usar las manos.

—Pero Margarita...

Margarita era la mujer para todo que contrataba Armand en los veranos.

—No hace falta que le recordemos a Margarita cuál es la prohibición de nuestro padre.

—Seguro que ya la sabe. Papá lo controla todo.

Kilian no podía negar tal afirmación. Pero ese día se sentía intrépido y tenía la necesidad de romper las normas. Armand no podía pretender dominarlo todo cuando no estaba presente.

—Ya hablaré yo con Margarita para que no le diga nada.

Geri sonrió y miró al frente.

—Sí. A ella la convences en un suspiro.

Y Kilian lo sabía. A pesar de tener solo ocho años, conocía su poder de persuasión. Esa mujer tenía debilidad por él, y él la quería mucho por hacer tantos esfuerzos para que no se sintieran solos y percibieran en ella parte del cariño que sabía que les faltaba. Porque el verano al lado de Armand se convertía en invierno con rapidez. Su madre era la cariñosa. Él no.

Sin embargo, Margarita, la ama de llaves, no debía enfadarse. Y si se enfadaba, se le pasaría rápido.

—Yo me bajo —anunció Kilian sin más, con una sonrisa de oreja a oreja, dándole a la pelota con la cabeza, sin mirar ni una sola vez los escalones de madera que le llevaban de su casa a la playa.

No tenía más tiempo que perder. Le apetecía bajar a la playa y jugar. Y, tal vez, encontrarse de frente con ese peligro de niñas que se llamaban Balanzat.

Geri accedió a regañadientes, resopló y siguió a su hermano pequeño hasta la hermosa cala.

—¡Sasha! ¡Deja en paz a la luciérnaga! —le ordenó Amanda mientras su marido Ángel guardaba la lancha en las casetas de los pescadores. Una de esas casetas les pertenecía y era allí donde guardaban su barquita para navegar hasta Es Vedrà, sobre todo durante la noche de la verbena de San Juan, una fecha señalada para ellas e idónea para realizar sus sanaciones.

Mientras Nicole y Alegra se salpicaban dando patadas al agua del mar, Sasha se obcecó con el destello de una luciérnaga entre los matorrales de la playa. Le fascinaban esos bichos. Eran como pequeñas estrellas terrenales.

Así que, cuando la divisó desde la barca, no dudó en ir en su búsqueda nada más desembarcar, haciendo oídos sordos a las órdenes de su madre.

En cuanto la encontró, internándose en parte de los pinares, se acuclilló y fijó sus ojos dorados en ella. Era tan pequeña...

—M-m-mira qué bonita e-es... —no la iba a coger porque le daba miedo hacerle daño, pero se aseguraría de echarle un buen vistazo—. Es tan Bri-bri... —cogió aire—. Es tan bri...

—¿Brillante?

No fue ni la voz de Nicole ni la de Alegra la que completó la palabra. Sasha había creído que quien la seguía en su carrera era una de sus hermanas.

Pero no. Aquella voz era la de un niño.

Se dio la vuelta con asombro, y se encontró con un muchacho moreno y de ojos verdes y claros, mucho más que los de su madre o que los de Nicole.

Sostenía una pelota blanca de cuero bajo el brazo y la miraba con una media sonrisa, como si fuera un ser extraordinario de los bosques.

Y para Kilian así era. Esa niña menuda tenía los ojos amarillos de un animal y rostro de hada.

A él no le gustaban las niñas, las odiaba, como cualquier chico de su edad.

Pero cuando vio a aquella Balanzat perseguir a la luciérnaga, algo extraño le sucedió. No supo ponerle nombre.

Kilian no tenía muchos amigos, los hijos de los amigos de sus padres eran unos aburridos, y con el único que se llevaba bien era con su hermano Geri. Sin embargo, esa niña tenía algo que despertaba el lado más bondadoso y altruista de Kilian. Sintió que debía protegerla, porque la vio buena e inocente, sin ningún tipo de maldad.

La niña se levantó y lo miró a través de su largo flequillo castaño. Se frotó la parte de atrás de la pierna por debajo de la falda de su vestido y frunció el ceño.

—¿Q-q-quién eres?

—Me llamo Kilian. Vivo en la casa de la playa —contestó él, divertido por el modo que tenía de hablar—. Tengo un hermano que se llama Geri. Y mis padres

están separados. Soy muy bueno jugando a fútbol —dejó caer la pelota al suelo y la pisó con el pie.

Sasha escuchó las palabras de Kilian con naturalidad, como si lo más normal del mundo fuera contarse intimidades nada más conocerse.

—Ah... —dijo Sasha.

—¿Y tú cómo te llamas, niña?

—Sasha —contestó rápidamente—. Te-tengo dos hermanas m-más. Somos tri-tri...

—Trillizas.

—Sí. No acabes mis fra-frases —lo regañó—. Mamá dice que no ti-tienen que ayudarme. Te-tengo que hablar sola.

Kilian arqueó las cejas negras y asintió.

—¿Por qué hablas así? —preguntó con interés, acercándose a ella.

—Po-porque cuando nací estuve muerta durante u-unos se-segundos y...

—Vaya... ¡Qué pasada! ¿Eres un zombie?

—¡No! —exclamó ofendida—. ¡Burro!

Kilian soltó una risotada.

—Estuviste muerta y después viviste. Eso es lo que les pasa a los muertos vivientes.

—No-no soy un zombie. Le faltó aire a mi cerebro, se ahogó un po-poco y por eso no hablo bien —se lo explicó del modo en que una niña explicaría científicamente lo sucedido el día de su alumbramiento.

Kilian fijó sus ojos en su frente, intentando mirar a través, como si así pudiera sanar su cabeza.

—¿Y te duele cuando hablas? —preguntó preocupado.

—¿La cabeza?

—No. La lengua.

A Sasha le hizo tanta gracia la ocurrencia que se echó a reír.

Fue entonces cuando Kilian sonrió al verla de ese modo, y se sintió tan bien por haber logrado que a la niña se le iluminaran los ojos, que decidió que sería su amigo. Porque él quería que ella fuera su amiga. Puede que la mejor que nunca tuviera.

—No me duele la lengua —negó Sasha.

—¿Y puedes jugar a fútbol?

—¿Quieres que juegue a fútbol contigo? —los niños solían burlarse de ella, no querían jugar. La pilló desprevenida—. No sé ju-jugar.

—Yo te enseño. Tengo que entrenar este verano para que el año que viene pueda jugar con los mayores en el colegio. Voy a ser jugador de fútbol profesional —le dijo con una seguridad pasmosa.

—Ah, qué bi-bien. Y yo seré cantautora —le confesó Sasha.

Kilian la miró con condescendencia pero tuvo la decencia de quedarse callado.

Una chica con su problema para hablar nunca podría dedicarse a la música. Nunca podría cantar.

—Pues muy bien —Kilian miró hacia atrás, y vio a su hermano Geri llegar—. ¿Me ayudas a entrenar o no, niña?

—Pues es que...

—Ven —la agarró de la muñeca y tiró de ella—. Vamos a hacer una portería. Te voy a presentar a mi hermano.

Sasha se quedó mirando el modo en que ese niño la agarraba sin insultarla, y no solo eso, sino que contaba con ella para ayudarlo. Tomó aire por la nariz, incrédula aún por tener un vecino tan maravilloso, y espetó:

—Pues yo-yo te voy a presentar a-a mis hermanas y a mis pa-padres...

—Vale.

—Va-vale.

Nunca le diría lo que eran, porque debía permanecer en secreto. Las Balanzat eran mujeres especiales descendientes de las antiguas de Iboshim. Nada que ver con brujas, y mucho que ver con sabiduría ancestral y sanación. Pero eso era algo que la gente de a pie no comprendía.

Kilian tampoco lo haría. Por tanto, era mejor obviar aquella revelación y mantenerla bajo llave, pues solo podrían ver la realidad aquellos que usaban los ojos no sólo para mirar, sino para ver a través.

Ni tampoco le diría que esa misma tarde había realizado un amarre de amor. Porque nunca se imaginó que hiciera efecto tan rápido.

3

Y sí. Sasha les presentó a toda la familia Balanzat, que acogieron a los dos niños en su celebración de verbena como si fueran dos pajarillos perdidos que siempre habían pertenecido a su clan.

Ni Kilian ni Sasha podían imaginar que aquel encuentro iba a cambiarles a ambos.

Pero así fue. Porque la vida tenía designios inesperados para todos.

Aquel verano, Sasha, Kilian y Geri se convirtieron en inseparables. Donde iba uno iban los otros dos. Era un trío sólido y maravilloso.

Cada año, Sasha esperaba la llegada de Kilian y Geri en junio, que siempre caía un día antes de la verbena de San Juan. Durante el año no se veían ni sabían los unos de los otros, pero cuando entraba el calor, y con la llegada de los Munier a las islas, todo cambiaba y todo volvía a su cauce. Como si nunca se hubieran separado.

Geri se convirtió en el mejor amigo de Sasha. Uno de esos amigos «niña» al que podía contarle todo. Y Kilian... bueno, Kilian siempre sería más que su amigo. Él no lo sabía, pero desde la primera noche en que se vieron, ella supo que él era el chico de su amarre.

No sabía cuándo se daría cuenta él, porque Kilian siempre la trataba como a una hermana pequeña sobreprotegida. Y la defendía al mismo tiempo que la hacía rabiar solo por diversión.

Con el paso de los años, los tres juntos se vieron crecer. Se leían la mente sin necesidad de hablar y gozaban de una gran complicidad que incluso, a veces, ponía celosas a Nicole y a Alegra.

Alegra siempre decía que Sasha las había cambiado por dos niños. Y Nicole lo contrarrestaba diciendo que la entendía perfectamente, que ella también quería tener dos amigos así.

Los dos hermanos sabían cuándo ella estaba triste porque alguien se había reído de su tartamudez. Sasha aprendió a no decirles los nombres de los chicos que le hacían *bullying*, porque Kilian ya se había pegado con alguno, como un vengador justiciero, y Nicole se había encargado personalmente de atemorizarles de por vida.

Y no se trataba de eso. No quería que nadie se pegara en su nombre. Debía aprender a defenderse sola o a hacerse indiferente ante esas cosas. Ellos no podrían estar siempre pendiente de ella, de sus necesidades, y de protegerla. Cada uno debía labrar sus propias batallas, eso le decía su padre Ángel.

Geri, que le daba vueltas a todo, tenía las suyas. Y Kilian también batallaba con sus problemas personales. Se había hecho totalmente indiferente a las ausencias de su padre, de hecho, según su hermano mayor, su relación estaba muy deteriorada.

A Kilian no le gustaba hablar de ello.

Al parecer, su padre, además de no haberles dado el cariño que necesitaban, quería obligarles a que estudiaran empresariales y se responsabilizaran de sus negocios en un futuro. Y ninguno de los dos estaba por la labor de tomar su relevo. No les interesaban la compra y venta de terrenos para construir centros comerciales.

Geri quería ser psicólogo. Y Kilian continuaba con el sueño de ser futbolista profesional.

Así que ninguno de los dos tenía en mente continuar el legado de su padre, muy alejado de sus preferencias.

Sasha solo había visto unas cinco veces al señor Armand, y lo cierto era que parecía un hombre triste, insatisfecho con su vida, con quién era, un hombre frío y amargado. Atractivo todavía. Pero sin amabilidad en el rostro, como si hubiera dejado de creer en los sueños.

Amanda y Ángel se habían dado cuenta de ello, de la carencia que tenían Geri y Kilian de una figura paternal, por eso siempre que realizaban alguna actividad toda la familia junta invitaban a los dos hermanos a que compartieran la experiencia con ellos.

Una noche de verbena en la que Kilian cumplía quince años, mientras comían ensaladas, empanadas y bebían granizados sobre el enorme pareo de colores que las Balanzat usaban para colocar la comida sobre la arena, Amanda, que trataba a los dos hermanos como si fueran los hijos o sobrinos que no tenía, decidió ahondar un poco en los ojos claros a la par que desilusionados de Kilian.

Alegra y Nicole, vestidas con pantalones cortos y la parte de arriba del bikini, jugaban a peinar a Geri, cuyo pelo castaño lucía bastante largo, y el chico se dejaba hacer. Pero su hija Sasha solo hacía que mirar con disimulo a su amigo futbolista, cosa que comprendía, porque el niño moreno de antaño había dado un estirón aquel año que ya parecía todo un hombretón.

Su pelo negro estaba más largo y había oscurecido. Sus cejas arqueadas enmarcaban unos ojos claros enormes y de frondosas y arqueadas pestañas. Y era todo músculo, debido a que se dedicaba en cuerpo y alma al deporte.

Pero para ella seguía siendo el pequeño Kilian, no la intimidaba como sí intimidaba a Sasha. Así que tomó la decisión de que sería ella quien rompiera el hielo mientras Ángel preparaba la hoguera con Pietat donde quemarían los malos recuerdos de ese año. Una ceremonia anual de limpieza.

—¿Tampoco vuestro padre va a pasar este verano con vosotros? —preguntó Amanda destapando la cena de verbena que había preparado para todos.

Kilian la miró un tanto avergonzado, y después de retirarle la mirada a Sasha, que también había dado un cambio físico importante de unos meses hasta entonces, contestó:

—No, Amanda. Si viene será a finales de agosto, como siempre —contestó asumiendo un tono llano.

Sasha agrandó los ojos, abriéndolos como platos, y se quedó con el vaso de limonada a medio camino de su boca.

—¡Pero si te ha cambiado la voz! ¡Pareces u-un hombre! ¡Antes al saludarme no... no lo había notado!

Amanda se echó a reír ante la osadía de su hija. Kilian, en cambio, la miró fijamente. Si había algo que le fascinaba de Sasha era su modo de hablar cuando se sentía cobijada por su familia, tan diferente del que usaba cuando hablaba con él. Con él se trababa mucho más que con su hermano. Ese detalle le parecía curioso y a la vez muy enternecedor.

El cuerpo de su amiga hada también había cambiado. Era adolescente y llevaba la parte de arriba del bikini rosa, que llenaba considerablemente. Su estructura se había afilado, y su rostro mudó en otro de largas pestañas, y pómulos altos. Era una monada.

—Tú también has cambiado —aseguró.

—Claro, estáis en épocas de cambios —dijo Amanda para desviar la conversación con una sonrisita nerviosa. En su mente, un cartel de luces intermitentes le avisaba del peligro: «Cuidado: hormonas desatadas»—. ¿Habéis hablado con él para decirle lo que no os parece bien de todo lo que hace?

—¿Con mi padre? —repitió incrédulo, sujetando el vaso de limonada que le ofrecía Amanda—. Con él no se puede hablar. Solo obedecer.

—Es un poco dictador —intervino Geri con las hebras de su cabeza despeinadas.

—Los padres son a veces un poco difíciles —murmuró Amanda.

—No veo que Ángel sea un padre tan capullo como el mío —contestó Kilian con inquina.

—¡Killer! —exclamó Geri—. ¡No hables así!

Sasha no salía de su estupefacción. Era la primera vez que Kilian hablaba así sobre Armand.

La primera vez que lo oía destilar palabras de odio hacia su progenitor. Antes, acostumbraba a encogerse de hombros y a hacer como si en realidad no le importara, como si aceptara con normalidad el hecho de tener a un padre adicto al trabajo y poco emotivo. Pero en aquel momento, Sasha vio un cambio real en Kilian.

Ya no era un niño. Era un adolescente con un carácter explosivo propio de los muchachos rebeldes de su edad. Sobre todo de los dolidos.

Sus ojos verdes brillaban con rigidez, como si algo en él en ese año hubiera cambiado para siempre, y lo hubiera transformado en alguien ingobernable e indoblegable.

¿Qué le habría pasado? ¿Aquel era el cambio que se daba cuando se dejaba la niñez atrás? Porque ella, a sus catorce años, aún se consideraba una niña. Pero no había rastro de inocencia ya en él. ¿Por qué?

Deseó poder llevárselo a algún sitio y ser su confidente. Deseó poder protegerle, aunque él nunca se lo permitiera.

—Sentíos afortunadas de tener a los padres que tenéis —Kilian miró a sus amigas Balanzat—. Tenéis un tesoro.

A Amanda le encogió el corazón escucharle hablar así del hombre que debía de ser un héroe para él, no un enemigo. Pero habían familias descompensadas, donde uno no aceptaba el rol que la naturaleza le otorgaba. Y más si se trataba de un Munier.

Amanda y Pietat conocían a Armand Munier por la reputación de tiburón que tenía. Pero tampoco era alguien a quien querrían conocer más a fondo, pues las pocas veces que lo habían visto, solo recibieron desdén. Parecía que Armand creía estar un peldaño por encima del resto de los humanos. Siempre con ese gesto adusto y poco cercano.

—Lo sabemos. Tenemos un buen padre —aseguró Alegra—. Sentimos que las cosas con el tuyo no estén bien.

—¿Y qué tal te llevas con tu madre? —Nicole hizo la pregunta mientras tomaba una patata frita del cuenco de madera.

El picnic de verbena tenía de todo. Bebidas, aperitivos, ensaladas, pizzas y cocas. Y no había por qué seguir un orden. Que cada uno comiera lo que le apeteciese.

—Mi madre Juliet es una mujer muy buena y trabajadora —contestó Geri—. Vive en Madrid. Nosotros pasamos el resto del año con ella. Y se supone que el verano debemos pasarlo con nuestro padre, pero ya habéis visto que, a no ser que sea un fantasma, por aquí no aparece —Geri quería apaciguar un poco los ánimos beligerantes de Kilian, pero no lo logró.

—Es porque en realidad fue el juez el que le impuso la custodia de tenernos durante el verano —explicó Kilian atacando a los cacahuetes—. Nosotros no nos negamos, porque pensábamos que iba a ser todo diferente. Pero el plan de nuestro padre es el siguiente: cuando cumplamos dieciocho años y seamos mayores de edad, nos retirará la pensión a no ser que decidamos estudiar empresariales y nos vayamos a trabajar con él.

—Pero eso es chantaje —dijo Sasha ofendida.

—Sí —Kilian ya lo tenía asumido—. Por eso, él pone la casa en verano, como si con eso nos lo diera todo —señaló el tejado de la casa que asomaba altivo entre los pinares de la playa—, pero no está nunca por aquí. En realidad, de nosotros solo le interesa que alarguemos su legado empresarial. Nada más. Van pasando los años, se va acercando nuestra mayoría de edad y si no cumplimos con lo que él quiere, nos desheredará —hizo el gesto del entrecomillado con los dedos—. Así es papaíto —ironizó.

—Caray, todo un dechado de virtudes —murmuró Ángel de pie, tras él—. Siento que tengáis que escuchar ese tipo de cosas, chicos —dijo afligido—. Yo me corto la lengua antes que decirles algo así a mis pequeñas.

Las cinco Balanzat, su mujer, su suegra y sus tres hijas, le sonrieron con un amor infinito en sus gestos sinceros.

—No te preocupes, Ángel. No necesito su dinero —Kilian masticó con gusto lo que tenía en la boca y cuando tragó añadió—. Pienso ser un jugador de fútbol de élite, y ganaré más dinero del que él ha hecho jamás. Ni a mi madre ni a mi hermano les faltará de nada.

Sasha sonrió. Al menos, continuaba con su sueño de ser jugador profesional. Y muy en el fondo, aún destilaba brillo de súper héroe. Kilian era defensor de las

causas perdidas. Eso no se lo había quitado nadie. Esa parte de Kilian seguía ahí. Y aunque era mucho más intimidante que el verano anterior, sentía la necesidad de conocer qué había de nuevo en él, y cómo le había cambiado ese estirón, no solo a nivel físico, sino también a nivel mental.

—Bien dicho, chaval —Ángel alzó la copa de sangría y brindó con Pietat que se había colocado a su lado después de prender la hoguera.

—Esta es una noche de quema, pequeños —anunció la abuela—. Veo que hay mucho que quemar hoy, mucho que olvidar y mucho que dejar atrás —dedicó una mirada sugestiva a Kilian—. No es bueno tanto rencor, chico —convino queriendo darle un consejo.

Kilian no se arrepintió. Volvería a decir lo mismo tantas veces como fuera necesario.

Sí. Sasha esperaba que ese odio y ese desprecio pudiera consumirse con el fuego, de lo contrario, tarde o temprano acabaría quemándole a él.

Durante aquel verano los chicos descubrieron muchas cosas sobre ellos mismos.

Kilian, que ese mismo año haría las pruebas para entrar en el F.C Barcelona, se apuntaba también a los torneos de fútbol de verano de Ibiza y Formentera. Allí se ponía en forma, con el único objetivo de ser el mejor, competir y llegar a cumplir su sueño.

Sasha, que junto a Geri lo iban a ver jugar en la Unión Deportiva de Ibiza, no tenía ninguna duda de que «Killer» haría realidad lo que se propusiera. Porque era un jugador diferente.

Sus ojos hablaban de hambre y desesperación, y los de los demás chicos, no hablaban de nada más que no fuera táctica y estrategia. Por eso, él lograría su propósito, porque tenía una pasión que el resto no tenía. Y si la pasión y el talento se unían, daban origen al nacimiento de genios.

Kilian sería un genio con el balón y viviría de ello. Pondría la mano en el fuego por él.

Sasha aprendió con él a disfrutar de ese deporte y a animarlo y vitorearlo como si fuera una *hooligan*. No sabía que le podía gustar tanto el fútbol hasta que no vio a su amigo con su equipación de la Unión Deportiva de Ibiza, en pantalones cortos, sudoroso y corriendo como un galgo. No solo le había cambiado la voz aquel año. También su cuerpo era distinto, mucho más ancho y fibrado. Alto hasta el punto que ella ya tenía que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara. Era la más bajita de las Balanzat.

En Ibiza todos hablaban del talentoso hijo del señor Munier, y afirmaban que llegaría muy lejos. La verdad era que uno no tenía que ser un lumbreras para advertir que Kilian era un pura sangre, un jugador con algo diferente que marcaba las diferencias y hacía al equipo mucho más peligroso de lo que en realidad era. Jugaba de delantero centro. Y era un cazador.

—¿Sabe mi hermano que te gusta? —preguntó Geri de repente, un sábado por la tarde, mientras veían juntos desde la grada a Kilian disputar un partido.

Le había hecho la pregunta con aire distraído, aunque sus labios dibujaban una sonrisa cómplice.

Sasha, que sostenía su granizado de limón y sorbía delicadamente por la caña, se quedó callada durante largos segundos. Geri era observador y analista. Y por eso sería un excelente psicólogo en el futuro.

En realidad, no debería temerle, pues era su mejor amigo, y sabía que Geri nunca la traicionaría. Pero no estaba preparada para hablarle de ello. Si ya de por sí tartamudeaba al hablar, expresar sus sentimientos hacia Kilian la haría parecer una metralleta atrancada.

—Él no me gusta —aseguró fijando sus ojos en el susodicho.

—Lo miras de una manera extraña. Justo como miras esa tienda de instrumentos musicales de la calle Vicent Serra.

Geri se refería a Musicasa. Había ido varias veces acompañada de los dos hermanos, para echar un vistazo a una guitarra electroacústica Colt de color negra y semihueca que la tenía obsesionada. Kilian siempre le preguntaba qué tenía de especial esa en particular, cuando no era la mejor de todas las que allí habían, ni tampoco la más cara. Sasha se encogía de hombros y decía: «Es la m-mía. P-por eso es especial».

Esa tienda de música era un paraíso para ella. Todo lo que había allí era hermoso.

—¿Y cómo miro esa tienda?

Era curioso porque, aunque los dos hermanos Munier se esforzaban por dar una absoluta normalidad a su problema de dicción y nunca la presionaban, con Geri tartamudeaba muy poco, a diferencia que con Kilian. Pero, ¿cómo no iba a ser así? Geri no hacía que el corazón le saliera del pecho ni provocaba esa sensación de ingravidez cuando la miraba.

—Miras esa tienda como si fuera el lugar donde quisieras estar siempre. Justo como miras a mi hermano. ¿Y sabes qué? No es nada bueno. Porque el ego de Killer no necesita más adulación. Mira a todas esas chicas —señaló al grupo de groupies rubias y de piel bronceada, y algunas mayores de edad, que silbaban y piropeaban a Kilian cada vez que corría con la pelota pegada a los pies—. Las tiene en el bote. Y nunca ha hablado con ellas —murmuró divertido alzando una ceja oscura—. Lo van a convertir en un monstruo. Tú eres la única chica que lo pone en su sitio. Eso no puede cambiar jamás —le suplicó—. Kilian necesita a alguien que le diga las verdades y que le haga tocar de pies en el suelo. Y esos somos tú y yo, Sasha —le robó el granizado y dio un sorbo—. Somos su familia. No te conviertas en una de esas tontas descerebradas y con las hormonas desatadas.

Sasha las miró y frunció el ceño. Ella no las juzgaría, porque sus padres le habían enseñado a no etiquetar a la gente por sus apariencias.

Pero no pensaba ser como ellas. No podía. No tenía ni sus medidas, ni sus cuerpos, ni su osadía.

—No tengo intención de convertirme en nada ni en nadie. S-soy yo. S-solo yo. Ya e-está.

Geri desvió los ojos hacia ella y la miró con ternura y orgullo.

—Me alegro mucho de que mi hermano rompiera las normas siete años atrás —le dijo enigmáticamente.

Sasha lo miró a su vez arrugando el entrecejo.

—¿Qué normas rompió?

—Nuestro padre nos había prohibido acercarnos a las Balanzat. Dice que sois unas charlatanas y unas brujas. Pero aquel día, Kil decidió desobedecerle, y se lanzó a la cala para darse de bruces con vosotras. Y se dio de bruces contigo —añadió sin importancia—. Gracias a ti y a tus hermanas Kilian aún tiene ilusión por venir a Ibiza en verano. Por supuesto, nunca creyó lo que nuestro padre decía de vosotras. No sois malas, no engañáis a la gente, ni tampoco sois brujas. La magia no existe. Nada de eso existe. Y Kilian disfruta pasándole esa verdad por la cara a papá —reconoció satisfecho—. Es como si con ello le demostrara que le ha ganado.

Sasha se aclaró la garganta y pensó bien lo que contestar. Sus amigos no sabían la verdad sobre ellas. Pero sí eran especiales y mágicas. La magia sí existía. Sin embargo, no podía arriesgarse a desvelar nada al respecto porque estaba convencida de que perdería la amistad de Kilian y de Geri. Porque ninguno de los dos creía en nada de eso. Al fin y al cabo, Kilian estaba orgulloso de demostrarle a su padre lo equivocado que estaba respecto a ella. Si supiera la verdad, no se lo tomaría tan bien, entre otras cosas, porque significaba darle la razón a Armand, y se llevaban demasiado mal como para ceder un reconocimiento de ese tipo. Su orgullo no soportaría ese revés.

—A mi madre y a mi abuela les encantan las hierbas. Conoce-cen todas sus propiedades y las usan en infusiones —aseguró en voz baja—. Eso antes se consideraba brujería.

—Bah. Eso no tiene nada que ver con lo que dicen que hacéis.

—¿Y qué dicen? —se lo imaginaba, pero quería ver hasta qué punto las personas podían ser retorcidas en sus elucubraciones.

—¿De verdad lo quieres saber? —Geri apoyó la espalda en la grada y se estiró como un gato.

Sasha lo observó. Era muy diferente a Kilian. A pesar de ser el mayor, no había rastro de ese aire intimidatorio que sí tenía su hermano pequeño. Y las gafas que llevaba le daban un aspecto de persona buena y dócil.

Geri parecía estar siempre de buen humor, calmado, relajado... Conforme con lo que le rodeaba.

Kilian no. Kilian siempre intentaba superarse, siempre quería más, y aunque en ocasiones parecía frío y duro, ella sabía que en su interior se lidiaba una feroz batalla contra sus tormentos personales. Era un volcán emocional, que no se dejaba ir, excepto cuando jugaba al fútbol. Entonces, dejaba sueltos sus demonios y arrasaba con todo. Gritaba, se encaraba con sus rivales, provocaba a la afición contraria y siempre decidía los partidos cuando le apetecía. Era como si fuera un espectador, hasta que asumía su rol de líder y ponía punto y final a las esperanzas de los otros en sumar una hipotética victoria. Porque si Kilian estaba en el otro campo, no se podía ganar. Contra él siempre se perdía.

—Sí. Dime qué di-dicen —contestó Sasha.

—Pues dicen, flequillitos —se inclinó hacia ella y le golpeó la nariz con el dedo índice— que las Balanzat hacéis rituales y os bañáis desnudas para invocar al demonio. Que sacrificáis animales...

—No te creo —dijo asombrada.

—Oh, sí —aseguró—. Que con la sangre de esos animales escribís el nombre de vuestras víctimas. Provocáis divorcios y también locuras de amor. Y hacéis pócimas alucinógenas con vuestras plantas —puso voz tenebrosa.

—N-no es verdad —protestó con algo de aburrimiento. Lo miró de reojo y sonrió diabólicamente—. No invocamos al d-demonio. Bailamos con él.

Geri procesó lo que acababa de decir su amiga de ojos dorados, y entonces, se echó a reír. Sasha siempre sabía dejarle sin palabras, aunque ella misma se trabase al utilizarlas. Era muy ocurrente.

—No te preocupes, flequillitos —le pasó el brazo por encima de los hombros en un gesto muy fraternal—. Nosotros sabemos que sois una familia muy especial y buena, pero que no sois brujas ni hacéis nada por el estilo. Si fuera así, y con el respeto que le tengo a esas cosas, no podría entrar en Sananda.

—¿Te daríamos miedo? —dijo intrigada.

—Tú no... Pero Nicole —bromeó—... con ese pelo rojo y esos ojos claros y el carácter que tiene... Nos echaría un mal de ojo.

—No digas to-tonterías —le regañó—. Mi hermana os quiere mu-mucho. Es solo que está un poco enfadada con el mundo y está harta de oír e-esas memeces que dicen en las islas sobre nosotras.

De repente la multitud congregada en el estadio se levantó de las gradas para gritar gol.

Sasha y Geri lo hicieron por inercia, entre risas, y a ella no le hizo falta mirar para ver quién había sido el artífice de adelantar al equipo ibicenco.

Los ojos de Kilian la buscaron entre el gentío. Ella sonrió y alzó el puño y él la señaló con el dedo. Los goles siempre se los dedicaba a ella y a su hermano.

Y era mágico. ¿Cómo podía ser que los Munier no creyeran en la magia si provocar esos sentimientos era algo tan divino y especial?

De hecho, Geri tenía razón.

Le encantaba Kilian. Sentía por él cosas indescriptibles. Él era su amarre. Pero puesto que solo tenía catorce años y nunca había experimentado lo que era el amor, no sabía si esa amalgama de emociones tenía que ver con «estar loca hasta los huesos» por alguien, como decía Nicole que tenía que sentirse uno cuando las puertas del corazón se abrían de par en par.

Y ese mismo verano lo descubrió. Lo hizo de un modo descorazonador, pero también redentor y reconfortante. Aquel día Sasha experimentó el miedo de la pérdida y la más absoluta tristeza, pero también la luz que otorgaba saber que su corazón pertenecería por siempre a alguien.

Esa noche, cuando sus vidas cambiaron, a mediados de agosto, Kilian no podía dormir. Se removía en la cama, aturullándose entre las sábanas. Tenía calor, y una inusual intranquilidad lo azoraba. Una suave ventisca entró por las puertas abiertas del balcón, y cuando le acariciaron la cara, creyó escuchar la voz de Sasha.

Se incorporó, algo desconcertado. ¿Cómo podía haber oído a Sasha? Sus casas estaban lejos la una de la otra. Ellas estaban en lo alto de la cordillera, y él estaba a pie de playa.

Esperó volver a escuchar su nombre susurrado, pero no oyó nada más. A pesar de ello, se levantó. Se calzó las zapatillas surferas, un pantalón corto y una camiseta blanca de manga corta, y salió hasta la terraza.

El mar parecía calmo, el cielo oscuro y encapotado sufría la ausencia de la luna. Kilian entrecerró sus ojos claros y echó un vistazo a los árboles que cubrían la falda del acantilado de Es Cubells.

Sin saber muy bien cómo, se vio bajando las escaleras que lo llevaban hasta la playa, y del mismo modo autómatas, se internó en la espesura del bosque.

Estaba oscuro, pero se dejó llevar por la intuición, como si esta supiera donde se dirigía.

Se detuvo en seco cuando se encontró a Sasha, sentada en el suelo, apoyada en el tronco de un árbol, con las piernas recogidas y el rostro hundido entre sus rodillas. Sus hombros se sacudían temblorosos.

Él tragó saliva y sintió un pinchazo en el pecho cuando vio a su amiga así. Parecía un espectro. Vestía con un pantalón corto y una camiseta de tirantes, ambas de color blanco, que usaba como pijama. Iba descalza, y hundía la punta de los dedos en la tierra, como si lo rascara como haría un animal.

No podía verla así. Pero le afectaba como si su sufrimiento también fuera el de él. Jamás había visto llorar a Sasha. Ella siempre tenía una dulce sonrisa en los labios, y transmitía buen humor y buena energía. Por eso, Kilian odiaba tanto a los que

intentaban incomodarla riéndose de su única debilidad, porque Sasha era la persona más noble y buena que conocía, su mejor y más especial amiga, y nunca hacía daño a nadie. Lo que fuera que le sucediera, se juró que lo solucionaría. Vengaría su dolor. Ella era su responsabilidad. Igual que su hermano Geri.

Kilian caminó lentamente hasta la Balanzat, y se detuvo a un palmo del cuerpo de la muchacha.

—¿Niña?

Sasha levantó la cabeza abruptamente. Sus ojos amarillos, brillantes y rebosantes de lágrimas, se abrieron de par en par como los de un animal asustado. Sus pupilas se dilataron y se expplayaron cuando lo reconocieron.

—¿Kilian?

—¿Qué te pasa? —se acucilló muy preocupado—. ¿Qué haces aquí sola tan tarde?

Sasha sacudió la cabeza, aún desorientada. ¿Qué hacía él ahí? ¿Cómo sabía que ella estaba...?

—¿Qué haces tú aquí? —miró a un lado y al otro, de un modo desubicado. Ella podía hacerle la misma pregunta.

Él no se movió del sitio y le contestó igual de perplejo que ella.

—No podía dormir y entonces, he oído que me llamabas. Te he oído pronunciar mi nombre.

Sasha, parpadeó atónita y se retiró el flequillo de los ojos. ¿Eso podía ser? ¿Kilian había sentido su desazón? ¿Había oído cómo ella lo llamaba sin darse cuenta? Aquello probaba una vez más que él la escuchaba, que le pertenecía como solo las almas destinadas podían pertenecerse.

Ella negó con la cabeza.

—No he pronunciado t-tu nombre —alegó.

—Pues... te he oído, niña —testificó él sentándose a su lado—. Y no me voy a ir de aquí hasta que me cuentes qué te pasa. ¿Por qué lloras? —pegó su hombro al de ella—. ¿Se ha metido alguien contigo? Dime quién ha sido —formó un puño con su mano derecha— que lo voy a aplastar ahora mismo.

Ella lo miró y sintió cómo una puerta se abría a la altura de su pecho, y entraba una energía maravillosa, de muchos colores, todos sanadores y todos ilusionantes. Había tantas cosas bonitas en Kil, tantas que él insistía en negar, que eso lo hacía todavía más hermoso de lo que era. Era un protector, un defensor de los débiles.

—No puedes ha-hacer nada contra esto.

—Siempre se puede —la corrigió.

—No, Kil —meneó la cabeza de manera abatida—. No puedes detener el cu-curso de la vida.

Él entrecerró los ojos y la observó detenidamente.

—Me pones nervioso cuando te pones mística.

Ella se relamió los labios reseco y se quitó una brizna de hierba entre los dedos de los pies.

—Es mi padre.

—¿Ángel? ¿Qué le pasa? —su cuerpo se puso en guardia. Quería mucho a Ángel. En él veía al padre que nunca había tenido. Y un verano a su lado, valía igual que un año entero—. ¿Está bien? ¿Le ha pasado algo?

Ella sorbió por la nariz.

—No. No está bien —reconoció. Y cuando lo dijo en voz alta, volvió a derrumbarse delante de él.

Kilian pasó un brazo por encima de ella y la atrajo a su cuerpo. Aquel mismo gesto se lo hacía Geri mucho, pero con Kilian se sentía totalmente diferente.

—Cuéntame.

—Le han detectado un cáncer. Uno ma-malo. Tienen que hacerle quimioterapia. El tumor e-está... e-está...

—Tranquilízate, Sasha. Habla con calma. Soy yo. No me voy a ir.

Ella tomó aire y cerró los ojos agradecida. Sabía que nunca la dejaría tirada, pero la misma emoción dolorosa hacía que su tartamudez se pronunciara más.

—E-está en un sitio donde no se puede operar, y l-la única esperanza que queda es esperar a que la qui-quimio lo haga remitir.

Kilian apoyó la cabeza en el tronco del árbol, y se obligó a no llorar delante de ella, a pesar de que sentía tal anudamiento en la garganta que no podía ni hablar. Ángel era un tío estupendo. No era justo que tuviera que pasar por eso.

—Joder —murmuró acongojado.

Ella asintió, y apoyó la cabeza en el hombro amigo de Kilian. Con solo estar ahí, la consolaba.

—Tu padre se pondrá bien. Ya verás —la reconfortó él.

Sasha lo dudaba. Las esperanzas eran mínimas. Pero al menos, las Balanzat no se rendirían, y tenían recursos suficientes para mantenerlo vivo y poder sanarlo. Pelearían por él hasta el final. Aun así, primero debería pasar por la quimio, y ese proceso no era nada agradable.

Dios... Había sido un golpe durísimo. Escuchar que una persona a la que tanto se quería había sido «tocada» por esa terrible enfermedad, era un palo de difícil acogida.

Pero ellas eran las Balanzat, y su padre era el pilar de esa familia. Desafiarían las leyes de la vida y de la muerte, no iban a permitir que se lo llevaran sin presentar batalla.

—Hay que confiar en que todo irá bien —Kilian le hablaba con una voz dulce y a la vez segura que reconfortó a Sasha—. No queda otra. Hay gente que vence a la enfermedad. Muchos lo hacen.

—Eso e-espero —dijo ella.

Tras esas palabras, permanecieron los dos en un profundo silencio. El sonido de los grillos y las aves nocturnas les arropaban en un manto confidente y el olor a pino y coníferas los embargó. A lo lejos, escuchaban las idas y venidas de las olas bañando la orilla de la cala.

Era la primera vez que estaban tan juntos, y tan callados, disfrutando de todo lo que se decían en ese abrazo.

—Va a refrescar. ¿No quieres que te acompañe a tu casa? A lo mejor te están buscando —supuso preocupado.

Sasha negó con la cabeza.

—No. He s-salido de mi habitación cuando todos ya estaban en sus cuartos dispuestos a dormir. Ha sido una c-cena complicada y nos ha dejado exhaustos.

—Pero tú estás aquí.

—Sí. De repente, no podía estar en la c-cama.

Era curioso porque esa era la misma sensación que lo había barrido y que le había hecho levantarse. ¿Había sido solo una casualidad?

—Aún no quiero volver —Sasha interrumpió sus pensamientos—. Me gustaría estar un tiempo más escondida, en el bosque.

—Como quieras, niña —dijo él.

—¿Kilian?

—¿Qué?

—Gracias por haberme escuchado.

Él sonrió y apoyó la mejilla sobre su cabeza castaña.

—Pero si no me has llamado, ¿no?

—No lo he hecho. Pero me alegra saber que no hace falta que alce la voz para que me oigas.

A él aquellas palabras provocaron algo en su interior que lo dejó descolocado. Sasha era su amiga más especial. La mejor. La que más protección necesitaba. Y él cuidaba de aquellos a los que quería.

Se prometió que cuidaría de ella siempre.

—Estaré aquí para ti cuando me necesites, Sasha. No lo dudes.

Aquella noche, en el tronco de aquel árbol, grabaron juntos el símbolo del infinito, porque así lo quería Kilian, como una demostración verdadera de lo que era su amistad. Un vínculo eterno.

Por eso, a pesar de las malas noticias y del desasosiego, Sasha también pudo comprobar que tenía en Kilian al amor de su vida. Un rayo de luz en medio de la oscuridad.

El símbolo del infinito así lo ratificaba.

Y darse cuenta de que uno tenía el amor tan cerca, siempre era motivo de alegría, aunque la noche no estuviera dispuesta para ello, y la vida, a partir de ese instante, fuera menos luminosa.

4

E staba en lo cierto. La vida en las Pitiusas ya no fue la misma después de que Ángel diera la terrible noticia a su familia de que padecía cáncer. Él siempre había sido un hombre muy sano. Pero cuando a alguien le tocaba pasar esa prueba, la enfermedad no hacía preferencias. No había un perfil concreto al que perseguir. Lo señalaba y lo cazaba. Y a partir de ahí, el destino luchaba contra la voluntad. Era el sino de una vida, en ocasiones injusta, donde siempre primaba la supervivencia.

Amanda y Pietat no lo dejaban solo nunca. Hacían terapia con él todos los días. Su mujer era la que más consternada se hallaba, pero procuraba mantenerse fuerte para no entristecer a Ángel y no preocupar a sus hijas.

Las tres hermanas se dedicaron en cuerpo y alma a ayudar a su padre.

Nicole estudiaba y dibujaba mandalas para que su padre los mirase y meditase sobre ellos. La mayor de las Balanzat tenía el don de entender los símbolos, y estaba convencida de que algunos, no todos, eran activadores de la conciencia, y que otros, podían llegar a sanar si se comprendían en su profundidad.

Sasha le cantaba canciones, tocando el piano que él le había regalado y que reposaba en el porche. Lo atraía agarrándolo de la mano, lo sentaba en el banco, cubriéndole con una manta y le regalaba su don. El don de su voz y de las palabras mágicas que solo ella sabía conjugar.

Nunca cantaba en público, jamás. Pero en su casa se sentía cobijada y con ellos no le costaba darse de ese modo.

Y Alegra... Alegra le dio la vida. Ella sí se la dio.

En cuanto vieron que la quimio no daba los resultados que esperaban, la joven dio un paso al frente y decidió que su facultad altruista no valía de nada si no se la entregaba voluntariamente al hombre que más quería. Así que, a partir de ese verano, Alegra se convirtió en su doctora particular, su sanadora mágica, la única

que lo mantendría con vida y que le regalaría el tiempo que ni los días ni la medicina ni la ciencia le iban a dar. Y ese sería un secreto que jamás rebelarían a nadie.

El tiempo pasó más rápido de lo esperado. Y con él llegaron las decepciones personales, los éxitos individuales, y la locura desatada que provocaba las alteraciones hormonales en los adolescentes.

Kilian logró entrar en las categorías inferiores del F.C Barcelona. Ese mismo verano, cuando dio la noticia, era todo orgullo y satisfacción, como el mismísimo Rey.

Sasha no podía estar más feliz por él. Su amigo, por fin, conseguía su objetivo, después de esforzarse y pelearlo con insistencia y sin perder nunca la esperanza. Pero junto con esa noticia, llegó otra que fue como una jarra de agua fría para ella.

Se encontraban en la casa del árbol. Una pequeña cabaña que se hallaba en el bosque y que había construido Ángel con sus hijas ese mismo año, después de que le diagnosticaran la enfermedad. Había sido idea suya. Le iba bien distraerse y rodearse de la energía siempre positiva de sus hijas, y la construcción y el diseño eran algo transformador y casi alquímico para él. La idea era que aquel lugar de madera que se mezclaba de manera armónica con la naturaleza que lo envolvía, fuera un santuario para ellas. Su lugar ideal de retiro, en el que pensar, en el que huir cuando algo fuera realmente mal. Porque allí, cuando él ya no estuviera físicamente, su energía reposaría para siempre. Sería su manera de permanecer.

Kilian y Geri miraban fascinados la decoración interior de la cabaña. ¡Si tenía de todo! Miles de lucecitas conectadas a una batería iluminaban el interior y el exterior del árbol. Parecía el hogar de Campanilla. Además, no faltaban de esas cosas que tanto les gustaban a las Balanzat, como los atrapasueños, las luces de los ángeles, y los botes de sal. Los dos hermanos Munier habían dejado de preguntarse para qué hacían servir todos esos artilugios... Ellas eran así, y punto.

Por lo demás, la cabaña tenía suelo y techos de madera, ventanas de cristal abatibles. Una cama doble, una salita que hacía de estudio... Dos porches con barandillas de madera en las que apoyarse para contemplar las copas de los árboles. En uno de ellos había un diván en el que poder sentarse... En definitiva, parecía un mini apartamento. Todavía espartano, pero con comodidades básicas.

Se accedía a través de una escalera de madera que ascendía hasta uno de los balcones.

Cuando Kilian entró en la cabaña, silbó impresionado por el buen trabajo que se había hecho ahí. Cuidando hasta el último detalle, con mimo, como si todo importara. Él solo iba a Ibiza en verano, pero las Balanzat eran de allí, y habían estado todo el año trabajando.

—Menuda choza os habéis montado —asomó la cabeza en una de las puertas y se quedó loco al ver un retrete—. Madre mía, Ángel es un crack.

—Sí, lo es —asumió Sasha satisfecha—. Aún no está a-acabada —explicó—, quedan muchas cosas por hacer. Mi padre pretende que sea una cabaña o-o-fi-fimática. Y co-colocar una cocina, y alimentadores para co-corriente... a-aire acondicionado y calefacción —se sentó en el suelo cubierto por una esterilla cuadrada y grande y agarró uno de los cojines que había por ahí tirados en forma de labios.

Kilian estudió el modo en que Sasha abrazaba el cojín, y después desvió su atención a sus ojos. A cada año que pasaba, Sasha se iba haciendo más mujer. Y en ese momento, parecía mayor de lo que era, seguramente, porque lo estaban pasando mal con lo de Ángel. Bajo sus ojos dorados había una pequeña sombra oscura. Aunque, si habían podido hacer todo eso con él, a lo mejor Ángel estaba mejorando.

—Entonces, si tu padre quiere hacer todas esas cosas... ¿es porque se encuentra bien? ¿Se encuentra bien o no? —preguntó Kilian interesado.

—De momento, está haciendo su tratamiento —mintió. Su padre tenía una afección mielodisplásica. Tenía el cáncer en la sangre. Su hermana Alegra podría explicarlo mejor, así que ella no iba siquiera a intentarlo. La cuestión era que hacía

meses que no se hacía quimio. Casi diez meses habían pasado desde su última sesión. La realidad era que su padre vivía por Alegra. Ella era su verdadera terapia. Pero eso nunca podría contarle. Por esa razón tenía que mentir, aunque no le gustara—. Y por ahora está funcionando.

—Me alegro mucho —Geri se sentó a su lado y le robó el cojín de las manos—. Ángel es un tipo fuerte. Tiene que serlo para aguantar a tres hijas como vosotras —besuqueó el cojín y cerró los ojos teatrero.

Sasha y Kilian se echaron a reír.

—¿Y tú, Geri? —le preguntó al peli castaño. Se había cambiado las gafas y llevaba unas del tipo Ray Ban pero graduadas—. ¿Has empezado la Universidad?

—Sí, señorita. Este año la comenzaré —afirmó con la cabeza—. Empezaré mi primer año de Psicología en Madrid. Pero no tengo ni idea de cómo voy a sacarme las asignaturas...

—¿P-por qué no? ¿Estudiando no salen? —murmuró irónica.

Kilian endureció el gesto y Geri se encogió de hombros.

—Tiene que trabajar para poder pagarse la carrera —el tono rabioso de Kilian no le pasó inadvertido.

«Bueno, eso no era tan malo», pensó Sasha. Muchos adolescentes estudiaban y trabajaban. El problema era que Armand Munier era millonario, y llamaba la atención que no pagara los estudios a su hijo.

—¿Y tu padre? —quiso saber ella—. ¿No te va a ayudar, al final?

—Mi padre ha decidido ser un tipo mezquino —continuó Kilian—. Como Geri no ha elegido la carrera que él quería, ha optado por negarle la ayuda. Mi madre apenas tiene para cubrir gastos, se desloma trabajando y tampoco puede echarle una mano —cuanto más hablaba sobre el tema, los ojos más se le oscurecían—. Conmigo hará lo mismo —asumió indiferente—. De aquí a dos años, cuando cumpla los dieciocho, me negará todos los privilegios posibles si no escojo empresariales y continúo con su legado.

—No lo puedo entender... —Sasha intentaba ponerse en el lugar de Armand, con el que nunca había hablado, para comprender qué le movía a ser así. ¿Qué le había hecho ser el hombre que era?

—Las personas no son de una manera o de otra. Se hacen —explicó Geri pacientemente—. Mi padre se ha hecho así, por los motivos que sean. No sé si el tiempo le hará cambiar, pero así lo espero.

Eran tan distintos.

Donde Kilian era fuego, Geri era templanza.

Donde uno era negro, otro era blanco.

Antagonistas, o complementarios, lo que estaba claro era que solo se tenían el uno al otro, y que se querían con locura. Probablemente, el olvido y la indiferencia al que les sometía Armand propició que ellos dos buscaran el uno en el otro el calor que les faltaba.

—No te preocupes, Geri —Kilian sonrió repentinamente—. Yo te ayudaré a pagar la Universidad. Cuando me hagan ficha profesional, te prometo que no os faltará de nada ni a mi madre ni a ti.

—Mira este —espetó Geri—. Yo soy el mayor, y dice que él me quiere mantener.

—P-pero si este a-año te acaba de fichar el Barcelona pa-para sus ca-categorías inferiores —Sasha alucinaba con la seguridad de Kilian—. ¿No-no vas un p-poco deprisa?

—¿No crees que lo pueda conseguir? —le preguntó él inclinando la cabeza a un lado con curiosidad.

—No sé de fútbol. Sé que eres muy bueno porque aquí todo el mundo habla de ello y po-porque marcas muchos goles...

Una ceja morena se disparó hacia arriba y sonrió divertido.

—¿Pero crees o no crees en mí, niña? —soltó con aquel tono burlesco, característico de él.

Para Sasha preguntarle eso era como decirle si cuando llovía se mojaba. Si había alguien en quien tenía fe ciega era en él. En esa vida que había en su mirada, y en la fuerza de su determinación.

—Sí creo, Killer. Pero es mejor no adularte de-demasiado —torció el gesto con desinterés—. Seguro que tienes a un montón de chicas que te regalan los oídos.

Lo dijo sin más. Las palabras dejaron un resquicio amargo en su paladar.

Sasha no era tonta. Pero ella no quería ser una de esas chicas. Ella era especial. Y esperaba que el tiempo pusiera a cada uno en su lugar. A esas chicas como groupies desquiciadas, y a ella, como la mujer de su vida. Su alma complementaria. No habría color. Hasta entonces, Sasha aguantaría el papel de amiga eterna, de apoyo, de confidente. Porque esa también era su manera de quererlo. También era un modo de amar.

Kilian suavizó sus rasgos y después se encogió de hombros.

—Están todas locas —reconoció.

Sasha forzó una sonrisa. No lo negaba.

Geri dejó ir una carcajada y espetó al tiempo que señalaba a su hermano.

—El muy cazurro se lió con una chica que asegura que una felación es una relación entre felinos.

—¡Geri! ¡No hables así delante de Sasha! —lo riñó su hermano.

Su hermano era un bocazas. A él le parecía divertido que las chicas lo persiguieran y le hicieran todo tipo de proposiciones. Sasha tenía quince años, no sabía de esas cosas. Además, no quería hablar con ella de eso... No estaba bien. Con ella no.

—Pues ve-vete acostumbrando —murmuró Sasha para sorpresa de los dos Munier—. En el ca-camino de la fama te encontrarás con chicas que dicen que escuchan reggaeton porque les gusta la letra, o que si t-tuvieran que elegir entre la paz mundial y el dinero de Bill Gates, se po-pondrían a buscar, sin dudarlo ni un

segundo, el color de su nuevo Lamborghini... El d-dinero atrae a esas mujeres que no tienen ni la dignidad ni l-la inteligencia suficiente como para ganarlo honradamente y con esfuerzo. Pero quedan muy bien como floreros.

¡Zasca!

Kilian, perplejo por las palabras de su hada, no supo darle réplica. Geri se quedó con la boca abierta, haciendo «oes» como un pez, hasta que salió de su estupefacción, y con más asombro que nunca exclamó:

—¿Pero es que sabes lo que es una felación?!

La cabaña se convirtió en el centro de operaciones. Allí veían películas en el portátil de Sasha, y compartían sus secretos, como por ejemplo, que Geri quería ayudar a la gente a comprender sus propios problemas. O que Kilian, cuando se dormía, sufría espasmos repentinos que la asustaban y después la hacían reír.

Era curioso porque, durante el año, solo intercambiaban un par de cartas donde se explicaban las cosas un poco por encima. Y también se escribían SMS.

Pero su relación se afianzaba en esos tres meses de sol y playa. Y era tan poderosa, que parecía que los tres necesitaban los unos de los otros para ser quienes eran.

Cada verano que pasaban juntos se hacía muy corto, pero dejaba recuerdos imborrables en sus mentes. Brillantes fragmentos en la memoria a los que recurrir cuando llegaban las sombras.

Como el día que fueron a bucear juntos para contemplar la Posidonia, o las acampadas a cuerpo descubierto en su cala... Las Perséidas, la famosa lluvia de estrellas del doce de agosto. Y la espectacular pedida de deseos de las Balanzat en la playa con globos de Cantoya.

Sasha siempre recordaría el rostro iluminado por la vela del globo que sujetaba Kilian entre las manos. Sus ojos verdosos y brillantes sonreían de verdad. Eso fue

mágico para él, ella lo sentía. Y por tanto, también era mágico para ella. Porque el bienestar de Kilian le importaba, y porque, aunque el joven no lo creyera y no fuera consciente de ello, estaban conectados.

Sasha supo que el deseo de Kilian estaba centrado solo en él, en conseguir su objetivo de erigirse en el líder de su familia, en solucionar todo lo que su padre no solucionaba. Aquel año, Kilian se mudaría a Barcelona, solo, a vivir en la Masía para formar parte del fútbol base del Barcelona. Su camino se dibujaba ante él, abierto de par en par y con mil posibilidades.

Sasha sujetó su propio globo entre las manos, y deseó que él fuera feliz.

Geri se tomaba las cosas de otra manera, las aceptaba. Pero Kilian no. Por eso sufría tanto.

Cerró los ojos y se concentró en pedir el deseo para su amigo. Para él. Quería que Kilian tuviera el futuro que buscaba, y se sintiera satisfecho con él mismo. Cuando abrió los ojos y lo miró de nuevo, se encontró su mirada caribeña de vuelta. Sus esmeraldas, tan claras, se habían anclado en su rostro. Sasha no le bajó la mirada. Le sonrió sin más, con la sinceridad de sus pensamientos y de su espíritu, que nunca pedía por ella, y siempre lo hacía por los demás.

En ese altruismo, en aquel instante de luces flotantes alrededor, Kilian sintió el primer golpetazo en el pecho. Sasha, su amiga, le hacía sentirse bien. Y su hermano Geri. Y sus Balanzat. Que él consideraba parte de su familia. Pero ante todo, era esa niña de pelo liso y castaño, y ojos de oro. Con ella, todo era posible. Kilian sabía que sus emociones eran muy explosivas, y que lo de su padre le hacía acumular rabia indebida. Pero era a lo único a lo que se podía sujetar para conseguir sus propósitos. Esa rabia sería su motor, lo pondría en movimiento. Aunque cuando Sasha lo miraba, parecía esperar siempre lo mejor de él, como si no tuviera ese volcán irascible dentro. Pero lo tenía. Aunque pensó que Sasha tendría el poder de congelar la lava.

Era tan especial... tan diferente.

Se imaginó que Sasha había nacido para ser un hada que le devolvería la ilusión por los cuentos con finales felices, por los frasquitos de los deseos y las estrellas fugaces. Que le haría creer de nuevo, no solo en la persona que decían que era, sino en la que él visualizó que un día podría llegar a ser.

Se dio cuenta de que había odiado y temido más al Garfio que a volar sin alas. Y que al pirata, a ese maldito rufián, le faltaba una mano por robar los sueños que no le pertenecían. Los suyos.

Porque él siempre creyó en la familia, pero la suya estaba completamente desestructurada. Y ese sueño sí se lo habían roto, aunque encontraría el modo de recomponerse. No había tiempo para lamerse las heridas.

Pero ella le abrió los ojos. Se vio reflejado en su sonrisa y supo en qué se quería convertir. Ese destello de pureza e inocencia le cambió para siempre y encendió una llama en él. Y entonces, a pesar de que sabía que ella podía defenderse sola, decidió que él sería su héroe, ese que seguramente no había pedido, aunque la velara desde la distancia de *Nunca Jamás*.

Kilian pidió por él, para conseguir su meta y enorgullecer a los que quería, que excepto su madre, estaban todos ahí en esa cala.

Y pidió por Ángel, el hombre que simbolizaba todo lo que un padre debía ser. Pidió por él, para que mejorara y de una vez por todas, venciera a la enfermedad.

Los deseos de los presentes alzaron el vuelo y cubrieron el cielo de Es Cubells como estrellas viajantes.

Y nadie, nadie, excepto Nicole, que era experta en augures y en leer los símbolos, advirtió que la primera luz de los globos que se apagó antes de tiempo y cayó al mar, mientras las demás se dirigían mecidas por el viento hasta Es Vedrà, fue la de Kilian.

La mayor de las trillizas, permaneció callada. Nunca le preguntaría qué había pedido. No hablaría sobre ello, porque tampoco quería atraer a la mala suerte. Pero fuera lo que fuese, el deseo de ese chico se perdería por el camino antes de que llegara a buen puerto.

Y entonces sucedió.

El verano en el que Sasha contaba con diecisiete años y Kilian con dieciocho, después de mil aventuras juntos, algo propició un fuerte cambio en sus vidas.

Ese día se encontraron en la cabaña, como siempre, el veintitrés de junio en plena verbena, el cumpleaños de Kilian.

Sasha lo había dispuesto todo para celebrar su aniversario por todo lo alto. Ella misma había hecho una tarta de chocolate, nata y fresa, la favorita de su amigo.

Dieciocho. Kilian ya era mayor de edad. Geri tenía veinte. Y ella diecisiete. Pero aún, después de diez años, seguían alegrándose como niños cuando se reencontraban.

Las llamas de las velas del pastel titilaban. Sasha se arregló el flequillo con los dedos, y se humedeció los labios con nerviosismo. Se había puesto un vestido blanco de tela muy liviana, y se había recogido la larga melena en una trenza ladina.

Se moría de ganas de ver a Kilian. Ya sentía las mariposas revolotear en la boca de su estómago, y el corazón desbocado en el pecho. Sasha no sabía cómo llamarle la atención de otra manera que no fuera como una buena amiga. Porque ella era lo que era. No tenía más que enseñar que lo que se veía a simple vista. Era una chica sencilla, nada que ver con las muchachas explosivas y ligeras de ropa y de cascos que lo solían rodear.

Sabía por Geri que así era. Que en Barcelona, Kilian había causado serios estragos en el género femenino. Y ella, lo único que podía hacer era morderse la lengua y envenenarse con los celos por saber que ese chico que era suyo podía fijarse en otras de esa manera.

Pero no le importaba. Porque el vínculo que ellos tenían era indestructible. El destino lo había traído a la isla, y el chico había salido en respuesta a su amarre. Solo que, Kilian estaba tardando más de la cuenta en aceptar la realidad. Pero tarde o temprano se daría cuenta. Porque nadie podía eludir a su alma gemela.

Las semillas que había plantado en las macetas que rodeaban los porches, habían brotado durante el año mostrando hermosas campanillas lilas y pétalos de jazmín rosado. El aroma embriagaba y el contraste de colores daba un aire de ensueño a la casita del árbol.

Lo tenía todo listo. Había grabado un Cd de canciones MP3 variadas en el que ahora sonaba la canción de Roxette "*Listen to your heart*". También limpió y ordenó la estancia y cubrió el suelo con cojines en los que poder reposar y charlar sobre cómo les había ido el año.

Escuchó el carillón resonante de viento y, emocionada, salió al balcón para recibir a sus amigos. Sin embargo, cuando miró hacia abajo, se encontró solo con Kilian. Geri no estaba.

Kilian, que llevaba una camiseta de manga corta negra y unas bermudas de color beige, había vuelto a crecer, y tenía los músculos de los brazos y de las piernas muy desarrollados.

Se había hecho más alto y más corpulento.

Y además, se había rapado la cabeza al uno. Pero no fue su apariencia lo que más llamó su atención. Fue su energía. Aunque su amigo intentaba disimularlo, se le veía algo abatido. A ella no podía engañarla. Leía su alma con facilidad.

Sasha frunció el ceño, pero lo invitó a subir igualmente. Algo sucedía.

Kilian tomó las escaleras de madera y llegó hasta ella.

Los dos se quedaron parados el uno en frente del otro. Sin Geri de por medio, la sensación fue... rara. ¿Por qué les parecía tan extraño estar solos? Eran los mejores amigos. Bueno, en realidad, estaban destinados a estar juntos, pero en esos momentos Sasha se conformaba con su amistad. Y si había aprendido algo de Kilian todos esos años, era que él no se daba con facilidad. Había que trabajarlo. Como ella había hecho con el tiempo. Entonces, llegado el día, él daría el primer paso para aceptar que estaban hechos el uno para el otro. Nadie podía ignorar ese llamado.

Se deberían dar un abrazo y un par de besos como siempre, pero había una extraña cautela en Kilian. Parecía como si tuviera miedo de reaccionar ante una muestra de aprecio como aquella.

—Hola, Sasha.

—Hola, Killer. Fe-felicidades —sonrió y se quitó el nerviosismo de encima. Iba a abrazarlo igual, porque no sabía no hacerlo. Dio un paso al frente y lo estrujó con el valor de una Balanzat. Vaya... Se quedó de piedra al notar que tenía que ponerse de puntillas más que nunca, y que el cuerpo de su amigo era una roca. Kilian apoyó la barbilla en su hombro y aceptó el abrazo, devolviéndoselo también.

—Gracias, niña —contestó con la voz rota—. Ya tengo la edad legal para hacer lo que quiera.

—C-como si a ti te hubiera importado alguna vez la legalidad —le soltó con gesto indiferente—. ¿Vienes solo? ¿Dónde e-está Geri?

Kilian se obligó a sonreír y negó con la cabeza.

—Geri se ha quedado en Madrid con mamá. No... No ha podido venir.

Ella no entendía nada pero el vello de la nuca se le erizó. La sensación no le gustó nada. Se apartó de él y lo miró a los ojos con preocupación.

—¿Le ha pasado a-algo a tu madre?

Kilian se encogió de hombros, y reflejó una mezcla antagónica de emociones como el abatimiento y la ira. Su frustración golpeó a Sasha con fuerza.

—Hace dos meses cogió un resfriado. Al parecer lo curó mal y... —sonrió incrédulo—. Al cabo de los días tuvo una infección pulmonar y ahora está bastante grave... Tiene una neumonía que se ha visto más afectada por un problema cardiovascular que arrastra desde que nació —añadió todavía alucinado—. Y... bueno, está ingresada en el hospital.

Ella parpadeó atónita. ¿Juliet, la madre de Kilian, estaba tan enferma? Ella no era ninguna lumbreras en medicina, pero sabía que las neumonías si se complicaban

eran mortales. Aquello fue un jarro de agua fría. No había nada peor que ver como un ser querido se encontraba en mal estado.

—Madre mía, Kil... Lo-lo siento. Pero, ¿se p-pondrá bien?

Kilian se pasó la mano por la nuca, nervioso. Y a Sasha se le rompió un poco el corazón al verlo tan contrariado y perdido.

—No lo sé —meneó la cabeza.

Sasha lo miró de arriba abajo, aturdida por la revelación.

—¿Y por qué no me habéis di-dicho nada? ¿Ni una llamada ni na-nada explicándome esto?

—Lleva ingresada una semana y no mejora. Esperábamos tener mejores noticias pero... —miró a todos lados sin buscar nada en concreto.

—Kilian —Sasha lo tomó del rostro. Tenía que poner algo de cordura y serenidad—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido y no te has q-quedado en Madrid con e-ella?

Había gato encerrado. No podía comprender como con lo que estaba pasando él estaba ahí igualmente.

Sus ojos, siempre claros y turbulentos, se oscurecieron y rebosaron una resolución que seguía siendo una incógnita para ella.

—Tengo algo pendiente que hacer. Hoy cumpla dieciocho años. Y debo cumplir mi palabra.

—¿Tu pa-palabra?

Él sonrió con tristeza. La vida era una locura. Lo que te daba por un lado te lo quitaba del otro. Y estaba rabioso. No podía tenerlo todo en la vida, cuando todo era lo que más quería.

—Prometí algo. Y debo hacerlo.

—Kilian, no entiendo nada —concluyó ella—. ¿No te quedas entonces?

—No puedo.

Ella miró hacia atrás, hacia la tarta que tenía las velas encendidas esperando a que alguien las soplara. Y el regalo envuelto en papel de envolver rojo.

Él las advirtió y entonces entró dentro de la cabaña y se detuvo delante del pastel. Lo miró como si fuera el mejor regalo de todos.

—¿Lo has hecho tú? —su voz sonó algo rasgada, como lijada por las emociones.

—Sí —contestó avergonzada.

Él se giró y le regaló una sonrisa.

—Es perfecto. ¿Se supone que tengo que soplar las velas verdad?

—S-sí... Es lo que s-suele hacerse —se acercó a él y se colocó a su lado—. Kilian es todo muy raro... Hay a-algo que no me e-estás diciendo.

—Sí. Puede que haya muchas cosas que nunca te diga —reconoció—. Pero ahora no importan. Solo me importa que mi madre esté bien, y cerrar un ciclo de mi vida al que no quiero volver a recurrir jamás.

—¿Por qué p-parece que esto sea una de-despedida?

Él dejó ir el aire por la nariz, de manera reflexiva y meditada.

—En cierto modo lo es. Los dieciocho son el adiós a la niñez y la bienvenida al mundo adulto. Uno debe tomar decisiones importantes. Y yo las he tomado.

¿Pero de qué decisiones hablaba? ¿Por qué hablaba de una manera tan críptica? ¿Y por qué sentía miedo? ¿Era miedo de perderlo?

—Voy a soplar las velas. ¿No me vas a cantar el cumpleaños feliz? —la miró de reojo.

Ella negó con incomodidad y vergüenza.

—No c-canto en público. Ya-ya lo sabes.

—Te quieres dedicar a la música, pero yo nunca te he oído cantar. ¿No es un poco raro?

—No es negociable —le cortó ella—. Cada uno cargamos con nuestros miedos y nuestras sombras, ¿verdad? —le insinuó.

Él torció el morro.

—¿Y si quiero que ese sea mi deseo? —le echó una mirada maliciosamente—. ¿Crees que se cumplirá?

—No —negó ella en redondo mientras observaba cómo apagaba las velas de un poderoso soplado—. Hay c-cosas imposibles, chaval.

Kilian se echó a reír. El humo de las llamas ahogadas ascendió hasta el techo de la cabaña. Después se plantó frente a Sasha y la tomó de la barbilla sin más. Su mano parecía muy grande sujetando el rostro del hada.

—¿Q-qué haces? —¡pero por todas las Balanzat del mundo! ¡Se le acababa de disparar el corazón! ¿Qué le pasaba? ¿Y qué estaba haciendo él?

—Quiero que mi deseo se cumpla. No quiero más regalo que este —sentenció sin parpadear ni un instante.

—No pienso c-cantarte —negó histérica.

—Joder, Sasha, no quiero una canción.

Ella parpadeó intentando comprenderlo.

—¿Por qué te siento tan raro? Estoy a-asustada.

Kilian negó con la cabeza y acercó su rostro al de ella.

—No es miedo. Es lo que se siente cuando estás frente a algo nuevo. ¿Te han besado alguna vez?

—¿Q-qué?

Él la miró con ternura, con los ojos semientornados. Apenas se le veía el verde por el espesor de sus pestañas.

—Me lo imaginaba.

Kilian dejó caer sus labios sobre los de ella, y sintió un leve chispazo eléctrico que, aunque lo dejó extrañado, no hizo que se apartara.

Sasha no se lo podía creer. Había soñado con ese momento, pero nunca imaginó que sería así.

Después notó sus manos alrededor de su cintura y cómo la atraía hasta su cuerpo, pegándole a él. Y su boca se tornó más insistente, hasta que la obligó a abrir los labios.

Ella, que tenía los brazos lánguidos a cada lado, ida por completo por las emociones que despertaban en ella el beso de Kilian, se agarró como pudo a sus bíceps.

Después, notó el contacto inesperado de la punta de su lengua rozando la suya, y las rodillas le cedieron, pero él la sujetó muy bien contra su cuerpo. Sus lenguas se rozaron, y el beso se hizo más profundo.

Guau... Así sabía Kilian. A aventura.

Pero ella, que podía oírle como nadie en el mundo sería capaz, escuchó todo lo que no se atrevía a decirle. Sí era una despedida. Era una despedida de verdad. Le estaba diciendo adiós, dándole un recuerdo para toda la vida. Pero, aunque Kilian no le dijera nada más, ella no se iba a quedar sin saberlo.

Entonces, tal y como el beso había sido iniciado, llegó a su fin abruptamente. Kilian la miró intensamente y acarició su barbilla con el pulgar, embelesado por el rostro de la chica. Tragó saliva y dijo:

—Gracias por todos estos años, Sasha. Tu familia y tú habéis sido lo mejor de esta isla.

A ella no le salía la voz. Así que se abrazó a él con fuerza y las lágrimas se le agolparon en los ojos.

—¿Pero de verdad te despides? ¿Adónde vas? ¿P-por qué no piensas volver? Ki-Kilian, d-déjame ayudarte... P-puedo ir a por mis p-padres y...

Él respondió a aquel abrazo y después intentó poner distancia antes de derrumbarse. La cercanía de Sasha tocaba partes de él muy íntimas que lo debilitaban. Y había trabajado duro para ser fuerte.

—No. No te preocupes. Solo tengo que ir a la casa de la playa a recoger una cosa. ¿Esto es para mí? —señaló el paquete rojo envuelto.

—Sí.

—Entonces, me lo llevo —dijo con la voz rota, llevandoselo sin permiso.

—Lian...

—Después de ir a la casa, me iré otra vez. Me espera un coche para llevarme de nuevo al aeropuerto.

—Pero...

—No te preocupes —la intentó tranquilizar sin éxito—, cuando llegue a Madrid te escribiremos y te llamaremos, ¿de acuerdo?

Sasha negó con la cabeza.

—¿Por qué no te creo? —dijo secándose las lágrimas con el antebrazo.

Kilian besó su frente afectado, para hacer desaparecer su dolor y esa pesarosa bola que le oprimía la garganta.

—Porque eres una Balanzat muy lista —le susurró—. No te preocupes, te llamaré pronto. Adiós.

Él tomó las escaleras preparado para irse.

—¿P-por qué has v-venido aquí? —preguntó rota—. ¿V-vienes y te vas? ¿A-así? No t-tiene sentido.

Él se detuvo y la miró por encima del hombro.

—Vengo porque es mi ritual desde hace diez años. Dar la bienvenida al verano contigo, niña —contestó haciéndose el fuerte—. Y porque quería hacerte un regalo.

—¿A mí?

—Sí —afirmó. Sus ojos verdes brillaron a través de la oscuridad—. He dejado una cosa en nuestro árbol. Es para ti.

Sasha se había quedado toda loca.

—Pero es t-tu cumpleaños. No el mío...

—Sí. Pero me apetecía hacerlo por ti. Además, ya tengo mi regalo de cumpleaños. Y ahora que ya lo tengo, ya me puedo ir tranquilo —se tocó los labios y después sacudió el paquete rojo. Después, alzó la mano y se despidió agitándola.

Ella se quedó sin palabras, en un estado de nervios que era diametralmente opuesto a la tranquilidad que él aparentaba.

Con lágrimas en los ojos, se sujetó a la baranda de madera del primer porche y observó cómo Kilian desaparecía entre los árboles. Pensó seriamente en seguirle hasta su casa, pero algo la detuvo. No supo el qué. Era una energía, una sensación que le hacía ver que no estaba invitada a aquello, y que por eso no debía meter las narices donde no la llamaban.

Por eso se mantuvo en su lugar. Kilian no permitiría irrupciones de aquel modo en su vida ni en su intimidad. Él era el que irrumpía, no al revés.

Sasha se tocó los labios con los dedos. Aún notaba el beso. Era un Killer. Un matador. Y la había dejado tocada.

Cuando él se alejó de su campo de visión, no se lo pensó dos veces y se metió dentro del porche para intentar llamar a Geri con el móvil y preguntarle para

solventar todas las dudas que la golpeaban. Kilian la había dejado sin palabras, y con un beso en la boca.

Se había llevado parte de su alma, y lo peor era que presagiaba que tardaría mucho tiempo en volverlo a ver.

El móvil de Geri estaba apagado, así que no podía contactar con él.

Desesperada, sin saber muy bien qué hacer, dejó la cabaña tal y como estaba, con un pastel sin probar y las velas apagadas, y corrió a través del bosque para ir hasta su árbol, ese que él había marcado con el símbolo del infinito. Y cuando vio lo que había apoyado en el tronco, se detuvo en seco, respirando agitada, y se llevó las manos a la boca consternada.

No podía ser. Se había vuelto loco. Sin poder detener las lágrimas, corrió con ese regalo inesperado hasta su casa a toda prisa, para explicar a su familia lo que acababa de pasar con Kilian. Los encontraría a todos en el jardín, como cada año, acabando de preparar todo lo que necesitaban para celebrar la verbena en la playa. Tendría que decirles con todo el dolor de su corazón, que ese año no serían ocho. Serían seis.

De hecho, su corazón Balanzat, donde abundaba la intuición y la magia, sabía que tardarían mucho tiempo y puede que muchos veranos en volver a ser los mismos.

Sin ir más lejos, aquel beso transformó a Sasha de muchas maneras. Ella cambió.

Y Kilian también. Aunque tuviera que pasar el tiempo para advertirlo y desvelar las intrigas.

Sasha le había dicho que no tenía sentido ir hasta la cabaña en el día de la verbena y de su cumpleaños, si no se iba a quedar y menos con su madre ingresada.

Nada más lejos de la realidad.

Lo único que le daba parte de sentido al hecho de que él estuviera allí, era que se iba a encontrar con ella. Y que iba a despedirse. Pero, en su despedida, se llevaría el mejor regalo de todos. Un chispazo de luz entre las tinieblas, luz a la que se agarraría en sus días más oscuros. Que vendrían. De eso no tenía duda. Puede que no le cantase, pero su beso fue música para su alma.

Kilian se dirigió a su casa de verano. Una casa que nunca fue suya. Nunca fue su hogar. Su hogar eran las personas que quería y que había compartido tantos momentos con él.

Su madre. Geri. Sasha. La familia de Sasha.

Y ahora, ese pilar que le había dado parte de la estabilidad emocional que en ese momento tenía, su madre, estaba muy enferma. No le había querido decir toda la verdad a Sasha por miedo a romper a llorar delante de ella. No se podía permitir ese lujo.

Lo cierto era que Kilian estaba ahí sin el consentimiento de su hermano Geri. A su madre le quedaba poco tiempo de vida, según habían dicho los médicos. Debería acompañarla en la UCI, al igual que Geri. Pero a Kilian le hervía la impotencia y el pundonor. Y estaba tan frustrado y encopetado de irascibilidad, que prefería estar los últimos momentos de vida con su madre, en paz. Y para ello, tenía que hacer eso.

Una vez, después del divorcio de sus padres, cuando todavía eran pequeños, y posterior a una de las durísimas disputas con su padre Armand, él lo desafió a que, si no le gustaba su vida como Munier, cuando cumpliera dieciocho años, tuviera las narices y el arrojo de presentarse en esa casa de verano en Ibiza que ya no podría pisar, y en el que él se encontraría, para mirarle a los ojos y decirle que renunciaba a todo.

Y Kilian estaba deseando decírselo, enfrentarse a él, y quedarse a gusto con todo lo que tenía que echarle en cara.

Con el cuerpo tenso y los puños cerrados, y por un vendaval de severas emociones, Kilian subió por las escaleras que iban desde la playa hasta la terraza superior contigua al salón. No iba a darle el gusto a su padre de darle al timbre y

que él decidiera si permitirle o no entrar. Conocía los juegos de poder de su progenitor. No le iba a dar cancha.

Aquel era un acto de rebeldía en toda regla. Nunca más iba a estar bajo su yugo.

Una vez en la terraza de suelo laminado de madera, se dirigió con pasos decididos a la puerta corredera de cristal, y la desplazó hasta que entró al salón. Aquella decoración sobria y oscura, nunca fue propicia para unos críos. Cuando su madre estaba con ellos, era la única que daba motas de luz y color al gusto demasiado austero de su padre. Pero después del divorcio, allí dejó de existir el arcoíris. En realidad, nunca les faltó de nada material. Tenían todo lo que necesitaban. Pero sí tuvieron ausencia de lo más importante. El calor de un padre que nunca estaba y que parecía tenerles alergia. No. No era fácil ser un Munier.

Kilian hizo un barrido de la enorme sala, y se encontró a su padre sentado en su sillón orejero de piel marrón, con una copa de brandy en su mano, y una pierna cruzada encima de la otra.

Todo el mundo decía que eran clavados. Y pensar en eso le ponía la piel de gallina.

Ahí estaba. Con su pantalón de pitillo color mostaza y su camisa blanca de lino. Y en los pies, unas náuticas que decía se las habían traído especialmente de Marruecos.

Su mano perfectamente cuidada, era la de un hombre que hacía llamadas telefónicas y que escribía con bolis solo para estampar firmas que cerraran contratos multimillonarios. Llevaba el pelo negro engominado hacia atrás. Era muy moreno de piel, como Kilian, y aún conservaba su atractivo. No tenía los labios gruesos de su hijo, ni su elegante estructura ósea. Pero seguía siendo guapo de un modo más clásico. Sus ojos verdes claros, ahora enrojecidos por el alcohol, se entrecerraron cuando vieron a su hijo pequeño frente a él, en una posición un tanto agresiva y chulesca, con las piernas abiertas y los brazos tensos a cada lado de sus caderas.

Armand no soltó la copa, la levantó y espetó:

—¡Por los huevos de mi hijo! Que viene a esta casa cuando sabe que siendo un adulto como ya es, no puede tener los privilegios que tenía cuando era pequeño.

Kilian apretó la mandíbula y le dirigió una mirada de asco.

—Esta va a ser la última vez que te dirija la palabra.

—Vaya... —Armand arqueó las cejas negras—. ¿Y a qué debo ese placer? Si crees que vas a venir a mi casa a suplicarme que os siga dando una manutención que ya no os pertenece, y a pagarte unos estudios que no te van a llevar a ninguna parte, es que eres un ingenuo y un infantil. Tu madre ya sabía que cuando se separó de mí la buena vida que tenía se le iba a acabar.

En realidad, solo les distanciaba unos metros físicos, pero la verdad era que les separaba un mundo de reproches. Y esos reproches salieron como un vendaval de la boca de Kilian en cuanto escuchó que nombraba a su madre Juliet.

—Yo, Kilian Munier Labrand, renuncio a tu apellido. No quiero nada de ti. Porque nada de lo que puedes darme me interesa. No soy como Geri, y no sé lo que él hará al respecto —sus palabras salían entrecortadas por la pena y la frustración. Hablaba con los dientes apretados. Deseaba golpear a su padre físicamente— pero por mi parte, yo ya no tengo padre. Esto que te rodea —hizo un círculo con el índice señalando al techo— es lo único que tienes. Y eso te convierte en alguien muy pobre.

Armand apretó la mandíbula y lo miró como si fuera todavía un crío y él tuviera el derecho de reñirle.

—¿Quién te has creído que eres, bravucón? —le soltó dejando la copa sobre la mesita ovalada al lado del sillón. Se dirigió hasta él y continuó—. Yo te lo he dado todo. La ropa que llevas, tu comida, tu educación. Todo.

—Me has dado cosas que no permanecen. Lo material siempre acaba pasando de moda. Se agota de un día para otro.

—Te pareces a mí más de lo que crees. Y mucho menos de lo que me gustaría.

—Dices tonterías. Es mi madre la que me ha dado los valores. Es mi madre quien me ha hecho como soy. Ella es la que me ha dado enseñanzas que me durarán toda la vida.

—Ya veo... ¿te ha mandado ella para que me sueltes este discurso...?

La mano de Kilian salió disparada hasta el cuello de mao de la camisa blanca de su padre. Kilian era más alto que él, por un par de dedos.

—Mi madre está en el hospital por una neumonía, maldito egoísta. Es posible que no sobreviva —lo zarandeó—. Cuando te divorciaste de ella tuvo que ponerse a trabajar. Lleva diez años limpiando. De madrugada en una escuela. De noche en un gimnasio. Se ha hecho cargo de todo. Porque ella no ha tocado un solo euro de lo que le dabas para mantenerse. Lo ha ido guardando para nosotros. Para que Geri pudiera estudiar lo que quisiera y no lo que tú imponías, para que yo pudiera hacerlo en caso de que quisiera ir a la Universidad. El esfuerzo le ha pasado factura. Y ahora... ahora ella está mal —sus ojos se llenaron de lágrimas que no podía controlar—. Así que quiero que sepas que a partir de mañana, yo llevaré su apellido. No el tuyo. Porque si mamá se va, quiero ser de ella, de la única que sí me lo ha dado todo —Armand palideció y su mirada se quedó perdida en el horizonte—. Nunca me importó nada de esto. Nada. Geri y yo queríamos un padre, no un gestor o un banquero. Pero ahora... —lo soltó como si tocarlo le quemara y le hiciera daño—. Ahora ya no quiero nada. Esperaré a que mamá se recupere, y después me iré a Londres, a las filas del Arsenal. Porque me quieren allí y ya me han pagado dinero como fichaje profesional. No volveré, nunca sabrás de mí excepto por los boletines de prensa. Porque voy a ser famoso, Armand —le aseguró—. Y voy a hacer que el mundo conozca que soy el hijo de Juliet Labrand, no el tuyo. Mi familia nunca más va a necesitar de tu dinero.

—¿De verdad crees que vas a ser tan bueno?

—¿Tan bueno? —se dio la vuelta y se alejó dándole la espalda—. No. No seré tan bueno. Seré el mejor.

Su padre se echó a reír entonces. Y al aclararse la garganta insistió de nuevo:

—Esa es la manera de pensar de un tiburón. Los depredadores nos alimentamos de los peces pequeños. ¿Ves como no eres tan distinto a mí?

—Vete a la mierda —tenía que salir de ahí antes de cometer alguna locura.

—¡Kilian! —le gritó su padre—. ¿En qué hospital está tu madre ingresada? —dijo con voz temblorosa.

—No pienso decírtelo —contestó él saliendo por las puertas de la terraza.

—¡Dímelo!

—No.

—¡Eres un Munier! ¡Ambicioso y fuerte como yo! —exclamó con los ojos ensangrentados—. ¡No lo olvides nunca! ¡Está en nuestra sangre! ¡No puedes renunciar a lo que eres! —le gritó él desde el balcón. Su hijo bajaba las escaleras corriendo y tenso como una cuerda.

—Mírame bien. Renuncio —Kilian dio una vuelta sobre sí mismo, pisando la arena lisa y blanca, y le dirigió una última mirada que era una amenaza en sí. A continuación, arrancó a correr para retomar el sendero al bosque, y desde allí a la carretera donde le esperaba su chófer para llevarlo de nuevo al aeropuerto.

Armand se metió de nuevo en el interior de la casa, y con parsimonia, agarró la copa de brandy entre las manos. Dio un nuevo sorbo, intentando encontrar el sabor y entonces... ¡Zas! La lanzó con fuerza para que impactara contra la pared, haciendo una figura abstracta de color rojizo.

Después se sentó en el sillón y se mesó el pelo con los dedos, hasta convertirlo en un nido de pájaros. Sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y, durante horas, se quedó mirando el número de teléfono de Geri, valorando si podía o no podía llamar.

O si debía, o no debía hacerlo.

5

EN LA ACTUALIDAD

*¿Dónde están los héroes?
¿Dónde fue mi corazón?
¿Dónde se han quedado
las historias de amor?*

*Esperando llevo
toda una eternidad.
Por un hombre que por mí
se atreva a pelear.*

*Yo quiero un héroe,
quiero que me prometa
que no abandonará.
Quiero a un ángel capaz
de enseñarme a volar
O a un demonio que me haga rogar.*

*Por la arena voy dejando
huellas al andar.
Esperando a que un guerrero
me pueda encontrar.*

*Yo no quiero joyas,
ni casitas de cristal.
Quiero a un hombre que me abrace*

y juntos caminar.

*Yo quiero un héroe,
quiero que me prometa
que no abandonará.
Quiero a un ángel capaz
de enseñarme a volar
O a un demonio que me haga rogar.*

.....

*Yo quiero un héroe,
quiero que me prometa
que no abandonará.
Quiero a un ángel capaz
de enseñarme a volar
O a un demonio que me haga rogar.*

*Quiero a un héroe,
quiero al heredero del rayo y el mar,
a ese hombre que ordena
a los truenos gritar,
cuando sé que me va
a besar.*

Cada vez que Sasha escuchaba la versión de la canción de su amiga Ella Mae Bowen, se acordaba de ese momento en el que Nil Blanc fue en busca de su hermana Alegra, para declararle su amor eterno.

Ella estaba tocando la guitarra, versionando el tema *I need a hero*, sentada en el porche, cuando apareció Nil para arrodillarse ante Alegra y pedirle perdón por su error tan garrafal.

Había sido tan romántico... tan bonito. Y Sasha lo había disfrutado tanto. Porque la felicidad de su hermana, también era la suya. Y Alegra merecía ser feliz más que

ninguna.

Además, ahora que la tenía con ella, iba a ayudarla con su problema de dicción.

Desde que Alegra había vuelto a Ibiza, y desde ya hacía varias noches, Sasha llevaba a cabo los ejercicios que le había recomendado su hermana mediana para intentar suavizar su tartamudez. Le había explicado que el cerebro era sinestésico y que podía cambiar de forma mediante los pensamientos y las visualizaciones. Le sugirió que se escuchara siempre antes de ir a dormir. Que se escuchara leyendo sus canciones sin melodía para que su mente asociara su voz sin trabarse con ella, que se debía reeducar y acostumbrar a oírse para que no se le disparase la ansiedad.

Sasha se había grabado con disciplina y ahora se oía pacientemente, con los ojos cerrados, concentrada en la cadencia de su voz hablada y natural, sin colapsos ni tropiezos.

Al día siguiente, Alegra le haría una de sus sesiones matutinas, unos ejercicios dedicados a visualizar el cerebro perfectamente. De hecho, Sasha lo había memorizado tan bien, y hasta en tres dimensiones viendo vídeos, que podría dibujarlo sin problemas. Se estaba tomando muy en serio los consejos de su hermana sanadora.

Se removió en la cama y se quitó la sábana de encima. Hacía mucho calor. Entraban en agosto y en Ibiza, las temperaturas se alzaban hasta hacerse insoportables.

Había perdido la cuenta de las veces que se había escuchado, y estaba claro que esa noche le costaría dormir.

Mañana tenía un día bastante ajetreado. Iría a su estudio y grabaría ahí un par de canciones en las que estaba trabajando. Y por la noche, esperaba convencer a David, el hermano de Nil para que se fueran a cenar juntos con un grupo de amigos... Porque quería despejarse. Y, a pesar de que podría recordar de nuevo los intensos días que las Balanzat habían vivido una semana atrás, cuando se vieron envueltas en una trama política, demandadas por su Wish Pottery, acusadas de ser unas charlatanas, perseguidas por un mago oscuro descendiente de Los Señores de Iboshim; a pesar de que sus vidas corrieran peligro, y de que su hermana Alegra

estuviera a punto de morir en Atlantis a manos de Mario Adon, el brujo que quería acabar con ellas y con Es Vedrà. A pesar de pensar y recordar los cambios que habían habido en su vida en ese mes de julio que estaban a punto de despedir, Sasha solo podía pensar una cosa: Lian había vuelto a Ibiza después de casi diez años sin pisar las Pitiusas. Y había vuelto para pasar el verano.

Así sin más.

No podía dejar de pensar en las dos veces que habían coincidido: una en el campo de fútbol, y otra en la discoteca Lío. No se veían después de lo sucedido en Londres, y de eso ya hacía cinco años... Pero la reacción al verle era la misma que experimentó veinte años atrás, cuando se encontraron cara a cara por primera vez siendo niños. El corazón se le paraba en el pecho y se olvidaba de respirar. Después, gracias a Dios, reaccionaba. Pero el impacto era brutal. Como un mazazo inclemente.

¿Por qué había vuelto a la isla? Él ahí ya no tenía nada con lo que hubiera mantenido contacto. Ni siquiera con su hermano Geri.

Lian era carnaza de revistas sensacionalistas, un multimillonario muy joven que había decidido qué tipo de vida quería llevar. Y en esa ecuación, por el camino, se olvidó de lo más importante: del amor y el respeto de su hermano. Y de ella.

Sasha se colocó el antebrazo sobre los ojos y apagó su iPod. Su canción de Héroe solo le recordaba lo que quería y no había podido tener. Después, para intentar relajarse, llevó sus delicados dedos al frasquito de los deseos que no se quitaba ni para dormir, y que ahora pendía de su muñeca, ya que en el cuello ya pendía su nudo de las brujas. No pensaba zafarse ni de uno ni de otro. Sobre todo del segundo, que era una protección. Aquella botellita pequeña azulada, contenía su deseo. Y se había convertido ya en una especie de talismán. Si lo amarraba bien con sus dedos, el dolor latente en sus recuerdos amainaba, y el miedo desaparecía.

Porque Sasha lo había pasado mal de muchas maneras, e incluso hubo una temporada que se odió por quién era y por el defecto que tenía.

Kilian había sido un terremoto fatal para su vida. Y también para la de Geri. Pues llegó un momento en el que su hermano mayor tuvo que alejarse de él cuando

evidenció todas esas cosas que no cambiarían en su hermano pequeño, y que acabarían por destruirle. O tomaba distancia, o le destruiría a él también.

Lamentablemente, Sasha no supo hacerlo, y todo acabó salpicándole hasta que se vio sumida en el huracán de Kilian hasta las cejas. Para ella no hubo salvación. Solo resurrección, y a medias.

Tiró de los cascos de sus oídos y se los sacó. Lo único que quería era que Lian se fuera ya a Barcelona a empezar la pretemporada con su nuevo equipo y saliera de la misma tierra que ella pisaba, porque su cercanía la menguaba de maneras que ella no comprendía. Era una Balanzat, una mujer más sensible de lo normal. Percibía otras cosas.

Y, aunque le costó, ya había entendido que él no era su agaporni. Comprendió que sus ansias por encontrar alguien hecho a su medida le hizo creer que ese Munier guapo y canalla era el adecuado. Pero no. Estaba equivocada. Le había hecho daño donde a ella más le podía doler. Y no podía perdonárselo.

El hombre que la quisiera no podría quererla de ese modo. No era sano. Kilian no era algo bueno para ella.

Porque no pensaba estar peleada contra sí misma solo por dormir en la misma cama que él. Ni iba a renunciar a lo que sabía y a lo que era.

Ella se aceptaba. Se gustaba. Se quería con todos sus defectos. Y por eso podía querer como quería a los demás. Aceptándolos.

El problema de Lian era que él no se tragaba a sí mismo, y no se dejaba ayudar. Y así era imposible que amara a alguien con respeto, si no se respetaba él mismo.

—Deja de pensar en él, por favor —se susurró a sí misma, dándose golpecitos con el puño cerrado en la frente—. Sasha... Intenta dormir —repitió como un mantra—. No tienes por qué volverlo a ver... No tienes por qué encontrártelo de nuevo. Ibiza no es tan pequeña.

Al final se cubrió el rostro con la almohada blanca, pensando que así ahogaría sus pensamientos.

Pero cuando algo se quedaba en la cabeza y en el alma de una Balanzat, era para el resto de sus días. Por muchas promesas que se hubiera hecho para superarlo, siempre quedaban restos entre las cenizas. Y Sasha no las había barrido con su escoba, como cualquier bruja que quisiera borrar algo de su vida para siempre, hubiese hecho.

Kilian debería sentirse plenamente satisfecho.

Regresaba a Ibiza, diez años después, como el hijo pródigo que había salido de la isla para labrarse un futuro, y que al cabo del tiempo retornaba como un triunfador. Con más poder del que imaginaba que podría llegar a tener, el control de su vida como quería tenerlo, y sus expectativas cumplidas. En poco tiempo se iría a Barcelona, a jugar con su nuevo equipo.

Allí había comprado una hermosa casa en Sitges, en la parte alta, con más metros de los que en realidad necesitaba, con un espectacular mirador a la playa, piscina propia, gimnasio... Bueno, tampoco era nada del otro mundo, porque todas esas cosas ya las tenía desde que le hicieron el primer gran contrato en el Manchester United. Desde que lo fichó el Arsenal, su carrera despuntó. Debutó en la Premier en el primer equipo con diecinueve años y desde entonces, se convirtió en un ídolo local. Al cabo de cuatro años, cuando finalizaba su contrato y el Arsenal quería renovárselo y aumentarle la ficha, vino el Manchester y puso un cifra desorbitada para ficharlo, convirtiéndolo en el jugador mejor pagado de la liga inglesa.

Era un toro. Lo llamaban «El Animal», «La bestia», porque en el campo era todo pasión, velocidad, fuerza y furia. Como si se sintiera acorralado, y todos aquellos que no llevaran su misma camiseta fueran sus enemigos. A los que debía marcar, presionar, driblar... Era un portento físico.

En ese instante, estaba leyendo el diario deportivo, pero se hartaba de leer siempre lo mismo. Así que se levantó de la mesa en la que desayunaba al aire libre, disfrutando del sol que caía sobre el jardín del apartamento de estilo minimalista que había alquilado cerca de Es Cubells, al lado del Parque de la Paz, y se quedó mirando el horizonte marino.

En realidad, si se paraba a pensarlo, no sabía muy bien qué hacía ahí. Porque por su cabeza no pasaba rememorar nada en especial. Además, se había prometido que no volvería a las Pitiusas. Entonces, ¿cuál era el motivo por el que estaba en Eivissa?

Su móvil sonó con la canción de Einstein de Kelly Clarkson, una de sus canciones favoritas, sino su favorita. Miró la pantalla y apareció el rostro simpático de Rudy, su mejor amigo de Manchester, extremo derecho y mejor socio en el juego. Venía a pasar unos días de vacaciones con él.

Al menos tendría a alguien al lado que no le recordaría a las personas que había dejado atrás. Pagó un peaje muy caro por conseguir la estabilidad que tenía en ese momento.

Para conseguir sus propósitos no necesitaba distracciones. No podía permitirse el lujo de fallar y de dejar de cumplir su promesa. Sería el mejor. Y uno no lograba ser el mejor si tenía que preocuparse de los demás.

Eso no quitaba que no estuviera arrepentido de muchas cosas, porque lo estaba. Y lamentaba muchas otras, pero ya no podía volver atrás, por mucho que lo confundiera y lo debilitara ver a Sasha, o lo mucho que deseara retomar la relación con Geri... No podía. Sus vidas estaban hechas. Él decidió salir de la isla y vivir en el exterior. Ellos se quedaron encerrados en ese lugar para siempre, como si el tiempo no pasara, como si hubieran dejado de crecer bajo el influjo de aquel peñón mágico de piedra, de Es Vedrà.

Pero él había crecido. Y lo había hecho de golpe.

Volvió a mirar la pantalla de su móvil que todavía seguía sonando con esa canción. Sacudió la cabeza.

Joder, era oírla y le traía recuerdos de su adolescencia. Y le venía a la mente ella. Solo ella.

—Lian, espabila —se palmeó la cara.

Rudy era alguien nuevo, una persona con la que empezó a estrechar vínculos cuatro años atrás. Alguien divertido y extrovertido que lo ayudaba a disfrutar y a

centrarse solo en esas cosas que podían aportarle alegrías.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó Kilian descolgando la llamada al fin.

—Pues aquí estoy decidiendo si me llevo condones o no. Allí en tu isla venderán supongo, ¿no?

Kilian puso los ojos en blanco.

—Esto es el paraíso. Es Ibiza —abrió el brazo abarcando el paisaje—. Obvio que venden condones. ¿Cuándo sale tu avión?

—Llego mañana al mediodía. A la una.

—De acuerdo. Pasaré a buscarte.

Rudy se echó a reír caudalosamente.

—Tío, tú mañana dormirás la mona. Un viernes noche no te quedas en tu casa ni loco.

—Bueno, algo haré —todavía no sabía el qué. Saldría, se encontraría a algún famoso conocido y pasaría el rato.

—Entonces me olvido de que vengas a buscarme. Tranquilo, ya me haré cargo.

—No te preocupes. Te llevaré a un chófer para que pase a recogerte. Envíame cuando puedas el número de vuelo.

—Muy bien, tío. ¿Tienes protección solar?

—¿Qué dices?

—Ya, olvidaba que eres muy moreno. Pero yo soy primo hermano de Iniesta...

Kilian se echó a reír.

—Aquí podrás comprarla. Solo tráete lo necesario. Vamos a intentar pasarlo bien antes de irme a Barcelona.

—Eso ni lo dudes. Bueno, te dejo. Te enviaré un mensaje con la foto de mi culo y el número de vuelo estampado.

—Que te den.

Colgó el teléfono con una sonrisa, y negó con la cabeza. Rudy era muy irreverente. Pero ya le iba bien tener a gente así alrededor. Gente que le hiciera olvidar los remordimientos y que le obligara a pensar en otras cosas que no fuera que, a pesar de tenerlo todo, no se sentía completo.

Se metió de nuevo en su pedazo de apartamento, tipo villa, que había alquilado y decidió hacer un par de sesiones de musculación en el gimnasio.

Si quedaba exhausto, su mente se relajaba. Así que iba a intentar agotarse.

Pondría la música de Nico & Vinz «Am I wrong» en su gym privado a toda pastilla y se pondría a hacer dominadas hasta que los músculos le ardieran más de lo que le quemaba la culpa, que a veces, no sabía ni de dónde le venía.

A Sasha se le habían pegado las sábanas. Era normal, porque no había podido conciliar bien el sueño durante la noche. La culpa la tenían los ojos verdes y poderosamente claros de Kilian, que parecían hablarle, aunque ella ya no escuchaba nada.

Hubo un tiempo en el que seoían, a pesar de estar alejados por kilómetros de distancia. Pero ese tiempo ya había pasado.

Bajó las escaleras que daban al salón comedor con la velocidad de una tortuga, bostezando, estirando los brazos por encima de la cabeza. Se había lavado la cara, peinado y dejado el pelo suelto con olor a champú. Calzaba unas converse negras, un short tejano deshilachado y una camiseta de tirantes roja. Debajo llevaba el bikini negro a topos blancos por si después le apetecía darse un baño en su sala.

El olor a café y a *Chai tea latte* golpeó su nariz y la despertó de golpe. Normalmente, en Sananda, ese aroma venía acompañado de un ritual muy especial:

La tirada de las cartas de Mamá Pietat.

Cuando llegó a la cocina, se encontró a su abuela concentrada en sus naipes, con Nicole sentada a su lado, con el mismo gesto absorto en el movimiento de aquellas manos femeninas marcadas por el tiempo y la sabiduría.

—¿Ni-Niqui? —dijo saludándola con un cariñoso abrazo—. N-no sabía que venías hoy.

Su hermana mayor la miró de arriba abajo, y después de estudiar el cansancio en sus ojos, decidió no mencionar nada al respecto y devolverle el saludo.

—En Wiltshire, que es donde he estado trabajando últimamente, ha habido una serie de incendios provocados y han evacuado la zona. No podemos trabajar en esas condiciones. Está todo acordonado y corremos peligro —explicó con tranquilidad.

—Pero, eso es horrible —Sasha sabía lo involucrada que estaba su hermana con los círculos en los campos de cereales. Estar alejada de ellos le causaría el mismo efecto que le causaba a ella estar un día sin música—. Lo siento mucho. ¿H-han quemado alguna de las señales?

—Sí. Algunas en las que precisamente estaba trabajando —aseguró frustrada—. Tengo los dibujos y los apuntes que hice sobre ellas... Pero para obtener mi información debo estar dentro del círculo y captar todo lo que tiene que decirme... Ahora lo único que podría decirme estando ahí es: «Palomitas gratis» —se rio de su propio chiste, aunque no estaba nada conforme con su situación. Odiaba estar ociosa—. En fin... He decidido tomarme unos días de descanso hasta que todo se normalice y den con los pirómanos.

—Bueno —Sasha sacudió los rizos largos de Nicole, porque sabía lo mucho que le molestaba que le hicieran eso—, tómate unas vacaciones con nosotras. Ya has visto que últimamente la cosa está muy animada por aquí —señaló a su madre con un movimiento de la barbilla.

—Ya veo. Está animada en todos los aspectos —afirmó arqueando las cejas.

Sasha besó a su abuela que la saludó con un «Hola, azucarillo», y después se acercó a su madre para darle los buenos días. Amanda sonreía a la ventana, como si

allí hubiera alguien. Y no lo habría para la gente normal. Pero para ella sí, pues aunque Sasha ya no podía ver a su padre Ángel como lo vio en la invocación de Es Vedrà, sí lo sentía. O a veces avistaba destellos de luz pasando a sus espaldas, o por el rabillo del ojo. Y sabía sin lugar a dudas que ese era él.

Su madre Amanda, en cambio, podía verlo y, si quería, podía hablar con él. Porque sus almas estaban muy conectadas, incluso más allá de la muerte, y después de la llegada de Alegra y las reacciones en cadena que había ocasionado su presencia, el velo por fin se había abierto.

Y Sasha estaba tan feliz por su madre... Porque las Balanzat tenían una relación única con sus maridos, a los que amaban con todo el corazón. Había sufrido lo indecible por su pérdida, pero ahora, por fin, podían estar juntos, aunque fuera entre dos mundos.

Amanda se pasó un mechón de pelo rojo por la oreja, y sonrió secretamente mientras bufaba al té especiado que tan brillantemente preparaba Mamá Pietat. Sasha clavó sus ojos en la ventana y vio una flor levitando de manera extraña. Se imaginó que su padre se la ofrecía a su madre, y aquello era como mermolina para su esperanza magullada. Tal vez, ella, algún día podía ser querida de esa manera. Solo le faltaba acertar con su intuición.

—Buenos días, mamá —le dio un beso en la mejilla y esta se lo devolvió con una sonrisa—. ¿Está guapo papá hoy?

Amanda dibujó una sonrisa de oreja a oreja y contestó:

—Como siempre, cariño.

Golfo, su can ibicenco de color café con leche, la fue a saludar y hundió el morro entre sus piernas. Movía el rabo contento. Adoraba los desayunos y cualquier actividad que tuviese que ver con comida en la cocina.

Sasha sintió una cachetada fuerte en la nalga y se giró dolorida para ver entrar a Alegra, su hermosa hermana sanadora, que lucía un glorioso chupetón en el cuello. Acababa de salir de la piscina, de darse un baño.

—Buenos días, artista —la saludó dándole un beso en la coronilla.

Sasha se frotó la nalga, y resopló agradecida. Por Dios que adoraba aquella casa y a aquellas mujeres. Y después de todo el tema de la Wish Pottery y del acecho de Mario Adón, era un éxito que estuvieran todas bien. Sanas y salvas.

—Alegra, te ha salido una alergia ahí —le señaló Sasha disimuladamente.

Alegra frunció el ceño y se lo cubrió rápidamente con la mano.

—Alegra no puede tener alergias —murmuró Amanda aún con la vista y la atención perdida en la ventana—. Nunca ha tenido.

—Uy, pero sí las tiene —aseguró Nicole alzando levemente sus ojos instigadores de las cartas, para clavarlos en su hermana—. A las bocas.

—¿Al marisco quieres decir? —preguntó Mamá Pietat.

—Pfffff... Al marisco dice —espetó Sasha con cara divertida sirviéndose una taza de *Chai tea latte* y tomando un rosco de los que hacía Pietat. Eran los mejores del mundo mundial.

—Como sea —dijo Amanda sorbiendo del té, alejándose por fin de la ventana y sentándose con ellas en la mesa, mientras Alegra hacía lo mismo—. Ya puedes decirle a Nil que he levantado su veto, y que cuando quiera, en vez de colarse en la piscina para bañarse contigo, puede entrar en casa por la puerta, como hacen todas las personas, no como un tiburón.

Sasha se rio por debajo de la nariz y señaló a su hermana partiéndose de la risa. La había pillado. Y ella creyendo que nadie se daba cuenta.

—Entonces, ¿ya puede entrar? —preguntó Alegra sin sentirse ofendida ni mortificada.

Amanda pasó la mano por el pelo negro de su hija y asintió conforme.

—¿Te hace feliz?

—Sí —afirmó ella sin titubear.

—¿Te trata bien?

—Le da alergia por lo visto —señaló Mamá Pietat maliciosamente, sin apartar la mirada de la tirada.

Nicole se echó a reír.

—Parad ya, en serio —las regañó Alegra cubriéndose la marca—. Me trata muy bien.

—¿Y es tu agaporni?

—Sí, es su Haga porno —la cortó de nuevo la mayor, golpeándose el interior de la mejilla con la punta de la lengua.

Amanda abrió la boca asombrada.

—Pero qué guarra eres, hija. No entiendo cómo eres hija mía.

Nicole hizo cara de inocente.

—Mamá, tú no eres virgen. Ata cabos.

Amanda bizqueó a su hija mayor para añadir centrándose en la mediana:

—Dejando a un lado el problema que tiene tu hermana Nicole con las irreverencias, quiero que entiendas que ya no sentimos ningún rencor hacia Nil. De hecho, gracias a lo que David y él hicieron, las ventas de Wish Pottery se han cuadruplicado —aseveró sin darle demasiada importancia—. Y ahora por fin están moderando las emisiones contaminantes al mar de la Posidonia. Nuestro propósito se está cumpliendo —y era una gran satisfacción para las brujas de la sal. La sal marina recuperaría su quinta esencia y ellas podían continuar trabajando con ella y cuidando de Es Vedrà—. Meritxell Roureda ha recuperado su cargo y va a ser nuestra mejor aliada en todo lo que concierna al bienestar y al equilibrio natural y ecológico de nuestras islas. Como ves, no hay mal que por bien no venga. Puede considerarse bienvenido en Sananda —asintió con la cabeza.

—Bien —Alegra se quitó un peso de encima. Sabía que era cuestión de tiempo que Nil hiciera las paces con su familia. Era un hombre bueno que había tomado una mala decisión, aunque luego supiese rectificar—. Me alegra mucho saberlo.

—¿Qué tal si lo invitas a venir esta noche? —sugirió Sasha dándole un pedacito de rosco a Golfo, que lo saboreaba como si no hubiera un mañana—. Tenía pensado preparar una cena mejicana en el jardín. Hoy tengo que grabar un tema para un colega, y puede que se quede a cenar. Quiero invitar a David, y también a unos amigos... —cubrió con las dos manos la taza de té y sopló suavemente para enfriar la infusión—. Invita a Nil y dile que venga con Lucas. Nicole, tú te quedas.

—A sus órdenes —no osó a contradecirla.

—¿Un colega? ¿Uno de tus colegas famosos? —quiso saber Alegra cubriéndose el chupetón con el pelo mojado.

—Tal vez —dijo de manera enigmática.

—No puede ser... —murmuró Pietat inmersa en la lectura de las cartas, cortando a su hija—. Es la tercera vez que la tiramos, Nicole.

La pelirroja atendió a su abuela dedicándole la misma mirada aprensiva.

—¿Crees que estamos haciendo algo mal?

—No. Las cartas no mienten —sentenció Pietat.

Las Balanzat habían heredado una baraja antigua de sus antecesoras, de la tatarabuela de Pietat. Con el tiempo y, debido a una indiscreción y una traición de una clienta, estas cartas se comercializaron, aunque las instrucciones nunca llegaron a estar completas. Las originales solo estaban en posesión de las Balanzat, en el amplio conocimiento de Mamá Pietat. Estaban pintadas a mano, y se hacía llamar «la baraja de la bruja gitana». Constaba de cincuenta y dos cartas que debían desplegarse como si conformaran un gran tablero.

Después, la habilidad de leer e interpretar las cartas dependía del talento de la bruja que las echaba. Pero estaban ante la bruja de la sal más intuitiva de todas y la que, como Nicole, sabía interpretar los símbolos con gran acierto.

Algo estaba leyendo Pietat en esa tirada que no le gustaba nada. Sasha prestó atención a los naipes y frunció el ceño.

—¿A quién estás leyendo el destino? —quiso saber—. Sea quien sea no me gustaría estar en su pellejo. No tiene buena pinta.

Aunque Sasha no sabría leerlas tan bien como ellas, sí sabía qué significaban cada una. No tenía buena pinta porque había salido la muerte, boca abajo además, y era un claro símbolo del asentamiento del mal. Peligro.

Mamá Pietat se frotó la frente con los dedos, sin poder disimular su preocupación.

—A la isla.

—¿Cómo? —Se podía echar las cartas del destino a entes que tenían vida propia—. ¿A las Pitiusas?

—Sí —asintió la abuela.

—Pero, ¿por qué?

—Viniendo hasta Es Cubells —intervino Nicole— al salir del aeropuerto, había una caravana terrible por un accidente múltiple en la carretera de la Circunvalación. Las ambulancias no dejaban de sonar y, al parecer, ha habido víctimas. Después, pensando en la isla, al llegar por la carretera de Es Vedrà y Es Vedranell y contemplar el peñón, he visto a los halcones danzar. Ha sido un vuelo inhóspito.

Si el vuelo de las aves era favorable a algún designio se le llamaba auspicioso, si por el contrario era desfavorable, entonces se valoraba como inhóspito.

Las Balanzat meditaron esas palabras. Pensaban que después de lo de Adón, ya podían estar tranquilas. Pero, parecía ser que cuando se abría el velo, era tanto para lo bueno como para lo malo.

—Al ver a la abuela en la cocina, le he informado. Y ella ha propuesto consultar las cartas de la bruja gitana. Es la tercera vez que hace una lectura en relación a las Pitiusas, y esta carta —señaló la carta de la muerte— sale siempre en el mismo lugar y en la misma posición.

—Debemos estar alerta —sugirió Amanda—: ¿Qué tipo de peligro recae sobre la isla?

—No se sabe. También habla de revelaciones y reencuentros —Pietat colocó su índice sobre el Joker, el burlón—. Pero el mal que viene es de naturaleza desconocida. Sea lo que sea viene a alterar el equilibrio. Así que, debemos estar preparadas y observar bien lo que nos rodea —recogió las cartas de encima de la mesa y las guardó pulcra y ordenadamente en su funda de piel—. Somos las guardianas de las Pitiusas —recordó haciendo un llamado a la responsabilidad que tenían como mujeres con dones—. Debemos perseverar en nuestra labor.

—Sin dudar, abuela —concedió Alegra inquieta—. ¿Papá no te ha mencionado nada al respecto? —desvió la mirada a su madre.

—No —negó Amanda—. Y es curioso, pues es el guardián de Es Vedrà. Si algo nos acechara, él lo sabría. Hablaré con Meritxell a ver si sabe algo al respecto. Y si no, consultaré a Adelina, que seguro que está al tanto de lo sucedido. A ver si podemos encontrar alguna relación entre el accidente, el augurio y la lectura de la bruja gitana.

Adelina era su alumna más aventajada, y la que más corazón ponía en todo, pero era también como la centralita de Ibiza y Formentera. Estaba al día de todo lo que concernía a los pitiusos en general.

Si ella no lo sabía, nadie más lo haría.

6

E staba intranquila. La tirada de las cartas de Mamá Pietat la había dejado con un poso de angustia extraño en el centro del pecho. O puede que todo eso fuera el efecto que producía saber que Kilian estaba en la isla.

Como fuera, tenía que organizar una cena, mantenerse ocupada para no pensar. Y tenía una larga lista de cosas por hacer. Debía ir al estudio, grabar los dos temas para distintas maquetas pendientes y comprar todo lo necesario para su cena mejicana.

Así que, después de desayunar, cogió su mochilita gris de Channel donde siempre guardaba su libretita por si le venía la inspiración, y se dirigió hasta su Gordini Cabrio de color naranja chillón, herencia de su padre Ángel, que a su vez los había heredado de sus padres.

Lo había dejado un coche a cada hija, que se mantenían bien cuidados y guardados en el garaje de Sananda. Sasha se encargaba de calentarles el motor de vez en cuando.

Quitó una brizna de pino del cristal delantero y abrió la puerta del piloto. Justo cuando iba a meter el pie en el coche, bajaron las escaleras del porche, deprisa y corriendo, sus dos hermanas. La mirada que traían era la típica que ponían cuando querían hacer un tercer grado intenso.

Sasha arqueó una de sus cejas castañas y se mordió el interior de la mejilla de manera recelosa. Ambas iban vestidas de sport, con pantalones muy cortos y camisetas holgadas. La de Nicole era una Adidas de tirantes de color negra. Y llevaba en la cabeza un sombrero de paja estilo gánster para protegerla del sol, pues era la más blanca de las tres y el sol oscurecía sus pecas faciales, cosa que a todos les parecía adorable excepto a ella. De hecho, ese sombrero era de Sasha. Y era el que se había puesto para la fiesta en Lío. A Nicole le encantaba robarle accesorios

de todo tipo y apropiárselos. Seguramente, ya no volvería a ponérselo porque una vez lo cogía Nicole ya no le pertenecía.

Alegra llevaba una camiseta de tirantes muy finos amarillo chillón, y unas Ibi negras en los pies. Nada iba a juego con el espléndido chupetón del cuello. Pero ¿acaso importaba?

Sonreían de oreja a oreja, como dos maravillosas inquisidoras que quisieran atraer a la bruja a su terreno.

—Ay, Dios... —murmuró Sasha en voz baja, manteniendo la puerta abierta—. ¿Qué queréis?

—¿Nosotras? —dijo Nicole inocentemente—. Nada. Solo pasar tiempo las tres juntas, como buenas trillizas. Hacía años que no coincidíamos las tres. Y yo tengo varios días de vacaciones hasta que se solucione el tema de los incendios en Inglaterra. Podemos recuperar todo el tiempo perdido. ¿Qué me dices?

—No te creo del todo... —contestó Sasha.

—¿Adónde vas? —quiso saber Alegra, ubicándose en la puerta del copiloto.

—Voy a comprar a Es Tap Nou. Ne-necesito frutas y aguacates para la cena. Y tengo que ir al estudio a grabar un par de canciones...

Alegra miró a su hermana Nicole, que ya abría la puerta trasera del coche.

—¿Te vale, Niqui? —le preguntó.

Nicole se encogió de hombros y asintió.

—Como si nos vamos a buscar caracoles, querida. Vayámonos.

Sasha exhaló el aire por la boca. Les daba igual donde fuera o si tenía o no que trabajar. Solo querían hacerle un grado. Eran implacables.

—¿En serio? —dijo Sasha incrédula—. ¿Y no sería mejor mañana o pasado? Es que t-tengo mucho que...

—Mira, enana, métete en el coche ahora mismo. Vamos a pasar el día juntas te guste o no —ordenó Alegra sentándose en el asiento de piel beige del copiloto—. Y vamos a comprarte un corrector de ojeras —señaló sus ojos cubiertos por sus gafas de sol Ray Ban rojas Wayfarer—. Hay cosas que no sé de tu vida por culpa de mi exilio americano. Nicole no me las quiere contar, y quiero que me las cuentes tú.

Nicole se acomodó en el asiento trasero y le sonrió a través del retrovisor.

—Como ves, hermana, soy una tumba —le dijo—. Y ahora... —Señaló con el dedo el reproductor MP3 de estilo vintage que le había colocado al coche, junto con un equipo de audio de muchos vatios—. Ponme música que me deje sorda.

Sasha agarró el volante blanco y echó un último vistazo a sus hermanas, que no dejaban de sonreírle.

No se iban a rendir.

—V-Vale —encendió el motor—. Pero nada de montar escándalos, Balanzats, ¿me habéis oído? —cuando estaban las tres juntas, los astros se alineaban para conspirar contra el mundo en general—. Me he portado muy bien estos años, y hasta tengo muy buenos amigos en la Villa. No he causado escándalos. Pero claro, llegó Alegra, y se lió parda... Además, después de lo de la Wish Pottery y lo del ritual de Atlantis, hay que volver a la normalidad, aunque nos cueste, ¿de acuerdo? Debemos ser responsables. Nos hemos ganado el respeto de los pitiusos. No vayamos a perderlo por vuestras locuras, ¿vale?

Alegra asintió con cara de no haber roto nunca un plato, pero Nicole bizqueó.

—No vamos a hacer nada. No seas exagerada. Somos buenas.

—Claro, y Chucky también.

Sasha arrancó el coche, puso la canción de *This is what you came for*, de Rihanna y Calvin Harris y arrancó para dirigirse a la ciudadela. Nicole alzó el puño y gritó como una guiri americana, al tiempo que se sujetaba el sombrerito para que el viento no se lo arrebatara.

No sin pasar desapercibidas por los locales, fueron a comprar al supermercado, y además de conseguir todo lo que necesitaban, bajo la atenta mirada de las dependientas, Nicole se encargó de llenar un carro de bebidas de todo tipo. Sasha y Alegra se hacían cruces de todo lo que había cargado.

—¿Vas a montar una destilería? —preguntó Sasha contando hasta cuatro botellas de ron negro, y otras muchas bebidas de no menos de cuarenta grados.

Nicole las miró orgullosas y contestó.

—En Inglaterra la gente bebe más alcohol que agua. Los ingleses me han contagiado su afición a los pedos. Además, lo de esta noche es una fiesta, ¿no? ¿Qué es una fiesta sin alcohol?

Sasha oteó los tres packs de cervezas mixtas de ron, guaraná y menta que había comprado. Al lado de todo lo que había secuestrado de las estanterías su hermana mayor, lo suyo parecía un vermut de guardería.

—Y... —Alegra apareció a su espalda con tortitas de trigo para un regimiento— tú tienes la apariencia de ser alguien que necesite una buena turca para olvidar, hermanita —señaló—. Tus hermanas mayores te enseñaremos cómo se hace.

—Créeme, me he emborrachado otras veces —dijo Sasha entre dientes, mirando avergonzada a la cajera, que intentaba aguantarse la sonrisa—. Y no es nada digno de recordar.

—Perfecto —dijo Nicole pagando la cuenta—. Cóbrame —le dio su tarjeta a la cajera—. Yo tampoco recuerdo ninguno de mis comas étlicos —le explicó a la mujer a modo de confidencia.

La chica se echó a reír y añadió encogiéndose de hombros:

—Borrachera que recuerdes, no es borrachera.

—Amén —la apoyó Nicole.

Después de eso, las tres hermanas se dirigieron al Es Tap Nou, la frutería de moda del centro, que tenía un café ibicenco con una hermosa terraza donde se podían tomar los mejores zumos de frutas de la isla mientras se observaba al personal. Observar a la gente era un deporte nacional en Ibiza, porque por ahí desfilaban siempre individuos tan variopintos que no daba tiempo a que te aburrieras.

Allí, sentadas en la mesitas del exterior, las tres Balanzat ordenaron unas ensaladas acompañadas de sanísimos *smoothies* (tenían que compensar lo que iban a ingerir en la cena).

Las tres se habían pedido ensaladas con queso de cabra, y solo habían variado en los zumos.

El de Sasha de naranja, manzana y zanahoria.

Alegra de kiwi, pera y brócoli.

Y Nicole de frutos rojos y fresa.

—En serio, esta isla provoca cambios en mí. Siento desde aquí la energía de Es Vedrà, acogiéndome como los brazos cariñosos de una madre —dijo Nicole abrazándose a sí misma. Miró al cielo limpio y azul y sonrió echando la cabeza hacia atrás—. Es mi casa.

Alegra no pudo hacer otra cosa que asentir. Estaba de acuerdo con ella, y más ahora que había regresado de Estados Unidos para quedarse y para iniciar un proyecto de biología cuántica en la salud. Sin embargo, ella que había regresado después de dos *summa cum laude* en sus respectivas carreras y que tenía la oportunidad de trabajar donde quisiera, estaba planteándose el quedarse en su isla y formar su propio proyecto y su equipo de trabajo. Tendría que ver bien cuáles eran sus opciones en las Pitiusas. Y aún le quedaba todo agosto para valorarlo.

—Las Islas nos sanan como si fuéramos de su propia tierra. Es como si Ibiza fuera una enorme pecera, y cuando nos sacan de ella, nos ahogamos gradualmente. Y al regresar ¡zas! —exclamó Alegra abriendo la palma de golpe—. Te viene todo el oxígeno así, de repente —entonces miró a Sasha de reojo, que saboreaba

ensimismada su zumo de frutas, oyendo las palabras de sus hermanas en la lejanía —. ¿Te ha pasado alguna vez, Sasha?

Ella se mostró reticente a hablar de ello en un principio, pero Alegra no había organizado todo eso para desistir.

Nicole sonrió mordisqueando la caña de su bebida, pero no osó a interrumpir a su hermana. Ya iba lanzada.

—Obviamente tú has decidido vivir aquí y nosotras nos hemos ido al extranjero a estudiar y a trabajar. Pero, cuando regresaste de ese viaje que hiciste a Londres... Para sacarte un Máster en postproducción en una escuela privada de música...

—Está bien. No vais a parar, ¿verdad? —la cortó Sasha sin demasiada paciencia —. ¿Quieres que te hable de Kilian? —preguntó a la defensiva.

—¿De Kilian? —dijo fingiendo sorpresa—. No. No quiero que me hables de él. Quiero que me hables de lo que pasó en Londres —arguyó más seria—. Y quiero entender por qué razón tienes los ojos apagados. Eso es lo que quiero saber. Soy tu hermana, y sé cuando te tensas... Es como si sintiera un latigazo en el cerebro, ¿comprendes? —se señaló la cabeza—. Y he sentido unos cuantos desde que estoy aquí. Sobre todo cuando te has encontrado con él. Así que sí, quiero saber qué es lo que pasa y que me cuentes lo que le has contado a Nicole.

—Bueno —intervino la pelirroja—, en mi defensa diré que a mí no es que me haya contado nada del otro mundo... Solo que estuvo con él un tiempo en Inglaterra y su historia duró poco.

—Ah, ¿pero tuvisteis algo? —quiso saber Alegra.

Sasha, incómoda por el tema que se estaba tocando, no podía huir de allí y dejarlas plantadas. Pero es que no se imaginaban lo mucho que le dolía abrir esa caja de los recuerdos.

—Sí. Tuve... algo —reconoció dejando de lado el zumo para atacar la ensalada.

Alegra apoyó el codo en la mesa y la barbilla en la mano para mirarla con interés. Nicole hizo lo mismo, por la cuenta que le traía. También quería detalles.

—Venga, desahógate —la animó Nicole—. Tenemos todo el día. Y después te sentirás mucho mejor. No puedes beber esta noche estando triste, o el resultado será un desastre. Así que saca todo lo que tengas dentro y libérate del peso que te asfixia.

Sasha pensó que aquella sería la primera y la última vez que les contara lo ocurrido. Sus memorias eran suyas, y había tenido cuidado de enterrarlas, porque fueron dolorosas y decepcionantes.

Sin embargo, haría terapia con esa única vez. Se encargaría de purgar su culpa y su vergüenza para siempre. Y quizás, a partir de ese momento, podría mirar adelante y dejar de esperar lo que no existía para ella.

—Muy bien —suspiró rindiéndose—. ¿Hemos comprado clínex?

—Yo siempre llevo —aseguró Nicole metiendo la mano en su bolso—. No me miréis así. Todos tenemos bajones.

—Sí. Por supuesto —la apoyó Alegra—. Yo misma, antes de venir este verano a Ibiza, no era precisamente lo que se dice unas castañuelas.

—Sí. Lo sé... —se relamió los labios y empezó—. ¿Por dónde empiezo?

—Por el inicio —contestó Alegra.

—Entonces supongo que tengo que empezar diciendo que la muerte de papá lo cambió todo.

Siete años atrás

Kilian sujetaba la carta de Sasha entre las manos. Llorando como un niño, a solas, en el jardín de su casa en las afueras de Londres. Desde que la misiva le había llegado esa misma tarde habían sido ya veinte veces las que la había leído.

Aquella hoja escrita era magnética, no la podía soltar, porque en sus palabras había más alma y más cuerpo que cualquier conversación mantenida en ese país con sus nuevos compañeros y amigos.

Y no era de extrañar, porque se trataba de Sasha. Ella la había escrito. Y esa chica era lo más auténtico y puro que él había conocido. Era su mejor amiga. Su chica favorita del mundo entero, a pesar del poco contacto que tenían.

Pasó la mano morena por el papel, y volvió a leerla de nuevo.

Hola, Lian:

Supongo que te extrañará que te escriba, teniendo un correo electrónico por el que recibir mails, pero necesito hacer esto así, porque es como una terapia para mí. Me han dicho que escribir ayuda a sanar el alma, y eso voy a hacer a partir de ahora. Te escribiré cartas siempre que pueda, las leas o no. Las quieras o no.

Nunca me dejaste agradecerte personalmente el regalo que me hiciste cuando te fuiste. Estaba obsesionada con esa guitarra y no pudiste haberme dado nada mejor. ¿Sabes que le he puesto nombre? Se llama «Asesina». Porque creo que es el nombre que le habría puesto un killer como tú. Con

ella espero hacer canciones «matadoras», o como mínimo, que tengan el mismo éxito que vas a tener.

Kilian sonrió enternecido. Esa chica adoraba jugar con las palabras. Y era algo fascinante, porque tenía un problema de elocución muy pronunciado. Y, sin embargo, sabía formular frases mejor que nadie, de forma que siempre dijera algo importante o curioso.

Desde que te fuiste, hemos hablado un par de veces por teléfono. Solo dos. Y siempre has tenido prisa por acabar la conversación. No he podido contarte muchas cosas. Parece mentira, ¿verdad? Te fuiste sin mirar atrás, ¿eh?

No te preocupes. No te guardo rencor. No soy rencorosa. Cada uno es como es, y yo sé cómo eres.

Las pocas veces que hemos hablado me has preguntado por mi padre. Y te dije que mi padre estaba bien.

Pero, con todo el dolor de mi corazón, ha llegado el momento de decirte que mi padre nos ha dejado hoy al mediodía. Han sido muchos años luchando contra la enfermedad, y hoy su corazón ha dejado de latir. Supongo que esto te afectará, porque sé cuánto lo admirabas. Sé cuánto lo querías. Pero te alegrará saber que ha muerto en paz, en Formentera, en brazos de mi madre. Y sus últimas palabras han sido: «siempre os cuidaré esté donde esté».

Estoy destrozada, Kil. Me duele tanto... No sé si lo voy a poder soportar. Esto ha sido un golpe muy duro.

Kilian tuvo que parar para limpiarse las lágrimas de los ojos y frotarse el pecho. El dolor de Sasha también era el suyo.

Puedo desahogarme con Geri y hablar con él. Lo hago a menudo. Él sí habla conmigo, no como tú. Pero creo que esta carta te la debía escribir a ti. Porque tú y yo, en algunas cosas, somos parecidos.

No me imaginaba que llegaría el día en que debía acostumbrarme a vivir sin él. En teoría, la ley de la vida es así. Si todo sigue su curso natural, los padres deben irse antes que los hijos. Pero eso no consuela a nadie. No mitiga la pena ni la desesperación. Y cuando pienso que tú y Geri pasasteis por lo mismo con tu madre Juliet, y que fue todo tan repentino, no puedo entender cómo lo soportaste viviendo solo, en una ciudad nueva y rodeado de gente extraña. Tuviste que ser increíblemente fuerte. Ahora te admiro más de lo que ya lo hago, porque desearía un poco de esa fortaleza para mí. ¿Me envías un poco? ¿No? ¿No puedes? Bueno, me conformaría con uno de tus abrazos de oso. Pero eso también es imposible, a no ser que aprenda a teletransportarme, porque sé que tú no harías el esfuerzo en aprenderlo. Eres muy vago para algunas cosas.

Su madre Juliet había muerto la misma noche en la que él regresó de Ibiza. No le dio tiempo a despedirse. Murió el día de su cumpleaños. Y después de eso, lo único que Kilian pudo hacer para mitigar el dolor, fue irse bien lejos para desconectar y centrarse en conseguir su objetivo. Tenía que firmar el contrato con su nuevo club al día siguiente, y estuvo con su hermano solo veinticuatro horas, después de que su madre falleciera.

Fue todo frío. Rápido. Acelerado. Pero ya no podía cambiar las decisiones que tomó. No obstante, Sasha estaba equivocada. Claro que deseaba abrazarla. La había echado mucho de menos. La echaba de menos. Eso era algo que no iba a dejar de hacer, porque la distancia, al contrario de lo que muchos pensaban, no era el olvido.

Mi padre era la piedra angular de nuestra familia. La mía. Mi mejor amigo. Lo quería mucho. Muchísimo. Ahora siento que una parte de mí se ha ido con él.

Nicole se va a estudiar a Inglaterra. Alegra se va a Estados Unidos. Y yo, no sé... creo que cursaré la carrera de Música en Barcelona o en la Universidad de las Islas Baleares. Aún no estoy segura.

Ahora solo me quedáis tú y tu hermano. Pero estáis demasiado lejos. ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? Ojalá estuvieras aquí.

—Ojalá pudiera —susurró él acongojado. Nada necesitaba más que abrazarla y decirle que el dolor se suaviza con el tiempo, y que, al final, queda el recuerdo benévolo del ser amado. Las horas más difíciles se acababan difuminando—. Tienes que ser fuerte, niña —esperó que ella escuchara esas palabras. Se las imaginó viajando a través del viento, hasta que se colaban a través de las ventanas de su cabaña. Porque no tenía dudas de que había escrito esa carta desde su casita del árbol.

Llevo casi dos años sin verte cara a cara. Es mucho tiempo. Seguramente te tiene que parecer una frikada esta carta. Pero me ha salido de dentro hacerlo. Lo siento si te molesta. Desde que te fuiste en San Juan solo te he visto en foto. Las que han colgado los periódicos deportivos y las pocas que has pasado a Geri. Podrías haberme enviado alguna a mí. Pero entiendo que no quieras que vea lo feo que te has puesto. Horrible.

Kilian se echó a reír a pesar de las lágrimas. Sasha tenía un don con él que nunca comprendería. Le afectaba a las emociones. Por eso era tan peligrosa para él y sus intereses.

Te siento muy lejos y me da mucha pena que nuestra relación se haya enfriado así. Sé que con veinte años y todo el futuro profesional que tienes por delante como jugador de la Premier debes estar más concentrado que nunca y no tener ningún tipo de distracción. Me lo ha dicho tu hermano. Sé que le has pagado la carrera con tu sueldo como jugador del primer equipo del Arsenal tal y como le prometiste, y que ya no vais a tener ninguna dificultad económica. También sé por él que tienes hasta un tutor en Londres que cuida de ti. Y sé que no te hablas con tu padre y que has renunciado a sus apellidos. ¿Cómo puede ser que no me contaras nada de eso? ¿Tanta prisa tenías en irte? ¿En largarte de aquí? Pensaba que éramos amigos...

—Eres mi amiga —Lo era. La única amiga de verdad que tenía.

Uno no puede separarse de sus raíces de esta manera. Incluso de tu hermano. No puede ser que no os veáis. No puede ser que te hayas alejado tanto de todos.

Leerla en carta era muy diferente de hablar con ella cara a cara. Cuando escribía, Sasha parecía más madura, mucho más franca y directa. No había rastro de sus inseguridades, ni de su tartamudeo. Era extraño para Kilian saber de ella así. Pero le gustó. Le gustaba. Porque parecía escuchar una voz diferente y fuerte. Estaba madurando.

Sasha tenía razón. Su vida como deportista era una vida sin excesos, centrado solo en mejorar, en dar lo mejor de sí mismo y en convertirse en una pieza importante para el equipo. Salía muy poco. Y si se quedaba en su casa era para ver partidos de los equipos rivales, para estudiarlos.

Siempre procuraba mantenerse ocupado para no pensar en lo que echaba tanto de menos. Ni en aquellas cosas que le hacían daño. Con la mente trabajando, poco se podía recordar, ¿no?

Mi padre Ángel te quería mucho. Y debes saber que estaba muy orgulloso de ti, de todo lo que estabas consiguiendo. Él siempre me decía: «será lo que él quiera ser». En realidad, tú y Geri erais «sus hijos de verano», ¿recuerdas? Así os llamaba.

Kil volvió a frotarse los ojos y el corazón se le encogió al recordar el rostro de Ángel. Era un hombre muy bueno, amante de su familia. Un ser ejemplar.

Bueno, después de esta intromisión a tu intimidad, y de darte una noticia tan triste, viene una feliz: quiero que sepas que si no quieres que vuelva a escribirte, no lo haré, no me des ninguna respuesta. No voy a ser pesada, porque capto las indirectas muy bien. Entiendo que el tiempo crea nuevas amistades y nuevos círculos, y que para avanzar hay que dejar el pasado atrás. Pero, hay personas a las que les encanta su pasado, porque les convierte en lo que son en el presente. Yo no me puedo olvidar de ti. De

nuestra amistad. De nuestros veranos, que eran la estación más bonita del año. Si recibo una carta en respuesta, me lo tomaré como que me echas de menos, casi tanto como yo a ti, y seguiré molestándote con cartas. Y si no, diré siempre que fue bonito mientras duró. Y te recordaré con una sonrisa. Además, siempre podré presumir de que el famosísimo «Killer», uno de los mejores jugadores de Europa, me dio mi primer beso.

*Un abrazo,
Sasha*

Kilian acarició la carta por última vez y se levantó del sofá de mimbre de su jardín. Frente a él tenía una preciosa piscina climatizada, de madera, que hacía función de jacuzzi por las noches. Dobló la carta y la guardó en el sobre. Entró en su salón, tomó el marco que le había regalado Sasha en su dieciocho cumpleaños y que tenía en el mueble del salón, y colocó el sobre debajo. Siempre miraba esa foto cuando se levantaba y se acostaba. Se quedó mirando la imagen que formaban todos frente a la hoguera, en la noche de San Juan. Ángel parecía cansado, pero seguía manteniéndose fuerte. Todos sonreían de oreja a oreja y mostraban un trozo de deliciosa coca de crema entre las manos. Era la imagen de una familia feliz. Sasha agarraba a Geri y a él por los hombros y sacaba la lengua divertida.

Qué bien se lo pasaban, pensó melancólico.

Qué triste era lo de Ángel. Se consoló creyendo que su madre iba a tener a un buen amigo en el cielo. Pasó el dedo por la foto y suspiró.

Leer a Sasha había sido reconfortante. Era como llevarse un pedazo de Ibiza a tierras inglesas. ¿Por qué no iba a poder mantener ese vínculo con ella? ¿Por qué no retomarlo?

Él tenía las cosas muy claras. Sabía lo que debía hacer. Eran cartas. Solo cartas.

Cartas que sanaban un poco el corazón.

Y se escribieron.

Se escribieron cartas durante tres largos años. Y lo hicieron con una constancia envidiable, como si ninguno de los dos pudiera pasar sin escribirle al otro más de dos semanas. Lo tomaron como una rutina. Confesándose en cada epístola, contándose anécdotas de todo tipo. Sus quehaceres, sus problemas, sus desafíos...

Lo duro que eran los entrenamientos físicos; lo duros que eran los exámenes.

El frío que hacía en Londres; el viento loco que azotaba a Ibiza.

Las ideas que tenía Geri en la cabeza; lo taradas que estaban sus hermanas.

Lo raros que eran los ingleses; lo especiales y frikis que eran los pitiusos...

De repente, todo parecía importante, aunque nada lo era, excepto la necesidad de seguir conectados.

De hecho, Kilian no sabía lo mucho que la echaba de menos hasta que no empezó a hablar con ella, aunque fuera a través de ese medio. La muerte de Ángel había logrado que ellos se volvieran a encontrar. De alguna manera se decían cómo les iba la vida al uno sin el otro, y no parecía irles mal del todo. Era como si con aquel nuevo contacto, los lazos entre ellos se hicieran más fuertes que nunca.

Y en ese tiempo, nunca se escucharon la voz. Cosa que Sasha agradeció, porque se imaginaba hablando con él y trabándose por los nervios, y no le gustaba nada la imagen. Ya eran adultos. No unos críos. Como mujer, se sentía insegura cuando pensaba en él. Sentía unas ganas locas de verlo, las mismas que temían ese momento. De hecho, no sabía si iban a volverse a ver de nuevo, porque Kilian no pisaba las Pitiusas ni loco, y no iba a ver a Geri demasiado a Madrid. Y cuando lo hacía, no la avisaba.

Salía poco de Inglaterra, el país que lo idolatraba. La ciudad donde vivía y cuyo equipo representaba lo tenía como un héroe. Una especie de nuevo David Beckham. Los ingleses necesitaban que alguien llenara el hueco que había dejado él. Así que se empecinaron en convertir a “Killer” o “The beast”, como así lo habían apodado, en el nuevo Rey Midas de los medios.

Sasha se sentía feliz por él. Era realmente lo que quería, lo que había buscado toda su vida. Ser un fuera de serie en el fútbol. Pero estaba tan lejos de lo que ella deseaba para sí: la fama, la popularidad, estar en el ojo del huracán... Esas cosas mejor para quienes lo quisieran y para quienes fueran lo suficientemente fuertes para soportar la presión.

Y ese no era su caso. Ella necesitaba calma, paz y estar en conexión con la tierra para desarrollar su creatividad, su arte y su don. Así que, cuando estuvieran juntos, que iban a estarlo tarde o temprano, aprendería a mantenerse al margen, y a respetar su espacio. No debían molestarle en ese aspecto porque cada uno debía ser independiente en su parcela.

A los veintidós años, a esa edad, Sasha se licenció en la carrera de música, y pudo realizar un Máster en la Universidad de las Islas Baleares sobre Música sónica y electrónica.

Pero al ser de las mejores alumnas y conseguir la mejor nota, le ofrecieron una oportunidad que no podía despreciar de ninguna de las maneras: un Máster intensivo y especializado en grabación y postproducción musical en Londres. Y debía asistir, debía vivir un par de meses en la ciudad para realizarlo, porque era presencial.

Deseaba hacerlo, por ella, por su padre. Porque la música le había devuelto paz y esperanza, y se había convertido en un jarabe sanador para el dolor. Y quería cumplir su sueño de ser compositora y hacer canciones. Pero más anhelaba ver a su agaporni por fin. Si Kilian supiera que ella lo llamaba así, no le haría mucha gracia. Y más ahora, que parecía un gladiador.

No iba a obligarlo a aceptarla. Kilian tenía una manera de ser muy especial, le gustaban las sorpresas, pero solo las que él pudiera controlar.

Seguramente, le asustaría y le desequilibraría un poco verla allí. Seguro que destaparía una caja de Pandora de los recuerdos y quizás, solo quizás, de repente quisiera mantener las distancias con ella.

O en el mejor de los casos, daría un paso al frente por fin, y al verse las caras de nuevo, su mágica conexión Balanzat haría un clic para siempre y la reconocería como el amor de su vida. Y ya no se alejaría de ella nunca más. Pero eso estaba por ver. Porque era muy huidizo y rápido como una gacela.

A Sasha no le hacía falta reconocerlo. Él era el alma que la llenaba y la complementaba. Lo fue desde siempre. Lo tenía asumido desde hacía muchísimos años.

¿Qué podía perder? Hasta entonces su relación especial se mantenía a distancia, no sabían lo que eran el uno para el otro, pero necesitaban ese intercambio de información cada dos semanas.

Si ya estaban alejados, y Sasha no lo tenía con ella, era como si ya hubiera convivido con el «no» desde hacía tiempo. Y cuando ya se tenía el «no», y se daba el paso para el “sí” había mucho que ganar, y nada que arriesgar.

Así que jugaría esa baza. Lo decidió nada más le ofrecieron el Máster.

Iba a presentarse en Londres, acompañada de una maleta con su ropa, su portátil mac, su libreta de composiciones, y Asesina. Asesina la acompañaría siempre.

No le diría nada a Kilian, hasta que se la encontrara de frente. Así no tendría margen para maniobrar y no podría buscarse ninguna excusa para no verse.

Porque los asuntos pendientes debían enfrentarse.

No podría esquivarla eternamente.

8

Kilian sabía ser muy detallista. Y ella le importaba. Cuando Sasha tomó el avión hasta Londres, pensaba sobre ello. La guitarra que le regaló era una Dean E Plus en un acabado negro clásico. Y no era una guitarra cualquiera. Estaba hecha especialmente para zurdos.

Ese detalle revelaba lo mucho que Kilian se preocupaba por ella, la atención que ponía en sus señas personales. Porque era zurda. La guitarra que había en el escaparate, la que la tenía obsesionada, era para diestros. Tuvo que pedir que le trajeran una adecuada para ella. Se había esforzado en conseguir lo mejor, lo idóneo. Y había dado en el clavo.

Es cierto que él se fue. Que abandonó todo y decidió no mirar atrás. La dejó.

Pero habían muchos modos de irse y dar carpetazo. Y Kilian lo hizo dejando huella, como era él. Le dio a entender con ese regalo que nadie mejor que él sabía qué quería y qué necesitaba. Tal vez era un modo egoísta de decir adiós, porque la dejó tocada, pensando en él, agradecida por ese regalo y soñando con que algún día ella tendría la oportunidad de darle la réplica.

Nada perdía intentándolo.

Se cargó la guitarra a la espalda, y arrastró su maleta Samsonite por el pavimento. El aeropuerto de Heathrow era de los más concurridos del mundo, tenía cinco terminales.

No iba a hacerse la valiente ni a fingir que no sentía pavor ante aquella aventura nueva.

Sabía hablar inglés, aunque podría perfeccionarlo. Seguro que se las apañaría a pesar de su tartamudez. Pero era un país extranjero, que no conocía, una cultura diferente... Ella nunca había viajado fuera de España. Normal que sintiera el respeto que sentía.

Sin embargo, pensó en Kilian, en todo lo que tuvo que pensar al aterrizar en tierras extrañas, solo, con el peso de la muerte reciente de su madre sobre sus hombros y entonces se dijo: «si él pudo. Yo también».

Así que, armándose de valentía, decidió alzar la barbilla, mirar al frente e ir a por su sueño. Aquel Postgrado en Música la convertiría en una creadora y compositora muy completa. Era toda la formación que necesitaba, seguramente más de la que ella en un principio pensó que le haría falta. De pequeña, suponía que solo necesitaba su guitarra para convertirse en cantautora. Pero no fue así. Además, ella quería mucho más. Quería crear éxitos, canciones, construirlas desde el principio hasta el final, encargándose de los arreglos, la producción y la postproducción. Quería saber hacerlo todo y no depender de nadie para lograr sus propósitos. Y con todo lo que ya sabía, solo le faltaba montar su propia productora, su estudio de grabación, todo lo que requiriese, y ponerse manos a la obra. Y aquel último Máster que haría de corta duración sería la guinda del pastel.

Pero para ser franca, pasar unas semanas en Londres le daba la oportunidad de estar en la misma tierra que pisaba el hombre que amaba. Ella pisaría bien fuerte cuando diera con él, se reafirmaría y afianzaría en su decisión de demostrarle que debían estar juntos.

Podría dedicarse a su profesión en cualquier parte, eso no era problema. Bueno, echaría mucho de menos a sus Pitiusas y a su madre, su abuela, su perro... En fin, fuera como fuese, estaba adelantando acontecimientos, y lo primero que tenía que hacer era ir al hotel donde se hospedaría durante aquel mes y medio que duraba el curso, dejar su maleta y sus cosas e instalarse. Cuanto antes se aclimatase, antes se haría con todo.

Kilian no estaba seguro de si hacía bien o no al ir a buscar al aeropuerto. Su hermano Geri le había dado el número de vuelo y el horario de llegada, y le había pedido por favor que cuidase bien de ella. Que Sasha no se esperaba que él la fuera a buscar y que eso la impresionaría.

No hacían falta esos toques de atención. Sasha era muy preciada para él. Nadie la cuidaría mejor mientras estuviera en Londres.

Ella no le quiso dar ninguna información sobre cuándo llegaría su avión porque no quería molestarlo, pues sabía que debía estar concentrado con el equipo, y más ahora que se acercaban las semifinales de la Cup. Y el Arsenal tenía posibilidades de hacerse con ella. En la liga iban segundos, con posibilidades de colocarse primeros si ganaban al Chelsea, entonces líder, y con quién se enfrentarían en dos semanas.

Pero no podía permitir que Sasha anduviera sola por Londres, cuando él podría hacerle de guía, de taxista y de lo que necesitase.

Era su mejor amiga. Estaba loca si pensaba que no iba a hacerse cargo. ¿Qué tipo de anfitrión sería?

Poco a poco, acelerando suavemente con su Ferrari negro, que todo el mundo miraba, se aproximó a la puerta de salida que se suponía que Sasha cruzaría en cualquier momento.

Y entonces, sus ojos autómatas se movieron en una dirección concreta, como si antes de reconocerla y verla, su instinto la detectase.

Cuando la miró, Kilian se quedó perplejo. Entre las cartas no se enviaban fotos, era como un pacto silencioso acordado tácita e inconscientemente, como si verse fuera demasiado para ellos y eso rompiera la magia de las palabras. Y, sin embargo, ahora se embecía de ella como si fuera la primera vez. Todo un impacto.

Sasha era una mujer. Toda una mujer de gráciles curvas que cubría con mucho estilo. Dios, era preciosa.

Kilian se quitó las gafas Lo&Lo que llevaba, de pasta negra y cristal reflectante, para poder estudiarla como un voyerista desde su vehículo, sin alterar sus formas y sus colores.

Tenía una sonrisa sempiterna en sus labios, mullidos como los de un bebé. El rostro se le había afilado dejando unos rasgos sutiles y atractivos: los pómulos ligeramente altos, la nariz chata, y esos ojos enormes... Joder, eran increíbles. Desde donde estaba podía divisar su color. Oro y caramelo. Brillo y dulzura.

Se pasó los dedos por el flequillo, y él no pudo más que sonreír. Ese gesto la perseguiría siempre. Como cuando era pequeña.

Se aproximó a ella por el carril derecho, lentamente. Sasha se dirigía a la zona de los taxis.

Todo el mundo había advertido el Ferrari. A todos les podía la curiosidad y querían ver quién lo conducía, pero tenía los cristales tintados. En cambio, a Sasha esas cosas parecían no llamarle la atención. Como si la ostentación de poder no fuera más que una vana distracción que la alejara de lo que realmente importaba.

Antes de que se colocara en la cola, Kilian bajó el cristal automático de su lado derecho. Sasha tendría que rodear el coche y montar en el lado izquierdo. Aquello era Londres. Se conducía al revés.

—¿Dónde vas sola, niña?

Sasha, ensimismada con la guía de Londres entre las manos, alzó la mirada y la fijó en aquella voz conocida, aunque surrealista en ese instante.

Dentro del Ferrari negro, ocupando gran parte del espacio entre el volante y el sillón de conductor, se encontraba Kilian. Las gafas impedían que le viese bien los ojos, pero no importaba. Era él.

Él embutido en una camiseta negra de la marca deportiva que lo patrocinaba. Se le marcaban los músculos y las venas de los antebrazos, y agarraba el volante con convicción.

Lo cierto es que podría intimidar a cualquiera, con esa presencia de chico malo y canalla. Pero a ella no. A ella la dejaba sin palabras, y no era por miedo o respeto. Era porque Lian era de ella. Y así sería siempre. Y se llenaba de orgullo por pertenecerle, aunque él, en cuestión, aún no estaba preparado para aceptarlo. Por eso estaba ahí. Para demostrárselo de una vez por todas y dejar de ponerse trabas en el camino.

—¿Pero qué haces a-aquí? —le dijo aún sin saber reaccionar.

—Pasarte a buscar —apretó un botón de la consola y la puerta se abrió automáticamente.

—P-pero no hacía falta...

—No me discutas —la censuró—. No voy a dejarte sola en esta ciudad. Estando yo aquí no deberías coger taxis ni coches ni nada de eso.

—Pero, sé ir a los sitios sola. Me sabe mal que...

—Sushi —la señaló con el dedo. A veces la llamaba así para hacerla rabiar un poco, en tono broma. Como cuando eran pequeños—. No hay más que hablar. Sube.

Ella arqueó una ceja y lo miró sorprendida por su tono. Obviamente, era un hombre que estaba acostumbrado a que se hiciera lo que él dijese. Con su popularidad y su poder, lo llevaba todo bajo control. No sería ella la que le montase el numerito en pleno aeropuerto, le daba vergüenza que la mirasen todos como lo hacían en ese momento, pensando: «¿qué hace esa palurda con alguien con un coche como ese?».

Pero le dio igual. Nunca había hecho caso de las habladurías cuando era niña, no lo haría ahora que había madurado. Guardó la maleta en el maletero que se abrió solo, y después entró en el coche por el lado izquierdo.

Antes de arrancar, Kilian la miró de arriba abajo, sin decir una palabra. Era como si valorase los cambios que el tiempo había dejado en su cuerpo.

—¿Ya? —espetó divertida—. ¿Todo bien, doctor? ¿Hay algo que no e-esté en su sitio?

Kilian sonrió y negó con la cabeza. No tuvo la decencia ni de sonrojarse, como si eso fuera lo más normal del mundo.

—Está todo en su lugar. Pero rece dos ave marías cada noche, por tener cuerpo de pecadora.

Sasha dejó ir una carcajada mientras se ponía el cinturón.

—Eres tonto.

Él se encogió de hombros y arrancó apretando el acelerador.

—Perdona que no haya salido del coche para ayudarte a cargar la maleta.

—Puedo perfectamente s-sola —señaló aún en *shock* por estar con él nada más salir del aeropuerto—. Gracias por venir a buscarme.

—Soy un caballero inglés, señorita. Inglaterra me ha reformado.

—No lo dudo. Inglaterra y Geri, ¿verdad? Ha sido él quien te ha informado.

—Por supuesto. De verdad que siento no haberte ayudado a cargar la guitarra y tu equipaje. Pero es que si salía, la gente me reconocería, y sería un poco incómodo para todos. Sobre todo para ti. Que odias las multitudes.

Ella lo miró con atención, entrecerrando sus ojos dorados. Le gustó que tuviera en cuenta sus necesidades antes que las de él.

—No de-debe de ser fácil ser tú ahora mismo. La f-fama, los periodistas, la gente que siempre quiere a-algo de ti...

Él se encogió de hombros.

—En realidad no está tan mal. A mí me gusta.

—¿En serio?

—Sé cómo llevarlos, son como una jauría de dobermans hambrientos. Y siempre quieren el mismo menú. Lo importante —dijo arqueando las cejas mientras se detenía en un semáforo— es saber qué y cuándo darles de comer.

—Caray —exclamó divertida—, te has c-convertido en todo un sabio.

—Qué va —sonrió él—. He aprendido a relativizar.

Relativizar, pensó Sasha. Kilian había aprendido a darle a las cosas un valor menor de lo que tenían. De ese modo nunca se las tomaría en serio. Era una manera de protegerse.

—¿Me dijiste que tu hotel es el Caesar?

—Sí.

—Bien. ¿Prefieres quedarte en el hotel o venirte a mi casa? Tengo habitaciones de sobras y ahí no te faltará de nada. Además tienes que conocer a Kelly.

—¿Kelly? ¿Qué Kelly? —dijo en alerta.

—La kellympia.

—¿Hablas en serio?

Él se reía de su propio chiste y ella puso los ojos en blanco.

—Se llama así. Es la que me ayuda a sobrevivir.

—Ah, ¿pero se llama Kelly de verdad?

—Joder, que sí —él cada vez se reía más, y contagiaba la risa a Sasha.

—¿Es tu ama de llaves?

—Por así decirlo, sí.

—¿Solo tu a-ama de llaves? —hacerle ese tipo de preguntas no le gustaba nada, pero necesitaba saberlo.

—¿Qué? —frunció el ceño—. ¡Claro!

—A ver, ¿cuántos años tiene?

—Cincuenta.

—¿P-pero los cincuenta de Sandra Bullock, o de Demi Moore? No te rías. Te lo pregunto muy en serio, que nos conocemos y sé el tipo de bicho que e-eres con las

faldas.

—Me ofendes —replicó él—. Soy muy selectivo. Tiene los cincuenta de Whoopi Woldberg.

Ella respiró más tranquila aunque lo disimuló muy bien.

—¿Es inglesa?

Él negó con la cabeza.

—Es mejicana. Vino aquí enamorada. Pero un día, el amor se le rompió, se quedó sin techo y vio que tenía que ponerse a trabajar si quería salir adelante. Se encarga de mi casa desde hace tres años.

—¿Tres años? ¿Por qué no me has contado nada de eso?

—Porque no le di ninguna importancia —contestó sin comprender la pregunta—. Mi casa es enorme, y en las habitaciones se estaban creando especies nuevas de telarañas. Necesitaba a alguien que pusiera orden. De hecho, el Club fue quien me la facilitó.

—Ah, ¿y qué más no me has d-dicho? —se cruzó de brazos poniéndolo a prueba—. ¿Vives con un tigre que se llama Currupipi?

Él la miró de reojo y se mordió el interior de la boca para no reírse en su cara.

—No. Vivo solo. La única mujer que hay en mi vida es Kelly. Por lo demás, mi vida aquí es muy aburrida... De casa al Club. Del Club a casa. A veces salgo con los compañeros, pero más bien poco. Ya lo sabes. Bueno, ya nos pondremos al día de todo. ¿Qué me dices a lo de hospedarte en el Hotel Kilian?

Ella negó en rotundo. No quería ser una molestia, ni que él estuviera pendiente de ella. Sasha venía a estudiar, y también a decirle a Kilian lo que significaba para ella. Pero no podía hacerse pesada. Cada uno debía tener su intimidad. Y él debía venir a ella cuando le apeteciera, no por obligación.

—No, muchas gracias por el ofrecimiento. Pero p-prefiero el hotel. Tengo mucho que hacer durante el día. Y no quiero m-molestar. Además, tendré que hacer

prácticas y posiblemente estaré con programas musicales abiertos ca-casi todo el rato. Puede ser molesto para ti.

—Tú no molestas —la cortó.

Ella ocultó una sonrisa.

Habían cambiado, eran personas adultas. No sabía cuánto quedaba del Kilian de las Pitiusas en él. En las cartas que se escribían él se abría y le contaba cómo le iba el fútbol y sus pormenores, y algunos detalles más que a ella le gustaba saber, pero no determinantes para averiguar en qué punto estaba. No le hablaba de cosas demasiado personales. A Sasha le gustaba cómo se expresaba y adoraba su caligrafía, porque solo la entendía ella. Tenía letra de doctor. Pero había un sutil hermetismo en su modo de explicar. Como si se escondiera y no quisiera que nadie lo encontrase.

Como fuera, ella sería muy paciente con él y todo lo atrevida que no había sido hasta entonces para sacarlo del cascarón y mostrarle que vivir solo era aburrido. Que la vida era mucho más hermosa si se compartía con la persona adecuada.

El hotel Caesar tenía una ubicación perfecta para ella. Estaba a tiro de piedra de Notting Hill, de Oxford Street, Hyde Park... De todos los rincones más especiales de la ciudad londinense donde se mezclase la comida, las compras y el ocio.

A pesar de ello, se encontraba en una zona residencial, y tenía más de ciento cuarenta habitaciones. Su fachada era blanca, de estilo victoriano.

Cuando el Ferrari se detuvo frente a la entrada del hotel, Kilian tampoco salió del coche.

—Es aquí —dijo mirando el frontispicio del inmenso edificio—. ¿Vas a estar bien seguro, Sushi? —preguntó preocupado.

—Lian.

De repente, Sasha posó su mano derecha sobre la izquierda de él que sujetaba el cambio de marcha. Y sucedió lo que siempre les había sucedido. Una chispazo eléctrico les recorrió el brazo. Su piel más pálida hacía un maravilloso contraste con la piel morena de la mano grande del futbolista.

Kilian se quedó mirando fijamente la delicadeza de la mano de Sasha.

—Te has cargado de electricidad. Es por las suelas de goma de tus Roshe y el suelo del aeropuerto —dijo extrañado—. Y este coche, claro —bromeó— que lo atrae todo. Incluso los rayos.

«Lo que tú digas», pensó Sasha divertida.

—Voy a estar p-perfectamente —dijo ella con suavidad, ignorando todas las tonterías que había dicho—. N-no tienes que p-preocuparte. M-me voy a instalar. Y cuando tú p-puedas y quieras, me llamas p-para que hagamos algo. ¿Va-vale? —lo miró a los ojos y sonrió—. No quiero ponerte en ningún compromiso. Yo estaré aquí seis semanas, así que cuando creas que puedas y te apetezca, ya sabes —hizo el símbolo del teléfono con la mano.

Él no pudo sostenerle la mirada. Los ojos de Sasha siempre lo dejaban atrapado en universos y realidades que él no lograba comprender. Y cuánto más los miraba, más lo engullían. Por eso solo podía mirarlos durante un corto espacio de tiempo.

—De acuerdo —dijo con el puente de la nariz rojo.

Sasha no se lo podía creer. ¿Se había puesto rojo?

—Y, otra cosa —añadió para rematar. Se quitó el cinturón de seguridad y tomándolo de la barbilla le dio un beso en la mejilla porque, sencillamente, no podía no hacerlo. Uno que transmitía la felicidad que sentía, y el amor que le tenía, aunque nunca se lo hubiera dicho—. Estoy muy contenta de v-verte. G-gracias por venir a recogerme.

Después de eso, salió del coche, recogió su maleta, su bolso de mano y la guitarra.

Kilian la observó entrando al hotel.

Admiró sus pasos gráciles, la manera en que su cuerpo se bamboleaba como si bailara con un tipo de música que solo ella escuchaba.

Ella se dio la vuelta y alzó la mano para despedirse. Kilian hizo lo mismo hipnotizado.

Cuando ella desapareció tras la elegante puerta de entrada, apoyó la cabeza en el respaldo cervical y cerró los ojos.

No sabía si alegrarse de que ella estuviese allí, o pensar que era un desastre. Las cartas las podía controlar. No eran peligrosas.

Allí, no había ojos que mirar y en los que perderse para siempre.

Con la sensación eléctrica todavía removiéndose en el pecho, «La bestia» arrancó para alejarse del hotel y del influjo ilusionista que esa chica vertía en él.

Después de los años, absolutamente nada había cambiado. Y eso, aún seguía asustándolo.

Le gustaba su hotel. Estaba conforme con su habitación. Y no tardó en sentirse cómoda en aquel habitáculo en el que ella se sentiría resguardada y en el que, probablemente, con sus cascos Bosé negros, trabajaría y estudiaría durante una larga temporada. Sus ventanas daban a la entrada principal de la calle y tenía luz todo el día y también tele por cable.

Hacía cinco horas diarias en la Royal Academy of Music en la carretera de Marylebone, cerca de Baker Street. Elton John, Annie Lennox, Michael Nyman eran unos de sus muchos ilustres alumnos que habían estudiado en aquel conservatorio, que formaba parte de la Universidad de Londres. Ofrecía además un gran abanico de oportunidades en solitario o en grupos para participar en prestigiosos eventos con artistas de lujo y ya reputados.

A Sasha no le costó nada adaptarse a su nueva vida londinense. Aquello era lo que siempre había buscado. La beca le pagaba hasta las dietas, así que casi nunca estaba

en el hotel excepto para dormir.

Llevaba una semana ahí y ya sabía que era lo que necesitaba.

Independencia. Libertad. Formación. Y también desconexión. Le encantaba ir a visitar lugares e impregnarse de los olores y los colores de su nueva ciudad.

Porque allí, Sasha no solo perseguía finalizar la consecución de sus sueños como músico, sino también esperaba sanar heridas y sensaciones agridulces. En Es Cubells había mucha energía aún dolorosa por la muerte de su padre. El tiempo debía sanar esas heridas, pero, aún seguían ahí, como si la puerta de Ángel no se hubiese cerrado, como si ellas y sus pensamientos no lo dejaran irse, y le obligaran a compartir su pena en ese plano.

Por eso, tomar distancia la ayudaba a purgar y a limpiarse. Aunque estaba en contacto siempre con su madre Amanda y Mamá Pietat, y no se olvidaba de ellas. Pero la tierra de por medio, que también servía para enterrar u ocultar, la ayudaba a focalizar y a centrarse en acabar aquel camino elegido sin remordimientos ni cargas de más.

El curso de producción musical le gustaba mucho y, aunque había algunas palabras de difícil comprensión para ella, se las apañaba muy bien.

Sasha tenía un oído musical exquisito y poseía algo muy especial. Era el Don. Y el profesor, Richard Prime, que a su vez era un importante productor musical que tenía contactos con grandes estrellas de la música, lo había visto enseguida. Su manera de mezclar, de dar importancia y voz a algunos instrumentos en el momento adecuado de la canción, de añadir ritmo o quitarlo, de imprimir fuerza o disminuirla... eso no se aprendía. O se tenía o no se tenía. Y la Balanzat lo tenía de sobra, exudaba arte por cada poro de su piel.

Por eso Richard hacía mucho hincapié con ella. Porque, si controlaba los programas de edición, y se le añadía su talento natural, ella sería su propia jefa, su propia empresa. Y estaba convencido de que llegaría muy lejos. Puede que no fuera cantante, porque su voz no era excesivamente fuerte ni portentosa, pero si quisiera, también podría serlo, porque había algo en la cadencia de sus melodías, en su vibrato, y algo también en su modo de conjugar palabras, que hacía que sus

composiciones fueran mágicas, pegadizas y muy musicales. Y eso era éxito garantizado.

—Lo haces todo perfecto —le dijo Richard un día al acabar la clase—. Eres la mejor alumna que ha pasado por aquí. Y yo, que me dedico a esto, sé ver un diamante en bruto cuando se me pone delante.

Sasha recogía su iPad con su teclado en el que tomaba todos sus apuntes y trabajaban con algunas aplicaciones musicales. El tono en el que su tutor le habló amagaba un «pero». Así que ella alzó la cabeza y le preguntó con educación:

—¿Pero?

Richard, que tenía el pelo blanco sujeto en una coleta baja y la barba del mismo color perfectamente rasurada, curvó los labios de manera ascendente.

—Pero... —movió su dedo índice oscilándolo repetidamente—. Los grandes compositores tienen la capacidad de dejarse llevar por sus emociones. La mayoría son viscerales y apasionados. Podría hablarte de muchos de ellos y de los grandes éxitos que han ido dejando tras de sí. Sin embargo —se acercó a ella y la miró a través de su espeso flequillo— tengo la sensación que te escondes detrás de una cortina —le tocó el pelo de la frente y se lo retiró de manera paternal—. Es como si no quisieras que te encontraran.

Ella enmudeció al oír aquellas palabras.

—¿P-porqué dice eso? —preguntó guardando su iPad en su bolso tipo capazo y cruzado, de la marca Kipling que se había comprado en Oxford Street, y que era de piel negra.

—Porque eres increíblemente sensible. Tienes un gusto exquisito para los sonidos y las melodías. Y tu idioma es la música. De eso no hay duda. Pero el músico, el pintor, el escritor, el artista en sí mismo y que crea algo nuevo y demoledor es porque comprende el sufrimiento y la alegría. El dolor, la impotencia, la desesperación del alma... Él es el único que conoce todos los colores, incluso los que no se ven. Tu espíritu, tu esencia, es brillante... Es color de rosa. Pero tienes que aprender a sacar tus letras y tus melodías, no solo de aquí —le tocó la frente—, ni de aquí o aquí —hizo lo mismo con el oído y el centro de su pecho—. Sasha, tienes

que ir a lo más profundo. A las vísceras —él mismo se llevó su mano al estómago—. A la gama entera de colores. De aquí sale mierda, pero muchísima verdad. Y por tanto, también sale luz. Aprende a crear con todos los sentidos, los que te ensalcen espiritualmente, y los más primitivos y terrenales, los que te hacen humana. Solo así conectarás con todo. Así harás verdadera magia.

—¿C-cómo se hace eso? ¿Cómo conecto con esa parte de m-mí misma que desconozco? —quiso saber. Aquel hombre era una eminencia, y un sabio.

Richard hizo una mueca. Sabía la respuesta, pero no se la diría con tanta facilidad. Salió de clase con ella, y al apagar la luz del aula-estudio contestó:

—En realidad, solo el lodo puede enseñarte esa parte de ti que aún no ha salido. Tendrás que ensuciarte, querida. Y para eso, es la vida quien debe darte la oportunidad de arrastrarte por él. Porque descender al abismo, es siempre una oportunidad, no una desgracia. Nunca lo olvides.

«Componer desde la vísceras», pensaba Sasha al salir del conservatorio.

Nunca nadie le había hablado así. Aunque, bien mirado, nunca había tratado con nadie de la calidad y la reputación del profesor Richard. Él sabía de lo que hablaba, y más cuando coleccionaba éxitos que medio mundo tarareaba.

Jugaba con un mechón de su pelo, ensimismada con sus pensamientos, cuando escuchó que alguien la llamaba:

—¡Eh, Sushi!

No podía ser otro que Kilian. Nadie más la llamaría así. Y menos en español.

Se sorprendió porque él le dijo que antes de quedar la avisaría con antelación, y no se esperaba que la fuera a buscar por sorpresa. Había estado la semana muy atareada, trabajando y haciéndose con la mayoría de programas en inglés con los que debía producir. Había hecho turismo, y se había dedicado a ver series inglesas.

Y así, manteniéndose ocupada, no tuvo que pensar en si él la llamaría o no, o si ese era su modo de decirle que pasaba de ella.

Por tanto, verlo la alegró y también borró de un plumazo sus inseguridades.

—¿Qué ha-haces aquí?

—Paso a buscarte.

—Te gusta la discreción, ¿eh? —bromeó Sasha al comprobar que todo el mundo se centraba en su deportivo negro.

Kilian hizo un movimiento con su cabeza y exclamó:

—Sube. Te llevo a cenar.

—¿A cenar? —ella se miró las ropas. Unos tejanos ajustados y desgarrados en los muslos, una camisa negra con labios rojos estampados, y en los pies unas converse oscuras. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas flojas a cada lado, y ni siquiera iba muy maquillada. Tan solo llevaba los ojos ahumados y brillo de labios. Pero cargaba con el bolso y grandes dosis de ilusión por estar con él a solas en cualquier parte. El problema era que a su lado, parecería una piltrafilla—. No voy arreglada. No habíamos quedado.

—No seas tonta —la reprendió él—. Siempre estás guapa. O, ¿acaso ya tenías plan? —en ese caso sería un presuntuoso por creer que ella no tendría nada mejor que hacer.

—Tengo un p-plan maravilloso con un Mc Donald's y *Friends*.

Kilian dibujó una sonrisa sosegada en su cara.

—Venga, entra. He reservado mesa —miró a través del retrovisor—. Rápido, Sushi, antes de que provoquemos una caravana.

Al final, como no podía ser de otra manera, accedió. Tendría pocas posibilidades para cazar a Kilian, compartir tiempo con él y hacerlo además con la guardia baja. Cualquier ocasión sería buena para hacerle ver la realidad.

—¿Adónde me llevas?

—Eso ya lo verás.

¿Qué hacía ahí? Pues no estaba seguro de la respuesta. En un acto de impulsividad, y siendo viernes, cuando al día siguiente tenían partido, decidió que era momento de estar con Sasha. De verla otra vez.

La chica se había pasado la semana sola, no había quedado con ella, aunque tampoco había podido. El entrenador les tenía prohibido salir después de los entrenamientos, los quería totalmente concentrados, y tenían un toque de queda muy estricto.

Pero, como siempre le pasaba con ella, sus ganas de verla podían más que los toques de queda o las prohibiciones.

Esa chica poseía un magnetismo fuera de lo común. Si se encontraban en el mismo territorio, lo atraía a su vera. Tenía un carisma que siempre lo afectaba. Como sucedió cada verano en las Pitiusas.

Al irse a vivir a Inglaterra, puso tierra de por medio y con ello, parecía tener esa incomprensible atracción a raya. Pero desde su llegada, Sasha, involuntariamente, ejercía ese encanto sobre él, hasta el punto de que no había dejado de pensar en ella. Incluso el entrenador Leonard le había preguntado si estaba bien, cuando él siempre estaba concentrado y preparado de cara a los encuentros.

La miró de reojo, sin que ella se diera cuenta, a ver si por un casual averiguaba qué era lo que más lo intrigaba. Pero en su delicado perfil y en su pose relajada no habían intrigas de ningún tipo. Solo era Sasha. Solo ella. Un vieja amiga. La mejor. La que era diferente al resto.

Se habían escrito muchísimas cartas desde que retomaron la relación. Seguramente tendrían muchísimas cosas de las que hablar y recordar, mucho que explicarse. Pero en ese momento, parecían estar a gusto con el silencio. Y eso no le

pasaba con nadie. No estaba cómodo en situaciones en las que la gente se quedaba callada porque no sabían qué decirse.

Pero en el coche, ellos dos estaban callados porque disfrutaban de lo que se decían de ese modo, o de lo que no hacía falta mencionar.

—Solo e-espero que donde sea que me lleves no desentone mucho. Ya sabes que mi nivel adquisitivo no es el tuyo ahora. Tal vez cuando cree grandes éxitos y me paguen cantidades indecentes por ello podré e-equiparme. Pero a-ahora, soy más de P-Primark que de P-Prada.

—Relájate —dijo pausadamente.

—No, no. Tú vas perfecto. Con t-tu Rolex en la muñeca, tu cochecito, tu r-ropa y tu... tu sonrisa.

—Mi sonrisa —su ceja salió disparada hacia arriba.

—¡S-sí! Da igual —miró por la ventana avergonzada—. No me gusta dar la nota. No me gusta que me m-miren y menos si no voy ade-adecuadamente.

—A ver, Sushi —Kilian posó su mano sobre la de ella. Negó con la cabeza al sentir de nuevo el chispazo—. Deja de refunfuñar. Es una sorpresa. Nunca haría nada que te hiciera sentir mal. ¿O crees que sí?

Sasha fijó sus ojos en sus manos medio entrelazadas y se mordió el labio inferior. Puede que no lo hiciera conscientemente.

—Sé que no —contestó ella retirando suavemente la mano y posándola sobre su muslo—. Pero voy c-casi como una hipster. Y tú... pa-pareces un maldito hombre de portada.

—Bueno —Kilian se encogió de hombros con normalidad—. En realidad, lo soy —le guiñó un ojo—. Me pagan por ello.

Sasha resopló al captar la sorna en su voz.

—¿Y si te hacen una foto sin querer, y salgo yo como Winona Ryder en Reality Bites? S-sería un d-desastre.

Kilian abrió la boca y emitió una fuerte carcajada, para añadir de forma casual, sin darle demasiada importancia:

—Tú eres mucho más guapa que Winona. Lo que te pongas, querida —aseguró poniendo acento inglés—, poco importa.

La llevó al The Five Fields, pequeño y acogedor restaurante en Blacklands Terrace.

Aparcó el Ferrari justo delante de la puerta, como si hubieran reservado esa plaza solo para él. Y esta vez sí, Kilian, silbando despreocupadamente, fue a abrirle la puerta y la ayudó a salir.

Sasha aceptó su mano sin tomárselo demasiado en serio.

Cuando se apeó del coche, miró la fachada de ladrillo blanco de aquella casita londinense de tres plantas esquinera, cuyo toldo gris cubría parte de la entrada que, como excepción, habían pintado de verde pistacho.

Y le gustó. A Sasha le gustó, porque no parecía nada pretencioso. Sino, un lugar tranquilo y resguardado en el que estar a solas y cenar, disfrutando de la intimidad y el amparo de una conversación con un buen amigo.

—Ven, entremos —Kilian la tomó de la mano y tiró de ella hasta la puerta de entrada, que ya había abierto un chico del servicio, vestido con camisa blanca y pantalones negros y un estupendo acento inglés. Saludó a Kilian con un educado «Sir» y les dejó pasar al interior.

Sasha podría haberse fijado en la exquisita decoración de las salas, pues había más de una, aunque todas pequeñas e íntimas. Podría haber admirado la delicada tapicería de los sillines, o la galana mesa preparada justo en el centro de una de las estancias, delicadamente iluminada con velas. Esa estampa la dejó impactada, no lo negaría, pero lo que de verdad la enmudeció fue que allí no había nadie más, excepto ellos.

Ella se dio la vuelta aturdida y abrumada, y lo miró de frente.

—¿Kilian?

—¿Sí?

—¿Estamos s-solos?

Él asintió, y guiándola hasta la mesa, donde retiró su silla con educación para que ella se sentara, añadió:

—Lo he reservado solo para nosotros. A mí no me gustan los paparazzis, y a ti tampoco te gusta que te observen. Así estaremos más tranquilos —la acercó con suavidad a la mesa, después la rodeó y se sentó frente a ella con una enorme sonrisa.

Siempre fue consciente de lo poderoso que era y sería Kilian a nivel monetario, siendo un jugador de élite y codiciado por toda Europa, pero comprobarlo de primera mano, con la soberanía con la que pedía las cosas y los demás otorgaban, hizo que advirtiera el cambio absoluto en sus realidades.

Ella no había cambiado tanto; seguía amando las Pitiusas, y su sueño era triunfar sin exponerse demasiado, haciendo lo que más le gustaba: componer. Pero él... caramba, él era una especie de Emperador en aquel país, de un nivel que ella no sospechaba hasta ese momento.

—Me siento un poco intimidada.

—¿Por qué? —preguntó extrañado—. No tengas en cuenta nada de esto, por favor. No lo he hecho para alardear. Soy tan celoso de mi intimidad como tú de la tuya.

—Bueno, si tú lo dices —dijo con la boca pequeña.

Aquello era de ensueño para ella. Las velas, la música de fondo. Él. ¿Todo eso lo había hecho por ella? No sabía ni qué decir.

—Sasha —Kilian le llamó la atención para que se centrara solo en él—. Tenía muchas ganas de estar a solas contigo —y no mentía. Quería comprobar si era capaz de fluir con ella en persona, como lo había hecho con las cartas. Y no sabía

cuánto la había echado de menos, hasta que la vio en el aeropuerto, con su maletita, sin grandes pretensiones y un futuro lleno de sueños—. Aquí podemos disfrutar sin tener en cuenta si tú estás vestida para la ocasión, o si entra alguien para hacerse un selfi conmigo, o un periodista para preguntarme si eres o no eres mi novia. No quiero que te molesten.

«¿Su novia? Ojalá», pensó Sasha. Lo serían. Estaba escrito.

—Está bien —sonrió para sacarse los nervios de encima—. Bueno, ¿qué se come aquí?

Kilian se relajó y llamó a uno de los dos camareros que tenían pendiente de ellos.

—Me he tomado la libertad de pedir el menú degustación. Así lo pruebas todo —contestó emocionado—. Debes de tener hambre cuando sales de clase —estudió sus hombros y sus brazos delgados—. ¿Qué has comido estos días?

—¿Hola? ¿Te ha poseído mi madre? —dijo sorprendida.

—Vale. Ya entiendo. Japonés, *hot dogs*... —enumeró.

—Exacto —señaló orgullosa—. Carbohidratos a mansalva. Me encantan.

—Bueno, pues aquí comerás deliciosa comida inglesa de verdad.

—Tendrás que convencerme —lo desafió—. He visto auténticas a-atrocidades con mantequilla en los restaurantes. Y ya sabes que l-la mejor comida está en las islas.

—De acuerdo. Te convenceré. En Inglaterra se puede comer muy bien. Solo si conoces los lugares adecuados.

De repente a Sasha le apeteció probar la comida solo por ver la cara de satisfacción que pondría Kilian si le daba la razón. La verdad es que con él querría probar muchas cosas. Y estaba deseando de repetir un plato de besos como el que se dieron hacía años. Pero tendría paciencia.

Tiempo al tiempo.

La velada fue distendida, hablaron de muchas cosas, la mayoría sin importancia. Tonterías que les arrancaban risas cómplices que se fundían con los recuerdos que tenían el uno del otro.

Después de una tarta de cangrejo con espárragos, un langostino con cacahuets y sandía, unos tomates cherrry con *foie*, pasta con trufa negra y parmesano, y algo que Sasha ya no fue capaz de comer, no pudo hacer otra cosa que darle la razón, porque su cara de placer hablaba por sí sola.

—Está bien. Me rindo. ¿De qué catering francés habéis comprado t-todo esto?

—Te lo he dicho, tunanta. En Inglaterra hay muy buena cocina por descubrir. Prueba esto que traen ahora —le sugirió—. Se llama John Dory.

Ella negó con la cabeza.

—En serio —se llevó la mano al estómago—. No quiero probar ni a John ni a Dory. No puedo m-más —sin embargo no pudo evitar que el camarero le sirviera otra nueva copa de vino tinto. Y ya era la tercera. Le daba vergüenza pedirse una Pepsi, así que hizo lo que nunca debía hacer: beber como una cosaca—. Debería dejar de hacer eso —comentó en voz baja.

—¿El qué? —Kilian parecía divertido con el rostro achispado de la joven.

—Llenarme la copa. No suelo beber.

—Eres divertida así... —se rio.

—No sabes lo que e-estás haciendo —lo reprendió señalándolo con el dedo. No tenía ni la menor idea. Ni ella tampoco.

—¿Sabes que cuando vas un poco tocada no tartamudeas tanto?

—¿Ah sí? Entonces me beberé una bot-tella al día.

—Pero sí parece que tu dicción ha mejorado de unos años atrás hasta ahora ¿verdad?

—Depende. Si estoy nerviosa o me siento insegura por algo, me convierto en una metralleta. P-pero si estoy relajada y a gusto, todo fluye —dijo cantarina mirando el color borgoña del vino.

—¿Estás a gusto conmigo? —sabía la respuesta perfectamente. Pero quería oírsele decir.

Sasha se quedó en silencio. Pasó su lengua delicadamente por su labio inferior, y omitió cualquier tipo de respuesta. No pensaba ser cazada con tanta facilidad. En esa cena había una energía especial y expectante, y ella quería estar segura de por dónde iban los tiros. Veía a Kilian contento y atento como nunca, y eso era muy bueno.

—Creo que me tomaré una de estas siempre que pueda. Me deja muy... relajada —murmuró.

Kilian sonrió al ver la gran naturalidad que había en Sasha. En Londres, al menos en su círculo, no había una sola chica como ella. Era refrescante dar con alguien así. No había cambiado nada. Conservaba la inocencia, la pureza y la bondad que lo atrajeron desde el primer día.

—¿Te va bien la guitarra que te regalé? —preguntó de golpe.

—¿Asesina? —asintió repetidamente—. Ya lo creo que sí. N-nunca te lo he dicho, pero creo que te ex-excediste un poco...

—No —negó en rotundo—. Es el regalo que más a gusto me ha hecho sentir. Además de pagarle la universidad y todo lo que Geri necesitara. Eso también me hizo feliz.

Sasha apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante. La luz de las velas titilaban en el dorado de sus ojos, y tenía las mejillas un poco rojas.

—Te voy a preguntar a-algo. ¿Me dirás la verdad?

Él se limpió la boca con la servilleta.

—No tengo nada que ocultar —confirmó—. Dispara.

—¿Eres feliz con la vida que llevas?

Él inclinó la cabeza sin dejar de mirarla. Y ella se quedó sin respiración. Era tan guapo. Tan atractivo... Tan hombre. Y era suyo.

—Estoy muy contento —contestó con un brillo enigmático en sus ojos verdes—. Tengo todo lo que quiero y he logrado todo lo que quería.

—¿Crees que tu padre y tú podríais...?

Kilian alzó la mano y posó la punta de sus dedos en sus labios, haciéndola callar.

—Él ya no existe. No existe ni para Geri ni para mí. Yo no soy Munier, ¿recuerdas?

Ella decidió no insistir. No quería romper aquel clima cordial y cercano que habían creado entre los dos. Le hubiera gustado hablar de muchas otras cosas, insistir, incidir, y entrar en ese caparazón con el que él había decidido cubrirse para que nada demasiado comprometedor le salpicara.

—Vale. ¿Y de verdad crees que lo tienes todo?

Kilian se encogió de hombros y contestó.

—Lo que quiero lo tengo.

—¿Te sientes completo? —era tonta. Lo sabía. No debía hacer esas preguntas. Pero el vino le soltaba la lengua. Se estaba exponiendo.

—¿Completo? —susurró con curiosidad.

—Sí. ¿No piensas en na-nada más que no sea... tu carrera?

Él apoyó la ancha espalda en la silla y exhaló por la nariz sin dejar de mirarla.

—No puedo. Si quiero llegar a lo más alto, nada más me puede distraer.

Sasha empezó a jugar con su copa, haciendo círculos con su dedo índice sobre la superficie de cristal. No le gustaba esa respuesta, porque entonces ella no tendría cabida en su futuro. Y no lo entendía.

—Pero sí tienes relaciones con otras mujeres —dijo alzando la mirada—. ¿Buscas una pareja en ellas? ¿O buscas una pareja de tetas?

—¿Qué? —dijo asombrado.

Sasha alzó las manos como si ella no hubiera dicho nada.

—Eh, que no lo digo yo —se defendió—. Leí algo de refilón en una portada de una revista del c-corazón... Decían algo acerca de ti. Algo como: «El animal es una bestia en el terreno de juego y fueeeera de él». Se t-te veía salir de un local con una rubia de bote y un par de frankfurts por labios...

—¿Cómo? —Kilian se echó a reír, avergonzado por saber que ella había visto ese titular. Estaba harto de las revistas amarillistas y del corazón—. Esas chicas no son importantes. Son solo... groupies. Amigas de los jugadores.

—¿Y te gusta estar con ellas? ¿Qué e-esperas de ese tipo de r-relaciones?

—Vale, Sushi, creo que deberíamos dejar esta conversación antes de que se nos vaya de las manos.

—Pues di-dile a tu a-amigo el camarero que deje de llenarme la copa. Yo solo digo que...

—No. No digas nada más —le pidió bebiéndose él su copa.

—Es que... c-creo que no pegan nada contigo.

Kilian sabía que no pegaban nada con él. Pero tampoco buscaba nada más cuando estaba con ellas. Solo un desahogo que todo hombre soltero debía tener de vez en cuando.

—Tú y yo no debemos hablar de estas cosas.

—Pffff... ¿Por qué no?

—Porque no. No es caballeroso.

—Déjate el ca-caballo en el establo. Me diste un b-beso de t-tornillo cuando te fuiste —objetó sin miramientos ni vergüenza—. Eso m-me c-convierte en un ex-rollo...

—Vale. ¿Vas a querer postre o café?

—¿T-ienes algún interés en verme de rodillas y con la cabeza metida en el i-inodoro? —puso los ojos en blanco.

Kilian, que se lo estaba pasando en grande con aquella Sasha que desconocía, se levantó de la silla y decidió que era el momento de irse.

—Está bien, Sushi —la ayudó a levantarse tomándola de la mano—. ¿Te parece que nos vayamos ya?

Ella estaba un poco mareada. Alzó la mano como un invidente y la posó sobre su mejilla.

—Cuando dejes de moverte —contestó ella.

Kilian sonrió y sin ser consciente de lo que hacía, besó el interior de su palma con rapidez. Después, guiñó un ojo como despedida al camarero, y salió del restaurante con toda la discreción que le fue posible. Ayudó a entrar en el Ferrari a Sasha y él mismo le abrochó el cinturón, inclinándose sobre ella.

Sasha cerró los ojos e inhaló el olor perfumado de su piel. Y entonces, antes de que se alejara, lo cogió del cuello de la camisa y le dijo:

—Para ser un destroza bragas no tienes claros los c-conceptos.

Él, cohibido por su cercanía contestó:

—¿Qué dices, niña?

—Mi boca no está en la palma de mi mano.

Kilian dijo algo con los dientes apretados y se apartó de ella como si quemara.

Sasha cerró los ojos y ocultó una sonrisa.

Él no lo sabía todavía, pero esa noche Sasha no pensaba dejarlo escapar.

9

No se sentía seguro. Nada seguro. Tenía hasta el sudor frío y se sentía nervioso como un adolescente. Las manos le resbalaban del volante y temía mirar a Sasha no fuera a ser que se encontrara con una de esas miradas provocativas y reveladoras que desmontaban sus buenas intenciones para con ella.

No iba a cometer el error de liarse con esa mujer, aunque le apeteciera demasiado, y mucho menos de dejarse embaucar por esos ojos salvajes que el alcohol todavía pronunciaban más dándole una aire de libertina que lo ponían caliente.

Madre mía. ¿Por qué le había recordado lo del beso? ¿Acaso ella se acordaba de eso?

Joder, él sí. Él a menudo. Y era un momento que atesoraba con el celo de un niño que sabía que poseía un tesoro. Uno que nadie debía descubrir ni corromper.

Incluso había soñado con una continuación de ese beso. Porque fue especial y mágico. Como era ella.

Pero Kilian no iba a convertir esa relación que tenía con su amiga en algo banal. La respetaba. La quería. Una vez prometió que la protegería y que cuidaría de ella, y eso suponía también protegerla de él mismo, de sus instintos y de sus impulsos. Pero Sasha no se lo ponía nada fácil.

Llevaba la camisa con besos estampados abierta de tal forma que se le veía el canalillo, y no tenía mucho pecho, pero los tenía preciosos. Lo sabía por las veces que la había visto en bikini en Cala d'Hort.

Su pelo estaba deliciosamente desordenado alrededor de su rostro y caía liviano por los hombros. Y tarareaba. Estaba tarareando con los ojos cerrados la melodía de una canción. Eso era lo más cerca que estaba Kilian de oírla cantar. Porque todavía no lo había hecho.

Se hacía cara de escuchar.

Aun así, solo de oír esas notas conjugadas en su boca, se quedó petrificado y miró hacia abajo. A su entrepierna.

¡Pero si la tenía dura!

Tenía que dejarla en el hotel, en la habitación, y alejarse de ella como fuera. No iba a comprometer la amistad que tenía con ella solo porque de repente deseaba llevársela a la cama. ¿En qué lo convertía?

Encontró aparcamiento justo en frente del Caesar. Era la una de la madrugada, y Sasha tenía las llaves de su habitación en el bolso en el que guardaba su iPad. Kilian metió la mano dentro hasta que las encontró.

—Oh, qué bien. Ya hemos llegado —canturreó ella.

—Sí. Qué bien —replicó con desgana, pasando un brazo por su cintura para que no se desequilibrara.

La noche estaba despejada, no hacía frío, y la luna enorme y plena sonreía sobre sus cabezas, cómplice de aquella inconsciente seducción.

—¿Qué habitación...? —se preguntó Kilian. Aunque calló inmediatamente al ver que el número estaba escrito en el llavero.

Sasha asintió, orgullosa de él y de lo listo que era.

—¿Me llevas a la c-cama, gentleman? —le preguntó coqueta.

—Por Dios. Cállate ya —le pidió él.

Casi llevándola en volandas llegaron frente a la puerta de su habitación. Abrió intentando controlar a Sasha, que no se cayera y se hiciera daño. Pero esta solo hacía que reírse y dar vueltas sobre sí misma como una peonza.

Cuando abrió la habitación y metió la tarjeta, fue el olor de Sasha el que lo noqueó. Así olía su cabaña, igual que ella, y eso lo hizo sentir extraño y debilitado. Fue como un bofetón.

Kilian dejó el bolso sobre la butaca que había frente a la cama, y miró a la chica aterrado por la situación.

—¿Quieres que te ayude en... ?

Calló de repente. Sasha se había puesto de espaldas a él, mirando de frente a la cama. Después le dirigió una caída de ojos gatuna por encima del hombro y se quitó las bambas empujándolas por la punta de los pies, mientras se desabrochaba los botones de la camisa con los dedos, totalmente despreocupada del mundo y de la vida.

—¿Quieres ponerme el pijama, Liancito? —dijo con una lengua resbaladiza pero al mismo tiempo muy clara.

Kilian se paralizó y tragó saliva.

No. No iba a caer. Con ella no. Estaba loco si hacía eso. Se cargaría la relación. Se dio la vuelta rápidamente y le deseó las buenas noches en voz baja.

Pero en ese instante, cuando llegaba a la puerta que había dejado semiabierta, esta se cerró de golpe delante de sus narices. Los dedos de Sasha le rodearon la muñeca y tiraron de él para que se quedara de espaldas a la puerta y se enfrentara a ella.

Cara a cara.

—¿P-puedes dejar de d-desnudarte? —le preguntó él.

—Pensaba que la t-tartaja era yo —musitó mirándolo a la cara.

Ya no llevaba camisa. Solo un sujetador negro Push Up, y los tejando ajustados y bajos de cintura. Parecía una salvaje estrella del pop.

Ella lo empujó suavemente por el pecho y lo pegó a la puerta, encerrándolo entre esta y su cuerpo.

—¿A-adónde vas? —le preguntó pasándole el dedo índice por la barbilla marcada y prominente.

—Sasha... Me voy a casa. Tú tienes que descansar y yo tengo partido...

—No me puedo poner el pijama sola —confesó ensimismada, hipnotizada con el palpar del corazón en su cuello—. ¿Me ayudas?

La mano de Kilian salió disparada y la agarró por la muñeca. Tenía que dejar de tocarlo o no podría salir de ahí. ¿Qué demonios tenía Sasha en las manos que le transmitía esa sensación eléctrica?

—Sushi, no me jodas, por favor... —suplicó entre dientes, cogiendo aire por la nariz. Deseaba insuflarse el valor para poder escapar de esa encerrona. Porque era una encerrona. Y ella... ella estaba borracha, pero no tanto como quería hacerle creer.

—¿Por qué no? —quiso saber ella poniéndose de puntillas para mirarlo a su misma altura—. Somos adultos.

—No... no está bien —rezó él—. Tú y yo no podemos cruzar esta línea.

—Podemos cruzarla, Lian —dijo ella colocando sus dos manos en sus mejillas—. D-deseo hacer esto d-desde hace muchísimo t-tiempo. Pero no t-tenemos que presionarnos. No tiene por qué significar nada que no queramos.

—Estás loca... —susurró encandilado por el reflejo que hacía la luz de la luna sobre su torso semidesnudo. Era preciosa—. No es buena idea.

—Chist —ella lo hizo callar colocando su frente sobre sus labios. Su flequillo le hacía cosquillas—. Ha-hablas demasiado... Y e-es absurdo que s-sea yo quien te lo diga. ¿Y si nos dejamos llevar solo por esta noche? Ma-mañana seguiremos siendo los mejores amigos. Lo prometo.

Él no quería ni podía creérsela, pero tenerla tan cerca, con el calor que transmitía su piel, le nubló los sentidos.

—¿Me estás tendiendo una trampa, Sushi? —quiso saber a punto de ceder a sus necesidades más básicas y primitivas, y a la opresora sensación que sentía detrás de la bragueta. ¡Pero si no recordaba haber estado tan cachondo nunca! ¿Qué demonios pasaba esa noche?

Ella movió la cabeza de un lado al otro, negándolo con vehemencia.

—N-nunca te engañaría, Killer. Soy una mujer, y tú un hombre.

—Bingo.

—¿Has visto cuánto sé? —se rio de sí misma—. Quiero esto. Hagámonos sentir bien. Sé muy bien qué somos para cada uno. No vamos a romper nada. ¿Es q-que dos buenos amigos n-no pueden complacerse sin remordimientos? —deslizó sus labios por el lateral de su cuello y lo besó, mordisqueándolo levemente. Esa situación la divertía y la convertía en la que llevaba el timón. Creía tener el poder. No se consideraba ninguna seductora, pero al parecer a Kilian le hacía efecto cualquier cosa.

—Júramelo —le ordenó tenso, abriendo y cerrando las manos, y con los ojos claros fijos en el techo de la habitación—. Júrame que las cosas están claras.

—Clarísimas. Lo juro —contestó ella sonriendo contra su piel—. Qué bien hueles...

Y entonces, las manos de Lian la tomaron del rostro y la admiraron como un animal salvaje, como la bestia que muchos decían que era.

—¿Seguro, Sasha?

Ella parpadeó expectante, sujetándose a sus duros bíceps. Asintió convencida de que eso era lo mejor y que lo deseaba con todo su corazón, no importaba si era o no era una artimaña.

—Sí —concedió deseosa de que por fin él tomara lo que le pertenecía de ella.

Un gruñido salió de la garganta de Kilian, y se abalanzó a por los labios de la joven, que sabían a vino y a algo más que no supo descifrar. Pero tampoco importaba. Sujetó sus labios entre los dientes y la obligó a caminar hacia atrás hasta que la estampó contra la cómoda blanca.

Ahí, el espejo ovalado tembló por la colisión, pero no llegó a caerse.

Kilian respiraba agitado, más nervioso y excitado que nunca. ¿Cómo era posible que sintiera esa necesidad acuciante con ella? ¿Por qué de repente no pudo alejarse y decirle que no? ¿Por qué esa urgencia de poseerla? Él podía tener a quien quisiera... Y de repente quería a Sasha, como si fuera trascendental para él.

Era su cuerpo el que clamaba por ella. Sus manos, las que la desnudaban con rapidez, y que no pararon hasta tenerla solo en braguitas. En ese momento un pensamiento cruzó la mente nublada de Sasha y dudó de si se había puesto o no lencería a conjunto.

«Mierda. No», pensó ella. Sujetador negro, braguitas blancas y con corazones negros. No. No pegaba. Sin embargo la cabeza le dejó de trabajar cuando Kilian hizo su siguiente movimiento.

Cubrió sus senos desnudos, con las palmas de sus manos, cabían perfectamente en ellas.

—Ay, Señor... —dijo ella en voz baja.

Sasha cogía aire como podía, pero se dejaba hacer. Incluso le exigía con sus manos que se quitara la camiseta.

Pero Kilian dudaba de que pudiera estar totalmente desnudo antes de poseerla. Así que la tomó de la cintura y la sentó sobre la cómoda, colocándose entre sus piernas y frotando su erección contra su intimidad.

Después cortó el beso y la batalla de lenguas que tenía lugar en el interior de sus bocas unidas, y deslizó los labios húmedos e hinchados por su clavícula.

—Joder... —murmuró Kilian sin aire—. Voy a explotar... —miró sus pechos con atención y los acarició con los pulgares. Ella tembló bajo la caricia y él sonrió—. Eres muy sensible —admiró—. ¿Qué te gusta? Dímelo.

¡Y ella qué sabía!

Sasha suspiró y se sujetó a la cabeza rapada y oscura del hombre, diciéndole lo que quería sin ponerlo en palabras.

—¿Eso quieres? —le preguntó pasándose la lengua por los colmillos.

—Sí —contestó ella.

Él dejó caer la boca sobre uno de sus pezones y lo empezó a succionar entero. Golpeándolo con la lengua, rozándolo con los dientes para después volverlos a lamer y mamar.

Ella estaba totalmente abandonada a esos cuidados. Loca, dejándose llevar por el frenesí.

Mientras él seguía humedeciendo sus senos, pasando la boca entera por ellos para después torturar sus pezones con la lengua y los dientes, llevó la mano entera a la entrepierna de la joven.

Y la obligó a abrir más las piernas. Estaba ardiendo ahí abajo, el calor traspasaba la fina tela protectora.

La frotó con suavidad y ella gimió abandonada a las sensaciones.

—No voy a saber ir lento —le dijo empezando a sudar, desesperado por meterse en su interior.

Sasha no lo oía. Estaba ida por completo en las caricias y las sensaciones. Solo quería... Le daba igual. Lo quería todo.

—No importa —le dijo agarrándolo por la cara y besándolo con desesperación.

Él no sabía si reírse o llorar. Le temblaban las manos al desabrocharse el pantalón y bajarse los calzoncillos. Como pudo, se sacó un condón de la cartera que tenía en el bolsillo trasero, lo sacó del paquetito y se lo puso rápidamente, porque no podía aguantar más. Le temblaban las manos.

Sin dejar de besarse, la levantó ligeramente para sacarle las braguitas, que era la última barrera que los separaba de estar completamente unidos. Kilian la cubrió por completo con la mano y dejó ir una exclamación de gusto al notar que estaba completamente lisa. Después, deslizó dos dedos por encima de su raja para acariciarla, y notó que estaba húmeda.

Se sintió eufórico y extrañamente feliz al comprobar que Sasha respondía a él de esa manera.

La tomó de las nalgas y la levantó hasta acercarla a su miembro erecto, abriéndola para que lo aceptara.

Ella cerró los ojos y se abrazó con fuerza a sus hombros.

Kilian se dejó ir. Al notar cómo la cabeza era engullida por la vaina de Sasha, se impulsó hacia adelante, con insistencia, pero sin ser demasiado brusco, porque no quería hacerle daño.

La sintió muy apretada, e hinchada. Y le costó estar dentro más que con ninguna otra. Hasta el punto que se detuvo extrañado al notar resistencia, que después de un empujón fue vencida.

Ella gritó, pero no soltó su abrazo. No iba a despegarse de Kilian jamás.

Maldita sea, el interior de Sasha era el cielo, si es que eso existía. Pero no podía obviar lo que acababa de experimentar.

Se apartó ligeramente para mirarla a los ojos, que ella tenía semicerrados y acuosos.

Él apretó la mandíbula con preocupación al comprobar que sus sospechas eran ciertas.

—Sasha... ¿Eras virgen? —le preguntó metido hasta la empuñadura.

A ella no le gustó el tono en el que lo dijo. Parecía enfadado.

Como fuera, no iba a quedarse a medias. Estaba a medio camino de algo maravilloso. Le quemaban los músculos de las ingles, y le ardía el útero. Pero anhelaba que él continuara. No podía detenerse.

Así que rodeó su trasero con las piernas y lo apretó contra ella, a pesar de la punzada de dolor.

—¡Joder, Sasha! —dijo él en medio de la zozobra.

Ella lo tomó por la nuca y lo besó para hacerlo callar. Después añadió sobre su boca.

—Está bien. Estoy bien, de verdad. No p-pares.

—¿Te has vuelto loca? —la miró como tal.

Sasha negó con la cabeza y lo volvió a besar.

—Es lo que quiero. Y-y tú piensas demasiado.

Fue ella la que le quitó el miedo y lo sacó de la impresión.

Kilian se dejó llevar por su beso y por el modo en que tenía de tocarlo, y después su cuerpo se motivó solo. Se meció con ella, en su interior, con cuidado, pero a un ritmo que los dos parecían seguir a la perfección.

Después de un buen rato preparándose para lo que iba a venir, Sasha creía que iba a morir. Estaba acariciando el orgasmo con los dedos. Parecía que la saludaba y se alejaba.

Y entonces, Kilian la agarró mejor del trasero y la apretó contra él. Sus torsos sudorosos y desnudos se imantaron, y él ejerció un roce y una presión mayor en su interior.

Sasha se abrazó con fuerza y lo besó, justo en el momento en el que Kilian se introdujo hasta el fondo de su cuerpo, en un punto en el que nunca nadie había tocado.

Y cerró los ojos, se rindió al éxtasis y al bombeo de ese hombre que, estremecido, se corría con ella, entre gemidos, hundiendo la boca y la nariz en su hombro.

Cuando levantó la mirada, Kilian se encontró con su propio reflejo en el espejo, que le sonreía y se reía de él diciéndole: «Te has metido en un buen lío, chaval».

Él lo sabía, pero no quería pensar demasiado en ese momento de placer y libertad, aunque estuviera preso en el cuerpo de esa chica.

No quería hablar. No le apetecía.

Así que, sin salirse del interior de la joven, se fue hasta la cama y se tumbó con ella.

Y allí, en completo silencio, el velo de la calma los arropó y los dejó fuera de juego, sin verlo venir.

A la mañana siguiente

La claridad que entraba por la ventana, reflejaba en sus ojos. Eso hizo que los abriera a regañadientes. En el momento en el que lo hizo, sintió una terrible punzada en el interior de su cabeza. Era una migraña grande como un monumento.

Sasha miró a su lado sabiendo que no iba a encontrar a Kilian. Él huiría a la mañana siguiente. Lo conocía. No se quedaría para amanecer juntos.

Pero no se arrepentía de lo que había pasado. Fue maravilloso. Épico. Mundial.

Sonrió y se regodeó entre las sábanas. Al moverse, sintió el leve pinchazo detrás del ombligo y el dolor entre las piernas. Todo ello recuerdo de Kilian.

Lo amaba. Lo amaba de verdad. Con todo su corazón. Con sus claros y sus oscuros. Y él sentía algo por ella... pero para quererse como debían hacerlo debía dejar muchos de sus miedos y sus principios equivocados tras él, o no podrían ser felices.

Si debía quedarse en Londres por él, se quedaría. Ella debía amarrar en el puerto en el que se encontrase la otra mitad de su corazón. Y ese no era otro que Kilian.

Hacer el amor con él era tal y como se había imaginado. Apasionado. Caliente. Abrasador.

Tal vez fue una primera vez inesperada y precipitada, pero había valido la pena esperar por él. Sabía que tarde o temprano llegaría ese día. Porque era una Balanzat.

Y su agaporni era suyo. Y más ahora que por fin, había plantado la primera semilla para que ambos se reconocieran y nunca más se separasen. Ahora, debía tener paciencia con él. Y no sería problema porque, para él, tenía a raudales.

Aquella mañana, después de ducharse, bajó a desayunar al restaurante del hotel, y después buscó un bar cercano donde dieran el partido de liga que enfrentaba al Arsenal contra el Chelsea. Si ganaban, el Arsenal se colocaría líder individual de la liga inglesa.

Se pidió un té en un pub rodeado de *hooligans* del Arsenal, y se sentó en una mesa cerca de la pantalla, tan nerviosa y emocionada como el resto. Hasta se había comprado una camiseta con el 10 de Kilian a la espalda, y su nombre «The beast» estampado en blanco.

Cuando lo vio en pantalla, el vello se le erizó. Ese pedazo de hombre había estado en su interior. Fue tierno y cuidadoso. No el animal o la bestia que decían que era.

No se perdía ni uno de sus partidos desde que se hizo profesional. Le gustaba verlo. Le encantaba la mirada concentrada y asesina que reflejaban sus ojos cuando se centraba en la portería.

Y cómo celebraba sus goles... La hacía reír. Su felicidad también era la suya.

De refilón, escuchó la conversación de dos forofos que conversaban en voz alta sin dejar de lado sus cervezas de litro mientras miraban el partido.

—El Manchester pondrá la pasta encima de la mesa —dijo el más gordo—. Y el Arsenal lo venderá. Porque es un club vendedor. Ha sacado petróleo con este chico. Pero «La Bestia» no puede continuar jugando en un equipo tan flojo. Está hecho para ser un ganador y un número uno. Aquí no brillará.

—Yo no quiero que se vaya —lo cortó el otro triste—. Es nuestro valuarte. Nuestro buque insignia. Volveremos a media tabla si él se va.

—Pues ve haciéndote a la idea. Si el Manchester pone los ochenta millones sobre la mesa, el Presidente estará dispuesto a vender. Y Kilian no rechazará un proyecto como el del United. Se convertirá en el jugador mejor pagado de la liga inglesa. Se

van a reforzar y harán un equipo ganador —palmeó su espalda y alzó la cerveza en dirección a la tele—. Disfrutémoslo lo que nos quede... ¡Goooooooool!

—¡Goooool! —gritó Sasha levantándose de la mesa y aplaudiendo sonriente.

Kilian había marcado un gol de falta, y lo celebraba con su rabia ya característica. Hacía honor a su apodo. En todos los sentidos.

Era una bestia parda del deporte, un atleta, un salvaje talentoso cuya furia interior derribaba todo tipo de muros.

Cuando acabara el partido iría a comprar algún periódico deportivo para informarse sobre lo que acababa de escuchar. El Manchester United quería fichar a Kilian. No estaría de más saber un poco sobre el tema, ya que Kilian no le había mencionado nada en las cartas.

Mientras tanto, disfrutaría de él aunque fuera por televisión, puesto que no sabía cuándo volvería a contactar con ella. Sería evasivo, como siempre. Pero esperaba que la magia compartida le hiciera reaccionar. Y esperaba que fuera pronto.

Si de ella dependiera, lo vería esa misma noche. Y todos los días en adelante.

Un *hat trick*. Había marcado un *hat trick*, todos goles de maravillosa facturación. Aquel día, contra el Chelsea, salió al campo lleno de confianza, con la sensación de que iba a hacer un buen partido. Se sentía a rebosar de energía. Parecía que durante la noche había metido los dedos en un enchufe y se había cargado de batería.

Y estaba contento, por supuesto. Eufórico, la verdad. Al día siguiente coparía las portadas de los periódicos de Londres y sus tres goles abrirían las cabeceras de los programas de deportes.

Pero en todo el día, ni siquiera cuando estaba jugando, no había dejado de pensar en ella.

Conducía el Ferrari hasta su casa, pensando en lo sucedido la noche anterior. Sasha y él se habían acostado. Y fue... increíble. Era difícil encontrar ese tipo de conexión con una mujer con la que te acostabas por primera vez. Pero, ¿cuál fue su sorpresa cuando se dio cuenta de que parecía que ambos ya se habían tocado otras veces? Sin embargo, era la primera.

Necesitaba explicaciones. Y quería comprobar que de verdad todo estaba claro entre ellos. Sushi había sido una caja de sorpresas, una auténtica revelación, pero él no iba a cometer la locura de dejarse llevar y lanzarse a la piscina con ella.

No estaba en sus planes mantener una relación.

Repentinamente, dio un volantazo y tomó la carretera que lo llevaría hasta el hotel Caesar.

Debía verla. Debía comprobar que estaba bien. Había sido su primera vez, joder. ¿Cómo una chica como ella se había mantenido virgen durante tanto tiempo? Tenía casi veintidós años. ¿Qué demonios había hecho con su vida?

Aparcó el Ferrari dos manzanas atrás, para no llamar la atención. A pesar de que eran las nueve de la noche, se colocó una gorra con visera que cubriera su rostro y caminó con rapidez hasta el hotel. Entró sin saludar a los de recepción y se fue directo al ascensor.

No le había escrito, ni tampoco llamado. Esperaba que estuviera ahí y que no decidiese salir esa noche. ¿Con quién iba a hacerlo? Que supiera, allí solo lo tenía a él.

Como fuera, llegó hasta su puerta, y ahí sin pensárselo dos veces, la golpeó dos veces con los nudillos.

Cuando ella abrió la puerta, se la encontró con una camiseta holgada del Arsenal, tan grande que le cubría los muslos. Llevaba unos cascos Bose negros y grandes al cuello, y sujetaba una caja de cartón negra y roja de comida japonesa en la mano. Los palillos estaban medio hundidos en ella, y se relamía algo que le había quedado en la comisura de la boca. Ella abrió los ojos por la sorpresa de encontrárselo ahí, en el rellano, vestido de negro, con esa gorra Louis Vuitton que le quedaba tan bien.

—Vaya —dijo Sasha sin ocultar su sorpresa—. Pero si es el tipo que le ha metido un hat t-trick al Chelsea... —con los palillos se introdujo un trozo de pollo yakisoba en la boca.

Él no dijo nada. La miró con gesto impertérrito, como si deseara abroncarla nada más verla. Pero, en cuanto la oyó hablar, la desazón que sentía desapareció. Aun así, entró sin que ella le diera permiso, y esperó a que cerrase la puerta para reprenderla con los brazos cruzados.

—No me dijiste que eras virgen.

Sasha arqueó las cejas con asombro, y tragó lo que estaba masticando.

—Ahora mismo tienes pose de segurata.

—No bromeo, Sasha. Ayer fue tu primera vez. Conmigo —recalcó.

—Bueno, con alguien debía ser, ¿n-no? —se exculpó—. Yo elijo cuándo y con quién. Y te e-elegí a ti. Culpa al vino, si quieres —tenía que quitarle hierro al asunto, o Kilian que era muy contrario a sentirse encerrado o acorralado, acabaría alejándose y no querría saber nada más.

—Pero, Sasha, a ver... —se frotó la cara con frustración—. ¿Cómo es posible que fueras virgen todavía?

—¿Es una pregunta con t-trampa? —con Kilian pegado a su espalda, y persiguiéndola por la pequeña habitación, acabó sentándose en su escritorio, donde tenía el portátil con el programa de maquetación musical abierto. Había pasado el resto de la tarde practicando con las cosas que había aprendido durante la semana. Todo lo que grababa se lo guardaba en un maravilloso llavero de Funko Wonderwoman, cuyo cuerpo era un USB. De hecho, ahí estaba, al lado del portátil, preparado para guardar información.

Kilian leyó que en su camiseta ponía «The beast», con el número diez. Y entonces se quedó sin argumentos. Había visto cientos de camisetas con su nombre, pero ninguna quedaba tan bien como esa que envolvía el menudo y delicado cuerpo de esa chica.

—Las chicas a tu edad no son vírgenes —susurró con los ojos verdes fijos en sus muslos desnudos—. ¿Acaso has estado encerrada y sin salir en Es Cubells?

—He hecho muchas cosas. P-pero s-simplemente no he tenido la necesidad de intimar tanto con alguien ha-hasta ese punto. No tengo un clan de groupies dispuestas a vestirme y d-desvestirme allá donde voy —sonrió maléficamente—. Os lo ponen demasiado fácil —ella se cruzó de brazos—. A-al final os volvéis lerdos y p-poco selectivos. N-no sabéis ni conquistar.

Eso hizo gracia a Kilian.

—Reservé un restaurante para nosotros solos. ¿Eso no es saber conquistar?

—N-no mientas ahora. No l-lo hiciste para conquistarme, truhán. Lo hiciste para p-preservar tu intimidad.

Kilian se pasó la mano por la nuca, reflejando lo contrariado que se sentía.

—Me dejaste descolocado. No sé qué significa que...

—¡Para el carro! —le ordenó ella al verlo tan nervioso—. N-no significa nada. No tienes que preocuparte. Simplemente, eres mi chico de las primeras veces. Mi primer beso. Y m-mi primer polvo. ¿Qué hay de malo? S-seguimos siendo amigos, ¿no?

Hubo algo en esa frase que a él no le gustó nada. Le sentó realmente mal. Pero lo llevó al cajón desastre de su mente y se hizo la nota mental de «repasar más tarde».

—No me gusta nada oírte hablar así —admitió acercándose peligrosamente a ella.

—Killer, relájate. Estoy bien. No estuvo mal. —Sabía muy bien lo que provocaban sus palabras. Lo conocía mejor que nadie, y estaba buscando provocarlo lo suficiente para hacerlo salir del cascarón.

«¿Que no estuvo mal?», se dijo él. Se había levantado más enérgico y renovado que nunca. Y el orgasmo que tuvieron fue brutal. Largo e intenso. ¿Cómo podía soltar tan llanamente que no estuvo mal? De donde él venía eso significaba un aprobado por los pelos. Menuda bruja estaba hecha.

—Oh —asintió sobreactuando—. No estuvo mal, ¿dices?

Sasha dejó la caja de comida sobre la mesa y lo estudió. Lo volvía a tener donde lo quería.

—Y eso lo aseguras por la vasta experiencia que tienes, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros y se apartó del escritorio.

—A mí me han hablado de volcanes que explotan y fuegos artificiales. P-pero creo que se han pasado.

Él arrugó el cejo totalmente en desacuerdo. ¡Pero si para él fue así! Tenía ganas de darle una tunda. O de volvérselo a hacer y que no pudiera andar en una semana. Su orgullo se veía comprometido.

—Pues por tu modo de gemir parecía todo lo contrario.

Sasha dibujó una sonrisa de oreja a oreja. Lo siguiente que le diría, provocaría una reacción en él. Y estaba deseando ver cuál era.

Ella se dirigió a la cómoda en la que había perdido la virginidad, que estaba limpia y recogida, y se miró al espejo con supuesto desinterés.

—D-dices eso porque no me has oído cantar —lo miró a través del espejo—. Puedo llegar varios tonos más alto.

Y en una décima de segundo, lo tenía pegado a la espalda. Kilian le sacaba casi tres cabezas, y un cuerpo entero de ancho. Verlo así, amenazante, plantado tras ella, la encendió por dentro, y también la intimidó.

—¿Sabes qué creo, niña? —le preguntó al oído.

Ella negó con expectación. Escuchar aquel tono en su oído hizo que le palpitara algo en el interior del vientre.

—Que llevas una camiseta demasiado grande para ti. Parece una blusa vestido de esas que tantas mujeres se ponen en Ibiza para ir a la playa.

—Ah, ¿esto? —se miró tirando de la tela del pecho—. Me tuve que comprar la camiseta de camionero, porque las de groupies que marcan tetas se habían agotado. —Chasqueó con la lengua—. Una p-pena, ¿verdad?

Kilian entrecerró los ojos, hasta que solo se veía una línea verde a través de sus espesas pestañas.

—Sí. Una pena —afirmó quitándose la gorra y tirándola encima de la cama—. Creo que estás mejor sin ella.

Sus miradas se engancharon a través del espejo. Ella tragó saliva y evaluó la enérgica y dominante pose de Kilian. Ella estaba en su cabeza. Sabía que Kilian odiaba que Sasha creyera que él no era el mejor en algo. Para ella siempre necesitaba serlo. Y eso era positivo. Porque una persona solo quiere ser la mejor para aquella a quien quiere.

Sasha se apoyó en la cómoda con las manos, y se armó de determinación para decirle:

—Si quieres algo, vas a-a tener que ser tú quien dé el primer paso. N-no quiero que digas que te he a-acosado.

—No tengo ni idea de lo que quiero. Ni siquiera sé por qué estoy aquí. Ni entiendo por qué dormí contigo ayer noche. Yo... no hago estas cosas —se sinceró con los ojos brillantes y su magnetismo irradiando ondas a través de su cuerpo.

—Pues vas a tener que d-dejarme las cosas claras. No pienso mover un d-dedo esta vez.

Kilian alargó el brazo hasta tomar los cascos que rodeaban su cuello. Los apartó y los lanzó sobre la cama, al lado de su gorra.

Ella cogió aire con nerviosismo, pero continuó mirando a su reflejo. Sin actuar. Solo esperaba.

Él pegó su torso a su espalda, y apoyó su barbilla sobre su cabeza. Después, sin tocarla con las manos hundió la nariz en su cuello, y le mordisqueó la oreja con los dientes, para después lamer su lóbulo.

Para Sasha fue como un relámpago. Todo su cuerpo se envaró.

—¿Tú sabes lo que estamos haciendo? —le preguntó.

—Yo... n-no pienso tanto como tú —contestó ella cerrando los ojos.

—Pues vamos muy mal... Si vamos a dejar de pensar los dos, entonces a mí me sobra la ropa. Y a ti, te sobra este camisón —le dijo agarrando la tela roja por los laterales hasta deslizársela hacia arriba, mostrando poco a poco su hermoso cuerpo femenino.

La noche anterior no la había podido apreciar. Pero ahora, perdido en lo que hacía y en las emociones que lo bombardeaban, decidió que se pondría las botas con ella. Tal vez así, se saciaría y se quitaría las ganas que tenía de Sasha, y la volvería a ver como su gran y única mejor amiga.

Sasha, que se había puesto esa camiseta como camisón de pijama, no llevaba sujetador, solo braguitas tipo culot, por tanto se quedó expuesta ante él.

Kilian retiró su pelo para besarle los hombros y después sopesar sus senos entre sus manos. Sasha se estremeció.

—Me gusta lo sensible que eres —afirmó él.

Le dio la vuelta y la tomó de la barbilla.

Ella, que había prometido no moverse, se traicionó a sí misma cuando ni corta ni perezosa le sacó la camiseta negra por la cabeza, y por fin pudo contemplar la escultural figura de ese hombre. Lo acarició con la yema de los dedos y pasó las uñas por encima de sus pezones, que se endurecieron.

—No toques —le pidió él suavemente—. No sé qué me pasa, pero cada vez que lo haces siento una corriente eléctrica recorrerme la sangre. Y me caliento de golpe.

Ella inclinó la cabeza y sonrió sin que él la pudiera ver.

—Tal vez algún día te explique por qué te pasa eso —le explicó en voz baja.

—¿Por qué no ahora?

—P-porque aún no estás preparado. Y se s-supone que tú y yo no tenemos n-nada serio.

—¿Cómo de serio es esto? —le preguntó él levantándole el rostro para besarla a placer.

Se suponía que iba a darle algo memorable. Que sería lento y detallista con ella. Pero cuando sus labios se unieron y sus lenguas se encontraron, la libido se le disparó de golpe, y de nuevo se vio envuelto en una vorágine de Sasha. Ella estaba por todas partes. Le embotaba la mente, le llenaba el olfato, se le adhería a la piel y a las manos.

De repente, su único objetivo en la vida era ser el hombre que más la haría disfrutar en la cama. Quería echarla a perder para los demás. Que lo recordase solo a él.

Kilian le bajó las braguitas lentamente y después, la cogió en brazos y la colocó a horcajadas sobre sus caderas.

Se dejaron caer sobre la cama, él encima de ella, cubriéndola con su cuerpo.

—¿Te sientes bien? —le preguntó muy tenso—. ¿Estás dolorida?

—U-un poco. Pero no importa.

Él la volvió a besar y Sasha fue incapaz de hilar dos palabras seguidas.

Con lentitud descendió sobre su cuerpo hasta que su boca estuvo peligrosamente cerca de su sexo.

—¿Kilian?

—Tranquila, Sasha. Soy el chico de las primeras veces, ¿no?

Ella sonrió avergonzada y contestó débilmente:

—Sí.

—Entonces, déjame ser la primera vez en esto también.

Él la abrió de piernas, se colocó los muslos sobre los hombros y se pasó la lengua por los labios. Sasha no se lo podía creer. El día anterior el vino la ayudo a relajarse. Pero en ese instante se sentía inquieta y demasiado vulnerable.

Y es que nunca. Jamás. Se imaginó que Kilian la tocara ahí con la boca y la lamiera de ese modo, y la hiciera enloquecer hasta el punto de tener que cubrirse la cara con la almohada para no formar un escándalo.

—No —él le quitó el cojín blanco y lo lanzó a la otra esquina de la habitación—. Me encanta oírte.

—Pero... No lo a-aguanto.

—No tienes que aguantarlo. Solo, déjate ir. ¿No me decías eso ayer noche? —él disfrutó al haberle ganado un round. Con los pulgares separó sus labios exteriores, y entonces se centró en el brillo y la hinchazón de los interiores. Le apetecía besarlos.

Dejó caer la boca sobre ellos y empezó a jugar con aquella piel, de textura almibarada. Dulce y jugosa. La lamió de arriba abajo, y se enorgullecía de obligarla a coger aire con tanta fuerza. Podía notar en la punta de la lengua cómo se inflamaba y cómo estaba disfrutando.

Pero él mismo tenía prisa por oírla gritar al correrse, por eso introdujo uno de sus dedos en su interior sin dejar de lamerla, lo curvó ligeramente y le provocó el orgasmo.

Sasha arqueó la espalda dibujando un arco perfecto, con la boca de Kilian encima de ella y su dedo introduciéndose sin demora.

Todavía temblaba de gusto cuando vio a ese hombre quitarse los pantalones, bajarse los calzoncillos y colocarse un preservativo a la velocidad de la luz. Recortado por la claridad de las ventanas parecía un saqueador, un guerrero que iba a hacer con ella lo que quisiera. Era todo músculo y portento. Un potro. Un pura sangre.

Miró su miembro hinchado y grueso sobrepasarle el ombligo, y pensó que el lugar donde debía estar era entre sus piernas.

No hizo falta llevarle invitación.

Kilian se tumbó sobre ella, colocó sus piernas encima de sus antebrazos y la abrió para entrar en su túnel prieto y resbaladizo.

—Joder... —gimió—. Es mejor que ayer... —dijo deslizándose hasta el cerviz.

Podría avanzar más, pero sería colocarla en una posición dolorosa. Y aún era pronto para eso. Aunque se moría de ganas de enseñarle todas las posturas que él conocía.

Se miraron a los ojos, ella apretándolo, él internándose, y ninguno de los dos supo qué decir.

Sasha se quedó sin aire, impresionada al sentir el nuevo orgasmo que empezaba a azotarla.

Kilian se subió a la ola y decidió que se correrían juntos y que lo haría durar. Lo haría durar hasta que ella pidiera clemencia.

10

No podía cerrar las piernas. Se creía incapaz. Las tenía agarrotadas, abiertas en la misma posición en la que Kilian la había tenido durante más de dos horas. Dos horas de intenso y maquiavélico juego de poder en el que ella solo podía recibir el placer de sus estocadas y encadenar hasta tres orgasmos seguidos que la dejaron hecha un blandiblu.

—Eres e-el hombre de los *hat tricks*... —dijo Sasha en medio de un suspiro, desmadejada sobre la cama.

Kilian tumbado a su lado se echó a reír.

—N-no puedo cerrar las piernas. En serio.

Él se colocó de lado y apoyó el codo en la almohada, para, con la otra mano, deslizársela sobre el sexo.

—¿Te ha gustado, Sushi? —preguntó con aire satisfecho.

Ella a duras penas pudo gemir, y más difícil todavía fue torcer la cabeza en su dirección.

—Qué autocomplacido estás... —lo acusó.

Kilian sonrió abiertamente y encogió un hombro.

—Soy un matador. Un goleador —dijo bromeando y mostrando bíceps.

Sasha se lo quedó mirando, sumergida en ese mar que tenía por ojos, mientras su corazón se desplegaba en su pecho y se abría al amor. Estaba enamorada de él. Inflexible, innegable y perdidamente enamorada.

Su cuerpo sudoroso, su abdomen marcado, sus poderosas piernas, y aquellos ojos mezcla de niño canalla y sicario... Madre mía. Su agaporni era la cosa más guapa

del mundo. ¿Cómo iba a mirarlo a partir de ahora sin desearlo? Sin pensar en todo lo que habían hecho. Y más después de probar las mieles de su cuerpo y la pericia de su boca.

Sabía que iba a fracasar. Lo sabía, pero haría lo posible por darle espacio y que fuera él quien viniera a ella y quien se diera cuenta de lo mucho que se necesitaban el uno al otro.

Todo lo que no fuera estar juntos sería una batalla perdida. Esa sí sería la mayor de las derrotas. Y a Sasha no le importaba perder, pues en la vida había que aprender de todo. Pero nunca aceptaría perderlo a él. Ese hombre era esquivo y especial, pero no imposible.

Tenía que aprender a llevarlo.

Nicole lo sabría hacer perfectamente. Alegra, con lo inteligente que era, posiblemente también podría sobrellevarlo. Pero ella... tenía serias dudas al respecto.

Fuera como fuese no se iba a rendir.

En un acto de impulsividad lo agarró de la cara y lo atrajo hasta sus labios. Kilian le dio un beso gustoso y feliz, y ella se permitió cerrar los ojos y soñar.

Soñar con que podían estar juntos siempre.

—Dime —Kilian interrumpió el beso—, de toda esa comida japonesa que has traído, ¿hay algo para mí?

Ella pasó la mano por su barbilla, acariciándolo y asintió:

—Por supuesto. Había pedido menú para dos. Pero hay que calentarla en el microondas. Porque se habrá enfriado.

Él la miró extrañado.

—Si no sabías que iba a venir. ¿Por qué has pedido para dos?

Ella se encogió de hombros.

—Ah, pero sí lo sabía. T-tenía la intuición de que no harías como si lo de ayer nunca hubiera pasado. No eres tan insensible.

Él la miraba como si fuera un bicho raro.

—Ya... ¿Y dónde te has comprado esa camiseta con mi apodo?

—En el Soho.

—¿Ni siquiera es auténtica? —preguntó ofendido.

—No. No pienso gastarme cien libras en una camiseta de fútbol —lo picó. Sí lo haría. Solo que no había encontrado su talla—. No sabía que en el barrio chino vendían falsificaciones.

—Como sea. Me gusta cómo te queda cuando te la quito.

Ella abrió la boca y dejó ir una risotada. Le había hecho gracia.

—¿Has visto el partido entero?

—Sí. He vi-visto los tres goles, si es eso lo que me quieres decir, señor Ego.

Él alzó el índice, preparado para darle una lección.

—Un deportista de élite, y alguien que quiere ser de los mejores en lo suyo, debe tener ego, no es nada malo.

—Messi no es ególatra. Y es el mejor de la historia.

—Ya, preciosa, pero Messi no es de este mundo. Él tiene magia. Su talento no es normal. Yo me refiero a gente más terrenal. Ronaldo, Romario, Cristiano, Ibrahimovich... Todos ellos deben trabajar mucho para sacar lo mejor de sí. Y si no se lo creyeran, sin su ego, no conseguirían nada.

—¿Te gustaría jugar con él?

—¿Con Messi? —preguntó estupefacto.

—Sí.

—Por supuesto. Los que no quieren es porque temen no ser suficientemente buenos a su lado. Pero yo no tengo miedo a eso. Sin embargo, no parece que haya sitio para mí en el Barcelona.

—Nunca se sabe, ¿no?

Él hizo una mueca, reflejando que no creía tener posibilidades para eso.

—Bueno, ya se verá —se levantó de la cama, gloriosamente desnudo y se dirigió a hurgar en las bolsas de comida japonesa que ella había traído—. El tigre tiene hambre —se tocó la panza plana y musculada.

Sasha se reincorporó en la cama, colocó el cojín contra el cabezal y se sentó, abrazándose a otra almohada. Era maravilloso verlo moverse por su habitación de hotel, en un espacio que compartían con naturalidad, mientras ella esperaba a que la sirviera. Se sentía como una reina.

Para ella, él era como Magneto. Todo lo atraía. Sobre todo su atención.

Kilian estaba a punto de llevar las cajas con Yakisoba y las bebidas que había en el minibar cuando advirtió dos de los periódicos deportivos que habían salido ese día.

—¿Los has comprado tú? —le preguntó con interés deteniéndose a ojearlos.

—Eh, sí —estiró los brazos para que le diera su comida. Pero él no se movió.

—¿Por qué?

—E-estoy al día de todo. En España compro siempre el Sport y el Mundo Deportivo a ver s-si dicen algo de la l-liga inglesa. Y veo el programa de Maldini. A veces hablan de ti —explicó echándose el flequillo hacia atrás. Lo volvía a tener muy largo. Debía cortárselo.

Kilian la observó sin pronunciar una palabra. Le gustó saber que Sasha se interesaba por él tanto, a pesar de estar tan lejos. Y le gustaba que una chica estuviera al día del deporte que él practicaba. Las groupies con las que a veces se liaba solo estaban al día de los jugadores que seguían solteros.

Sasha era tan diferente... Ahí, desnuda, sentada en la cama, parecía frágil y al mismo tiempo, poseía tanta luz que podía cegarlo.

—No me d-dijiste que el United quería ficharte.

—Ah... —al final, salió de su ensimismamiento y se acercó a la cama, para sentarse al lado de la joven—. No me gusta hablar de las cosas que aún están por venir. Pero sí —le ofreció su caja recién calentada con los palillos dentro—. Ha habido movimientos.

—¿Y te g-gustaría?

—Todo lo que sea avanzar y mejorar mis condiciones me gusta, Sushi.

—Dicen que te c-convertirán en el jugador mejor pagado de Inglaterra. ¿Qué sientes al e-erigirte en un estandarte del fútbol inglés?

Él se llevó el pollo a la boca y meditó la respuesta.

—La verdad es que no me importa. No llevaré una vida diferente de la de ahora. No por tener más dinero me compraré más cosas... Viviré con lo que tengo.

Ella lo intentó analizar. El experto sería Geri, él le haría un psicoanálisis adecuado y vería el trasfondo en todas sus palabras. Sasha solo podía notar en la cadencia seca de su voz que había algo que no le contaba, y era lo mismo que no le hacía disfrutar de su situación al cien por cien. A Kilian le faltaba un buen tramo del camino para estar satisfecho y ser feliz.

—Lian —cambió su entonación para que él advirtiera la importancia de la siguiente pregunta. Y lo consiguió. Porque levantó la mirada de los palos de comida y la centró en ella—. ¿Estás s-satisfecho? ¿Eres feliz?

—Qué manía con preguntarme estas cosas... Sí, claro que sí. ¿Quién no lo estaría al ver cómo sus objetivos van siendo alcanzados? Por ejemplo —señaló el portátil con los palitos de madera—. Cuando logres convertirte en una famosa cantautora entenderás de lo que te hablo.

Ella no sería cantautora. En realidad, su sueño era componer y hacer canciones

para que las voces más especiales del mundo las interpretaran, pero no le gustaba exponerse ni exponer su voz. Ya se lo había explicado muchas veces, pero él insistía en que si su sueño era cantar, tenía que hacerlo. Y ni siquiera la había oído.

—¿Y todo lo logrado lo hiciste por ti o por querer demostrar algo a los demás?

—¿A qué viene este interrogatorio? —quiso saber con curiosidad.

—Se llama c-conversación —le expuso ella pellizcándole la nariz con la punta de los palos—. Me gusta entenderte, pero para ello tienes que contarme las cosas.

—Sabes más de mí que mi agente.

Ella puso cara de incredulidad.

—No sé si es algo bueno o malo lo que acabas de decirme.

—No importa —se estiró a su lado, apoyando su cabeza en los muslos de Sasha, sin dejar de comer.

A ella le encantaba esa confianza y camaradería entre ellos. Siempre fueron muy buenos amigos, aunque mantuvieron un poco las distancias, posiblemente, por esa atracción no resuelta que se palpaba entre ellos desde que eran chavales—. ¿Cuál es tu plan, Sushi?

—¿Mi plan? ¿En Londres? —«Sacarme la titulación y conquistarte», pensó.

—No. De vida digo. Quieres triunfar en la música, ¿no?

—Quiero vivir de la música —aclaró ella—. M-mi padre me dijo una vez que si lograba t-trabajar en algo q-que me apasionase, entonces nunca más trabajaría. Es lo que sucede cuando te dedicas a lo que t-te gusta.

Sasha esperó a ver si él decidía preguntar sobre su padre. Sobre cómo había sido, cómo se sentía ella, si lo echaba de menos... Pero, después de un profundo silencio, y de verlo tragar saliva y carraspear, Lian dijo:

—Pero, tendrás que ser muy buena para eso. ¿Lo sabes? Hay millones de grandes cantantes en el mundo.

—Bueno, t-también habían millones de chicos intentando llegar al nivel profesional de fútbol —le recordó dándole un leve tirón de orejas. Después pasó los dedos a modo de masaje por su pelo rapado al uno. Pinchaba, y le estimulaba. Casi le hacía cosquillas.

Él asintió, aunque se reafirmó en lo que decía. Él no tenía ningún problema físico para conseguirlo. Sasha sí tenía un problema neuronal que la hacía hablar a trompicones. Y si iba a ser cantante e iba a vivir de lo que decía y de lo que cantaba, iba a ser mucho más complicado para ella conseguir su sueño. Y Kilian no quería que ella sufriera ni que nadie le hiciese sufrir por su problema. Era pensar en que alguien la infravalorase por ello o la humillase, y le entraban ganas de arrancar cabezas.

—¿Y tienes algún plan B?

—¿A qué te refieres? —detuvo su masaje.

—A que si has pensado en hacer otra cosa si lo de la música no te funcionase.

En cierto modo, le decepcionó un poco saber que Lian no tenía la fe que ella había tenido en él para que lograra sus objetivos. De alguna manera, le estaba insinuando que podía no conseguirlo. Hasta entonces, quería dedicarse a la música por ella misma, pero a partir de ese momento lo haría también para demostrarle a su agaporni receloso que ella era capaz de todo, y que su tartamudez no iba a impedirle llegar hasta donde quisiera.

—Eres un hombre de poca f-fe.

Kilian sonrió y negó con la cabeza, con cara de niño malo.

—No te preocupes, Sushi. Yo editaré tus discos y le haremos una súper-producción. Si es lo que quieres, eso tendrás.

A ella le dio pena que Kilian no creyera en ella del modo en que ella misma sí lo hacía. Solo que cada uno conseguía las cosas a su manera.

Sasha no lo necesitaba a él para labrarse un futuro. Ella podía conseguirlo sola, pero le encantaría que él caminase a su lado, para que ese día en que viera su

objetivo alcanzado, ella lo mirase y le sonriese. Y le diría: «Gracias por todo tu apoyo». Lo que no le diría jamás es «gracias por comprarme mi sueño».

¿De qué estaba hecho ese hombre? Si alguna vez hubo un niño en su alma, ahora estaba perdido. Se lo había dejado atrás entre tanta lucha personal y tanto rencor sin sanar.

Sasha se mordió el labio inferior, y mientras negaba con la cabeza, se inclinó hasta su cara y lo besó en la frente. Era su niño. Su hombre. Y ella era la única que los podía reconciliar y hacerlos converger en una sola persona.

Ahora lo veía. Si no lograba que él hiciera las paces consigo mismo y reencontrara la ilusión a la que ya no prestaba atención, acabaría siendo un gris. Un hombre al que el poder podría absorber con facilidad. Y si eso sucedía, corría el riesgo de parecerse mucho a quien más odiaba, el hombre que supuestamente más debió querer; su padre.

—Tranquilo, Kilian. Yo te abriré los ojos —le susurró sobre sus labios.

—¿Qué dices? —le preguntó algo extrañado.

—Que te despertaré. Que no necesito tu dinero ni tus influencias. Pero gracias por ofrecerlo. El dinero nunca podrá comprar mi felicidad, Lian. Y lo que más feliz me haría sería conseguir mis objetivos sola.

—Muy bonito lo que dices, niña. Pero no te lo he ofrecido —negó él—. Te lo estoy imponiendo —soltó serio, para después, partirse de la risa al ver el rostro desencajado de Sasha—. Es broma.

—No tienes mucha gracia...

Eso le hizo reír todavía más, y ayudó a que cenaran haciéndose constantes bromas y hablando de un montón de cosas que nada tuvieran que ver con sus sentimientos o con el dolor de sus corazones.

Simplemente, disfrutaron de estar juntos, flotando por encima de los temas delicados, y ahondando en aquellos que les provocaban verborrea.

Y Sasha se sentía feliz de estar con él, de verdad que sí. Pero esperaba que el deportista de élite y el chaval de las Pitiusas, comprendieran y asumieran que todo lo que hacían, y todo lo que les estaba pasando, provocaba cambios.

Todo dependería de cómo él los afrontase.

Durante días, y para sorpresa de Sasha, Kilian estuvo más pendiente de ella que de costumbre. La llamaba por las mañanas y al mediodía, y le escribía WhatsApp con imágenes adjuntas: lo que desayunaba, lo que comía, el césped del campo de fútbol, si llovía, si no, las botas nuevas que su marca había diseñado solo para él... Y muchas veces salía haciendo caras. Y cuando lo veía con esas muecas tontas dibujadas en su guapo rostro, la hacía sonreír, porque era un payaso.

También hablaban mucho por teléfono, y lo hacían en inglés, para que Sasha se acostumbrase a hacerlo casi sin pensar. Con todo y con eso, había algunas palabras que no controlaba y que hacía que se trabase todavía más de lo que lo hacía hablando en castellano.

Se veían una vez entre semana, lo que Kilian podía, pues debía madrugar mucho para ir a entrenar. Pero cuando se veían, apenas hablaban. Era mirarse y sus cuerpos se imantaban, y acababan siempre en posición horizontal. Y los fines de semana, si él no tenía partido los domingos, lo aprovechaban para hacer turismo, siempre a lugares donde pudieran mezclarse bien sin ser reconocidos.

Kilian se preocupaba mucho por ella y por su bienestar. Sabía que Sasha y las multitudes no eran buenas amigas, por eso acababa siempre sobreprotegiéndola.

Se repetían, sobre todo él, que no debían tomarse en serio la relación. Que ella acabaría yéndose a Ibiza y él seguiría en Londres. Por tanto, debían vivir al máximo y sin reproches el tiempo que ella estuviera allí estudiando.

Obviamente, Sasha no pensaba así. Si Kilian la aceptaba, a ella no le importaría trabajar de lo suyo donde fuese. Lo único que importaba era que estuvieran juntos. Una Balanzat no sería feliz alejada del hombre de su vida. Se levantaba y se acostaba siempre con esa verdad, y no podía olvidarla.

En lo profesional, desde que Lian se veía con Sasha, su cuenta goleadora había aumentado. Marcaba de dos a tres goles por partido. Era la estrella del momento y muchos clubs habían puesto miras en él sabedores de que acababa su contrato con el Arsenal. Aun así, era Manchester el mejor posicionado para hacerse con sus servicios el próximo año.

—Eres mi talismán —le dijo Kilian paseando por el Hyde Park, cubierto con una gorra y unas gafas de aviador.

Cuando paseaban lo hacían cogidos de la mano. Y no era ella quien lo pedía, era él a quien le gustaba caminar con ella así sujeta. Sasha se había dado cuenta de que con los años él se había hecho más protector de lo que ya era.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó deteniéndose en frente de la figura de Peter Pan. Era mediodía, y Kilian tenía entrenamiento por la tarde, casi a la misma hora que Sasha empezaba la clase. Por tanto habían quedado para comer juntos en uno de los restaurantes del Hyde.

—Desde que viniste voy a una media de dos coma cinco goles por partido. Me has traído suerte.

Sasha sonrió satisfecha.

—B-bueno, me alegra saberlo. Pero no creo que t-tenga que ver nada con eso. Tienes mucho talento...

—No —Kilian la detuvo frente a la estatua y clavó sus ojos en ella—. Tú estás tocada por una varita, Sushi. No sé qué es... Pero hay algo en ti que no es de este mundo.

Nada le gustaría más a ella que decirle la verdad sobre su linaje de sanadoras y sobre la naturaleza mágica de sus hermanas. Pero de pequeño, Kilian mostró gran incredulidad y desdén por las excentricidades de su familia. Eso no había cambiado.

—¿Crees en la magia, Kilian? —le preguntó esperanzada.

—No —contestó él, rompiéndole un poco el corazón—. Pero creo en la fuerza de las personas. Y tú tienes mucho de eso. Me la transmites —aseguró alzando su mano

y besándola en la palma—. Voy a absorberla todo lo que pueda. Hasta que te vayas.

Ella parpadeó un tanto atónita por su respuesta. Llevaba un mes allí en Inglaterra. Cuatro semanas maravillosas estudiando y compartiendo sus experiencias con él. Y todavía no insinuaba siquiera que quisiese que ella se quedara con él.

—¿Qué pasará cuando me vaya, Lian? ¿Se te irá la suerte? Los futbolistas sois muy supersticiosos, ¿verdad?

El cogió aire pensativo.

—No quiero pensar en ello demasiado. Quedan aún unos días... Tengo la semifinal de Copa y la final en el punto de mira. Ya veremos qué pasa después. No me gusta adelantarme a los acontecimientos.

—No hace falta que lo hagas tú —le dijo apartándose de él con expresión juguetona para rodear la fuente ornamental del eterno niño que podía volar—. Ya t-te cuento yo lo que pasará cuando me vaya —aseguró poniéndose una mano en el pecho de manera teatral—. Yo me iré con mi titulación bajo el brazo, y me comeré el mundo con mis canciones. Seré muy famosa. Pero mucho —puso especial énfasis en esas dos palabras—. Y tú, señorito Matador, Bestia, y todo lo demás que te llamen, te quedarás aquí solito, en esta tierra húmeda y fría, en tu súper mansión de piscina climatizada, sí, pero solo. Y me recordarás todos los días, no habrá uno solo que no pienses en mí y en lo especial que fue n-nuestra relación, aventura, o como quieras llamarle... —ella caminaba alrededor de la fuente y él la perseguía concentrado en su suave contoneo y su grácil andar—. Y llorarás.

—¿Lloraré? —repitió divertido.

—Uy, sí. Llorarás m-mucho, querido. Me llorarás ríos. Y te arrepentirás de haberme dejado ir. Pero de nada servirá —recalcó girándose para encararlo con los ojos brillantes y risueños—. Porque yo ya te habré olvidado. Tendré un séquito de hombres dispuestos a quitarme la melancolía.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Parece una vida muy desgraciada.

—Es que lo serás, paletito. Serás m-muy desgraciado. Es lo que te espera sin mí. —
Le lanzó una mirada desafiante a través de su flequillo, pero entonces se le escapó la risa.

—Ven aquí, brujita —la alcanzó de una zancada y la cargó sobre el hombro como un saco de patatas.

—¡B-bájame! ¡No! —las fuerzas se le iban por las carcajadas—. ¡Para!

—Siempre puedo secuestrarte —le dijo dándole un pequeño mordisco en la nalga, a través del tejano. Sasha tenía un culo espectacular. A él lo volvía loco.

—¿Me acabas de m-morder?!

—Síp —le dio una cachetada.

—¡Animal!

—Así me llaman —contestó, por primera vez indiferente a si alguien lo miraba o no. Con ella se sentía cómodo y seguro. Y era extraño porque en su caso, era él quien le debería ofrecer seguridad a Sasha. En cambio, esa chica le había girado la cabeza en unas semanas—. Estoy pensando en cogerte un poco más de esa energía que tienes, y aprovechar que mañana sábado tenemos partido de copa en casa... A ver si vuelvo a marcar tres goles —una pareja de ancianos pasaban por su lado, y les sonrieron—. Buenos días —los saludó él relajado.

—Buenos días, joven —contestó el señor, alejándose con su mujer—. Lleva ahí una buena carga —la señaló con el bastón—. ¿Qué va a hacer con ella?

—La voy a tirar al Serpentine, señor.

Los ancianos sonrieron y Sasha los saludó bocaabajo, con su larga melena lisa rozándole los gemelos.

—Suerte, muchacha —le dijo el señor.

—N-no te atreverás —susurró ella.

—Ya lo creo que sí.

Después de eso arrancó a correr por el Hyde Park, con Sasha sobre el hombro víctima de un ataque histérico de risa.

Obviamente, no la tiró al lago.

Pero encontraron un rincón para absorberse la energía mutuamente, lo suficiente como para marcar más de un gol.

Y así fue.

En el partido de Copa, Kilian marcó un sorprendente y nuevo *hat trick*. Puesto que era la vuelta de la semifinal contra el Tottenham, habían conseguido el pase a la final, que sería contra el que probablemente se convertiría en su equipo en el futuro: el Manchester United.

Para celebrar la hazaña, el domingo Kilian organizó una cena mejicana en su casa a la que asistirían algunos miembros del equipo y amigos.

Para templar los nervios, Sasha le dijo a Kilian que iría a ayudar a Kelly, así por fin se conocerían y ella se tranquilizaría con la actividad. No pensaría en lo nerviosa que le pondría conocer a sus amigos, o en si iba a gustar o no.

Cuando llegó a su casa, podría haberse asombrado más por la mansión que poseía su amigo, pero seguro que estaría harto de oírlo. Era increíble.

La casa en sí tendría unos cuatrocientos metros cuadrados, poseía forma cubital y tres plantas con miradores acristalados en las cuatro direcciones. El jardín pulcro y verde, perfectamente cortado, y la piscina de agua fría y caliente a placer permanecía muy limpia.

En realidad, su hogar, para ser tan grande, no tenía demasiados muebles. Parecía la oficina de un diseñador minimalista, con detalles estudiados en cada rincón, pero

poco calor humano, excepto el que irradiaba Kilian cada vez que le sonreía o la acariciaba.

—Quiero que te sientas como en casa, Sasha. Que hables con quien te apetezca. Como te apetezca. Que hagas lo que te dé la gana —le dio un suave beso en los labios—. Y si te agobias, avísame pronto, que los echaré a todos y nos daremos un buen baño en la piscina.

—N-no seas tonto. Estaré bien.

—Me encanta cómo te queda ese vestido cuando te lo quito.

Ella lo empujó para que la dejara tranquila, que suficiente tenía con lo que tenía como para pensar en todas esas perversiones que Kilian tenía para ella.

Se había puesto un vestido sencillo pero elegante, de color negro. Y unos zapatos con plataforma y tacón. Parecía más alta de lo que en realidad era.

Era muy atento. Se interesaba por ella y su bienestar constantemente.

Eso hizo que Kelly quisiera conocerla más a fondo, asombrada por el trato que la joven recibía.

—Yo no sé lo que le das —le dijo picando la cebolla en la espectacular cocina vanguardista toda blanca a la que Kilian casi nunca entraba, excepto para rebanar los botes de Nutella. La regordeta Kelly había dejado sobre la encimera todos los ingredientes para el guacamole—. Pero sea lo que sea, no dejes de hacerlo, muchacha.

Sasha disimuló su satisfacción al oír aquello. No quería parecer pagada de sí misma, pero nadie podría entender el vínculo que ella y Kilian tenían, porque iba más allá de lo razonable. Se pertenecían. No había más.

—El señor Kilian nunca ha traído aquí a ninguna chica.

—¿A ninguna? —Sasha empezó a partir aguacates por la mitad.

—No a horas en las que yo esté despierta. Y solo duermo de doce a seis —explicó.

Eso quería decir que las chicas que traía Kilian eran solo para sexo. Luego ni siquiera se quedaban a dormir. Eso la hizo sentir de maravilla.

—Me gustas mucho para él.

Sasha la miró agradecida.

—Gracias —contestó—. Él t-también me gusta mucho p-para mí.

—Tú haces que vuelva a sonreír como un niño. Y además, eres de las pocas mujeres que sabe hacer guacamole —Kelly miraba el quehacer de Sasha con el aguacate, el limón, el tomate, la cebolla, la sal y el Tabasco—. La primera soy yo —sentenció.

Y después de eso, Kelly le estuvo contando cuáles eran las claves y los secretos de una buenísima cena mejicana.

No había mucha gente en la fiesta. La gente hablaba con quien quería, se hacían corrillos, y cada uno se presentaba si le apetecía. Los ingleses eran así de extraños.

Lo bueno era la música: Roxette y Take That.

Mientras Kilian hablaba un poco con sus compañeros sobre el grandísimo partido del día anterior, Sasha bebía una Coronita con limón y huntaba un nacho en la salsa verde, observando quién era quién.

Y al final, sus ojos recaían siempre en la misma persona. En él. Kilian podía estar rodeado de mucha gente y provocar admiración. La energía que él desprendía no la atraía solo a ella, sino a los demás, que lo reconocían como un líder, alguien con poder sobre los demás, por lo que había conseguido, y por lo que todavía conseguiría. Y él parecía estar cómodo con el hecho de que lo reconociesen de ese modo.

Pero nadie más podía ver su aura. Ella sí. Y el aura de Kilian se protegía de los demás. No permitía que nadie se acercase lo suficiente como para conocerle. Él

daba lo que quería y lo cortaba cuando convenía.

¿Cómo no se daban cuenta de eso? ¿Cómo no podían ver la soledad y el hermetismo de su alma?

Ella sí. Ella era la única. ¿Pero sería suficiente para sacarlo de ahí?

Esperaba que sí.

Dio un sorbo a su cerveza, y lo miró fijamente. Kilian no la miraba, pero sabía que estaba ahí.

Estaba respetando su reclamo.

Ya le había dicho por activa y por pasiva que no la obligara a conocer a quien no le apetecía, y que no la presentara como su novia ni nada por el estilo. Irían poco a poco, más por él que por ella, y más con los paparazzis ojo a vistor. No quería que lo agobiasen.

Tampoco lo decía porque fuese tímida o estúpida. Sino porque, como lectora de auras y Balanzat, captaba la energía y las intenciones de las personas. Ella se acercaría a quien quisiese, cuando le diera la gana. No por obligación. Sabía que Kilian pensaría de ella que lo hacía por su inseguridad y su dubitación a la hora de hablar. Pero nada más lejos de la realidad. Ella no era insegura, al contrario. Su problema al hablar podría dar a entender otra cosa, pero no se trataba de eso. Sabía qué decir, cuándo decirlo y a quién, tardaría más o menos, pero tenía personalidad.

Puede que por su don de leer auras, no se separase demasiado de Kelly. Porque allí solo habían tiburones, gente a la que le gustaba aparentar y el postureo. Personas que no querían a Kilian por la persona que era, sino por su popularidad y su personaje.

No le decepcionó saberlo, pues sabía que a esos niveles y en ese mundillo pocos se mantenían puros y sencillos, porque el dinero lo podía todo y cambiaba a la gente si uno no era firme en sus convicciones.

Sin embargo, la frustraba saber que él sí estaba metido en aquel meollo y que lo reconocían como tal. Era como si en Londres se hubiera construido un alter ego, un

disfraz con el que cubrirse para encajar. Pero el hecho de encajar en un lugar, no hacía que pertenecieras a él.

Le hubiera gustado sacarlo de allí y apartarlo de las hienas que lo rodeaban y con las que ella no tenía ningún interés en conocer ni mucho menos mezclarse.

—Abruma, ¿verdad? —dijo una voz que se acercaba a ella por el lado derecho.

Sasha apartó los ojos de Kilian para centrarlos en ese hombre calvo y corpulento, que tenía un diamante como pendiente, y unos ojos que brillaban con inteligencia. Tendría unos cuarenta y tantos, y vestía con unos tejanos, una camiseta blanca y una americana negra. Bebía un Martini negro con hielo y rodajas de limón—. Ese hombre tiene al mundo a sus pies.

Había algo en el tono o en el modo que tenía de hablar y de sonreír que no le gustó nada. Su aura no tenía demasiados colores.

—Me llamo Paul —le ofreció la mano—. Soy amigo y representante de La Bestia.

Sasha la miró y la aceptó ocultando su recelo.

—Sasha —al ver que él arqueaba las cejas rubias y pobladas esperando algo más añadió—: solo una amiga —aclaró.

—Encantado, Sasha. ¿Eres una de las chicas de Sunset?

—¿Sunset? —dijo sin comprender.

—Sí. La agencia de chicas de compañía y modelos con las que suelo contactar para las fiestas que organiza Kilian...

Ella miró alrededor, con más estupefacción que otra cosa. ¿Esas pedazo de mujeres estaban contratadas? ¿Para qué? No entendía nada. ¿Ni siquiera eran amigas de Kilian? ¿Era todo un falso escenario?

Al ver que estaba metiendo la pata, Paul intentó arreglarlo.

—Entiendo. Eres la amiga de la infancia de Kilian, ¿verdad? —la miró de arriba abajo—. Perdona. Siento haberte incomodado.

—¿L-le ha hablado de mí?

—Sí, mencionó que se iba a encargar de hacerte de guía mientras estuvieras en la ciudad.

«De guía, exactamente, no me ha hecho», pensó con sarcasmo.

—Siento haberte abordado así —dijo con un falso perfil de arrepentimiento—. Kilian no me dijo que eras tan mona. Pareces una muñequita.

«¿Mona? ¿Muñequita?».

—Debes de estar alucinada con todo lo que mueve tu amigo.

—¿S-sinceramente? Ahora no tanto —quería pensar las cosas muy bien antes de hablar, porque no deseaba tartamudear en exceso—, al saber que le compráis hasta las amistades.

Paul se sorprendió por la respuesta.

—Podría señalarte cuatro puntos ahora mismo donde sé que hay una cámara escondida esperando captar una instantánea de Kilian con alguna chica en situación cariñosa —miró por encima del hombro, sobrepasando el muro de protección que rodeaba la casa—. Se esconden en todos lados. Hace una semana un periodista se electrocutó colgado al palo de electricidad. Intento que nada de esto pase, pero si pasa, me encargo de cuidar su imagen y de que las mujeres que estén a su lado tengan un look adecuado para él. Todo está estudiado al detalle.

Sasha sonrió con tristeza.

—E-entiendo. No importa que cope solo los periódicos deportivos, ¿verdad? También queréis darle chicha a la del c-corazón. Que esté en todas partes —concluyó a desgana—. Un producto de principio a fin —pero su Lian no podía ser un producto.

—Eso es —confirmó satisfecho—. Mira, en esta vida todo es un negocio. ¿El reloj que lleva? Lo lleva por contrato. ¿Su peinado? Ahora es moda. ¿Su ropa? Es la

que él representa. Sus chicas, sus amigos... tienen que ser los mejores, ¿comprendes, preciosa?

—¿Qué quieres decirme exactam-mente, Paul? —la dulzura de Sasha se encabritó de repente, y se convirtió en acidez.

—¿Yo? No quiero decirte nada. Pero ¿crees que puedes seguir su ritmo? ¿Crees que puedes estar a su nivel? ¿Quieres competir con cada una de esas modelos?

—No me conoces.

—No hace falta, cielo. Hueles a Nenuco. El mundo de Kilian no es lugar para ti. Y le harías un favor si te apartaras. Y te harías un favor a ti. No te gustaría desentonar, ¿a qué no?

—¿Si me apartara? —Sasha dejó la cerveza sobre la mesa con el pica pica de comida mejicana que habían preparado entre ella y Kelly—. S-sabías quién era, ¿verdad? Te has acercado a m-mí con la intención de dejarme las cosas claras.

—Sí. Porque sé que desde que tú estás aquí, Kilian ha descuidado algunos compromisos publicitarios muy importantes.

Ella no supo qué decir. Kilian no le había dicho nada de eso.

—No sabía nada.

—Claro que no. Por eso me preocupa. Está más preocupado por ti que por su carrera —le dijo en voz baja, disimuladamente, cuidando de que Kilian no les viera—. Y estoy seguro de que no quieres joderle el brillante futuro que tiene, ¿verdad? Con veintitrés años es el nuevo Rey Midas de este deporte. No seas una piedra en su camino, por favor. Si lo quieres, hazte a un lado.

—¿Y me tengo que hacer a un lado para que tú le quieras más? —espetó Sasha de golpe—. Él no necesita el tipo de cariño que tú le quieres d-dar —¿qué se había pensado ese tal Paul? A ella no podía juzgarla ni decirle que se apartara de él, porque no podía.

Paul se llevó un nacho a la boca y sonrió dulcemente, como si Sasha le cayera bien. Pero era todo fachada.

—No, muchacha, no lo acabas de entender. A ver —dejó su cubata al lado de la cerveza de Sasha—. Eres una isleña de España, gagosa y sin padrinos. Y esto es Inglaterra. David Beckham se casó con la Spice pija, ¿recuerdas?

Gagosa. Odiaba esa palabra, porque era demasiado verdad, pero si creía que la ofendía por eso, es que a ese hombre nunca le habían hecho *bullying*.

—Y tú eres calvo y tienes halitosis —le respondió—. Tu cruz es mayor que la mía. Yo p-puedo tartamudear, p-pero tú no deberías abrir la boca jamás.

Paul se sonrojó hasta la coronilla y se quedó un tanto descolocado, hasta que encontró el impulso necesario para contrarrestarla, y hacerle daño desde un pozo muy oscuro en su interior.

—¿Quieres que te diga lo que Kilian piensa de ti?

—Sé lo que p-piensa. No t-tiene que decírmelo para que yo lo sepa. Y si me dejas, voy a acercarme a él ahora y a d-decirle el tipo de gilipollas que tiene como representante.

—Sasha, te puedo hacer un favor y mostrarte la verdad —la detuvo cogiéndola del brazo.

—No. Me.Toques —le ordenó lanzándole una mirada furibunda.

—Mira ese tipo de ahí —señaló a un chico de pelo rubio y coleta baja, que hablaba con Kilian animadamente—. ¿Sabes quién es?

—No. Ni me importa. Todo lo que hay aquí es mentira.

—No. No todo. Es Jerome Dunne. El mejor productor musical que hay en Inglaterra. Muy fan de Kilian.

Ella tragó saliva y negó con la cabeza.

—¿Y qué?

—Kilian le ha pedido el favor de que se acerque a ti hasta que te saque que quieres componer. Te pedirá que le muestres alguna maqueta de algo. Le enseñarás el USB que llevas en el llavero, donde has grabado algunos de tus temas en ese curso que estás dando. La escuchará al momento, en uno de los equipos de música de la casa. Y te dirá, delante de Kilian, que aparecerá por sorpresa como si no supiera nada, que eres buenísima en lo tuyo. Y te ofrecerá un trabajo y una oportunidad.

—Kilian no haría eso —refutó ella con voz temblorosa—. M-me respeta.

—Sí. Sí lo haría. Y lo hará. Porque la verdad, preciosidad —susurró dañino acercándose a su rostro— es que le das mucha pena. Para él lo tuyo es como una minusvalía. Eres su amiga, y se está acostando contigo por no decirte que no. Y porque eres guapísima —reconoció—. Ya sabes lo que dicen: a nadie le amarga un dulce. Pero sabe que no llegarás lejos en tus objetivos. Por eso te quiere echar una mano.

Los ojos ambarinos de Sasha se humedecieron y la barbilla le tembló. No era verdad. No podía ser cierto. Kilian no podría pensar así sobre ella. No podía pensar que tenía una minusvalía por eso. Pensó en ir hacia él y obligarle a que lo desmintiera. Pero, entonces, Paul volvió a detenerla.

—¿Por qué no te das la oportunidad de comprobar si es o no es verdad lo que te digo?

—Suéltame...

—Sasha, si tú lo quieres por lo que es y lo admiras y lo respetas, ¿por qué no te das la oportunidad de descubrir la verdad sobre cómo piensa? O, ¿prefieres seguir engañándote? Espérate a que pase todo como te he dicho que va a pasar. Y después, si quieres decirle lo malo que soy, adelante.

Pero ¿quién era ese hombre? ¿El Demonio? Y, ¿por qué Kilian le había hablado de ella así? El corazón le iba a mil por hora.

¿Y si era verdad?

Paul se alejó de ella, y Sasha necesitó correr al interior de la casa y perderse hasta que encontró el baño, igual de grande que su habitación de hotel, para derrumbarse

y llorar como nunca lo había hecho.

11

Sasha se miraba fijamente al espejo. La imagen que este le devolvía mostraba a una persona devastada y extraviada por sus propias emociones.

Sabía que Kilian podía no creer que ella fuese capaz de concluir con éxito su aventura musical. Pero pensar que sería incapaz, que no tenía carácter, y que su pequeño defecto era una minusvalía... Eso la descolocó por completo.

Le tenía pena. Ella, que había luchado por no despertar esos sentimientos en nadie, había fracasado con él. ¡Joder! ¡Kilian le tenía pena! ¡A ella! ¡Que no podía adorarlo más! ¡Que era la única que podía comprenderlo! O eso había creído todo ese tiempo. Porque, después de todo, ¿cómo iba a creer a alguien que en vez de sentir amor ciego por ella solo sentía compasión? Eso nunca debió de ser así...

Sasha se lavó las manos con jabón y se las secó en la carísima toalla blanca con las siglas cosidas de un importante diseñador. Un sudor frío las había cubierto y ahora todavía le temblaban. Se le había corrido la pintura de los ojos hasta convertirla en un pequeño y desastroso oso panda. Colocó los pelos de su flequillo ordenadamente, de manera maniática, resto de un pequeño trastorno obsesivo compulsivo que tenía de pequeña. Y es que, se sentía como una cría a la que le habían dicho que no querían. Pero era mucho peor que eso: en realidad era una mujer enamorada que no estaba siendo correspondida del mismo modo.

La Balanzat tenía un vínculo de amor y pasión con su pareja. Pero parecía ser que Kilian, después de tantos años, no era su agaporni.

Sasha aún no se lo creía.

¿Cómo iba a salir ahí afuera y encararlo sabiendo que mientras ella se enamoraba perdidamente de él, él... él lo hacía todo por lástima? Maldito fuera por dejarla creer otra cosa. Maldita fuera ella por estar tan ciega. No sabía lo que iba a hacer si de

repente se desarrollara una escena como la que había dicho Paul. No sabría cómo reaccionar.

De repente escuchó el repiqueteo de unos tacones golpear el suelo de porcelana. No podía permitir que la vieran así de abatida. Por eso se apresuró para acabar de arreglarse un poco el maquillaje, y cuando la encontraron, aún estaba en faena.

Las chicas, de medidas de modelos y pechos operados, la miraron sin mucho interés, y Sasha no se esforzó ni en saludarlas, pero no pudo dejar de prestar atención a lo que decían.

—Está tan bueno... —le decía la negrita a la rubia nórdica—. Qué suerte que hayas tenido un lío con él, Annette.

La rubia se movió el pelo con la mano, de un lado al otro, y se echó a reír con soberbia.

—Sí.

—Pero, ¿ahora estáis juntos?

—Hace unas semanas que no nos vemos y no hemos vuelto a tener nada.

—¿Y qué tal es en la cama?

—Marca tantos goles como en los partidos.

Las dos se rieron de la comparación, pero Sasha, de la rabia que le provocó el oírlas, partió el perfilador de ojos negro por la mitad.

—Joder, qué torpe soy —susurró.

Las chicas continuaron ignorándola al tiempo que la negrita seguía a lo suyo.

—¿Crees que volverás a salir en portada de FHM?

—Saldré cuando vuelva a acostarme con Kilian y los medios nos saquen juntos en actitud acaramelada. Eso será un reclamo para la revista —contestó remetiéndose

las dos pechugas dentro del estrecho vestido—. Mi agente lo está preparando todo con el de Kilian.

—La verdad es que hacen unas fotografías muy artísticas —reconoció la negrita.

«Venga ya. Como si se hicieran esas fotos en cueros por lo artísticas que eran», pensó Sasha con los ojos en blanco.

—Puede que esta noche nos acostemos. Se lo he preguntado por Whatsapp y no me lo ha negado. La última vez estuvo muy bien...

Sasha carraspeó.

No podía con eso esa noche. Su columna se envaró y ella se quedó fría como una figura de hielo. No tenía paciencia para aguantar a una de las groupies de Kilian hablar de lo bueno que era en la cama, entre otras cosas, porque le hacía daño y porque él estaba con ella. Hasta esa noche ellos dos habían compartido su tiempo durante cinco largas semanas. Nadie podía negar eso, aunque no salieran en las revistas.

Salió del baño escopeteada, sin ganas de hablar con nadie. Solo quería irse. Irse de ahí.

Y entonces, sucedió lo que temía que podía pasar. Se estaba acercando a ella, con decisión sospechosa, el famoso productor musical que le acabaría ofreciendo una oportunidad laboral.

Rezó porque el tipo pasara de largo, porque no le prestara atención. Eso sería señal de que estaba equivocada y de que el jodido representante le había mentado en la cara y era un auténtico manipulador. Por tanto, Kilian seguiría siendo su Kilian. No el mentiroso que ahora parecía ser a sus ojos.

Sin embargo, ese hombre con su pelo rubio engominado y perilla no sólo no pasó de largo. Sino que, además, la detuvo con una sonrisa y una frase empalagosa.

—¿Ya te vas, bombón? La fiesta acaba de empezar —la intentó engatusar.

Sasha apretó los dientes y por poco se desmorona cuando, por casualidad, vio entrar a Kilian tras él, disimulando por todo lo alto.

Se le rompió el corazón, y temió por que alguien lo escuchara. ¿Sería verdad que iban a representar en su cara aquel papel?

Al menos, fuera lo que fuese, iba a dejar que representaran su obra teatral de principio a fin. Al menos, si querían tomarle el pelo, que se esforzasen.

Kilian se pasó la noche vigilando a Sasha. Sus ojos se movían rápidos y veloces hacia donde ella estaba y seguía cada uno de sus movimientos. Quería que estuviera cómoda y bien, que no se sintiera de menos por estar ahí, o nerviosa e insegura por rodearse de esa gente.

También era parte de su trabajo. A él, las fiestas y demás le traían sin cuidado, pero entendía que debía hacerlas para dar qué hablar. Incluso, también se transmitía un mensaje de unidad del equipo de cara a los medios,

Porque allí estaban todos. Hasta el utillero.

Y aunque todas esas personas eran conocidas y algunas incluso buenos colegas, con quien quería estar y compartir esa noche era con Sasha. Pero no podía pretender que la joven se metiera de lleno en ese mundo y obligarla a aceptar todas sus vicisitudes y reclamos. Sasha no tenía nada de postureo, era demasiado pura y natural, una chica auténtica entre tanto plástico. Así que, ¿cómo iba a pedirle que se quedara con él si él pertenecía a ese lugar y aquella era su vida ahora y ella venía del mundo de las hadas?

Al menos, lo intentaría. Pero iría por otros derroteros. Tentándola con otros caramelos que le harían más ilusión que él mismo.

Su amigo Jerome tenía la orden de hablar con ella y venderle la posibilidad de ficharla en su productora. A él no le costaría nada invertir dinero en producir una de sus maquetas. Y después, cuando se descubriera que ella era su chica, su carrera se vería lanzada irremediabilmente. Y aunque eso le daba miedo, pues no creía que

Sasha estuviera preparada para ello y había visto muchas veces lo que provocaban los nervios en su manera de hablar, él estaría ahí a su lado, nunca la dejaría sola. La ayudaría en lo que hiciera falta. Porque deseaba hacer eso por ella.

Así que cuando vio por el rabillo del ojo que Jerome iba en busca de Sasha, después de esperarse un tiempo prudencial, él se despidió del círculo de amigos con los que tomaba una copa, y lo siguió. Tenía que esperar un poco para darle tiempo al productor y amigo a que escuchara su música. Lo conocía, era muy insistente, y Sasha no sabía ser estúpida. Cedería a su reclamo, le concedería el deseo y escucharían los trabajos que había hecho la joven hasta ese momento.

Pero fue Paul, su representante y mejor asesor quien lo detuvo.

—Tío, he conocido a la chica de Ibiza.

—Sí, te he visto hablando con ella —señaló con una sonrisa.

—Es un encanto. Muy sencilla e inocente, pero tiene algo muy especial.

Kilian entornó los ojos y lo miró fijamente.

—No quiero otro tipo de chica para mí. ¿Queda claro? Es ella.

Paul levantó las manos sintiéndose repentinamente atracado.

—No he dicho nada, Kil. Me gusta para ti. Es importante que des una imagen más terrestre. También es positivo.

No. No le gustó nada aquel símil. Sasha no tenía nada de terrenal. Al contrario. Era demasiado extraordinaria para ello. Pero entendía que un tipo como Paul, dedicado en cuerpo y alma a la imagen y los números, no viera lo superlativa que su chica era.

Porque Sasha era su chica. Y le encantaba reafirmarse en ello. Solo tenía que esperar a que ella lo aceptase, y entendiera que para estar juntos debía olvidarse de sus Pitiusas. Y sabía cuánto le costaría a ella cortar los lazos con sus raíces.

—Espero que no le hayas dicho nada indiscreto, Paul.

El rostro del hombre reflejó una inocencia que en realidad no sentía, pero sirvió para convencer a Kilian.

—Solo le he dicho que es un encanto, y que espero que esté disfrutando de Londres como tú lo haces.

Kilian respiró más tranquilo. Paul era un mercenario, un tiburón de los negocios y no tenía miramientos a la hora de rascar más ceros a los contratos que le conseguía. Pero sabía que lo quería y que quería lo mejor para él. Nunca haría nada para molestarle o herirle. Y sabía que desde que Sasha había llegado a Inglaterra, su fútbol se había vuelto más alegre y directo de lo que ya era.

—Anda, date prisa —le recomendó Paul dándole una palmada en el hombro—. Sasha está con Jerome. Que la jugada te salga bien.

Kilian sonrió de oreja a oreja y contestó:

—Gracias, tío. Y yo también lo espero.

Kilian se fue con paso rápido al interior de la casa, y Paul se mantuvo en el jardín, de espaldas a su cliente, y sonrió maliciosamente mientras se encendía un cigarro.

Él siempre hacía lo mejor para los intereses de sus clientes.

Con el tiempo, Kilian se lo agradecería.

Después de buscar por toda la casa, Kilian se los encontró en la oficina de la planta superior. Un estudio aparte de cincuenta metros con maravillosas vistas a la urbanización, las últimas tecnologías informáticas y un mobiliario de diseño de colores blancos y grises.

Jerome estaba sentado en el sofá de piel, con el mando del bafle de Apple en su mano derecha. El dispositivo USB de Sasha tenía bluetooth y habían logrado conectarlo. Por lo visto, acababan de reproducir lo que Sasha había grabado.

Pero la posición de sus cuerpos no reflejaba un profundo agrado o una satisfacción extrema por haber oído algo realmente bueno. De todas maneras, aunque no fuera bueno, Jerome tenía que fingir que sí lo era.

Kilian subió los últimos peldaños de la escalera de madera que le quedaban y se acercó receloso al sofá. Los hombros de Sasha temblaban, tenía la cabeza hundida hacia abajo y sorbía por la nariz.

¿Estaba llorando? Esperaba que fuera de alegría.

—¿Sasha?

Ella ni siquiera respondió a su voz.

Jerome miró hacia atrás por encima de su espalda, con expresión de incompreensión.

—No sé lo que ha pasado, tío. He escuchado su música. Le he dicho que me gustaría mucho ofrecerle un puesto en mi productora. Y no ha dejado de llorar desde que se lo he dicho.

Él arrugó el cejo y tocó a la joven posando una mano sobre el centro de su espalda. Allí no hubo ni el típico calambre que les precedía cuando estaban un tiempo sin tocarse, ni nada. Solo frialdad.

—Eh, Sushi —la saludó cariñosamente—. ¿Qué te pasa, preciosa?

Cuando Sasha sintió el contacto de su mano, se apartó como si aquella piel la quemara o la contagiara y se levantó, impulsada por un resorte invisible bajo sus nalgas.

En el momento en el que se dio la vuelta y se enfrentó a él, Kilian observó en su mirada llena de decepción y rabia, que algo se había roto en ella. El oro de sus ojos reflejaba tormentas de granizo y escarcha. Parecía que le odiase.

Y eso le hirió. En su vida se había enfrentado a hombres en el terreno de juego y muchos de ellos lo habían mirado con ganas de querer arrancarle la cabeza o

partirle la rodilla, pero ninguna lo había asustado tanto como la de Sasha. Le provocaba incluso dolor.

—¿Qué te pasa? —preguntó él intentando acercarse a ella.

—¿Qué? ¿Me preguntas q-qué? —apenas le salía la voz. Y no tartamudeaba por su lesión, sino, por su terrible congoja.

—Sasha, no sé qué...

—Os dejo solos —dijo Jerome con la boca pequeña.

A ninguno de los dos les importó que el productor se fuera.

Estaban solos, mirándose como nunca se habían mirado. En los ojos de Sasha no había ni rastro del respeto y la admiración que sentía hacia él, porque él le había demostrado tener bien poca hacia ella.

—¿T-tan poco r-respeto me tienes? ¿T-tan p-poco crees e-en mí? —le echó en cara desolada.

—¿Qué dices? —no podía apenas articular, y el pecho se le había quedado frío.

—D-digo que te doy lástima. Y q-que has tenido que llamar a t-tu amigo «el productor» para que me dé una oportunidad que crees que por mí misma y por mi «m-minusvalía» nunca me darán.

Él tomó aire por la boca y al momento se sintió mezquino de oír aquellas palabras en boca de Sasha. Porque en voz alta eran mucho más crueles y peyorativas de lo que sonaban en su cabeza.

—N-no lo he hecho con mala intención. Te lo juro —se llevó la mano al corazón. Joder, parecía que le iba a dar un ataque de la impresión de verla así.

—Te d-da vergüenza cómo hablo. T-te da vergüenza c-cómo soy. C-crees que no estoy preparada para tu mundo.

—Yo nunca he dicho eso.

—¡N-no ha hecho falta q-que me lo digas! L-lo estoy leyendo ahora m-mismo en tu aura... —repasó su silueta con los ojos abnegados en lágrimas.

—¿De qué hablas? Sushi, tranquilízate.

—¡No m-me llames así! —gritó a pleno pulmón.

—Baja la voz.

—¡N-no! ¡Q-que me oigan todos! No quieres que me vean en la prensa, me ocultas para que no nos fotografíen j-juntos, n-no vaya a s-ser que a-alguien me haga una e-entrevista y descubran que «La Bestia» s-se acuesta con una gagosa isleña q-que no d-domina demasiado b-bien el inglés. Y q-que tiene el p-presuntuoso sueño de vivir de la música y de c-componer canciones cuando le cuesta trabajo hasta ha-hablar —cogió aire—. N-no has creído en mí nunca, ¿verdad? —sus ojos lo miraban decepcionados—. Nunca.

—Sasha... Solo quería ayudarte. Echarte un cable. Darte la oportunidad que te mereces y ahorrarte posibles disgustos. La gente es muy desagradable, y no quiero que te expongas y te hagan daño.

—¿Daño? ¿D-daño? —repitió incrédula—. Me i-importa una mierda lo que digan y p-piensen los d-demás. Solo me importó lo que pensabas tú. Y c-creía que me tratabas de igual a i-igual, que no me considerabas menos que tú o que el resto —se cubrió el rostro con las manos—. Tú eres el único q-que podía hacerme daño. Porque... porque... te quiero —dejó escapar el aire entre los dientes, abatida. Y cuando se descubrió el rostro, algo en sus preciosos ojos había desaparecido—. P-pero he q-querido a una mentira todo este tiempo. M-me he equivocado contigo. No p-puedo querer a alguien q-que no me respeta y no cree en mí —decidida, se dispuso a salir de la habitación.

—¿Dónde vas?

—M-me largo de aquí. N-no me toques —palmeó sus manos. No quería saber nada de él.

—¡Solo quería ayudarte! —la agarró de los brazos, sujetándola con seguridad, temiendo que ella se fuera y desapareciera para siempre—. Quería darte una

alternativa. Una posibilidad.

—¡T-tengo toodas las posibilidades que quiera! ¡P-porque yo sí creo en mí! —le dijo a la cara—. Puedo l-lograrlo sin tu caridad.

—¡Deja de pensar que el mundo es de color de rosa, maldita seas! —le recriminó—. ¡No eres realista! ¡Amas la música pero también es un mundo cruel, con padrinos, con cosas que no podrías entender jamás! ¡Yo te he querido ofrecer lo que siempre quisiste sin que nadie te hiciera pasar un mal trago por tu tartamudeo!

—¡V-vete a la mierda, Kilian! —arrancó a llorar con más fuerza—. ¡Y-yo no tartamudeo al cantar! ¡Ni lo hago al c-componer! ¡No soy tonta! M-mi problema no tiene nada que ver con deficiencias de ningún tipo!

—¡Pero te estoy abriendo una puerta! ¡Lo hago porque quiero que te quedes conmigo en Londres! ¡Lo vas a tener muy difícil! ¡¿Por qué no quieres reconocerlo?! Quédate conmigo y déjame que te facilite las cosas.

Joder. Tan guapo, con tanta vida, tan apasionado... Y no podía ser de ella. Era ridículo. Tanto tiempo que había esperado por una declaración de amor, y no solo recibía la que no esperaba, sino que llegaba de una manera cruel.

Sorbió por la nariz y se revolvió entre sus brazos hasta soltarse.

—No q-quiero que hagas n-nada más por mí. Tú y yo nos queremos de m-maneras diferentes. Yo lo hago con admiración y r-respeto. Tú... lo haces con pena, y sin ninguna f-fe en mí. Sé que la c-compasión es un tipo de amor, no te digo que no. P-pero lo último que q-quiero, es que me quieran así. Ya le p-puedes decir a Annette que esta noche y todas las q-que quedan, vas a e-estar libre.

—¿Cómo sabes tú quién es Annette? —dijo estupefacto—. No tengo nada con ella. Lo prometo. Solo era un lío. Desde que tú estás aquí he estado solo contigo.

—¿Y q-qué hace aquí, Kilian? —le recriminó—. ¿No ves que n-nada de esto tiene sentido? Estás metido en un mundo en el que las a-apariencias mandan, y los contratos te c-condicionan la vida. T-tu agente contrata a las c-chicas de Sunset para que l-luzcan palmito en t-tus fiestas. Para dar e-esa imagen de dioses con vidas de l-

lujo. ¿H-has tenido en cuenta que y-yo iba a e-estar aquí y que podría lle-llegar a escuchar a-algo indebido?

—Joder, maldita sea —él se agarró el puente de la nariz con frustración y negó con la cabeza. Paul se había ido de la lengua. No había otra explicación—. Voy a despedir a ese capullo.

—N-no solucionas nada haciéndolo. Pierdes a tu mejor b-baza en las negociaciones. Y en t-tu mundo, mejor perder a una chica ibicense con sueños inalcanzables, que al mejor representante de Inglaterra. Se supone que tú y yo, aunque no era oficial, estábamos juntos. S-se supone que eras también m-mi mejor amigo, y que ibas a apoyarme siempre. He t-tenido que escuchar en el baño cómo Annette y Carolina hablaban de ti, y de los goles que m-metías en la cama. Y cómo afirmaba que te había escrito para saber si esta noche os ibais a liar otra vez... Y t-tú —las lágrimas caían sin cesar deslizándose a través de sus mejillas—. Tú no has sido capaz de c-contestarle y d-decirle que no. Que ya e-estabas conmigo. ¿P-puedes entender cómo me siento?

Kilian frustrado como estaba y al ver que la situación se le escapaba de las manos, estalló delante de ella.

—¡Esta es mi vida! ¡Es así como vivo! ¡No soy como ellos, pero puedo encajar sin esforzarme demasiado! ¡Todo lo que he conseguido lo he hecho con mi esfuerzo y sin ninguna ayuda! Y me ha costado mucho, he renunciado a muchas cosas por ello. ¡No me culpes por querer ayudarte y allanarte el camino! ¡Lo he hecho por ti!

—¡No! ¿Por mí? Por mí no —negó con la cabeza—. Todo lo que haces está estudiado, Kilian. Hace mucho que tu vida y-ya no es tuya y que otros mueven los hilos s-según sus intereses. ¿Este es tu mundo? Genial. Quédatelo. Pero yo no lo quiero para mí —posó sus manos en sus mejillas—. Tampoco es tu mundo. El hecho de que encajes en un lugar, no quiere decir que pertenezcas a él. Recuérdalo.

Él la agarró de las muñecas y cerró los ojos consternado.

—No te vayas. Por favor, no te vayas. Quédate aquí. Podemos arreglarlo, Sasha.

A ella se le partió el corazón en mil pedazos. Iba a rechazarlo. Le iba a decir que no. Porque había momentos en los que una no podía rechazarse a sí misma.

Se soltó y le contestó entre hipidos.

—No. Esta es mi última semana aquí. Dejémoslo así. D-demuéstrame que al menos m-me quieres como a-amiga. No m-me llames. No me e-escribas. No me busques. No voy a estar para ti. Déjame pasar esto s-sola. Voy a tomar un t-taxi, m-me voy a ir al hotel y voy a acabar la semana hasta volver a Ibiza —se obligó a sonreír y a hacer de tripas corazón—. Gracias por estos días. Me has hecho creer en amarres y hechizos de amor —Kilian se creería que lo decía de manera figurada. Pero no. Se lo decía de verdad.

—¿No puedo... hacer nada para hacerte cambiar de opinión?

—No soy yo quien debe c-cambiar de opinión. Lo tengo t-todo m-muy claro y sé quién s-soy —lo miró con tristeza al tiempo que se alejaba de él y de sus sueños—. Eres tú quien debes pelearte contigo mismo para c-cambiar la tuya y borrar de un plumazo esos prejuicios y e-esas convicciones adquiridas con los años. Porque te hacen daño. Y t-te c-convierten en alguien que n-nunca q-quisiste ser.

Ahí se lo dejó. No hizo falta mencionar ningún nombre en concreto. Kilian acababa de demostrarle que al final, de tanto pelear contra el recuerdo de su monstruo particular, se había convertido en uno muy parecido.

Cuando salió de la casa y llamó al servicio de taxis por teléfono, rezó por que él no la siguiera. Que no la persiguiese. Pero entendió después, cuando no pasó nada de eso, que él nunca se rebajaría en público, y menos con los fotógrafos camuflados que Paul decía que habían ocultos alrededor de la fortaleza.

No miraría atrás. Se le acabó el sueño. Ella no pintaba nada ahí, y por fin, con mucho dolor, le habían abierto los ojos.

Kilian no la quería como se debía querer a una mujer.

Se juró a partir de ese instante que lograría su sueño y que obligaría a ese chico, aunque nunca lo supiera, a tararear los éxitos internacionales que ella pensaba componer y producir.

Ese sería su objetivo. Su razón de vivir.

En el coche, con toda su alma hecha pedazos y llorando sin consuelo, le vino la letra de una canción que emergía de un corazón roto. La titularía Reina de Corazones, y sería la primera canción que vendería a una gran productora. Ya escuchaba la letra... Se lo prometió a sí misma. Esa canción la tararearía Kilian hasta la saciedad.

Mientras tanto, Kilian, inmóvil, se había quedado de piedra y hecho polvo después de la discusión y de la despedida de Sasha.

Escuchó unos pasos fuertes subir por los peldaños de madera. No esperaba que fuera Sasha. Porque ella era suave en sus pasos y elegante en su caminar.

—Kilian —era Jerome.

Él seguía inmóvil y tieso. Tenso como una vara.

—¿Qué? —dijo sin voz.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió.

—¿Seguro?

—No. Pero se me pasará.

—Bien... Oye —añadió dubitativo—. ¿Te has fijado en si Sasha ha dejado el USB en la mesa?

Kilian no tenía ganas de mirar ni de encontrarse a Wonderwoman, porque corría el riesgo de derrumbarse como un chiquillo.

—No. Se lo ha llevado. De todas maneras, ya no importa. No hace falta que finjas más.

Jerome se pasó la mano por la perilla rubia y caminó hasta colocarse al lado de su amigo. Sus labios dibujaron una línea curva y después chasqueó con la lengua.

—Tío, yo he escuchado lo que tiene esa chica maquetado, y nadie que tenga oído musical, se vería con la necesidad de fingir que le gusta.

Él torció la cabeza y lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—Que es muy buena. Joder. Buenísima diría yo. Tiene un talento excepcional.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Él ni siquiera lo había oído. Necesitaba salir de ahí.

Tenía que olvidar el dolor que le desgarraba el pecho y que experimentaba por primera vez. Era horrible.

—¿Crees que Sasha querrá volver a hablar conmigo? Me encantaría trabajar con ella de verdad, tío.

Kilian suspiró y se sintió como un tigre enjaulado. Tenía que dejar de sentirse así.

—Lo dudo.

—¿Por qué no? —Jerome no le comprendía. Era el mejor productor musical del Reino Unido.

Kilian se dio la vuelta para salir de su oficina.

—Porque se siente traicionada. Y su integridad no le va a permitir ceder a tus pretensiones.

—Todos tenemos un precio —contestó Jerome mirándolo incrédulo—. Con un contrato y muchos ceros en la nómina no podrá decir que no.

Él se detuvo en la escalera, y mirando al frente contestó:

—No. No todos tienen un precio. Ella no.

Y él había decidido que el precio que pagaba por tener a Paul a su lado, había sido excesivo.

Iba a remediarlo.

En la actualidad

Es Tap Nou

Alegra y Nicole no iban a abrir la boca. De hecho, preferirían no hacerlo, porque nada bueno iba a salir de ellas. Kilian había herido en lo más profundo a su hermana pequeña, y solo una frase se repetía en sus mentes de reinas viscerales: «¡Que le corten la cabeza!».

—Entonces, regresé a Ibiza con mi título bajo el brazo y mi corazoncito hecho añicos —continuó explicando Sasha acabando su ensalada—. Kilian no me molestó. Nunca más. Ni una llamada, ni una carta. Nada. Cumplió su palabra y me permitió olvidarlo. De todas maneras, no iba a mover un dedo por mí. La prensa del corazón del lunes anunciaba que él y la “despampanante” rubia y modelo conocida como Annette habían vuelto a pasar la noche del sábado juntos para celebrar el gran partido que había hecho La Bestia... Y bla bla bla —murmuró aburrida.

—Sasha —Alegra estiró el brazo y la tomó de la mano—. No... no puedo creer que te hiciera eso.

Sasha se encogió de hombros restándole importancia.

—Hace cuatro años de eso, hermanita. Casi cinco —especificó con una tranquilidad pasmosa—. Lo he pasado muy mal. Me hizo mucho daño, y me costó superarlo —reconoció—. Pero Kilian, sin pretenderlo, me llevó al lodo, al barro, a las vísceras —explicó con los ojos velados por la determinación. Gracias a eso, empecé a componer desde adentro. Y a cantar de verdad. Aún no soy capaz de hacerlo en público, creo que nunca lo seré. Pero con el dinero que heredé de papá monté mi propio estudio, mi propia productora, y empecé a crear canciones que salían de ese lugar en mí que yo desconocía. ¿Sabéis qué? El profesor Richard tenía

razón: «no puedes cantar sobre el amor, si no has conocido sus hieles y no te han hecho daño como para conocer las notas que esconden el dolor y la resurrección». Cada mañana, en casa, en Sananda, cantaba a papá y le dedicaba la letra de «*En brazos de mi ángel*». Lo hice día tras día, como una terapia. Y cuando iba a Es Vedrà con mamá y la abuela, también cantaba en voz alta para que me oyera el santuario. Ahora me gusta mi voz. La acepto. Y me sirve para poder transmitir en las canciones que compongo lo que quiero, y para quienes las oigan, reciban el mensaje que quiero dar. La primera canción que compuse fue Reina de Corazones y fue número uno en muchos países. Después hice otra para Nelly Furtado. «*All good things comes to an end*».

—Una canción muy propicia —señaló su hermana.

—Después vinieron Kelly Clarkson, David Guetta, Calvin Harris, Justin Timberlake, artistas españoles, incluso algunas bandas sonoras... bueno, y muchos más. Lo que quiero decir es que la traición de Kilian me ayudó a encontrarme y a sacar la música que tenía en mí. Abracé el dolor, y me acepté con mis claros y mis oscuros. Ahora me han propuesto crear una canción conjunta para el nuevo disco de Roxette. Bueno ya la he hecho... —Sí. Y era extraño e irónico al mismo tiempo. Porque se había hartado de escuchar a ese grupo cuando estaba con Kilian. Y ahora, ella trabajaría con ellos. Puede que los gustos de Kilian también hubieran cambiado, y tal vez no escucharía ese tema. Pero no importaba. Colaborar con ellos era un sueño en sí mismo.

—Me alegro tantísimo por ti, enana. No me voy a cansar de repetírtelo. Eres una estrella —la felicitó Ale.

—Una estrella en cubierto —corrigió Sasha con una sonrisa.

—Pero eres una estrella al fin y al cabo. Tú brillas de verdad. Solo me da rabia que Kilian no tuviera su merecido.

—Bueno. Lo tuvo a su manera. El karma le pasó factura. Perdió la final de la Copa contra el Manchester United. Hizo un partido pésimo —sonrió con malicia—. Aunque después, el mismo club lo fichara por una millonada. Y, siempre se ha quedado a las puertas del Balón de Oro. Eso es lo único que le queda por conseguir. Parece que la vida no le quiere dar lo que más anhela.

—Y ahora le ha fichado el Barcelona. Joder —murmuró Nicole con desaprobación—. Todos los tontos tienen suerte.

—Lo que no entiendo es qué hace aquí. ¿Por qué ha vuelto a Ibiza cuando no tenía intención de volver nunca más? —se preguntó Alegra—. ¿Después de una década se presenta aquí? ¿Por qué? ¿Para conocer a sus nuevos compañeros que acuden a la isla?

—Yo tampoco lo sé —respondió Sasha acabándose el último sorbo de *Smoothie*—. Pero ya no importa.

—¿Y Geri no te lo ha contado? ¿No te ha contado qué hace su hermano aquí?

Sasha se removió incómoda en la silla.

—Algo pasó entre ellos. Geri me ha dicho que no se hablan desde hace dos años.

—¿Qué sucedió? —quiso indagar Alegra.

—Algo relacionado con la casa de verano de su padre.

—¿La de Es Cubells?

—Sí. Geri la quería comprar. A Kilian no le sentó nada bien que su hermano continuara teniendo relación con su padre. No lo sabía. Como él hacía tantos años que no se hablaba con él, vio el gesto de su hermano como una traición. Se discutieron, se dijeron cosas horribles y se dejaron de hablar.

—Bueno. Su padre era un dictador clasista —señaló Alegra acomodándose en la silla—. No le culpo

—Por lo que me dice Geri, el señor Munier ha cambiado mucho y ya no es lo que era. Como fuera, no es fácil olvidar el abandono que sufrieron. Normal que despertara en ellos tanto rencor.

—Geri parece haberse sobrepuesto al resquemor —objetó Alegra.

—Sí. Pero los dos hermanos son la noche y el día. No tienen nada que ver en aspectos emocionales.

—Ya veo... —asumió Alegra. Se dio la vuelta a su hermana mayor y preguntó—: ¿qué opinas, Nicole?

La hermana de pelo rojo y salvaje tenía la mirada esmeralda perdida en el horizonte y hacía gestos de disgusto con la boca.

—Opino que me gustaría meterle un palo por el culo a Kilian y desearle una varicela.

—No te pases —le pidió Alegra

—No me paso —concedió—. La varicela es muy mala en los adultos. Tiene unas secuelas bastante complicadas.

Eso hizo reír a Alegra y a Sasha, porque omitía por completo lo de meterle un palo por el recto. Como si fuera una minucia sin importancia.

—Qué él te haya infravalorado así... —resopló disgustada—. Él, que era tu más fiel segundo protector cuando eras más pequeña... No lo puedo entender. Me hierve la sangre. Me dan ganas de pegarle.

—Él creyó que me protegía —después del tiempo, de muchas lágrimas y de conversar con Geri, había comprendido la actitud tan errada de Kilian, y aun así, seguía escociendo—. Pero se equivocó. Ese modo de querer no era el que yo necesitaba.

—Te sentiste traicionada —concluyó Alegra comprensiva.

—Sí. Mucho.

—¿Y Geri entonces? ¿Ya no se habla con Kilian? Pues sí que debió ser algo grave... —adivinó Nicole interesada—. Es una pena, porque los dos hermanos tenían muy buena relación.

—Sí. Pero por lo visto —jugueteeó con la caña del *smoothie*—, Inglaterra ha hecho que cambie sus relaciones y sus prioridades por completo. Ese es el mundo que él ha elegido. En fin... —se levantó de la silla de repente—. Dejemos de hablar de él.

Ya pasó todo. Voy a pagar. Y tenemos que darnos prisa —les advirtió mientras se alejaba de la mesa—. Hay mucho que preparar en casa para esta noche.

Alegra y Nicole se la quedaron mirando mientras entraba a la tienda a pagar.

Nicole entrecerró sus ojos verdes y musitó algo en voz baja.

—¿Qué dices? —quiso saber la bióloga cuántica.

—Que no se lo cree ni ella. No ha superado nada.

—Ya sé que no —replicó sonriente—. Es una Balanzat. Y si Kilian es el hombre que ella quiere, va a ser difícil que lo olvide. Es como tú.

—Ya empezamos —se cruzó de brazos y puso los ojos en blanco.

—Tú todavía quieres a Dan, ¿no? —arqueó una ceja negra y sonrió malévola.

Nicole observó con atención a su hermana. Era absurdo fingir entre Balanzats. No se podía mentir a alguien que veía y sentía lo mismo que tú.

—Sí... supongo —estiró las piernas y se miró una de las pecas que tenía en las rodillas—. Casi tanto como le odio. En realidad —se lo pensó mejor— creo que le odio más.

No era fácil para Sasha hablar de ello. No era fácil abrirse y mostrar sus heridas, aunque fueran sus hermanas quienes las vieran.

Pero no quería pasar una noche como la anterior. Pensando en él, en lo que podía haber sido. En si había hecho bien o no al dejarlo solo rodeado de tiburones. Aunque era ella quien debía estar ofendida con él, no podía remediar el seguir preocupándose por ese hombre. Aunque no se lo mereciera.

Por esa razón, esa noche quería exorcizar demonios personales y dar carpetazo a Kilian de una vez por todas. Su vuelta la había trastornado, pero a pesar de la sorpresa inicial, no permitiría que la desquiciara por completo o la desequilibrase.

Después de esa noche, la puerta de La Bestia se iba a cerrar para siempre. La Bella no quería saber más nada de él.

Sacó la cartera de su mochila y se acercó a la caja con el ticket en mano.

—¿Me cobras, por favor? Estamos en la mesa tres.

La cajera sonrió.

—Claro, son...

—Invito yo.

Un brazo moreno y musculoso asomó por encima de su hombro, con una tarjeta de crédito Black sujeta entre los largos dedos.

Sasha cerró los ojos consternada cuando el aroma de Kilian golpeó sus fosas nasales hasta pegársele al cerebro.

Debía de ser una broma. ¿La estaba persiguiendo o qué?

Intentó reaccionar rápido.

—No —dijo rotunda apartándole la mano.

—Insisto —continuó él.

—Que no —siguió inflexible—. Pago yo —aclaró a la cajera.

Kilian desistió y se guardó la tarjeta en su cartera.

Sasha ni siquiera tenía ganas de mirarle, pero no sabía ser maleducada. Nicole le habría plantado ya una fresca. Pero ella no era así.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

Al darse la vuelta, y no poder verle los ojos, ocultos por las gafas que promocionaba Lo&Lo, sintió rabia hacia él. Porque incluso sin vislumbrar esa pizca de verde en sus pupilas, la mirada que continuaba dirigiéndole a través de los

cristales negros le afectaba. Porque la veía. La presentía. Y como el primer día, la desarmaba.

—Me apetecía tomarme algo —se encogió de hombros—. Y me han hablado de que aquí sirven los mejores *smoothies* de la isla...

—Anda, qué casualidad —murmuró entre dientes—. ¿Y a ti te gustan los *smoothies*? —preguntó incrédula.

—Soy deportista. Me gusta cuidarme, niña —dijo sin más.

Sasha dio un paso al frente, mordiéndose la lengua y sujetando sus emociones desbocadas. No podía hablarle así. No en ese tono. Como si pudiera aparecer de la nada y hablarle como si su historia jamás hubiese existido. Como si en el fondo la respetara y la quisiera cuando ambos sabían que eso no era verdad.

—No me llames así.

Él recibió la orden con incomodidad. El músculo que rodeaba el maxilar se movió compulsivamente, señal de que apretaba los dientes.

—Me gustaría hablar contigo —le pidió en voz baja.

—¿El qué? No te oigo.

Él aceptó la negación implícita en sus palabras. Sabía que las cosas no estaban nada bien entre ellos. De hecho, estaban en la zona cero.

Hacía mucho que no se veían.

—Nada —concedió—. Solo quería preguntarte cómo estaba Alegra. Oí que se había hecho daño en ese ritual que montasteis en Atlantis.

Sasha no supo ni cómo reaccionar ante eso.

—¿Es que estabas a-ahí?

—Sí. No podía perderme ese espectáculo —sonrió.

Ella no supo en qué tono se lo decía. ¿Con sarcasmo? ¿Ironía? ¿Cinismo? Ya no sabía captar el sentido de sus palabras. Producto de dejar de creer en él.

—Está b-bien. Se cayó, eso es todo.

—Bueno, me alegro —reconoció sinceramente. A continuación sonrió levemente y le dijo—: Estás muy guapa y me complace verte tan bien.

—Ya... e-eso ya me lo dijiste la otra noche en Lío —le soltó. Sasha sonrió con educación a la chica que estaba en caja, tan interesada por el encuentro como una telespectadora de *Sálvame*.

Tenía que irse de ahí.

A continuación, Sasha se dio la vuelta, añadiendo un seco “adiós” para Kilian.

Este iba a dar un paso más para no volver a quedarse con la palabra en la boca en un nuevo encuentro con ella.

Pero entonces, se dio de bruces con una guardaespaldas inesperada. Una con muy mal carácter y cuyos ojos eran capaces de matar o convertir a las personas en figuras de sal.

—Vámonos, Niqui —le pidió Sasha tirando de ella.

Nicole no se movió del sitio. La pose de su cuerpo reflejaba la visceralidad que sentía en ese instante, frente al hombre que más magullada había dejado a su hermana pequeña.

—Ahora voy, Sasha. Solo quiero saludar a nuestro amigo de la infancia.

—Niqui, por favor —le rogó tirando de su camiseta. Pero al ver que no reaccionaba, la dejó en su lugar y se fue resoplando a paso veloz.

Nicole, sintiéndose victoriosa, arqueó una ceja roja y lo miró de arriba abajo como si no valiera nada.

—¿Sabes qué creo, Oliver Aton? —espetó bajando el tono de voz para que solo lo escuchara él—. Que el karma es lento, pero no perdona. Deberías sacar la cartera

para pagar por otras cosas, pero nada de esas cosas se solucionan con dinero — Nicole sonrió y le quitó una pelusa invisible de la camiseta para después darle dos palmaditas nada amigables sobre el pecho duro como una piedra—. Aunque tú creas que sí. Que el dinero y el postureo, que son tu prioridad, lo pueden todo.

—Yo también me alegro de verte —dijo Kilian molesto.

—Bueno. Yo no. No sé qué haces aquí, pero deja a mi hermana tranquila. No vamos a dejar que te acerques a ella.

—No pienso hacerle nada.

—No. Claro que no. Ya hiciste demasiado.

Dicho esto, la Balanzat salió por la puerta, siguiendo a Sasha, que tenía más prisa por desaparecer de ahí que nadie.

—Esas chicas son peligrosas. Debería tener cuidado —le sugirió la dependienta—. Son Balanzat, ¿entiende? Son la Mafia de la isla —confesó en voz baja.

No eran mafia. Pero Kilian no tenía ganas de hablar con esa mujer ni de corregirla.

—Lo sé. Gracias por la advertencia.

Kilian sabía cuán peligrosas podían ser. Las conocía desde que era pequeño. Pagó el *smoothie* de fruta para llevar, y salió de la tienda restaurante esperando encontrárselas de nuevo.

A él no le daban ningún miedo. Sasha sí le inspiraba respeto y le encogía el ombligo, aunque pareciera la más débil. Pero las otras dos, aunque ladraban, no mordían.

La verdad era que no había esperado dar con ellas ese día.

De hecho, lo trastornaba mucho verla. La había visto tres veces desde que llegó. En el campo de fútbol de Santa Eulalia, en Lío y en Atlantis, en aquella extraña ceremonia mágica que había concentrado a tantos pitiusos crédulos. Ese día Sasha parecía una aparición, una ondina sobre aquel barco, pregonando a los cuatro vientos que el mar sanara.

Fue increíble. Él fue allí movido por la extraña inercia de los ibicenses, solo para ver lo que se cocía con ellas. Y el resultado lo dejó sin palabras.

Kilian se acercó a la Ducati Monster negra que había alquilado, y que la gente admiraba sin disimulo y se puso el casco negro metalizado de la marca Mommo.

Joder. Sasha continuaba incidiendo en él y en su estado anímico, a pesar de lo mal que acabaron.

Pensaba que lo tenía superado. Que era una buena ocasión para volver a Ibiza, sabiendo que por fin se suponía que tenía todo lo que quería, que había vuelto como un Emperador, le había fichado el equipo de su corazón y este año tendría posibilidades de quedar entre los tres finalistas al Balón de Oro. Este año sí.

Y, sin embargo, había sido pisar la isla y oler a pino y a coníferas, y reencontrarse con esa chica, y de repente toda esa seguridad que debía tener en sí mismo desaparecía, y se convertía en una culpabilidad y un desasosiego que no comprendía. Que lo molestaba.

¿Por qué? ¿Por qué después de verla, nada de lo logrado importaba y se sentía tan pobre y desgraciado?

Se bajó la visera del casco y arrancó la moto, aprovechando el anonimato que le daba la protección, conduciendo con cuidado por el pequeño tramo de zona peatonal.

El aire y la velocidad lo despejarían.

Siempre lo hacían.

—¿De verdad le has dicho eso a mi hermano? —preguntaba Geri sentado al lado de Nicole en la mesa nocturna.

La cena mejicana iba viento en popa.

Mientras Mamá Pietat y Amanda se habían ido a Es Vedrà a orar y a coger polvo de roca, el jardín de Sananda se había adecuado como una cantina de México.

Allí estaban Nil, David, un increíblemente bien recuperado Lucas, Geri, Nicole, Alegra y Sasha.

Esa noche debían asistir los miembros de Roxette, porque habían entablado una buena amistad con la pequeña de las Balanzat, y habían colaborado juntos en un tema de su nuevo disco. Ellos eran los invitados especiales. La sintonía había sido tan buena que habían aceptado a ciegas la invitación. Sin embargo, tuvieron que llamar para cancelar su viaje, debido a problemas meteorológicos, ráfagas altas y fuertes que decían asolaban la isla.

Sasha no lo podía comprender, pues en tierra firme no hacía mal tiempo. De hecho ese día había sido soleado y caluroso como cualquier otro día de agosto.

Geri vivía en Ibiza desde hacía dos años. No en la casa de su padre, sino en un pequeño loft en la ciudadela. No era muy grande, pero sí de diseño y tenía además todas las comodidades, pues poseía una zona estudio, separada del habitáculo, que había adecuado como su consulta. Trabajaba como psicólogo y tenía a pacientes de todo tipo, y a más de una celebridad. Era realmente bueno.

Sasha y él habían mantenido una relación fluida e intensa. Él era su mejor amigo.

Y esa noche, además, quería que el hermano de Nil y él se conocieran, porque sabía sin ninguna duda que harían buenas migas.

En una cena Balanzat no había silencio, y la energía corría y fluía de manera intensa y desenfadada. Pero además, esa noche Sasha quería purgar demonios interiores, y temas pendientes.

La última cena mejicana en la que estuvo presente fue la de Londres. Y el resultado fue desastroso para ella.

Había llegado el momento de resarcirse. Kilian estaba en la isla, y ese debía de ser el momento para demostrarse a sí misma que ya había dado portazo a su historia.

Nada mejor para eliminar malas memorias y para adquirir nuevas que una bebida especial que ella misma preparaba llamada “Escorpión”. La picadura de esa bebida era brutal. Estaba deliciosa, dulzona, entraba como el agua cuando se tenía sed.

Y allí estaban todos, comiendo y bebiendo, disfrutando de la compañía de estar con la gente que se quería y con la que uno más cómodo se sentía. Porque te aceptaban tal cual eras.

—Eso le dije —aseguró Nicole llenándose el vaso de Escorpión. Ya era el tercero—. Tú eres un cielo, Geri. Pero tu hermano...

—Mi hermano tiene temas pendientes —explicó intentando quitarle hierro al asunto—. Hasta que no los solucione, no podrá sacárselos de encima y disfrutar.

Sasha escuchaba atentamente las palabras de su amigo. Ella ya tenía serias dudas sobre si eso sería así o no. El problema era que, si se daba cuenta de lo que estaba haciendo y en qué se estaba convirtiendo, posiblemente lo advirtiera demasiado tarde para cambiarlo.

Lucas jugaba con Golfo a tirarle la pelota, mientras iba garrapiñando nachos. Alegria lo observaba feliz, y Nil miraba a Alegria como si fuera lo más bonito de su vida. Sasha contemplaba la escena sintiéndose un poco voyerista, pero agradecida por poder contemplarla.

El joven hermano de Nil tenía la salud que nunca debió haberle faltado y que un aciago accidente le arrebató. Alegria no podía devolverle a los Blanc a sus padres, pues ellos sí habían perecido en el siniestro, y las Balanzat no resucitaban a los muertos.

Eso era algo prohibido.

Pero sí pudo arreglar la lesión de Lucas. Y aquello fue vida para David y Nil, pues les partía el alma ver a su hermano pequeño postrado en una silla, una cárcel metálica de dos ruedas, tan fría como injusta.

David, Lucas y Nil ya conocían la naturaleza mágica de su familia, y aunque al principio les reportó varios malentendidos y prejuicios, ahora lo abrazaban con ilusión y alegría. Ellos creían en ellas. Las querían.

Por un momento, un pinchazo de sanos celos la atacaron. Sasha nunca habló en claro a Geri y Kilian sobre los dones de sus hermanas o los suyos propios. Los chicos no creían en ello, y aunque no lo decían en voz alta, no se tomaban en serio ninguna de las excentricidades de su familia.

Si Kilian supiera lo que era capaz de hacer Alegra con su don, o lo que leía Nicole en la vida y los acontecimientos, o lo que ella podía transmitir en sus canciones, ¿las miraría mal? ¿Se alejaría? ¿Sería esa la estocada final para apartarse y romper cualquier vínculo con ella? ¿Importaba ya?

No. Ya no importaba.

Kilian no creía en nada que no fuera él mismo y el poder que había ganado con los años. Con el tiempo, el brillo que proporcionaba en los ojos el creer en la magia, en aquello que no se podía ver ni tocar, le fue desapareciendo de la mirada. Ahora, solo quedaba un leve centelleo que se negaba a apagar para siempre. Como si en su fuero interno se resistiera a aplastar lo último que le quedaba de niño y de Peter Pan.

—Sasha, ¿me oyes?

La joven salió de su ensimismamiento.

—Dime, David.

—Que si conoces quién toca hoy en el Amnesia —le preguntó el periodista político que, para ganarse sus primeros sueldos, empezó trabajando para una revista del corazón. Y eso, le hizo que sintiera curiosidad por ese mundillo, a pesar de estar muy bien colocado en su campo. Él decía que una vez se entraba en la prensa rosa o amarilla, los colores siempre le llamarían la atención.

A través de sus gafas la miró con sumo interés y se rascó la cabeza que tenía que raparse para disimular sus entradas. A pesar de eso, no estaba nada mal.

—¿En el Amnesia? No. ¿Por qué? —preguntó interesada.

—Porque han hecho lleno y arrastran a un montón de seguidores.

—Pues no sé —murmuró preparándose una fajita. Pollo sazonado con tomate picante, pimientos, un poco de lechuga, cebolla, guacamole y chili con carne. Lo enrolló y antes de llevárselo a la boca dijo—: allí suelen tocar grupos alternativos de música electrónica, techno y demás... Lo investigaré. Siempre está bien conocer nuevos valores y nuevas tendencias.

—¿No os parece raro que haya un temporal tan repentino alrededor de la isla y que no la afecte directamente? —preguntó Nicole abiertamente—. Lo han anunciado esta misma noche, como si hubiese llegado sin avisar.

—Hay frentes y ventiscas que actúan de manera circular -intervino Lucas con golfo pegado a sus talones. Si la isla está en el centro de ese frente, hace efecto huracán. El centro permanece en calma —explicó dejándolos a todos pasmados.

Nil se echó a reír y añadió orgulloso.

—Es un friki de Twister.

—¿El helado? —preguntó Nicole sin comprender.

—No, pequeña lerda —espetó Alegra muerta de la risa—. La película. Ya sabes, Bill Paxton, Helen Hunt...

Nicole puso cara de no hablar chino.

—Como sea. Espero que el temporal amaine —convino Sasha—. No me gusta que mamá y la abuela estén navegando a estas horas a oscuras. Si se acercase el temporal, tendrían poco tiempo de reacción.

—No les va a pasar nada —la tranquilizó Alegra—. No llames al mal tiempo. Mientras tanto, si los aeropuertos están cerrados, nadie podrá entrar ni salir de la isla.

—Uf, menudo agobio... Como Ibiza es tan grande —dijo irónica Nicole-. Bueno, de todas maneras, no tenía intención de irme todavía. No hasta que se solucione el

tema de los pirómanos en los campos de cereales y me llamen para retomar el trabajo.

—Hablando de ese tema —David estaba realmente interesado en ello como periodista—. No quiero meterme en camisa de once varas, pero, ¿qué hay de verdad en eso que estudias?

Nicole, a la que parecía que todo le afectaba en su justa medida, ni más ni menos, esta vez sí prestó atención al rostro de David.

—¿Cuánto de verdad hay en el hecho de que lleves gafas?

—¿Cómo dices? Las llevo porque de noche soy como un topo —contestó recolocándose las sobre el puente de la nariz—. No veo bien de lejos. Solo te reconozco cuando te tengo a un palmo. Y, a veces, ya es demasiado tarde. La gente cree que soy un estúpido y que no saludo —Geri se carcajeó de él—. En serio. Pero no saludo porque no veo. Mis ojos no dan para más.

—Entonces, la verdad es que llevas gafas porque no ves.

—Sí.

—Pues hay el mismo porcentaje de verdad y realidad en los *Crops*. Es algo mucho más profundo que eso, y no todos están dispuestos a comprenderlo. Las señales son reales. Existen. Y no las ponemos ahí nosotros. Los humanos no tenemos ese tipo de tecnología para trabajar sobre el grano. Pero, el miedo tiene bloqueado a gran parte de los profesionales expertos en la materia.

—¿Y en qué proyecto andas metida? —Lucas se sentó a su lado, mirándola embelesado.

—Si te lo contara, tendría que matarte.

—Vaya —Lucas abrió sus ojos negros como si fueran platos—. ¿Te paga el gobierno? ¿Tiene algo que ver el FBI en lo que haces? ¿Crees en los extraterrestres? He visto muchos documentales de exopolítica y...

Nicole tomó su vaso de Escorpión y se lo ofreció.

—Si normal eres así, me encantará ver cómo eres ebrio.

—¡Nicole! —exclamó Alegra sentándose sobre las rodillas de Nil—. Es menor. Aún no puede beber.

—¿Y qué? Estamos nosotras. Yo lo vigilo. No le va a pasar nada.

Sasha volteó los ojos y resopló.

—Niqui llevas c-cuatro vasos de Escorpión. No sabes lo que te va a pasar cuando te levantes. Esta bebida tiene la facultad de actuar como el veneno. Si estás sentado, va lento. En cuanto te mueves, lo activas y empieza a circular por tu torrente sanguíneo a la velocidad de la luz.

—Eso ya lo veremos... —a ella le encantaban los desafíos. Y competir. La competición le volvía loca—. Por lo pronto, las jarras están vacías, mona.

A Sasha le encantaba picarla. Era un cebo fácil para ella. Y no tendría piedad.

—¿De verdad quieres que te pique el escorpión? —le preguntó inclinándose hacia ella.

—Tráelo. Geri y David también quieren, ¿verdad? —los animó.

—Bueno... —iba a decir David. En realidad, al día siguiente tenía trabajo para cubrir la noticia del nuevo nombramiento oficial de Meritxell Roureda como nueva Presidenta del Govern—. Mañana...

—Mañana será otro día —Nicole le pasó el brazo por los hombros y lo hizo callar de golpe—. El ahora es el ahora. Hay que vivirlo al máximo. Y aquí hay camas de sobras. ¿Tú qué dices, Geri?

Geri, por su parte, no le hacía ascos a nada. ¿Por qué no? La semana con sus pacientes había sido bastante dura, y no encontraba mejor manera de empezar sus vacaciones que esa.

—Dale, Sasha. Hace tiempo que no empino el codo.

Todos aplaudieron con ganas, pues estaban decididos a continuar la fiesta hasta que el cuerpo les dijera basta.

Sasha alzó las manos librándose de la culpa y exclamó:

—De acuerdo. Vosotros lo habéis querido. Pero luego —los señaló uno a uno—, no quiero reproches. ¿Entendido?

En la mesa todos asintieron conformes. La compositora tomó las dos jarras de dos litros cada una vacías y las llevó con ella hasta la cocina. Allí prepararía la bebida como se merecía.

Se iban a enterar.

Si se ponía a pensar qué hacía ahí y cómo había llegado a ese lugar, no lo sabía.

Después de su encuentro con Sasha y pasar el resto del día con una intranquilidad latente y extraña, Kilian decidió salir para airearse y mezclarse con la vida nocturna.

Pero no le apetecía visitar ningún local exclusivo ni elitista. Quería perderse. Extraviarse entre el gentío cuya única pretensión era pasarlo bien. Estarían tan concentrados en disfrutar de sus propias experiencias que no se fijarían en él, no como sucedía en los sitios clasistas donde se vivía solo de eso. De las apariencias, de quien venía o dejaba de venir, de quién estaba con quién, siempre pendientes del último cotilleo y de qué o de quién podían hacer carnaza.

Estaba cansado de todo eso. Por eso había ido a parar a ese lugar. Ibiza tenía un gran abanico nocturno de eventos y posibilidades. Y él había elegido ese, por elegir alguno, y quitarse de la cabeza esos reproches que se autoinfligía. Y tenía tantos...

¿Era el hombre que quería ser?

Solo quería mezclarse con la multitud y gritar, saltar, dejar de pensar y moverse como hacía la mayoría, mecida como una marea por los acordes y las letras de ese

grupo que desconocía.

*In the darkest side,
I remain
With no shelter,
Enveloped by shadows,
Swimming in my pain.*

*Regrets are pushing my soul,
I need to escape
There's nothing to be proud.*

*En la parte más oscura,
permanezco
Sin escudo,
envuelto en sombras
Nadando en mi dolor*

*Los reproches empujan mi alma,
necesito escapar
No hay nada de lo que enorgullecerme.*

Kilian cerró los ojos y se mantuvo quieto, envuelto por todos aquellos que gritaban en éxtasis, moviéndose al son de aquellas letras que tanto conectaban con él. Abrió los brazos y permitió que esa energía lo envolviera.

*There's no salvation for me,
I'm the biggest sinner in the world,
There's no absolution,
I want to rest in the mists of avalon.*

*No hay salvación para mí,
Soy el mayor pecador del mundo,
No hay absolución
Quiero descansar en las cenizas de Avalon.*

En las cenizas de Avalon. No sabía dónde estaba ese lugar. Pero lo cierto era que estaba harto de sí mismo y que necesitaba descansar un poco y apartarse del ritmo de vida que llevaba y que no le satisfacía, excepto cuando conseguía sus objetivos. Porque era un cazador. Y el cazador adoraba la caza, no comerse a la presa. Él disfrutaba de sus victorias, pero no saboreaba lo logrado.

Lamentablemente, después de tantos años viviendo así, no tenía ni idea de cómo parar.

*Voices tell me there's a hope
at the end of the road.
But how can I find the way
To Avalon?
Run, run
Don't look behind
The paradise flows in calm.*

*Las voces me dicen que hay esperanza
al final del camino,
Pero, ¿Cómo encuentro el camino a Avalon?
Corre, corre
No mires atrás
El Paraíso fluye en calma.*

Súbitamente, todo le sobró. Todo. Incluso él mismo.

Se tocó las mejillas y contempló con extrañeza y desesperación que estaban húmedas. Y que estaba llorando.

Llorando. ¿Cuándo fue la última vez que lloró?

Una sensación de terror se apoderó de él.

¿Qué mierda había hecho con su vida? ¿En qué se había convertido? ¿De qué le servía todo lo que tenía si no sabía disfrutarlo? Tenía que dejar de convencerse de que estaba bien y satisfecho.

Y joder... no lo estaba.

Asustado, en medio de un ataque de ansiedad, salió de allí a empujones. Necesitaba aire. Necesitaba correr.

Correr, como decía esa canción.

Y encontrar esa calma en la que fluía el paraíso.

Cuando alcanzó su moto en el parquin, le faltó tiempo para ponerse el casco y subirse a ella. Le dio gas y salió de allí derrapando, haciendo eses con la rueda trasera.

Esa noche era un jinete sin rumbo.

Perdido. Necesitaba que su caballo le llevara a un lugar mejor.

Tomaba las curvas como rectas, inconsciente, solo atento a su dolor interno y a nada que tuviera que ver con el exterior.

No oía nada. No veía tampoco.

Después de diez minutos sobre la moto, sin destino claro, en una curva pronunciada, un coche negro que debió mantenerse en su carril, no lo hizo, y durante unos segundos fue en dirección contraria, ocupando el espacio de Lian.

A ninguno de los dos les fue posible esquivarse.

El impacto espeluznante creó un vacío hueco en la colina.

Se llevó la moto de Kilian por delante.

Este salió volando por encima del Peugeot, varios metros de altura, dando vueltas sobre sí mismo.

Kilian ya no estaba bien en el primer golpe.

Y en ese momento en el que levitaba sin control, y en el que su cuerpo besaría el suelo de forma abrupta debido a la gravedad, las personas que lo habían marcado en su vida aparecieron ante sus ojos. Los vio nítidamente.

Recordó reír a su padre. Recordó el amor incondicional de su madre. Se acordó de su hermano Geri, al que echaba de menos.

Y el último pensamiento fue para ella. Para Sasha. Si moría, lo haría con su ángel, la única chica que había amado, aunque su manera de quererla no fuera suficiente.

Aunque hubiera sido torpe y tonto, y a pesar de no saber demostrarle lo mucho que le importaba.

La quería. La querría siempre. Hasta su última exhalación.

Sasha tomaba los licores, la soda y la lima y ponía la cantidad proporcional que necesitaba para que estuvieran sabrosas y se bebieran como el agua. El punto dulzón era indispensable, y que estuviera bien fría también.

Había aprendido a hacerlo con Kelly, en Londres, el día en que todo se derrumbó. Por eso necesitaba olvidar esa noche con una nueva, con los mismos elementos, pero distintos finales.

Geri la comprendería. Él era psicólogo y entendía que para superar el miedo, el dolor y la inseguridad, uno debía enfrentarse a ello y no darle la espalda, porque corría el riesgo de enquistarse, como le había sucedido a Kilian con sus problemas.

Así que representaría una escena parecida, pero la llevaría de otra manera. Eso ayudaría a que su cabeza se rehiciera y sanara la herida de su corazón.

De repente, mientras observaba cómo la bebida se tornaba rojiza y el olor a fruta le emborronaba la cabeza, sintió que el vello de la nuca se le erizaba.

Tenía frío.

Escuchó entonces cómo algo golpeaba el cristal de la ventana suavemente. Con cautela, y la botella de ginebra todavía en la mano, se asomó para ver qué era lo que había impactado en él.

Cuando salió y pisó el suelo de madera del balcón que era parte del jardín, se encontró con una mujer vestida de blanco impoluto, de arriba abajo.

Al principio pensó que el alcohol le estaba jugando una mala pasada... Pero la veía demasiado bien. Era morena, tenía la melena castaña oscura por debajo de la oreja, y unos ojos verdes que al haberlos visto solo en una persona, inmediatamente reconoció.

Era la madre de Kilian.

Juliet.

Sasha tragó saliva y no osó a mover ningún músculo. Tampoco podía hacerlo si hubiese querido. Tenía todo el cuerpo paralizado, y no de la impresión, sino, físicamente.

Tenía ante sí el espíritu de la madre de Kilian.

Sasha intentó hablar, pero tampoco lo logró. Juliet señalaba hacia el exterior de la casa, por detrás, a la carretera que colindaba con ella. Hacía aspavientos y no dejaba de indicar con el índice hacia esa dirección. Hablaba pero no se le oía la voz.

Sasha tenía el corazón paralizado. Las palmas de las manos frías. Y le faltaba el aire.

De repente. Juliet se acercó a ella, como si estuviera vivita y coleando y la muerte no se la hubiese llevado. El cuerpo etéreo quedó a un palmo del cuerpo físico de

Sasha.

Y entonces...

¡Zas!

Apoyó su mano en el centro del pecho de Sasha, y esta sintió un dolor atroz. Algo que jamás había experimentado, ni siquiera cuando perdió a su padre.

Tuvo miedo, pena, angustia... Y sintió lo que una madre sentiría por su hijo cuando este estuviese en claro peligro.

Era Kilian.

A Kilian le había sucedido algo terrible. Lo supo, lo vio con tanta claridad que parecía que estaba ahí cuando el escalofriante momento llegó.

Sasha dejó caer la botella al suelo y esta se rompió en mil pedazos.

Se dio cuenta de que estaba gritando con un vociferante y desgarrado no, cuando llegaron sus dos hermanas corriendo a socorrerlas.

—¡No! ¡No!

—¡Sasha! ¡¿Qué te pasa?! —exigió saber Alegra preocupada tomándola del rostro—. Mírame. ¿Qué es, cariño?

Nicole oteó su alrededor, hasta que el graznido de un ave de Eleanor llamó su atención. El majestuoso pájaro sobrevoló la casa y se dirigió hacia la carretera. Nada bueno traía ese vuelo. Era una advertencia. Un aviso.

—Algo ha pasado —dijo Nicole con el rostro tan aterrado como el de sus hermanas.

—¡Es Kilian! —exclamó Sasha saliendo del trance—. ¡Kilian!

—¿Cómo lo sabes, cariño? —quiso tranquilizarla Alegra.

—Su m-madre ha venido a a-avisarme —dijo nerviosa.

Nicole y Alegra se miraron la una a la otra consternadas. Geri acababa de llegar, y se había quedado petrificado tras ella al oír eso.

—¿Mi madre? —dijo perplejo—. ¿Qué dices, Sasha, por Dios?

—¡Vamos! ¡Rápido! ¡A la carretera! —gritaba como desquiciada, con el miedo adherido a la voz—. ¡Algo le ha pasado a Kilian!

Nil, David y Lucas asintieron dispuestos a hacer lo que las Balanzat les ordenasen. Ellas veían, oían y sabían cosas que nadie más podía adivinar. Se las debía obedecer.

Sasha corrió a por su Gordini. Alegra y Nicole se montaron con ella. Por su parte Nil cogió su Mini y se encargó de llevar a los demás.

Condujeron tan rápido como pudieron, guiados por la estela de terror y desesperación que Sasha dejaba tras ella.

Esperando que lo que fuese que encontrasen, no fuera tan descorazonador como parecía.

13

Habían personas que se quedaban tan grabadas en la piel de una de tal modo que podían ser encontradas como si tuvieran un radar especial para ello. Un buscaperonas hecho a medida. Sasha tenía un busca persona especial, y era para Kilian.

Aparcó el Gordini derrapando y saltó del coche para correr como una loca en cuanto visualizó las marcas de los neumáticos desviadas y negruzcas en el pavimento.

La moto estaba tirada sobre el cemento, con el faro delantero roto, el manillar torcido y la rueda delantera doblada por completo, entre otras muchas otras penalidades.

Ni Alegra ni Nicole veían el cuerpo de Kilian, pero Sasha parecía empujada por una fuerza que solo ella conocía y que la atraía hasta donde estaba él.

Corrieron entre la maleza y los árboles del despeñadero que bordeaba la carretera, y entonces, Sasha se detuvo durante dos segundos.

Un corto intervalo de tiempo para ver el cuerpo desmadejado de Kilian entre los árboles, la posición amorfa y antinatural de sus extremidades... Había salido volando para ir a parar a ese lugar. No lo soportó.

—¡No, Kilian, no! —gritaba llorando mientras corría hacia él.

Sus hermanas la seguían consternadas y con el corazón en la boca. No importaban si las hierbas les raspaban las piernas, ni si las ramas bajas de los árboles les arañaban la cara. Tenían que saber si Kilian seguía vivo o no. Y dudaban que lo estuviera, pues en un accidente así apenas había probabilidades de sobrevivir.

Sasha se arrodilló al lado del cuerpo de Kilian. No sabía si tocarlo o no.

Todavía tenía el casco puesto, pero la pierna derecha presentaba una fractura externa espeluznante. Tenía un corte en la barbilla y respiraba mediante espasmos.

Sus ojos abiertos luchaban por entender lo que le sucedía, pero casi no parpadeaba debido al amargo dolor que tenía que experimentar.

—¡No le quites el casco, Sasha! —le ordenó Alegra analizando la situación, arrodillada al lado contrario que su hermana.

La pequeña de las Balanzat no podía dejar de llorar, pero si había una brizna de cordura en su mente, se iluminó para hacerle ver que Alegra estaba con ellos, y su don era único y maravilloso. Si ella estaba ahí, no había nada perdido del todo.

—Alegra... —le dijo suplicante—. Te lo ruego. Te lo ruego... Sé que no tengo derecho, pero... —los lagrimones se le caían sin freno de los ojos dorados. Parecía una niña sin esperanza.

Los ojos azules de Alegra estudiaban las lesiones del cuerpo de Kilian sin aún tocarlo. Tenía una fractura de tibia y peroné que le había atravesado la carne, provocándole una herida abierta por la que no dejaba de sangrar, dos costillas rotas que habían perforado un pulmón, y además se le había dislocado el hombro.

Pero Kilian seguía vivo. Señal de que era un tipo muy duro. Y de que quería vivir.

—No me tienes que pedir nada, Sasha —le aseguró ella con dulzura—. Es Kilian, no voy a dejar que se muera.

Nicole apartó la vista del hueso que le sobresalía de la pantorrilla y la tela del pantalón. Joder, no tenía estómago para eso. Era muy aprensiva.

—Sa... S... —Kilian intentaba pronunciar su nombre, pero no lo conseguía—. Sa...

—Kilian —Sasha le buscó la mano y cuando la encontró entrelazó los dedos con él—. Estoy aquí. No me voy a ir a ningún lado. Me quedo aquí contigo. Chist... No hables.

—Sa...

—Kilian, no me voy a mover de aquí, te lo prometo. Pero... Tienes que ponerte

bien. Si te pones bien, no te voy a soltar jamás. Te lo juro.

—Sasha...

—Te oye. Pero no te ve. El golpe debe de ser tremendo en la cabeza. Necesito analizar bien sus lesiones. Y necesita aire. Apartaos —pidió Alegra.

—¡Kilian! ¡Kilian! —gritaba Geri bajando a toda prisa por la cuesta del bosque empinado. Cuando lo vio ahí tirado, se quedó en *shock*, y cayó de rodillas a un metro de ellas. David se colocó a su lado para tranquilizarlo, pero Geri ni oía ni veía.

—Alegra —le dijo Nil llegando después de Geri, respirando ansioso, con Lucas temeroso a su lado, mirando la escena—. El conductor está inconsciente. Su coche se encuentra a cincuenta metros de la moto de Kilian. Creo que lo embistió. ¿Cómo está él?

Alegra no podía ponerle las manos encima, o empezaría a sanarlo sin ser consciente de las consecuencias que eso podría provocar en ella. Habían sido traumatismos muy fuertes y severos. Su don podría sanar, pero sentiría su dolor. Y además, todos la verían en acción. Inclusive Nil. Y Geri.

—Saca a Geri de aquí —le pidió a Nil.

—¡Y una mierda!

—Tengo que hacerme cargo de esto. Saca a Geri de aquí —repitió sin paciencia.

—¡Te he dicho que no! ¡Es mi hermano, y yo me quedo! ¡¿Qué vas a hacer?! ¡Hay que llamar a una ambulancia...!

—Geri —lo cortó David—. Si quieres que tu hermano se ponga bien, deja que se encargue Alegra. Si avisas a la ambulancia, los periodistas no tardarán en merodear por aquí. ¿Eso quieres? ¿Quieres que sepan lo que le ha pasado a Kilian? ¿Que no le den la oportunidad de salir vivo de esta?

—¡¿Pero tú le has visto la pierna?! —gritó histérico—. ¡Qué más da si vienen los periodistas! Mi hermano ya no podrá jugar a fútbol nunca más. Pero eso es lo de

menos. Quiero que sobreviva. ¡Voy a llamar ahora mismo y...!

—Geri —Nicole, que estaba pálida y sudorosa, lo tomó de los hombros y lo miró a los enormes ojos desencajados. Lo entendía. Por supuesto que sí. Pero debía hacerlo entrar en razón—. Escúchame bien. Me da igual si me crees o no, pero si mi hermana pone las manos encima de tu hermano, lo va a curar. Esto funciona así. Somos Balanzat. Somos mujeres sanadoras.

—Déjate de tonterías —espetó furioso—. Eso siempre fueron habladurías. Y si quieres que te siga teniendo respeto, me vas a soltar y vas a dejar que llame a un puto médico antes de que mi hermano se muera...

—Tu hermano ya se muere, ¿lo entiendes? —sentenció Alegra. Su largo pelo negro y liso cubría su rostro, que no dejaba de inspeccionar los cambios fisiológicos en el cuerpo y en el corazón de Kilian, pero antes de ponerle remedio, tenía que asegurarse de que Geri comprendía lo que había pasado y lo que iba a pasar cuando ella emprendiera la sanación—. Tiene los pulmones encharcados, se está ahogando. La tibia le ha cortado la «arteria tibial posterior» y se desangra por momentos. O lo atiendo yo y le recupero, o se nos va. Pero quiero que entiendas cómo va a ser. Y que me prometas que nada de lo que vas a ver aquí va a salir de tu boca jamás.

—Estáis locas... —susurró con el rostro cerúleo—. Es verdad que estáis locas...

—Geri, por favor, confía en nosotras —le suplicó Sasha—. Permítete creer en esto. Hay que salvar a Kilian ya.

Lucas caminó lentamente hasta ubicarse detrás de Geri, que seguía arrodillado, con Nicole delante, todavía sujetándole de los hombros.

—Yo iba en silla de ruedas —le dijo Lucas—. Pero Alegra me curó. Deja que le salve la vida a tu hermano —recomendó con voz temblorosa—. Si alguien puede hacerlo, esa es ella.

—Pero... ¿Vosotros os escucháis?

—No hay peros —lo cortó David—. Deja que nos encarguemos de esto. Yo procuraré que nadie sepa lo que ha pasado, o en todo caso, que lo sepan mal. Soy

periodista, ¿recuerdas? Si lo hacemos bien nadie se enterará. Ahora, demos espacio a Alegra.

Geri pensaba que se habían vuelto todos locos. Sus amigas Balanzat siempre habían sido excéntricas, pero no hasta ese punto. Ya suficiente hacían con sus frasquitos de los deseos y sus hogueras de San Juan, como para creer que podían curar con una imposición de manos. Pero allí, todos hablaban con cordura y aseguraban que lo podían hacer. No bromearían en un momento así y con algo tan serio. La vida de Kilian dependía de ello. Tenía demasiado que perder como para no arriesgarse.

—Está bien... —concedió finalmente—. Cargas con toda la responsabilidad —la amenazó—. Pero sálvalo, te lo suplico —se emocionó y David lo abrazó fuertemente para que se desahogara.

Alegra exhaló el aire, y después de eso llamó a Nil.

—Nil, sujétame bien —ordenó. Le sonrió con confianza y le dijo en voz baja—: Por mucho que grite, no me sueltes. Estaré bien. No te asustes, ¿vale? Por mucho que grite o llore, estaré bien. Es necesario.

—No me gusta verte sufrir, bombón —reconoció muy nervioso—. Pero contigo al lado hace mucho que dejé de tener miedo, preciosa.

Nil la besó en los labios y aceptó la orden gustoso. Jamás la soltaría.

Sasha inspiró para darle toda la energía necesaria a su hermana, y Nicole se colocó a su lado, entrelazando sus dedos, para que entre las dos la ayudaran mental y emocionalmente a aguantar el dolor.

—Vamos allá —Alegra estiró las manos y las colocó sobre el pecho de la estrella de fútbol, que subía y bajaba compulsivamente, y entonces, toda ella se puso a temblar, hasta que no lo aguantó y dejó ir un agudo grito de dolor.

Y no fue el último. Vinieron muchos más. De esos que marcaban la diferencia entre estar vivo y muerto. Hasta que se los llevaron a los dos inconscientes.

Pero sanos y salvos.

14

Le costó un mundo abrir los ojos. Pero más le costaba creer que seguía vivo, que después del espeluznante golpe contra aquel coche, cuyo conductor hablaba con el móvil en la mano, todavía pudiera pensar, o respirar por sí mismo.

Y no solo podía. Además, sabía a ciencia cierta, por inverosímil que fuera, quiénes le salvaron la vida, y cómo lo hicieron.

Mientras yacía en el suelo, con los dolores que le recorrían por la sangre y el alma, sin poder respirar, sí que oía nítidamente las voces de sus salvadoras: el llanto de Sasha, los ruegos de Nicole, la voz calmante y sanadora de Alegra... También pudo escuchar a su hermano desesperado, llorando por verlo así.

Las voces de los otros tres chicos no las reconocía. Pero las de ellas y las de su hermano, sí. Porque eran los ecos de su infancia, el sonido que él adoraba y al que se agarraba cuando todo se volvía oscuro. Pero se había alejado tanto que durante mucho tiempo dejó de oírles, los apartó. A todos. ¿Cómo se había distanciado tanto? ¿A qué le había temido? Él había alejado a las personas en las que siempre se debió apoyar.

A su familia.

Y a la chica que siempre querría para sí.

Y eran ellos, precisamente, los que acababan de salvarle la vida.

Recordaba los chasquidos de los huesos de la pierna romperse, y cómo las manos sanadoras de Alegra los unía de nuevo y los reconstruía.

Después, el modo en que sus pulmones fueron invadidos por un líquido que no sabía de dónde venía, y que le impedía respirar. Y sintió cómo las manos de la Balanzat le ayudaban a eliminar ese líquido y a ayudar a bombear a su corazón y recibir de nuevo oxígeno. Y el hombro, que era lo único que aún le dolía un poco

pero nada comparado con lo que experimentó después del golpe, también había sido tratado por ella.

Ella lo había curado con solo tocarlo. Con una imposición de manos. A un precio terrible, porque tuvo que sentir su dolor, su agonía, la quemazón de los tejidos y los huesos rotos... Tuvo que experimentar su medio muerte y vivirla para poder tratar sus lesiones mortales y que dejaran de serlo.

Aunque aún no podía despertarse, su cabeza no dejaba de trabajar y de revivir el instante del accidente. Lo que pensaba mientras sucedió todo, tan rápido que fue imposible reaccionar.

Recordó la soledad de ese momento, la decepción consigo mismo, la realidad que lo rodeaba. Teniéndolo todo, se sentía más desgraciado que nunca. Y era así porque no lo tenía todo y todo lo que tenía no le hacía plenamente feliz.

Lo único que le hacía feliz era... ver a Sasha. Porque siempre, siempre, la sensación con ella era la misma. Era como ver salir el sol. Como lo era Wendy para Peter Pan. Pero él había crecido sin permiso y mal. Y ella... ella seguía siendo ella. Tan buena, tan inocente, pura y bonita, que en ese instante incluso él se sentía impropio o poco merecedor de sus atenciones.

Y las quería. Vaya si las quería. Ahora las quería todas.

Quería tantas cosas en ese instante de lucidez y vida...

Era a ella a quien quería ver cuando abriese los ojos. Si los abría.

Quería explicaciones. Quería saber la verdad sobre ella y sus hermanas y entender cómo demonios lo habían encontrado después de que su cuerpo diera vueltas de campana por el aire hasta perderse entre el bosque.

Y, sobre todo, le preguntaría si era verdad lo que le había dicho cuando él yacía en el suelo con el cuerpo roto.

Era madrugada, y las Balanzat hacían una nueva lectura de cartas a tenor de los últimos y espantosos acontecimientos en la isla, entre los que se contaba el accidente de Kilian. El cual, reposaba en una de las habitaciones superiores, pues lo habían traído a Sananda para que Alegra pudiera hacerle unas últimas observaciones y se recuperase bien. Por eso, y porque habían podido sacarlo de allí antes de que llegaran los servicios médicos y la policía.

Además, su villa iba a estar asediada por medios de todo tipo de prensa buscando la foto del verano y no debía llamar la atención, cosa que hubiera hecho, de llegar con la ropa hecha jirones y manchada de sangre. De repente, Sasha recordó que Adelina tenía un pequeño remolque. Así que no dudó ni un segundo en llamar a la regordeta aprendiz de bruja de la sal y pedirle el favor de que recogiera la moto siniestrada y se la llevase con su ranchera. Ahora ella sabía lo que había sucedido. Pero nunca diría nada, pues respetaba a morir a su madre Amanda y a su abuela Pietat.

Adelina se había prestado a intentar obtener información de los accidentes, para averiguar si había algún denominador común entre ellos, algo que les hiciera comprender qué pasaba, si era provocado, o solo era producto de la fatalidad del destino.

Por el momento, Kilian dormía inducido por lo que había hecho Alegra en su cabeza. Ya habría mucho que contarle. Mucho que revelar.

Mientras tanto, a la espera de que les dijese algo Adelina, las Balanzat debían comprender qué sucedía en la isla para que hubiera una oleada de accidentes tan trágicos.

—¿Ves? —decía Pietat mostrando las cartas de la bruja gitana de nuevo. Pero esta vez, además de su hija y sus nietas, una persona más veía con sus propios ojos lo que pasaba en la isla. Meritxell Roureda, que había respondido a la llamada de las Balanzat sin pensárselo dos veces a pesar de las altas horas de la madrugada—. Siempre sale. No falla. La muerte boca abajo. Lo que quiere decir que hay algo en la isla. Algo cuya naturaleza no se ve —señaló otra carta que significaba lo oculto y lo invisible—, pero que actúa en contra de todos. De la isla en general. Hoy, al salir del santuario con la recolecta de nuestro polvo de roca, el mar estaba tan manso que parecía muerto —explicó la abuela cubierta con un chal de aguas de color azul. Su

pelo blanco y largo lucía suelto, y su rostro amable marcado por las arrugas de la vida seguía siendo bello, sobre todo para aquellos que sabían que lo hermoso era perdurar—. No había corrientes. Ni tampoco ventisca... Es inusual. La marea hace que nuestra nueva barca a motor se mueva y se mezca, de hecho es ella la que nos lleva a la orilla. Pero lo de hoy por la noche... —negó con la cabeza contrariada—. Las cartas hablan de una burbuja —continuó señalando el tablero de naipes que había conformado sobre la mesa—. Una burbuja en la que nos hallaremos y de la que no podremos salir. Y si explota, lo de dentro corre el riesgo de desaparecer. Sea lo que sea lo que hay aquí, viene a corromper.

—Pero, ¿qué puede ser? —se preguntó la Presidenta concentrada en las figuras dibujadas que se relacionaban mágicamente en la mesa.

—Por eso te preguntamos, Meritxell —decía Amanda sirviéndoles a todas una taza de té verde moruno con especias para mantenerlas activas y despiertas durante la reunión—, si hay algo que debas contarnos sobre algún acuerdo que haya alcanzado el Govern sobre algo relacionado con Es Vedrà. Algo que provoque que incluso nuestra guardiana se sienta amenazada y no pueda hacer nada para rebatir ese poder.

La Presidenta negó con la cabeza, tan preocupada como ellas.

—No hay ninguna novedad. Ni la habrá. Después del problema que tuvimos con la eutrofización de las aguas y el aviso recibido de las Antiguas, Es Vedrà es patrimonio nuestro, y debe permanecer limpia y virgen. Como dijimos.

—Pues algo se está asentando en la isla —aseguró Nicole—. Algo que no tiene buena pinta. Ayer por la noche un ave de Eleanor sobrevoló la casa. Dibujó un círculo en el aire y pió. Vino a avisarnos. No hay vuelos de aviones que puedan entrar o salir de la isla. Estamos incomunicados. Hubieron cuatro accidentes de coche, dos de ellos mortales, como el de la carretera de la Circunvalación. Y el de Kilian hubiera sido el tercero, si no llegamos a intervenir. Y también hubo una pelea entre bandas con varios heridos cerca de Amnesia.

—Aquí en Ibiza no hay bandas —aseveró Meritxell.

—Eso creía yo —refutó Nicole acercándose—. Pero la pelea existió. ¿Papá no te ha advertido nada sobre ello, mamá? Él reside en Es Vedrà. Debe saber lo que pasa.

—No. No me ha contado nada. De hecho... —dijo Amanda mirando alrededor—. No lo siento desde ayer por la mañana.

—Entonces, la bruja gitana no te dice nada más —quiso sentenciar Sasha, que estaba sentada en el sofá rojo, al lado de Alegra, a la que pasaba un brazo por encima para darle calor a pesar de que estaba cubierta con una mantita de colores. Después de la sanación con Kilian se había debilitado, pero solo el paso de los minutos la harían sentirse bien.

—Sí me dice —dijo Pietat—. Y me lo dice alto y claro —tomó la carta que mostraba a una bruja—. Dice que la respuesta la tiene una reunión con la bruja gitana.

Nicole se encogió de hombros.

—¿Vamos a convocar a una antigua Balanzat para que nos ayude?

Pietat dibujó una mueca con los labios que daba a entender que había sopesado la idea, pero que esa no era la correcta.

—No creas que no lo he pensado —le dijo la abuela tomando su té que aún humeaba y sorbiendo suavemente—. Pero las cartas no dicen eso. Sé que puede haber una libre interpretación, pero son muy claras al respecto. Es una reunión con ella.

—¿Vamos a quedar con la bruja? —dijo Sasha poco crédula—. ¿Nos vamos a tomar unos vinitos, mamá Pietat?

Amanda sonrió, pues ella había pensado lo mismo.

—No. No está hablando de un plano físico y personal. Habla de algo real —contestó la abuela—. No vamos a contactar con ella. Lo que quiere decir la tirada es que algo hay sobre la bruja gitana, algo que ya existe, que ya se ha hecho y que

debemos encontrar. Es algo ya creado. Como si tuviéramos que hallarlo para ver qué nos dice... —sentenció pensativa.

—¿Hemos revisado el Grimorio de las Antiguas de Iboshim? —incidió Nicole ansiosa—. Si en él se nos habló sobre convocarlas, tal vez nos diga cómo encontrar a la bruja gitana...

—Debemos rebuscar por todos lados —sugirió Sasha—. Puede que ese algo solo lo tengamos nosotras. Si la bruja gitana fue una Balanzat, tal vez debamos mirar en nuestra biblioteca y buscar hasta en el último rincón. Solo nosotras poseemos la información de las Antiguas, pues somos su herederas.

Meritxell dio un paso al frente y frunció el ceño entre la sorpresa y la fascinación.

—Sasha... ¿Tú no tartamudeabas?

Sasha no retiró el brazo que sujetaba a su hermana Alegra contra ella, es más, la abrazó con más fuerza.

—Es Alegra. Mi hermana me quiere, y su don es tan altruista que cuando estamos muy cerca como ahora, o cuando la toco, mi tartamudez desaparece.

La Presidenta sonrió a Alegra. Ya conocía el don de la mediana de las Balanzat. Ella salvó a su hijo. Y estaría en deuda hasta el último día de su vida con esa familia repleta de buenas personas. Nunca se iría de la lengua. Era una tumba.

—Daremos con la clave —continuaba Pietat volviendo a mezclar las cartas y a guardarlas. No puede ser que aún no sepamos por dónde van los tiros...

—Mamá —Su hija Amanda le llamó la atención para tranquilizarla—. Llevamos una noche entera sin dormir. Desde que hemos venido de Es Vedrà y nos hemos dado de bruces con esta situación, no hemos parado, y van a ser —se miró el reloj pequeño de la muñeca, regalo de su marido Ángel— las cinco de la madrugada. Las niñas tampoco han pegado ojo y cargan con mucho estrés sobre los hombros.

Hemos despertado a la pobre Meritxell —enumeró—. Vayámonos a descansar un rato, porque mañana tendremos un largo día por delante.

—Querrás decir hoy —la corrigió Nicole.

—Sí, hoy —sonrió agotada—. Vosotras deberíais ir a dormir también. Kilian, la bruja gitana, y lo que sea que está golpeando la isla, seguirán aquí mañana. Pero si no descansamos no podremos enfrentarnos a ello.

—Mamá tiene razón —sugirió Alegra—. Necesito dormir un poco. Mañana en cuanto me despierte, iré a ver a Kilian para ver cómo está.

—Hay que hablar antes con él —recomendó Nicole—. No puede decir nada indebido.

—Yo lo haré —se ofreció Sasha bebiéndose hasta el poso del té que le quedaba. Nadie más iba a hablar con él ni a contarle la verdad. Solo ella.

—Bien. Entonces —Amanda suspiró y dio una palmada—. A la cama todas. Demos las gracias por no tener que lamentar una pérdida personal esta noche. Meritxell, ¿te quieres quedar a dormir? Ya sabes que aquí hay camas de sobras.

—No puedo, Amanda. Mañana llevo a mi hijo a ver el torneo de verano de fútbol. Está pensando en si apuntarse este año que viene otra vez —comentó orgullosa.

Las Balanzat sonrieron, en especial Alegra.

—Nos hace muy feliz saberlo —reconoció Amanda.

—Y a mí. Buenas noches, amigas —la Presidenta se despidió de ellas y salió de Sananda para dejar que las brujas de la sal reposaran.

—Buenas noches, querida —respondió Amanda. A continuación, echó una mirada de advertencia a sus hijas—. A dormir todas. Mañana tenemos trabajo por delante.

Y la palabra de la madre Balanzat era ley.

Además, tenía más razón que un santo.

¿Qué madre no la tenía?

Todas, sin excepción, sabían lo que se decían.

Sasha subió las escaleras que daban al estudio superior del encantador castillito irlandés en el que se había inspirado la construcción de Sananda. Su padre siempre tuvo un gusto peculiar y al mismo tiempo encantador, y eso se veía reflejado en cada esquina de su hogar, como en la baranda de madera por la que pasaba la mano y acariciaba con mimo recordándolo a él y a sus excentricidades.

Siempre le echaría de menos. Aunque sabía que estaba ahí con ellos, en espíritu, pero ella echaría de menos tocarle y abrazarle.

Sasha puso un gran empeño en no hacer ruido, y caminar de puntillas, en calcetines pikis y cubierta solo por su pijama, que no era otro que la camiseta que una vez compró en Londres del equipo del Arsenal, cuyo nombre estampado era el mote de héroe que le habían puesto al chico de quien siempre estuvo enamorada, y el que más la marcó, para bien y para mal. No importaba si era invierno o verano, la única verdad era que no se veía capaz de deshacerse de ella, o de sustituirla, excepto cuando tenía que lavarla.

Y, aunque se suponía que debía acostarse como todas las demás mujeres de la casa, ahí estaba. Como una ladronzuela, cuidando que nadie la cazara porque en el fondo sabía que estaba haciendo algo prohibido.

Después de acompañar a Alegra a la cama, arroparla y decirle lo mucho que la quería por todo lo que había hecho por Kilian, puso rumbo directo a las golfas.

No lo había pensado. De hecho, fue más un impulso instintivo, una necesidad apremiante. En definitiva, algo que no podía remediar. Como una polilla que iba inevitablemente hacia la luz, o como el macho que se acostaba con la hembra Mantis, aun sabiendo que después le arrancaría la cabeza.

Kilian estaba ahí. En su casa. Después de diez años sin pisarla. Después de diez años sin recordarla.

Él había regresado. Y lo peor de todo era que, esta vez, se encontraba bajo su mismo techo, conociendo por experiencia propia el verdadero poder de las mujeres que lo regentaban. Al menos, el de Alegra, que era el más contundente de todos. El más fehaciente. El que nadie podría negar.

Tenía las manos húmedas y podía saborear el bombeo del corazón en su boca. Maldita sea, se le iba a salir del pecho.

Pero necesitaba verlo. Una vez más. Quería verlo vivo, a salvo, en la cama. Cubierto por una de las colchas de colores hechas a mano, con paciencia de santa y la habilidad que otorgaba el tiempo y la constancia, por su abuela Pietat.

Quería observar cómo el pecho le subía y le bajaba con calma, cómo cogía aire por sí mismo, sin la ayuda de su hermana.

Abrió la puerta poco a poco, suavemente, pero chirrió lo suficiente como para provocar que Kilian se moviera levemente.

¡Buf! Menos mal. Faltó bien poco para despertarlo.

Sasha entró con lentitud, casi levitando como un fantasma.

La cortina blanca del balconcito estaba semicorrida, y por la abertura la claridad de la luna pitiusa alumbraba la alcoba, de modo que un irreal rayo plateado bañaba la cama de invitados en la que él reposaba.

La joven tenía la boca seca y le dolía el corazón. Ya no había sangre ni heridas, pero en ella siempre quedaría el recuerdo de habérselo encontrado en aquel penoso estado. Y también él lo recordaría. La cuestión era que debían encontrar el mejor modo entre todos de explicarle qué era lo que podían hacer como Balanzats, y cuánto de leyenda o de verdad había en su historia.

Observó el rostro calmado de ese hombre a quien siempre pensó que pertenecía, aunque lo de ellos no acabó como hubiera deseado. «El reposo de un guerrero», pensó para sí.

En su fuero interno, ella lo quería como siempre, lo amaba y lo anhelaba como una mujer haría por el hombre al que había entregado su corazón.

Pero su razón hablaba del rechazo y de la no aceptación que en realidad Kilian sentía por ella.

Su tara no había desaparecido. Por tanto, nada cambiaría entre ellos.

Ella seguiría siendo una tartamuda que creaba éxitos internacionales para otros y los ayudaba a ser conocidos y populares. Él sería alguien popular e inalcanzable a quien los prejuicios y el qué dirán lo afectaban demasiado.

El muro era infranqueable. Triste y decepcionante, también. Porque en el amor nunca debían haber etiquetas ni escalafones. Pero él, inconscientemente o no, los había puesto.

Sasha se mordió el labio inferior e intentó reprimir las ganas que tenía de pasar la mano por su frente y repasar esa cicatriz ubicada horizontalmente por debajo de la ceja derecha y que no podía afear la belleza de su rostro apolíneo. ¿Cuándo, cómo y por qué se la había hecho?

¿Y qué más daba? Estaba vivo. Era lo único que importaba. Esa noche podría haber muerto, pero ellas lo habían salvado.

Su mano, con vida propia y atrevimiento, se quedó a medio camino entre el espacio y la cara de Kilian. Sasha la había descubierto y la detenía, pensando que no era buena idea tocarlo. Porque ella ahora tenía las emociones reprimidas durante años, encontradas en su interior de nuevo, y si eso era así, la electricidad y el chispazo que siempre les recorría cuando se tocaban, aparecería y entonces lo despertaría, y ella no sabría qué decirle. Los nervios la harían tartamudear como una metralleta.

Sería un despropósito.

Iba a retirarse, a rendirse. Ya lo había visto antes de irse a dormir y revivir su accidente en pesadillas, y su imagen dormido y a salvo iba a ser como un sutil sedante que le recordaría que la tragedia se había evitado.

—Buenas noches, Killer —le susurró melancólica, pues cuando él dormía, no dejaba de ser el niño que una día de verbena de San Juan la agarró de la mano para que jugara con él. Y aunque en su juego de adultos ella había perdido, el tiempo no borraba el amor que sentía, aunque pusieran kilómetros de tierra y mar de por medio.

Iba a darse la vuelta cuando... ¡Zas! Algo la sujetó de la muñeca, rodeándosela con decisión, y tirando de ella con fuerza hacia abajo.

Kilian la había oído y sentido, incluso antes de que abriera la puerta. Aquel era el toque mágico de Sasha, el que hacía que la detectase incluso cuando no la veía. ¿Por qué? Con ella siempre había sido así

Siempre.

Había abierto los ojos con mucho esfuerzo, pues las Balanzat lo habían sumido en un sueño profundo y reparador. Y era un conocimiento que tenía innato, como si se lo hubieran grabado en la mente.

Y ahora que tenía a Sasha allí con él, no iba a perder la oportunidad de acribillarle a preguntas para que satisficiera su curiosidad y su ansiedad por entender lo que esa noche le había pasado.

Tiró de ella y la electricidad le recorrió el brazo hasta el hombro, pero esta vez no se sorprendió. Era lo natural dentro de lo irreal, o al revés. Ya no importaba.

Solo quería ver a esa chica, mirarla de frente, y agradecer que pudiera seguir haciéndolo, pues le había faltado un segundo esa noche para cerrar los ojos para siempre.

La arrastró a la cama y se colocó sobre ella. No se iba a escapar. Tampoco luchaba la pobre, se había quedado inmóvil bajo su cuerpo, con los ojos de oro abiertos como dos soles y los labios entreabiertos, jadeante y nerviosa. Y aun así, era tocarla, y su cuerpo se llenaba de una dicha y una paz que resultaba insultante

incluso para él mismo. ¿Cómo podía haber dejado escapar eso? ¿Cómo permitió que esa chica se fuera de su lado?

¿Cómo fue tan imbécil, cobarde y ciego como para no reclamarla?

—Ahora mismo —le susurró en voz baja para que nadie les oyera—. Ahora mismo me vas a explicar lo que ha pasado esta noche. ¿Me oyes?

Sasha sentía la garganta seca y una presión asfixiante en el pecho. Kilian tenía tanta energía que a veces la dejaba sin habla. Así que mientras no le salía la voz, se tomó el tiempo para estudiarlo.

No estaba para tonterías. Quería la verdad. La situación no requería otra cosa que no fuera una declaración y una confesión abierta sobre la magia de las mujeres de su familia. Porque, él mismo había sido asistido por ella.

—¿Qué r-recuerdas? —le preguntó sin bajar la mirada, por muy amenazador que él pareciese.

—Todo, Sasha. Lo recuerdo todo. Recuerdo el impacto contra el coche, cómo salí volando varios metros hasta acabar en un claro de un bosque. Recuerdo el golpeo contra el suelo, cómo mi hombro se dislocaba, y mi pierna se partía. Y un dolor fuerte en el costado —tomó aire para respirar pues la angustia le oprimía la tráquea—. No podía respirar, sentía los pulmones llenos de algo que no era aire, y... me di cuenta de que me estaba muriendo.

Ella escuchaba sobrecogida su narración sobre los hechos, y se le puso la piel de gallina.

—Y entonces, cuando todo se volvía oscuro, oí tu voz. Tu grito en medio de la noche —le dijo pasándose la lengua por los labios resacos—. Y me agarré a él para resistir un poco más. Y entonces vino la caballería. Tu hermana Alegra dijo que ella podía curarme, escuché a Nicole, y a Geri que estaba ahí con vosotras. Él quería llevarme a un hospital, pero negasteis la petición, porque no disponía de ese tiempo. Porque no me salvaría.

Sasha tragó saliva y se removió inquieta bajo su cuerpo. Pero él la sostuvo contra el colchón.

—Y tú me sujetaste la mano mientras tu hermana me curó. No sé cómo, pero me curó. Pero tu mano era mi amarre para soportar la agonía y el dolor. Sasha —su voz se tornó profunda—, os conozco desde hace años. Te conozco a ti desde que era un niño, y nunca creí en lo que decían sobre vosotras, ni en lo bueno ni en lo malo —aclaró—, pero sé perfectamente que lo que hicisteis ayer conmigo no es algo normal. De hecho, se parece a algo milagroso y sobrenatural. Nadie cura con una imposición de manos, joder —era como si quisiese dejárselo claro a él mismo. Se la quedó mirando y esperó pacientemente a que ella contestara, pero como eso no pasaba, añadió—: ¿Vas a decir algo o me estás hablando mentalmente? Porque si es así, te recuerdo que no soy como vosotras.

Aquello descolocó a Sasha, que en un principio estaba a la defensiva, y ahora no sabía muy bien hacia dónde tirar.

—Nadie cura con una imposición d-de manos —repitió Sasha—. Pero hay gente que sí puede —sentenció—. Personas con dones especiales. Como nosotras. Como las Balanzat —levantó la barbilla orgullosa. No iba a permitir que nadie echara por tierra su valía—. N-no voy a negarte algo evidente y a-algo que en verdad viste. Somos sanadoras, mujeres de la Tierra y de los elementos, Brujas de la Sal y herederas del conocimiento de las Antiguas de Iboshim. Siempre lo hemos sido.

—¿De Iboshim?

—De Eivissa. Así es como se llamaba antes nuestras islas. Por nuestro cuerpo corre sangre milenaria con conocimientos místicos y mágicos sobre l-la vida y lo que no se ve. Y sí. Mi hermana Alegra es sanadora. Puede curar solo posando las manos y vertiendo intención y sabiduría. P-pero no todas podemos hacer eso. C-cada una tiene un d-don diferente. ¿Comprendes lo que te quiero decir? —preguntó desconfiada.

Kilian no necesitaba que ella se lo dijera para saber que era verdad, porque cuando uno experimentaba en sus carnes todo ese poder, nunca más podría decir que no existía. El problema era comprender que ese caudal de energía y magia residía en ellas. En un grupo de mujeres que consideró su familia desde siempre, que lo vio crecer, que le llenó de cariño y compañía cuando todo eso le faltaba... Maldita sea, ¿por qué se sentía tan miserable y tan mal?

¿Por qué se estaba emocionando?

—¿Por qué no lo sabía? —dijo él con la voz estrangulada.

—¿P-por qué no te sales de encima?

—Porque no —contestó rotundo. No pensaba soltarla.

—Perfecto —dijo ella con ironía.

—Contéstame, Sasha —le pidió—. ¿Cómo puede ser que yo no viera nada de esto?

Ella tomó aire por la nariz y exhaló lo que pudo. Kilian era todo músculo. Pesaba una barbaridad. ¿Ahora quería explicaciones? Pues se las iba a dar. Así, de una vez por todas, diría todo lo que tenía que decirle, y por primera vez en años se quedaría a gusto, libre de reproches y de cargas.

—Las Balanzat nunca d-decimos quienes somos, no lo vamos p-pregonando a los cuatro vientos, pues no n-necesitamos alardear de ello.

—Pero yo os conozco... Estuve con vosotras mucho tiempo. Y no supe la verdad.

—¿La verdad? —sonrió compasiva—. La verdad siempre e-estuvo ahí, Kilian —contestó con decepción y resignación—. Nunca la o-ocultamos. La verdad siempre e-estuvo en A-Alegra, cuando venía conmigo a todas l-las fiestas y a t-todos lados donde hubiera mucha gente y e-estuvieras tú —reconoció dolida—. Porque su don y su cercanía hacían que no t-tartamudease. Y tú podías verlo. Podías d-darte cuenta. Pero no lo hacías. La verdad estaba en N-Nicole cuando, después de mirar al cielo y a las aves, o a cualquier otro lugar que le hablase a t-través de los símbolos, os r-recomendaba no ir a un sitio en especial o n-no hacer algo porque sus augures así se lo sugerían. La v-verdad estaba en l-los abrazos de mi madre, en c-cómo os quería, y cómo calmaba vuestro mal humor después de que vinierais e-enfadados por algo relacionado c-con vuestro padre. Ella siempre lo hacía, y n-no os dabais cuenta. La verdad estaba en los té y en las b-bebidas de flores de mi abuela, que las prestaba con todo el cariño para que luego durmierais bien y os despertarais vitales, sin rencores y con ganas de superaros. Y la verdad estaba en mi padre —dijo acongojada—. Que os quiso como debía hacer el v-vuestro, Kilian. Pero tú... tú no

veías magia en nada de eso. No la apreciaste. N-nosotras os la dimos, os la c-compartimos, nunca la ocultamos. S-si hubieras abierto los ojos y no hubieras cerrado la puerta de t-tu niño interior, la que cree y la que todavía siente que puede volar, la habrías v-visto. Pero n-no fue así. Tú le diste la e-espalda a todo eso. Y hoy... hoy después de m-muchos años, te la hemos v-vuelto a ofrecer de manera altruista. Porque se t-trataba de ti. N-no vamos a pensar en lo que vas a hacer con l-lo que sabes. Tampoco queremos que t-te sientas en deuda c-con nosotras. Ni c-conmigo —esas últimas dos palabras las dijo de corazón—. Lo h-hemos hecho sabiendo lo que c-comportaba y sin importarnos nada en absoluto, excepto t-tu vida.

Fue como un mazazo en la cabeza, o un puñetazo directo al estómago y al corazón. Esas palabras, así directas, tuvieron el mismo efecto que ese instante en la mañana en el que te abrían las persianas y dejabas entrar los rayos de sol que te daban en la cara. Te molestaban, sí, pero en el fondo eran bienvenidos, porque ¿a quién no le gustaba ver salir el sol?

¿Cuánto se había perdido? ¿Cuánto había querido obviar? Había estado rodeado de ángeles que decidieron darle el amor y el cariño de una familia, y en vez de aceptarlo y devolverlo, había huido. Siempre se quiso alejar de ello. ¿Quién tenía la culpa de que él fuera así? ¿Había que buscar culpables? Al fin y al cabo, cada uno era dueño de sus decisiones, y él había optado por aquel camino, que lo había convertido en quién era.

¿Pero le gustaba ser quién era?

No. No le gustaba. De hecho, era en eso en lo que pensaba cuando tuvo el accidente. En lo desgraciado que en el fondo se sentía, a pesar de poseer todo lo que uno estaba dispuesto a soñar.

Lo había conseguido todo, el mundo entero a sus pies y en el fondo no tenía nada.

Excepto ese momento. Ese momento sí lo tenía. Ese momento con Sasha era real, y eran esos recuerdos los que le hacían creer que su vida también estaba conformada de porciones de tiempo que valían la pena, que eran verdad, aunque después, él no los supiera conservar.

—¿Cómo me encontrasteis? Nadie habría dado conmigo. ¿Cómo puede ser que pasarais casualmente por esa carretera y...?

—F-falta que te cuente mi verdad —lo cortó ella.

—¿Tu verdad?

—Sí. Aunque no lo creas, yo también tengo una —lo dijo con tono reprobatorio—. Mi v-verdad es que tengo una c-conexión contigo a la que no le encuentro ningún sentido ahora —reconoció apesadumbrada. Porque ahora sabía que él no la quería. Que no era su agaporni, y reconocer lo mucho que creyó que se pertenecían la hacía sentirse ridícula. Él siempre sería Kilian, pero nunca la querría por cómo era—. D-desde pequeña siempre estuve conectada a ti. Sabía c-cuándo te sentías mal, en qué pensabas, cuándo estabas feliz, c-cuándo tenías ganas de verme... tú me llamabas, y yo acudía, a pesar de que no lo hacías a viva voz. P-porque te oía. Te e-escuchaba —confirmó parpadeando para limpiar sus ojos de las lágrimas que se agolpaban en las comisuras—. Como t-tú, el día que de noche me fuiste a buscar al bosque. Y m-me encontraste llorando porque a mi padre le habían d-detectado la enfermedad. ¿Te acuerdas?

Kilian lo recordaba muy bien. Él la oyó, la oyó llorar y llamarlo por su nombre. Aunque eso nunca sucediera.

Y ahora sabía que había querido negar tal cosa, por el miedo a que significara algo a lo que no podía darle explicación. Porque entonces era incontrolable. Y él necesitaba controlarlo todo. Darle un sentido. Razonarlo.

—Hoy por la noche me ha pasado lo mismo. Había o-organizado un cena mejicana para superar viejos traumas y... —le dejó caer—. Aunque te suene muy raro e increíble, alguien me avisó de lo que te había sucedido y me pidió ayuda. Me guió —se encogió de hombros y secó con el dorso de su mano las lágrimas que caían y humedecían la almohada en la que se apoyaba y que olía a Kilian.

Él quiso secárselas, quiso ser él quien eliminara el rastro de esas gotas diamantinas cubiertas de dolor, pero Sasha se adelantó, como si no permitiera que

nadie en su lugar lo hiciese, pues no quería compartir su aflicción o se sintiera avergonzada por ello. Sasha nunca debería sentir vergüenza ante él, y saberlo, evidenciar que eso era así y que la relación entre ellos había cambiado, lo hizo sentirse como una mierda. Porque, ¿qué desgraciado provocaba que un hada se avergonzase y llorase?

Él. Un adulto como él, que había dejado de creer en barcos piratas voladores y en países donde los niños hacían los indios y los cocodrilos se comían relojes.

Y se vio viejo. Viejo ante ella. Podrido por su ambición y su ceguera. Quiso ser Peter Pan y se convirtió en Garfio, en el hombre a quien en realidad nunca quiso parecerse.

—¿Quién te avisó? ¿Alguien que me vio? —preguntó intuyendo que la respuesta no iba por ahí.

Sasha negó con la cabeza y lo empujó por los hombros para salir de esa cárcel de barrotes en forma de hombre. Sería demasiado decirle que había sido su madre. Lo destrozaría.

—D-déjame salir.

—No. No, Sasha, por favor —le pidió desesperado, acercándose más a ella hasta el punto que su parte superior se pegó a la suya, acoplándose como cuando hacían el amor, pero sin hacerlo. Kilian hundió el rostro en la almohada, al lado de su cabeza, y Sasha no osó ni a parpadear. Se quedó mirando fijamente al techo, que su padre había pintado con dibujos de estrellas y demás, y que ellas habían ayudado a diseñar cuando eran niñas. Todavía se veían algunas de esas estrellas en formas de diminutas manos amarillas fosforescentes brillando a través del lienzo estelar nocturno imprimado.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella con voz temerosa. El todopoderoso Kilian, La Bestia, lloraba tumbado sobre ella.

Kilian no tenía ni idea. Pero la necesidad, el miedo, el temor de haber estado a punto de perderlo todo y de saber que, de seguir vivo, tampoco lo recuperaría, lo hicieron llorar como un niño.

Sasha no se lo podía creer. Lo sentía totalmente destruido sobre ella. Perdido. Y con un urgente reclamo de consuelo y ayuda que ella no era capaz de darle.

Lo había intentado en Londres. Había ido allí a estudiar, y también a presentarse ante él y abrirle los ojos para gritarle: «Eh, pedazo de ciego, que soy la única persona que puede hacerte completamente feliz, y aquí me tienes».

Creyó haberlo conseguido. Pero su representante le hizo entender que no era así. Que nunca lo sería.

Kilian nunca le presentó a ninguno de sus amigos. Tampoco le presentó a sus compañeros de equipo. Cuando la llevaba a cenar o hacían algo juntos, él siempre iba de incógnito, o tenía que cerrar restaurantes enteros para estar tranquilos. En cambio, siempre salían fotos de él en la prensa rosa acompañado de súper modelos, porque con ellas daba la imagen que quería dar. Y por último y lo más importante. No creyó en ella ni en su capacidad para superar su problema de dicción y lograr sus sueños.

Si supiera todo lo que había logrado ahora, se quedaría loco y tendría que comerse sus dudas, una detrás de otra.

Pero aunque le mostrase todo su palmarés de éxitos internacionales, y aunque alguna vez la oyese cantar, siempre pensaría en ella como la pobrecita tartamuda enamorada a la que él tendría que sobreproteger y que esperaba que se volviera a las Pitiusas porque en su vida londinense y de lujo no encajaba.

Y él no tenía ni idea de la herida en carne viva que le dejó y que no había cicatrizado. Porque por eso no fue capaz de estar con nadie más, ni de mantener relaciones largas con otros, porque todo pronunció más su complejo y su confianza.

Poco a poco lo fue superando, hasta el punto de que dejaron de interesarle los hombres para nada más que no fuera un revolcón nocturno, en el que no se tuviera que hablar ni abrirse espiritualmente.

Porque ya lo había hecho una vez, y el tortazo fue de órdago.

—No entiendo nada de lo que ha pasado... —musitó contra la almohada—. Pero no me siento bien...

—¿Te encuentras mal? —preguntó ella alterada—. ¿Quieres que llame a Alegra?

—No quiero a Alegra. Sasha... —suspiró con un pequeño hipido—. Me has salvado la vida... No sé cómo agradecértelo.

—No quiero que me lo agradezcas. Quiero creer que tú habrías hecho lo mismo p-por cualquiera de nosotras. A-además, t-técnicamente ha sido mi hermana la que te salvó.

Kilian se incorporó sobre los codos y le dirigió una mirada letal, apasionada y rendida. Sus ojos verdes claros y aquellas pestañas húmedas llenas de lágrimas la dejaron sin aire.

—No te enteras. Tu hermana no hizo que aguantara tanto y que deseara vivir. Ella no me sujetó. No me dio las ganas de luchar por mi vida. Las ganas me las diste tú —espetó de golpe.

Sasha hizo un mohín. No. Otra vez no.

Kilian se acercó a sus labios, quería besarla, y absorber su vida y su magia. De repente se sentía hambriento de su alimento, de toda ella. Y seguramente no tenía derecho a eso. Ni siquiera sabía si ella tenía novio o no, pero pensarlo lo llenó de amargura y de inquina. Porque nadie debió tocarla. Y él nunca debió dejarla marchar.

Pero entonces sintió que ella luchaba contra él, y que antes de que sus labios se unieran, apartó la cara e hizo lo posible por escabullirse, como si el contacto con él la quemase o le hiciera daño, hasta el punto que al notar cómo se resistía se apartó para que se tranquilizara.

Entonces, ella aprovechó y dio un salto de la cama para alejarse de él.

Se quedó de pie, a su lado, abrazándose disimuladamente y mirándolo como si ya no confiase en él ni fuera su héroe.

Y eso lo dejó roto y envuelto en sombras. Lo desbordó. Porque la imagen que más le gustaba de él mismo, era la que veía en él Sasha cuando lo miraba.

Pero lo que reflejaban sus ojos oro, nada tenía que ver con héroes o guerreros. Ni siquiera le daba la importancia de un villano.

Era, como indiferente. Como invisible.

Lo increíble fue que experimentó ese distanciamiento a nivel físico, hasta el punto que el centro de su pecho se cristalizó y formó escarcha. Se quedó helado.

—¿Sasha? —intentó incorporarse para hablar con ella.

—No. No —lo detuvo poniendo la mano para mantener las distancias—. No, Kilian, de verdad que no... Yo n-no he venido a esto. No quiero esto. Otra vez no —repetía—. Solo quería verte y comprobar que seguías bien. Y-ya está. Me a-alegro mucho.

—¿Que te alegras? Sasha, espera no te vayas...

—M-me voy. Me voy a mi habitación a dormir.

—Sasha, espera ¿era verdad? —le preguntó de repente, de rodillas sobre el colchón, con todo su glorioso y musculoso cuerpo perfecto y sin rastro del accidente.

—¿El qué? —preguntó ella sin comprenderlo.

—Me dijiste que nunca más me dejarías solo. Que no te irías de mi lado.

Ella se detuvo en la puerta de espaldas a él, y agarró el pomo con suavidad.

—Lo recuerdo todo. Todo lo que dijisteis, os oía mientras estaba catatónico. Y tus palabras... —se tocó la sien—. No se me borran de la cabeza. Así que dime. ¿Era verdad o me lo estaba imaginando?

Sasha lo miró por encima del hombro e hizo todo lo posible para que las lágrimas no se le vieran. Sonrió como si aquello no fuera nada serio y respondió:

—Te estás poniendo demasiado intenso, Killer. Por supuesto que era verdad. Ya sabes cómo soy. Pero no importa lo que yo quiera —se encogió de hombros y su melena larga y castaña oscura osciló de un lado a otro—. Porque ¿quién se iba a creer que tu imaginación fuera a pedir algo así para ti? Tú no quieres nada de esto. En tu vida, nada de lo que hay en esta casa encaja. Y menos yo.

Dicho esto, Sasha abrió la puerta del estudio y la cerró a sus espaldas, dejando a Kilian con la palabra en la boca y una sensación de abandono y miseria que no pudo sacarse de encima en toda la noche.

Cuando Sasha se dirigía a su habitación, iba llorando como una Magdalena, intentando no hacer ruido ni despertar a sus hermanas.

Pero justo cuando iba a entrar a su habitación, se encontró a Nicole, apoyada en el marco, de brazos cruzados y lanzándole una mirada híbrida entre compasión y reprobación. Pero fue decirle «Sasha», y ella se lanzó a los consoladores brazos de su hermana mayor, que no tardó en rodearla y mecerla, para llenarle la cabeza de besos.

—Mi pequeña Sasha... —le decía.

—Solo nos llevamos unos minutos —le recordó ella sin poder detener su llanto.

—Suficientes. Siempre serás la pequeña que nació azul, porque iba para Pitufa, aunque luego se convirtió en una chica maravillosa de ojos de oro.

—Niqui... —se abrazó a ella con más fuerza.

—Chist. Lo sé, cariño. Lo sé...

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer con él aquí?

—Quererlo en la distancia, cariño. Ahora no te puedes acercar a él. Está muy sensible, y la necesidad que pueda tener no sabes de dónde viene.

—Lo sé.

—Kilian tiene mucho que sanar. Y ninguna de esas heridas tienen relación con el aspecto físico. Puedes ayudarlo si tú quieres —le sugirió—. Puedes regalarle su liberación. Tal vez nunca acabéis juntos, pero, si le quieres, puedes sacarlo del círculo vicioso que le atormenta desde hace años, y ayudarlo a que lo rompa y cure las zonas ponzoñosas de su alma. Lo necesita. Lo necesita incluso más de lo que necesita que lo quieras. Porque si empezáis algo otra vez, no llegará a buen puerto si él no se quiere a sí mismo.

Ella ya lo había pensado. Aunque sabía que era algo muy fuerte, y no podía medir con exactitud esas consecuencias. Pero, estaba dispuesta a hacerlo por él.

De hecho, quería pedir permiso a su madre y a su abuela para que le echasen una mano.

—Me da miedo que lo desequilibre.

—No lo va a desequilibrar —negó Nicole—. Ya sabe la verdad, ha visto a Alegra en acción y le hemos salvado la vida. ¿Le has dicho que ha sido su madre quien contactó contigo?

—No. No he p-podido —reconoció—. Ganas no me han faltado, pero creo que e- era demasiado.

—Bueno, mañana encontraremos una solución. Porque vosotros dos no podéis estar bajo el mismo techo así. ¿Llamarás a Geri?

—Por supuesto. El c-ciclo de sanación y liberación debe ser para los dos. Geri también ha sufrido a su manera. Y lo que más le duele es el distanciamiento con Kilian. Quiero ayudarles.

Nicole asintió, pues estaba de acuerdo con ella. Los dos hermanos estaban marcados por las acciones del pasado y por las consecuencias del presente.

—Yo te ayudaré —le dijo Nicole—. Me siento fatal porque en la tienda de batidos de frutas le lancé un augurio sobre el Karma, y me asusta pensar que yo haya tenido algo que ver con su accidente.

—No digas t-tonterías. Los augures y las maldiciones se cumplen cuando vienen de almas oscuras y hay magia negra de por medio. Tú no t-tienes nada de eso, Niqui.

—Como sea —convino retirándole el pelo de la cara—. Yo te ayudaré. Así me quedaré más tranquila. ¿Cuándo quieres hacerlo?

—Mañana al atardecer. Por la noche debo ir al estudio para grabar a un grupo que necesitan mis instalaciones para completar una maqueta. Así que no podré. Y antes tengo que hablar con Roxette para que me digan qué día vendrán a verme y cuándo lanzarán la novedad por las emisoras internacionales.

Nicole estaba maravillada.

—Me siento tan orgullosa de ti —dijo tomándola de las mejillas.

—Ojalá todos lo estuvieran sin necesidad de conocer lo que he conseguido o dejado de conseguir —sus ojos se volvieron a humedecer y Nicole la sepultó de nuevo contra ella.

—Odio verte así, tata...

—Odio que me veáis así —reconoció—. ¿Cuándo crees que se irá?

—¿El qué?

—El dolor —murmuró contra su hombro.

Nicole suspiró enternecida y negó apoyando su barbilla contra la coronilla de su hermana pequeña.

—No lo sé... Creo que cuando se ha amado tanto, el dolor nunca desaparece del todo. Se sobrelleva.

Kilian se despertó acompañado del golpeo melódico de las teclas de un piano. Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que lo poco que había dormido lo había hecho atravesado en la cama, tanto como se había movido, inquieto por el insomnio y por aquellas palabras de Sasha, que como una bola de demolición, lo habían destrozado y hecho añicos.

Esa mirada fría lejana, el tono de pesar en sus palabras, la pose de rendida que la precedió al salir de la habitación, lo tenían en un sin vivir.

Las Balanzat le habían salvado la vida, eran mujeres con dones que él nunca comprendería, porque la magia no poseía razón ni argumentos. Era magia.

¿Cuánto les debía? Lo peor era que ni siquiera sabían que ya lo habían salvado un montón de veces, de crío, cuando los veranos en Ibiza pasaron de ser solitarios, a los mejores de su vida.

Y ahí estaba él, vivo, muerto de vergüenza hacia sí mismo por no haber sido lo que esperaban de él. Y sabía a ciencia cierta que siempre esperaron cosas buenas, y probablemente ninguna de ellas tenía que ver con ser multimillonario y un fichaje estrella de fútbol ese año.

Ellas se habrían conformado con muchísimo menos. Sasha, sobre todo, siempre quiso otra cosa. Y él la decepcionó.

Cerró los ojos, dispuesto a seguir autoflagelándose todo lo que no había hecho en una década, pero el sonido de ese piano lo obligó a levantarse, y a acercarse al balcón. Abrió las puertas y dio un paso al frente, para dejarse bañar por los rayos del sol de esa isla que siempre le daba calor y alegría. Inspiró profundamente y olió la sal, la arena, los pinos, las flores, el mar... acompañado por el aroma de las tostadas, el café y algo más... Dios, recordaba los especiales desayunos en Sananda. Las risas, los tirones de pelo, las regañinas, las fiestas...

Y entonces... Escuchó una voz cantar.

Y el corazón se le detuvo. Se olvidó de latir, de respirar, de parpadear.

*Mirando hacia el cielo,
lo puedo creer, allí es donde vamos a estar.
Y no tengo miedo,
si sé que perder a veces también es ganar.*

Sin pensárselo dos veces, como un zombi hipnotizado por la flauta de Hamelin, salió de la habitación, bajó las escaleras de la segunda y de la primera planta y se dirigió hacia el porche del interior de la casa, el que daba a Es Vedrà y a la piscina. Sus pies se arrastraban solos, guiados por la voz que acompañaba al piano.

No parecía ser de ese mundo. Era especial. Y vibraba en el centro de su pecho, como si se le metiera dentro.

A él siempre le había encantado escuchar música, pero nunca había oído nada parecido. No con esa naturalidad, sin esfuerzo.

Y cuando la vio, todo lo que era, todo lo que fue, todo lo que creía saber y todo aquello en lo que creía estalló ante sus ojos.

Y nada dejó de ser verdad, excepto aquello.

Sasha estaba sentada en un taburete, de espaldas a él, tocando el piano que Ángel había comprado para ella, pues siempre creyó que su hija iba a ser músico profesional. Y oyéndola cantar, y escuchando aquellas letras, ¿a quién le importaba si había logrado vivir de ello o no? Solo importaba cómo ese sonido llenaba su alma y la manera en que lo calmaba. Todo alrededor adquiría otro color, y los objetos y las personas se rodeaban de un halo de luz, como si no fueran terrenales y su origen se encontrara en el cielo.

*Te echo de menos,
¿me vas a coger cuando vaya a tropezar?
Y aunque deseo que me hables de nuevo,
tú ya dormido estás.*

*En brazos de mi ángel,
cuando más fuerte estoy,
cuando más grande me hago
cuando más yo misma soy...*

Sus dedos gráciles y finos se movían sobre las teclas blancas y negras como si las masajeara, acariciándolas con dulzura, como si fuera un baile entre los dos y nadie usara a nadie. Los dos trabajaban juntos.

*Está ahí cuando me duermo
y me da seguridad.
Y se cree que no le veo
pero yo le siento cada vez más.*

Y ella sonreía y cerraba los ojos. Estaba vestida con un sencillo vestido de rayas horizontales azules y blancas y llevaba unas Vans blancas en los pies. Toda su melena reposaba sobre su hombro derecho, con lo que la curva de su espalda quedaba expuesta, así como la hermosa elegancia de su cuello frágil y delicado, revelando tres lunares en forma de triángulo a la altura de la primera vértebra cervical, solo visible para el afortunado que le retirase el pelo acostumbrado a besarla. Como él había hecho años atrás.

Y se sintió un jodido intruso por estar ahí escuchándola por primera vez, cuando ella no había querido hacerlo por voluntad propia. Cuando no lo había invitado. Y seguro que ahora sabía por qué. No querría a nadie observándola con cara de embelesado, asombrado y tonto como la que él sabía que tenía ahora.

Eso no era talento. Eso era puro don divino.

Fue en ese instante de sorpresa cuando Kilian supo que moriría mil veces más con tal de oírla cantar al día siguiente.

Caía... caía en un pozo sin retorno, uno que ya no tenía camino de vuelta. Cuando la vio por primera vez cuando era pequeña, sintió algo parecido. Entonces, no sabía que eso era amor. Pero ahora era un hombre, y volvía a experimentar lo mismo.

Joder, estaba enamorado de ella. Y no había tenido la valentía de decírselo nunca.

Se había preocupado tanto de conseguir sus metas y de construir su coraza para que nada le doliese, que no había visto el amor. Estaba ciego. Y merecía, vaya si merecía, que ella no lo quisiera ya.

Aunque le doliera, porque no tenía derecho de luchar por ella. No después de desechar la oportunidad que ella le ofreció en Londres. Después de haber permitido que un tiburón como Paul se acercase a ella. ¿Cómo demonios había podido creer que Sasha no era capaz? Era delito, pecado, haber creído tal cosa. Pero, ¿cómo se imaginaba que iba a cantar así? Ella sentía una vergüenza atroz de cantar en público. Nunca le había cantado nada.

Su familia era afortunada por escucharla.

Tal vez, él no le transmitió la confianza que necesitaba para que diera un paso al frente y le mostrara lo que sabía hacer. Y, ¿ahora quién podía culparla? Después de todo, la decepcionó y la apartó de su lado. No luchó por ella. No creyó en ella.

Y nunca se había arrepentido tanto de algo como de eso. Y ahora... ¿Qué podía hacer ahora? ¿La habría perdido de verdad para siempre? ¿Cuántas veces debería pedirle perdón para redimirse? ¿Y para compensarla?

*A ti no te temo, mi dulce corazón
Contigo me dejas volar*

*Ayer en mis sueños, mi ángel de amor
Casi te pude tocar*

*Tú siempre lo haces, con tal suavidad
Que logras hacerme llorar
No quiero dormirme, sin antes despedirme
Ven y vuélveme a abrazar*

*En brazos de mi ángel,
cuando más fuerte estoy,
cuando más grande me hago
Cuando más yo misma soy...*

*Está ahí cuando me duermo
Y me da seguridad,
Y se cree que no le veo
Pero yo le siento cada vez más.*

Cuando acabó de cantar, bajó la cubierta blanca del teclado, dando por terminado su ritual matutino y aquella oda al amor por quien ya no estaba y se había ido. Retiró el taburete y se levantó para mirar hacia la playa, hacia Es Vedrà y decir:

—Buenos días, papá.

Después se dio media vuelta, y Kilian fue incapaz de reaccionar y apartarse de la puerta, en la que seguía clavado, escuchándola, sumergido en un tiempo y mundo paralelo donde todo era posible.

Sasha abrió los ojos ligeramente, sin ocultar su sorpresa, y después lo saludó como si ellos jamás hubiesen tenido una historia ni nada más que recordar, excepto una infancia en común.

—Buenos días, Killer —lo miró de arriba abajo—.¿Qué haces en calzoncillos?

Tardó un mundo en reaccionar. Era guapísima, a rabiar, tanto que le dolía verla. Y saber que ya no era de él y que había sido de otros, le carcomía pudriéndolo de dentro hacia afuera.

Cuando dirigió la mirada hacia abajo, extraviado aún en la música, se dio cuenta de que Sasha tenía razón. Había salido de la habitación solo con los calzoncillos negros ajustados que llevaba la noche anterior. Nada más. Y además, la música de Sasha lo había puesto contento. Bastante.

—¡Así ha bajado del estudio! —gritó Pietat tras él. En las manos tenía dos puñados de sal gruesa, y las espolvoreó por el porche mientras repetía—. «Sana sana, culito de rana, cuida de mi casa y mi familia hoy y no lo dejes para mañana»—. Estábamos en la cocina. Desayunando. Y ni nos ha visto. Parecía hipnotizado —sonrió al pasar por su lado. Y lo tironeó de la mejilla como cuando era pequeño—. A nosotras nos está bien. Yo hace mucho que no veo a un chico tan bien hecho como tú. Excepto al noviete asaltacasas de Alegra —se echó a reír y entró de nuevo en la casa al ritmo del «sana y sana».

Alegra, que se estaba huntando una galleta María con mermelada y mantequilla torneó los ojos ante la puya de su abuela y salió al porche.

—Te cae bien y lo sabes, abuela —le recordó—. Le encanta meterse con él —dijo a modo de confesión a Kilian—. ¿Cómo estás, machote?

Kilian, que no sabía qué decir ni cómo actuar, decidió reaccionar por impulsividad y entonces, tomó a Alegra por los hombros y la abrazó con fuerza.

Sasha se quedó anonada ante la escena que tenía lugar ante sus ojos.

—Gracias. Gracias. Gracias —repetía Kilian susurrándoselo desde el corazón.

Alegra intentó mirar a su hermana pequeña por encima del hombro, pero Kilian era muy alto y ancho, con lo que no podía ver nada.

Así que la morena respondió al abrazo y contestó con sinceridad:

—No me des las gracias. No iba a dejarte ahí tirado en la cuneta. Mi hermana no lo habría permitido.

Sasha frunció el ceño y carraspeó.

—Y yo tampoco —se corrigió Alegra.

Kilian la soltó finalmente, después de prensarla y estrujarla a placer. A continuación, volvió a mirar de nuevo a Sasha, y pensó en hacer lo mismo con ella. Pero con ella no podía. No después de lo de la otra noche.

Ella no quería que se le acercara, y la iba a respetar, al menos hasta que supiera qué tenía que hacer para recuperarla, por muy negro que lo viera.

—Me tengo que ir —dijo Sasha de repente, mirándose el iWatch de la muñeca—. Debo preparar unas cosas en el estudio para la grabación de esta noche.

—¿Tienes un estudio? ¿Te puedo acompañar? —preguntó Kilian solícito deseando que la respuesta fuera un sí.

—Eh... No —desvió la mirada a Alegra para que le echara un cable. No lo quería cerca. La despistaba y la hacía sentirse débil.

—Eh, claro... no, Kilian —intervino rápida su hermana mediana—. Me gustaría echarte un vistazo antes de darte el alta. Hoy deberías quedarte aquí, solo por prevención.

—Estoy esperando la visita de un amigo —explicó él negándose—. Rudy. Debería llamarlo e ir a recogerlo...

—Olvídate de Rudy. Los vuelos de l-los aeropuertos están todos cancelados —le explicó Sasha—. Hay u-una especie de ciclón rodeando la isla, y afecta a las maniobras de a-aterrizaje de los aviones. No abrirán de nuevo las entradas y las salidas hasta que el tiempo mejore.

Kilian frunció el ceño y oteó el exterior.

—Pero si no corre ni una brizna de aire... —repuso.

—Lo sabemos —asintió Nicole apareciendo de repente bajo el marco de la puerta que iba de la cocina al porche—. Pero estoy convencida de que ahora más que

nunca, sabrás que hay cosas que escapan a la razón —mordió la manzana que tenía en la mano, sin perderlo de vista.

Kilian asintió muy serio, observándola con respeto. Nicole siempre lo hacía rabiar, siempre se metía con él, le divertía ver cómo perdía los estribos.

Ahora, posiblemente, le divertía a su manera verlo tan perdido. Pero no tenía nada de lo que avergonzarse, ya no.

Ellas le habían devuelto la vida, y nunca más cuestionaría nada. Es más, ahora un nuevo mundo, una nueva realidad se abría ante él, y llenaba la vida de un montón de posibilidades llenas de colores. Aterradoras, cierto. Pero al mismo tiempo fascinante.

—Ahora ya no lo dudo —respondió Kilian—. De hecho, hoy lo creo más que nunca.

Nicole arqueó las cejas rojas y le dio el reconocimiento que esa respuesta exigía.

—Bueno..., vaya vaya... humilde, por fin —dejó caer.

—Nicole —la reprendió Sasha con prisa—. Por favor, no os peleéis.

—No voy a pelearme con ella jamás —le aclaró Kilian con convicción—. La última vez me maldijo con no sé qué del karma, y por la noche tuve un accidente casi mortal —ahí le había lanzado un buen dardo.

—Yo no tuve nada que ver con eso —contestó ofendida—. No te eché un mal de ojo.

—Pues me matabas con la mirada.

Nicole dio un paso al frente amenazadora, pero a Kilian no le intimidó.

—Eso es por todo lo que le hiciste a...

—Vale ya, por favor —suplicó Sasha—. Mirad, voy al centro —le explicó a Kilian—. Te quedas en Sananda un rato, y luego por la noche te vas si quieres. Deja que Alegra te chequee, llama a ese amigo tuyo que tengas y le dices lo que pasa, y

cuando yo acabe de lo que tengo que hacer, vendré hacia aquí. Espero que no te hayas ido, porque hay algo —bajó la voz un tanto avergonzada—, que me gustaría hacer contigo.

A él los ojos le hicieron chiribitas y se llenó de esperanza y de ilusión. Ojalá Sasha le diera otra oportunidad. Solo una. Él no la desperdiciaría.

—No es eso en lo que estás pensando —le hizo ver Nicole divertida—. Tienes la mirada sucia.

Kilian ni siquiera lo ocultó. Ni se sonrojó.

Sasha negó con la cabeza y exhaló como si nadie ahí tuviera remedio.

—Me voy. Ahí os quedáis.

No sabía si era buena idea dejarlo con las fieras de sus hermanas, sobre todo con Nicole, pero debía hacerlo, pues el trabajo la reclamaba.

—Cariño —Amanda y Pietat, que ya habían acabado de proteger la casa con la sal, la detuvieron al salir—. Ten mucho cuidado. La sal se afea en poco tiempo dentro de los frascos. Lo oscuro persiste en la Isla —explicó Amanda pasando la mano por encima de la clavícula de su hija. Se quedó más tranquila cuando dio con lo que estaba buscando. El nudo de las brujas que la protegería de cualquier mal que quisiera hacerle daño físicamente—. No te lo quites por nada del mundo. Y si en algún momento te sientes acechada, sujétalo con fuerza entre los dedos y piensa en nosotras. Recibiremos el mensaje enseguida e iremos en tu ayuda.

—Sí, mamá —dijo obediente—. No me lo voy a quitar de encima. ¿Has visto a papá hoy?

Amanda negó con la cabeza un tanto preocupada.

—No lo veo desde antes de ayer por la mañana.

—Bueno —Sasha intentó quitarle hierro al asunto—. Puede que esté merodeando por la isla para ver qué es lo que está pasando.

—Eso espero —suspiró su madre.

—¿Vosotras ya tenéis lo que os pedí para lo de esta tarde?

—Sí. Está todo listo —contestó Amanda—. ¿Vendrás a comer?

Sasha agarró su bolso mochila y se lo colgó a la espalda y contestó:

—No. Comeré algo en el estudio. Tengo cosas en la nevera. Tenedlo todo listo para esta tarde, sobre las cinco. Llegaré sobre esa hora.

—Muy bien, querida —Pietat le acarició la mejilla y le dijo—: pon mil ojos en la carretera.

Dicho esto, Sasha salió enérgicamente de la casa, y se dirigió al porche donde su Gordini la esperaba con el motor a punto.

No iba a ignorar que algo asolaba a Ibiza, ni tampoco obviaría que lo que sentía por Kilian también la acechaba y no la dejaba dormir tranquila.

Trabajar y ayudar a un nuevo grupo a grabar su maqueta presentación, sería una buena distracción para no pensar en nada más que no fuera la música.

Kilian estaba sentado en la silla blanca de mimbre, siendo analizado e inspeccionado minuciosamente por Alegra.

Le parecía muy raro que alguien pudiera ver cómo se encontraba el interior de su cuerpo sin ayuda de ecografías, tacs o radiografías. Él, que era un deportista consumado y un profesional, había sido tratado siempre con los mejores avances en tecnología médica. Pero aquello... Que solo posando sus manos sobre su pierna, su hombro, su cabeza, el pecho... Supiera si todo iba bien, era sobrecogedor.

—Bueno... —exhaló la Balanzat morena de ojos azules—. Creo que está todo bien.

—¿Y mi pierna? ¿Mi pierna está bien? —preguntó con seriedad—. Soy jugador de fútbol. ¿Podré jugar sin resentirme?

Ella afirmó contundentemente.

—Sin problema. Las fracturas que tuviste ya no existen. Tus huesos están como si jamás hubieses sufrido un accidente. Cuando pasen las veinticuatro horas que debes estar en observación, podrás tener el alta e irte. Bueno —rectificó rápidamente—. Si quieres, claro. Nosotras no echamos a nadie de Sananda. A no ser que seas un brujo con varita, calvo, pálido, con dientes de rata y sin nariz... A ese le tenemos reservado el derecho de admisión.

Nicole se reía mientras servía la mesa en el jardín, al lado de la piscina, y escuchaba toda la conversación que mantenían. Traía la jarra de ponche con melocotón que su abuela preparaba, y se sirvió una copa antes de sentarse a la mesa.

Kilian también sonrió cuando entendió que hablaba de Voldemort.

—El gran enemigo de los magos —comprendió Kilian.

—El gran enemigo de la magia blanca y pura —corrigió Alegra como una sabionda, alzando el dedo índice para dar más énfasis a sus palabras—. Pero ese no existe. Nosotras sí —le guiñó un ojo.

—¿Queréis una? —les preguntó Nicole mostrándoles la copa de ponche que se había servido desde la mesa.

Kilian y Alegra asintieron.

Él recordaba el ponche de Pietat. Los picnics y las comidas alrededor de la piscina.

Nada había cambiado, excepto por aquellos que ya no estaban. Pero las rutinas y las costumbres seguían siendo las mismas. Eso era el hogar. Eso le hacía sentir en casa.

—Toma, esta para ti —Nicole le ofreció una copa a su hermana—. Y esta... —la olió—, esta que tiene sulfumán es para el Matador —sonrió maliciosamente.

—Mmmm... sulfumán —contestó Kilian siguiéndole el juego—. Me encanta. Dámelo.

Nicole arrastró una silla de mimbre blanca y se sentó a su lado. Alegra hizo lo propio con otra.

Al final, quedaron los tres, mirando hacia Es Vedrà. Desde allí se podían escuchar las olas que llegaban a la Cala d' Hort y se morían en la orilla.

Disfrutaban del ponche en silencio, hasta que Nicole lo rompió:

—¿Te deja tu nuevo club ir en moto?

Él meditó la respuesta, y a continuación negó con la cabeza.

—No. Tenemos un seguro contra accidentes de este tipo, pero a mí no me permiten hacer ni deportes de riesgo ni conducir vehículos de poca seguridad. De hecho, el Club nos regala un coche de alta gama con todas las necesidades cubiertas, y les gustaría que todos lo condujéramos. Pero al final cada uno tiene su propio vehículo. Aunque, en ningún caso, debe ser una moto.

—Entiendo —sujetó la copa con las dos manos—. Eres un inconsciente. Entonces, te ha ido bien que nadie supiera de tu accidente. Se te iba a caer el pelo.

—Sí —asumió—. Debería pagar una multa por ello que asciende a unos doscientos mil euros.

Nicole se aclaró la garganta y se inclinó hacia adelante para advertir a su hermana Alegra, ya que Kilian estaba sentado entre las dos.

—Pues eso es justo lo que le debes a mi hermana —soltó con osadía.

—¿Qué?! —contestó Alegra avergonzada—. Yo no cobro por algo así.

—Bueno, pues lo haré yo en tu lugar.

—Si tengo que pagar no me importa —aclaró Kilian—. Os lo daría todo por lo que hicisteis —y lo decía con tanta verdad que le pareció hasta natural. No se sorprendió.

—No digas tonterías, Kilian —le pidió Alegra—. Me ofendéis. Tú no tienes que pagar nada. Lo que hago no lo hago por dinero.

Nicole sonrió abiertamente y dijo con la boca torcida:

—Es una aguafiestas. Dámelo a mí.

—Serías una buena representante, Nicole —reconoció Kilian saboreando un trozo de melocotón empapado en ponche—. Te podría contratar.

—Tú ya tienes a un tiburón como representante —le recordó Alegra—. Uno de esos que solo quiere que te fotografíen con modelos nórdicas y rusas, que te busca contratos multimillonarios y que siempre te quiere tener en el candelero. Incluso cuando no juegas bien. Se llama Paul, ¿no?

Fue la forma en la que se lo dijo, como si no dudase de ello, la que le dejó claro el tipo de persona que lo había acompañado en sus años en Inglaterra. Una persona ambiciosa y egoísta, sin escrúpulos. Que le había mal aconsejado y exprimido, y a la que él no le supo dar portazo excepto cuando perdió a algo realmente valioso por su culpa. Y ni siquiera fue culpa de su agente, la realidad era que el único responsable de todo fue él.

—Despedí a Paul la misma semana en la que Sasha se fue y perdí la final de la Cup —confesó con la mirada perdida en el horizonte—. Lo despedí cuando supe todo lo le había dicho a Sasha.

—¿Y nada de eso era verdad? —Nicole elevó una ceja inquisitiva, con la seguridad de que algo de verdad sí había.

Kilian tomó aire y su perfil se tornó bajo y autocrítico.

—No era verdad como él lo dijo.

—¿No era verdad que pensabas que Sasha sufría una minusvalía por ser tartamuda y que no creías que fuera a conseguir ninguno de sus sueños por ello?

Él negó vehemente.

—No fue así —se defendió.

—¿Ah, no? Pues entonces acláranoslo —pidió Nicole un poco más beligerante.

—Yo... —necesitaba encontrar las palabras adecuadas para hablar de ello—. Para mí, Sasha no es de este mundo. Es especial. Quiero decir... Su forma de ser, su manera de hablar, todo la hace adorable —sonríó para sí—. Para mí no tiene ningún defecto. Sí que pensé que su tartamudez podría suponerle algún inconveniente a la hora de hablar con agentes o de contactar con productoras, o incluso, a la hora de cantar en público. Por eso quise ayudarla y facilitarle esos duros trámites, pues aunque yo adoro todo de ella, otros no lo ven así, y las personas son muy crueles y pueden reírse de su debilidad. Nunca la había oído cantar, no sabía cómo lo hacía. Ella temía cantar en público y nunca quiso hacerlo delante de mi hermano o de mí. Pero nunca imaginé... Yo, nunca pensé que oírla cantar me afectaría tanto —dejó caer la cabeza un tanto confundido—. Desde esta mañana es como si su voz y la letra de esa canción fluyera a través de mí. Es...

—Mágico —dijeron los tres a la vez.

Eso provocó que el trío se relajara e intentara comprenderse sin juicios ni prejuicios.

—Me encantaría escuchar alguna canción suya grabada. No entiendo cómo aún no se ha hecho famosa. ¿Creéis que... ?

Nicole negó con la cabeza.

—Eso no nos compete a nosotras. Tiene que ser Sasha quien te enseñe y te muestre lo que te falta saber. Ella te contará lo que te quiera contar. Nosotras no podemos. Se lo prometimos.

Kilian lo aceptó. Sasha se había cerrado a él como un erizo. No podías tocarla sin llevarte un buen pinchazo y una púa de regalo.

—¿Por qué has vuelto, Kilian? —le preguntó Alegra con más confianza—. ¿Por qué diez años después de irte, decides regresar y poner patas arriba la vida de mi hermana?

«¿Por qué?», pensó él. Debía darles una respuesta. Pero una respuesta era justo lo que no tenía.

—No lo sé. Esa es la razón. No tengo ni idea de qué hago aquí. Prometí no volver, pensé que nunca más regresaría a las Pitiusas, pero, hace dos semanas, en cuanto se concretó el nuevo contrato, me entraron ganas de volver. Al principio pensé que fue por ego. Por demostrar que regresaba entero, con éxito...

—¿A quién querías demostrarle eso? —preguntó Nicole.

—No lo sé...

—Sí lo sabes. Tienes una cuenta pendiente ahí, Kilian. Y tienes que hacerte cargo.

—Es todo muy confuso. Solo sé que tenía que venir —dijo sin más—. Y cuando vi a Sasha, las razones dejaron de importar. Es como si ella me hubiese llamado y yo hubiera respondido a su reclamo.

—No es Sasha quien te ha llamado —le aseguro Nicole—. Es la Isla. La energía de este lugar. Te pide que estés aquí. Y solo tú debes averiguar por qué.

Si debía averiguar por qué, empezaba a tener una vaga idea.

Desde que estaba en Ibiza, había descubierto que su vida no le gustaba. Que le faltaban muchas cosas para estar completo, para sentirse pleno.

Pero no era de ahora, pues llevaba muchísimos años así. Esa sensación vacua en el centro del pecho solo se vio atenuada a medias cuando Sasha estuvo con él en Londres. Pero cuando ella se fue, su soledad y su vacío se acentuó más.

¿Estaba en la Isla para recuperar todo lo que había perdido? ¿Y cuántas cosas incluía esa pérdida? Solo él lo sabía.

—¿Qué se siente? —preguntó entonces Nicole, sin su acidez característica.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué se siente al ser un Dios para tanta gente que te idolatra? ¿Qué se siente cuando una sola persona tiene más poder y dinero que todo un país?

Él bebió del ponche y cruzó un pie sobre el otro. Estaba descalzo, con ropa que Alegra le había traído de su novio Nil al que aún no conocía. La camiseta surfera O'Neill le quedaba un poco estrecha, pero las bermudas azules y cortas le iban bien. Señal de que de cintura tenían la misma talla. Nil estaba en buena forma.

Con los dedos del pie que se mantenía en contacto con el suelo, acarició la hierba verde del jardín trasero de Sananda. Adoraba esa sensación. Lo llevaba a tiempos en los que era un crío y su madre aún vivía.

Y entonces se llenó de nostalgia. Su sensibilidad se había disparado.

—Al principio, sientes euforia por lo conseguido —murmuró siendo sincero consigo mismo y después con ellas—. El mundo se rinde a tus habilidades cuando tienes una pelota en los pies. Y piensas: ¿es así de fácil? Un tío con una pelota en los pies mueve masas y tiene hasta una vista con el Papa. Se rinden a tu imagen, a tu talento en el deporte, a tu carisma. La gente te ve como un guerrero. Pero tienes que estar todos los días al pie del cañón, esforzándote, dando lo mejor de ti en los aspectos físicos. Me machaco en el gimnasio, intento ser un líder en el campo... —negó con la cabeza—. Estoy enganchado a la adrenalina de la competición, de los partidos, del ganar. Pero no me gusta todo lo que ha conllevado. Y de todo esto, me he dado cuenta ahora...

—Es la Isla —repitió Nicole con tono sabelotodo—. Tiene mucho que decirte. Por lo mucho que te has equivocado —dijo por lo bajini.

Él estaba ahora en una situación en la que sería incapaz de replicarle o rebatirle. Porque ahora ya lo creía. Ya creía en todas las cosas que las Balanzat le dijeran. Y las iba a tomar muy en serio.

—El éxito se paga muy caro. La gente se acerca a ti por lo que les puedes dar. Una foto, una entrada gratis, dinero, fama, una portada en una revista... Las chicas te piden una foto y al día siguiente salen en los programas de televisión diciendo que se han acostado conmigo.

—¿Y no es verdad?

—No. No lo es. Te puedo contar con los dedos de esta mano —levantó la derecha— las mujeres con las que he tenido relaciones sexuales. Y todas eran de pago.

—¿Un tío como tú se acuesta con prostitutas? —Alegra no daba crédito.

—Un tío como yo ya no confía en nadie —sentenció—. Porque todos se acercan por interés. Así que no quiero a mujeres sanguijuelas, ni intimar en exceso —tomó aire—. Nadie me pregunta si soy feliz —excepto Sasha—. Todos lo dan por supuesto. En el fondo, no soy materialista, así que le doy el justo valor a las cosas. Y nada me llena —confesó más abatido de lo que quería aparentar.

—Puede que no te llene nada porque lo que tienes y lo que te rodea nunca fue lo que necesitabas de verdad —dijo Alegra meditando en sus palabras. Aunque lo miró de un modo que daba a entender que sabía perfectamente lo que le sucedía.

—Entonces, Kilian —repuso Nicole apoyándose en el respaldo de la silla de mimbre—. ¿No crees que va siendo hora de que encuentres lo que quieres y lo mantengas a tu lado? —lo miró de reojo—. Porque de lo contrario, nada te hará feliz. Al final, serás uno de esos ricachones que se inflan a antidepresivos, ahitos de todo, porque no supieron valorar lo que era realmente importante.

—Ha llegado el momento de muchas cosas —murmuró seguro de sus palabras. Tan solo, ¡si supiera cómo remediar lo que había destrozado y cómo arreglar lo que había roto! Porque ahora estaba tan seguro de lo que quería, que lo que más le aterraba era darse cuenta de que lo había perdido para siempre—. Solo espero no haber llegado tarde...

Nicole se encogió de hombros.

—Eso no lo sabrás hasta que luches por ello. A ti te gusta la competición, ¿no? Entonces compite por ganar este partido.

—¿Y tú con qué equipo irías? —Kilian sonrió y le dirigió una mirada de soslayo.

—Siempre con el otro, querido —repuso guiñándole el ojo conciliadora—. Siempre con el otro.

Kilian se echó a reír. No tenía ninguna duda de ello.

—¿Qué se siente? —preguntó él de repente, en un ambiente mucho más relajado.

—¿A qué te refieres? —esta vez fue Alegra la que lo preguntó.

—Al haber sido bendecidas con dones sobrenaturales que nadie más puede tener.

—No somos las únicas —aclaró ella—. En el mundo hay cosas inexplicables a las que la ciencia y la razón no llegan a comprender. Donde no llega la ciencia, empieza la magia, y hay muchas personas con capacidades que se considerarían mágicas.

—Yo solo os conozco a vosotras. Y lo acabo de descubrir hace unas horas.

—Nuestro caso es muy diferente al tuyo. A ti te idolatraban por jugar bien al fútbol y te lo ponían todo fácil. A nosotras nos temían, incluso sin haber dado muestras de lo que éramos capaces de hacer. Con el tiempo, te vuelves reservado también, y muy selectivo, eliges con quién abrirte y a quién ofrecer el don, porque no quieres que te hagan daño y porque al final, te das cuenta de una cosa —Nicole se inclinó hacia delante y lo miró a los ojos de un modo penetrante—: «no está hecho el caviar para alguien sin paladar». No puedes mostrar un regalo y un don como el que tenemos a alguien que nunca lo sabrá valorar y que lo temerá. Por eso trabajamos en silencio. Así nos va mejor.

—Pero la Wish Pottery, esos frasquitos que lleváis todas y que Sasha lleva en la muñeca, os ha expuesto a nivel internacional. En la isla, muchísima gente los lleva.

Él sabía cómo funcionaba porque lo había leído en su web. Uno pedía un deseo, lo escribía en un pergamino seguido de un ritual. Detrás del pergamino, con zumo de limón, había escrito otro deseo más global para la Posidonia. Cuando ese deseo se cumplía, se debía vaciar el frasquito. Alegra ya no llevaba frasco, pero Nicole y Sasha sí llevaban uno. Todavía tenían deseos por cumplir. Y a Kilian le intrigaba mucho saber cuál era el de Sasha.

—Pero esto es solo una parte de lo que somos —dijo Nicole sujetando entre sus dedos el frasquito lleno de arena con un micro pergamino hundido en ella que llevaba al cuello—. Solo una parte minúscula. Y es nuestra manera de ser condescendientes y buenos con los demás, y decirles: «aunque no sepáis creer en la magia, aunque nos temáis, os seguimos tendiendo la mano». Como hacemos contigo —contestó Nicole lanzándole una puya—. Te hemos tendido la mano a

pesar de que has hecho lo imposible por alejarte de tu isla, de las Balanzat y sobre todo de nuestra hermana. Pero atiende bien, Matador. Esta —lo señaló—, será la última vez que lo hagamos. No podemos dar más oportunidades. Porque no hay más ciego que aquel que no quiere ver. Y si no acabas la faena, el toro se levantará, se limpiará la arena del cuerpo, y herido y enrabiado, te meterá un asta por el recto. Será una estocada fatal.

Kilian elevó las cejas, no sorprendido por lo que decía Nicole, porque ya la conocía, sino, porque la amenaza de que aquella era la última vez para él, era real.

—No tenéis ninguna fe en mí, ¿verdad?

Nicole y Alegra se miraron y se comunicaron telepáticamente, pero no dijeron en voz alta nada de lo que se dijeron.

Al final, Nicole miró al frente, exhaló y añadió:

—Demuéstranos que estamos equivocadas. Y será el mejor error que hayamos cometido jamás.

En el centro de Ibiza se encontraba el estudio de grabación de Sasha, compuesto por dos salas, un *Control Room* de cincuenta metros cuadrados y una *Room A* de cuarenta. Tenía las mejores tecnologías, una mesa de mezclas analógicas, convertidores los mejores softwares de masterización, compresores multi fx, preamplificadores analógicos, micrófonos de todo tipo, de los de Neumann, Royer, Akg, Josephson, sintetizadores, controladores, monitores planos en todos lados... Invirtió bien en él y en lo mejor.

Sasha estuvo en el estudio comprobando que todo en la sala funcionara correctamente y que los chicos se encontraran las instalaciones perfectas para grabar su maqueta de manera profesional.

Ella no tenía por qué estar ahí mientras ellos hicieran su trabajo. Sasha tenía esa sala para alquilarla a grupos, y al final, ella escuchaba el resultado y si había algo que creía que se podía mejorar, les hacía el favor de arreglarlo ella misma sin coste alguno.

Porque Sasha hacía eso porque quería. Porque le gustaba, y era su manera de echar una mano a los que no tenían medios para realizar sus sueños. Les alquilaba por horas el estudio, pero después, la masterización que ella llevaba a cargo, si habían detalles que pulir, no se los cobraba.

Sin embargo, los chicos habían llamado para decir que al final iban a grabar un poco más tarde, porque les había salido un imprevisto y no podían llegar a la hora que habían quedado con ella. En teoría solo debían grabar una canción, y si el grupo tenía experiencia y sabía lo que se hacía, no tardarían más de una hora en hacerlo. A veces, se habían grabado canciones perfectas a la primera, en cinco minutos.

Confiaba en que los chicos no tardaran demasiado en grabar, porque ella debería ir a la sala, escuchar la maqueta antes de masterizarla, y ver qué debía modificar.

Como fuera, seguro que no acabaría hasta las diez o las once de la noche.

Bien mirado, al final le iría bien despejarse, y más después de las intensas emociones que viviría esa tarde en Sananda.

Así que abrió su nevera SMEG de colores que había encargado a Alemania, y sacó una ensalada con tomate, mozzarella, pollo, aguacate y nueces ya preparada y un agua bien fresquita. Allí tenía aire acondicionado y se agradecía por el extraño microclima falto de brisas que había rodeado la isla.

Cuando acabó su ensalada, atacó a un yogur de avena y muesli con frutos rojos y manzana que había comprado el día anterior, en la tienda de jugos naturales de Ibiza y empezó a saborearlo gustosa.

Tenía sentimientos contradictorios. Por un lado, necesitaba de esa paz y de ese momento de intimidad. En Sananda volvían a estar todas juntas después de años sin juntarse. Y era maravilloso, pero también un poco estresante. Por el otro, estaba deseando volver a ver a Kilian, que era el motivo por el que se había vuelto medio loca esos días. Pero deseaba verlo porque el trauma de la noche anterior le iba a durar toda la vida. Aquello le sirvió para darse cuenta de que lo quería. Que nunca dejó de hacerlo, a pesar del dolor y la distancia.

Y que, seguramente, estaba equivocada y él nunca fue su agaporni, pero su corazón se había convencido de ello. Y ahora, ¿quién iba a hablarle de lo contrario?

Estaba totalmente perdida para otros hombres. Siempre lo esperaría a él, aunque él nunca la reclamase.

No obstante, Kilian se vio tan necesitado esa noche, cuando le pidió arrodillado en la cama que no le dejara solo... Sasha lo recordaba y se le ponía la piel de gallina y un nudo estrangulador se asentaba en su pecho hasta el punto de querer hacerla llorar.

Y lloró. Vaya si lloró, oculta en la cabina externa del estudio. Porque ella no era tan fuerte como Nicole o como Alegra, y no sabía ni sabría jamás controlar sus

lágrimas y disimular sus emociones. Ella era transparente.

Y no había más. Desistió de prometerse que aquella sería la última vez que llorase por él, porque odiaba romper sus propias promesas, aunque se las hiciera a sí misma.

Pero había tomado una decisión para esa tarde, e iba a tirar hacia delante con todo. Tomó su iPhone e hizo una llamada trascendental para que todo saliera como ella quería. Puede que se estuviese metiendo en camisa de once varas, pero sentía la urgencia de hacer aquello por él. Por todos en general.

—¿Sí? —dijo una voz muy conocida al otro lado.

—Geri, te paso a recoger en media hora. ¿Vais a estar preparados?

—Sí. Aquí estamos esperándote.

—De acuerdo. En un rato voy.

Colgó el teléfono y se quedó mirando su fondo de pantalla, que no era otro que ella de espaldas, caminando por un prado, con su guitarra «Asesina» en una mano y la otra sujetando su sombrero de paja.

Ya estaba hecho. Si se equivocaba o no, solo lo diría el tiempo y todo lo que sucediese a continuación.

Cuando llegaron a Sananda al atardecer, todo estaba preparado en el bosque que rodeaba la casa y que era terreno y propiedad de las Balanzat.

Su madre, su abuela y sus hermanas, habían colocado cuatro antorchas, tan altas como ellas, clavadas en el suelo, ubicadas cada una en dirección a los cuatro puntos cardinales. Las cuatro mujeres habían trazado alrededor un círculo de sal para protegerse de las asechanzas negativas y de las visitas inesperadas.

Cada una regentaba una antorcha, como una guardiana, y las llamas se reflejaban en sus rostros serenos y entregados a aquel ritual.

Kilian, se mantenía de pie, expectante en el centro de aquella rosa de los vientos improvisada.

Vestido de aquel modo, le recordaba al chaval adolescente que una vez fue. Al mismo que la besó por primera vez y le regaló su guitarra con su primer gran sueldo. El mismo que jugaba con ella en la playa, y que la animaba a chutar la pelota con fuerza para que él pudiera entrenar. El mismo que le pedía que le cantara algo que nunca le cantó.

Sasha sintió tanta ternura y amor por él que quiso entrar en aquella cruz, abrazarlo, y decirle que no importaba lo que pasara después de aquello. Que ella lo iba a querer toda la vida, aunque él dejase de hacerlo.

Porque un amor como el suyo se daba solo una vez, y ella ya había decidido hacía muchos años que se lo iba a entregar a él.

Por eso, intentó no sentirse amenazada por la mirada que él le dirigió cuando vio que no venía sola. Dos personas que habían marcado su vida la acompañaban.

Geri y, para sorpresa de todos, su padre, Armand.

Kilian nunca había creído en rituales. De hecho, no creía que la magia existiese, hasta que Alegra lo salvó de una muerte horrible y le cerró las heridas y recolocó los huesos rotos solo con las manos.

Ella era una sanadora. Nicole era una lectora de símbolos y del destino. Y Sasha tenía voz de ángel y finalmente trabajaba en la música. Amanda y Pietat se dedicaban a cuidar de la isla tratando la sal de las Salinas, y ayudando al equilibrio de sus mares y al cuidado de Es Vedrà.

Era una familia de brujas de la sal, le habían dicho, cuyo nacimiento mágico les otorgó dones especiales que usaban en bien de los demás, aunque no se jactaran de

ello. Eran heroínas silenciosas.

Kilian creía en ellas, por eso accedió a participar en aquel ritual que Sasha quería regalarle. Algo que quería hacer por él.

Pero toda la expectación y esperanza que sentía al respecto, se opacaron y envenenaron cuando tras su hada vestida de marinerita, aparecieron su hermano y su padre, al que había dejado de hablar diez años atrás. De hecho, había cortado cualquier comunicación con él, incluso se había quitado su apellido.

Y de repente, lo veía ahí. Caminando al lado de su hermano, que lo ayudaba por según qué tramos más complicados del bosque. Su padre iba ligeramente cojo, y se ayudaba de un bastón para caminar. No había ni una pizca de la soberbia o del egocentrismo que lo había precedido. Ahora parecía un hombre golpeado por el tiempo, castigado por las inclemencias del paso de los años. La fuerza de antaño había desaparecido en él. Su pelo entrecano ya no estaba engominado, ahora parecía natural y despegado de su cráneo. Todavía conservaba sus rizos que antes domaba con gomina, pero que en ese instante dejaba sueltos.

Vestía con una camisa blanca de manga corta y unos tejanos. Su padre en la vida había llevado tejanos. Y en los pies calzaba unas Ibi azules oscuras. Mucho menos se ponía ese tipo de zapatillas. Él era más de unas náuticas Martinelli de piel marrón que usaba sin calcetines.

Y Geri... Geri apenas tenía pelo. De hecho se lo rasuraba por completo. Llevaba gafas de pasta de color negro, y vestía más informal que su padre, con una camiseta roja de manga corta y unas bermudas que hacían de bañador, de la misma marca que sus zapatillas de playa. Sus ojos claros parecían esperanzados tras las lentes.

Verlos caminando juntos, provocó unas emociones extrañas en él. Fue como un bofetón que lo llenó de rabia, y también de pena. Pero no sabía hacia quién las sentía. Si hacia ellos, o hacia él mismo.

Cuando entró Sasha en la cruz y se detuvo frente a él, solo un par de dedos les separaban. Sus ojos le estaban pidiendo disculpas anticipadas por lo que fuera que iba a pasar, y también le ofrecía su apoyo.

—Kilian.

—¿Qué es esto, Sasha? —preguntó temeroso y desconfiado por partes iguales—. ¿Una encerrona?

—No. No es ninguna encerrona —le aclaró ella—. Es un regalo para ti. Es mi regalo para ti —aclaró preocupada por su visceralidad que aún permanecía bajo control.

—Pues no tienes ni puta idea de lo que me gusta, entonces —gruñó entre dientes.

Sasha se esperaba esa respuesta, porque lo conocía como la palma de su mano, así que no le sentó mal. Es más, sonrió levemente.

—A veces, uno entiende el verdadero valor de un regalo cuando ya ha pasado el tiempo. Cuando lo ha disfrutado —le explicó enigmática—. Pero tienes que saber que yo nunca haría nada que te hiciera daño. Nunca a propósito. ¿Me crees?

Kilian no sabía dónde meterse. Su padre y su hermano lo estaban mirando. Y para colmo, su padre Armand tenía los ojos llorosos y comentaba algo con Geri, sin quitarle la mirada de encima.

Por Dios, no soportaba eso.

—Creo que quiero irme de aquí —musitó mirando en todas direcciones. Buscando una salida.

—No puedes irte —negó Sasha—. Has entrado dentro del círculo de la sal, y ahora solo estamos tú y yo aquí. No puedes salir. Si lo haces, la sal te quemará —mintió como una bellaca. Pero no se le ocurría nada mejor que eso para retenerlo.

Kilian la creyó a ciegas. Por Dios, su hermana Alegra curaba con las manos y ellas eran brujas, ¡como para no hacerlo!

—Killer —lo tomó del rostro y se puso de puntillas—. ¿Tú confías e-en mí?

Se lo preguntó con la luz ámbar de sus ojos prendida, y sus largas pestañas negras dibujando misteriosas sombras bajo sus párpados.

¿Cómo no iba a creer en ella? Era la única persona que lo conocía. La única que él había querido proteger por encima de todo, y a la que más daño le había hecho. Y

aun así, Sasha nunca utilizó nada de ello contra él. Simplemente se alejó y desapareció de su vida. Y Kilian no sabía lo que le dolía más.

Lo que sí sabía era que podía creer en ella y confiar a ciegas. Porque Sasha nunca le había traicionado, aunque ese encuentro, bien se parecía a una traición. Pero le daría el beneficio de la duda. Porque era ella.

Y Campanilla siempre velaba por Peter Pan, aunque él ya no supiera volar.

—Sí —susurró Kilian—. Siempre he confiado en ti, Sushi —aseguró dejando que ella hiciera lo que quisiese con él.

A ella aquella respuesta la emocionó, y sonrió para sí misma.

—Bien —carraspeó—. Ahora, d-deja que yo haga el resto —pegó su frente a la de él y cerró los ojos sujetando su cara entre las manos.

No era necesario cruzar ninguna palabra con sus hermanas. Ya sabían lo que debían hacer. Cada una sujetó su propia llama y cerraron los ojos.

Y de repente. Sasha se puso a cantar. Y las demás la acompañaron haciendo coros que, aunque no tenían la increíble armonía de su voz, si estaban bien compenetradas.

*Desde esta tierra
Que pisas al andar
Llena de pinos y leyendas.
Hay una parte oculta.*

*Bajo el mar.
La que vigilan mis sirenas.
Ven y acércate
a oírlas cantar.
Ellas borrarán tus penas.*

*Soy la centinela
De tu hogar*

Aunque nadie más lo sepa.

*Corazón, no te hace falta creer
Para ver que el amor es más que magia
Que estoy viva hoy mucho más que ayer
Y seré la guardiana de tu alma*

*Que mi tierra y mi sal te curarán,
Que mi luz nunca ciega al bienvenido
Solo tú podrás entrar,
Y leer en mi piel tu don perdido.*

Corazón...

Kilian parecía estar en otro mundo. Le volvía a suceder lo mismo que cuando la había escuchado esa mañana. Era como si flotara y se encontrase de golpe en un paraíso donde todo era posible. Donde lo malo no existía, o donde sí podía existir, pero siempre acababa pesando lo bueno.

Y no sabía si lo estaba imaginando o no, pero a su alrededor, alrededor de los árboles, de las plantas, y de las personas que ahí se encontraban, se dibujó un halo parecido a una neblina luminosa. Y por un momento creyó estar en un mundo Avatar, bajo el árbol de los deseos.

Pero tenía los ojos cerrados. ¿Cómo era posible que pudiera ver todo eso si no los había abierto?

—Quiero que me escuches, Killer. Escúchame bien. ¿Me oyes?

—Sí —contestó él tembloroso—. No sé por qué estoy temblando...

—Chist. No te preocupes por eso. No abras los ojos aún. Solo cuando yo te lo diga, ¿vale?

—Vale.

—Te dije que tenía un regalo para ti.

—Sí.

—Quiero que sepas que ha sido Geri quien me ha dicho que esto te iría muy bien. Que quería que este don te lo diera a ti.

—Sushi, me estás poniendo muy nervioso.

Ahí, frente con frente, ella sujetándolo de los laterales del cuello y de puntillas, parecían una pareja de enamorados declarándose amor y compartiendo todo tipo de confidencias. Para Sasha lo era. Era un regalo de amor incondicional hacia él.

—Geri no ha querido entrar en el círculo. Él dice que no tiene nada pendiente, y que prefiere mantener el recuerdo que tiene, porque es débil, y cree que esto lo podría desequilibrar. Pero sabe que tú eres fuerte, mucho más que él. Y que necesitas esto para cerrar ciclos y liberarte de esa mochila tan pesada que cargas a la espalda.

—¿Hablas en modo figurativo? —preguntó con la voz estremecida.

—Por supuesto.

—Está bien —concedió acongojado. Las demás seguían cantando la canción y a él se le erizaba el vello de todo el cuerpo.

—¿Reconoces que llevas esa mochila? —le hablaba con dulzura, como si se dirigiese a ese niño interior que el hombre adulto había enterrado.

Kilian tragó saliva compungido, y afirmó con la cabeza. Porque el nudo en el pecho no le dejaba hablar y tenía la voz completamente atorada. ¿Por qué quería ponerse a llorar? ¿Por qué sentía tanta emoción? ¿Y por qué se sentía tan vulnerable?

—Bien, Killer —se lo dijo como reconociendo su valentía por admitirlo—. Entonces, tienes que abrir la puerta. Ábrete. Deja que te ayudemos.

Poco a poco deslizó sus manos por su cuello y sus hombros, sus brazos y antebrazos, hasta entrelazar los dedos de la mano izquierda con la derecha de él.

Despegó su frente de la suya y se apartó levemente.

—Abre los ojos.

Kilian se relamió los labios reseco y tardó varios segundos en abrir los ojos.

Per cuando lo hizo oscilante, vio una imagen clara y nítida al lado de Sasha. Parpadeó incrédulo, pues tenía ante él un imposible. Sus labios empezaron a vacilar y a hacer mohines cuando enfocó la vista y vio con exactitud, que no se engañaba, que veía lo que veía.

Al lado de Sasha, con una sonrisa sempiterna dibujada en el luminoso rostro y los ojos verdes enormes llenos de orgullo, se encontraba su madre Juliet, vestida igual que cuando salía de trabajar de limpiar casas y gimnasios. Con unos tejanos, unas manoleinas y un jersey rosa palo.

Y Kilian se derrumbó. Tan alto, grande y hombre como era, las piernas no le sostuvieron, y clavó las rodillas en el suelo, sobre el césped y la tierra de aquel claro del bosque.

Sasha sujetó su mano con fuerza, pues no podía soltarlo, porque ella era la conexión entre el hijo y la madre, ella era el puente. Y además, en la otra mano, sostenía una pinza de pelo que Juliet solía ponerse para hacer las tareas de la casa y que Geri había guardado todo ese tiempo.

El círculo estaba cerrado, y la energía debía fluir.

La primera invitación que hicieron las Balanzat la hicieron con su padre en Es Vedrà.

Ahora que ya sabían cómo se debía hacer, Sasha había querido hacerlo con la madre de Kilian, Juliet, la misma que le había contactado la noche anterior.

Él lloraba de rodillas, abatido como un guerrero que mostraba su bandera blanca sin ninguna vergüenza. Y no podía retirar la mirada de su madre.

—¿Mamá?

Todos podían ver la aparición, pero los que mejor la podían vislumbrar eran Sasha y Kilian, que estaban dentro del circuito de energía y en el interior del círculo.

Juliet asintió con la cabeza. Habló, pero como la noche anterior, tampoco se la oía.

—No... no te oigo —dijo Kilian nervioso, pidiendo ayuda muda a Sasha.

Sasha miró por encima del hombro a su madre Amanda, que cuidaba del Norte. Le hizo un gesto con la cabeza, y Amanda les pidió a Geri y a Armand que se quedaran en su posición sustituyéndola.

Ellos dos se movieron inseguros hasta su lugar, y Amanda entró dentro del círculo. La Balanzat se colocó detrás de su hija pequeña y posó su mano en el antebrazo de Sasha cuya mano sostenía la pinza de Juliet.

Las dos mujeres, una etérea y la otra tangible, pero ambas reales, se miraron, y se reconocieron como madres, reflejando en sus ojos el amor por sus hijos. ¿Cómo no iban a ayudarse?

Amanda haría eso por Kilian, porque lo quería, porque había sentido todo el sufrimiento de su alma ante tantas cosas que no podía cambiar y que quisiera haber cambiado. Ella también le ayudaría a hacer de cojín. Permitiría que Juliet la usara un tiempo para hablar con su hijo.

Amanda cerró los ojos, y echó la cabeza hacia atrás, prestándose para aquella invasión consentida.

Juliet entró en el cuerpo de Amanda, dando un paso adelante y siendo absorbida por ella, por la mujer que había actuado de madre en todos aquellos veranos que no pudo compartir con Kilian y Geri. Estaba tan agradecida con ella... Y Amanda pudo sentir todo ese agradecimiento en forma de amor y energía.

Kilian no entendía nada en absoluto, su madre se había metido en el cuerpo de Amanda... Pero Amanda ya no era Amanda a sus ojos. Era su madre Juliet.

No encontró fuerzas para levantarse y se quedó ahí, de rodillas.

Entonces, Juliet dio un paso al frente y se arrodilló ante su hijo.

—Mi pequeño Sansón... —dijo. Y a continuación lo abrazó con fuerza.

Hacía tanto que no lo llamaban así. Hacía diez años exactos. Cuando ella murió. Su madre le llamaba Sansón, porque decía que él se hacía más fuerte cuando alguien quería cortarle el pelo, como si fuera una metáfora sobre la vida, y sobre superar adversidades.

Y Kilian sucumbió a ese abrazo, y se lo devolvió con toda la fuerza de su corazón, mientras sujetaba la mano de Sasha, y con el otro brazo rodeaba el cuerpo de su madre contra el de él.

—Oh, Dios, mamá... —lloró rompiéndose ante ella.

—Cariño —Juliet lo mecía contra él.

Kilian era incapaz de soltarla. No la podía dejar marchar.

—Mamá... —necesitaba calmarse, o nunca podría hablar.

—Chist. Escúchame, Sansón mío. No puedo abusar mucho de la hospitalidad de mamá Amanda —era así como Kilian hablaba de Amanda a su madre. Y Juliet siempre estuvo encantada con ello. Porque una mujer con corazón de oro, cuidaba de sus niños cuando ella no podía hacerlo por culpa de una sentencia judicial injusta—. Yo avisé a Sasha de tu accidente. Fui yo.

—Pero... ¿Qué... qué haces aquí?

—Chist. Geri echó mis cenizas en Cala d' Hort, porque era mi manera de estar con vosotros siempre, en ese lugar que en vida no pude compartir y que, cuando estaba con papá, tanto nos gustaba. Por eso he podido aparecerme aquí. Pero has tardado mucho en regresar... —no era una reprimenda. Sino una queja—. Tardaste mucho en volver a este lugar. Y he estado esperando todo este tiempo, porque sino no podía irme en paz. Necesito decirte cosas, Kilian. Tengo la necesidad de ayudarte, porque esta visita es solo ocasional, para darte un mensaje.

—Mamá, no quiero que te vayas, espera...

—No. No, escucha. Me fui sin despedirme de ti. Llegaste tarde al hospital y yo ya me había ido —reconoció con los ojos llenos de lágrimas—. Y no pude decirte lo que quería.

—¿El qué?

—El odio y el rencor, mi vida, no van a ninguna parte. Solo nos envenenan. Tu padre y yo no nos separamos porque no nos quisiéramos. Me separé yo, a pesar de amarlo muchísimo, porque no podía estar con un hombre que creyera que cubriéndonos de cosas materiales y dándonos ese tipo de seguridad, nos demostraba cuánto nos quería. Armand se desvivió por nosotros, trabajó mucho para conseguir todo lo que consiguió para nuestro bienestar, pero se olvidó de lo más importante. Que no hay nada más valioso que el amor por la familia, y que hay que cuidarlo. Él no supo hacerlo. No supo llevar la situación. Se enfadó, y en vez de luchar por recuperarnos, se encerró en sí mismo y en su despecho hacia mí, y dejó de interesarse por nosotros, cuando, a su manera, pasó muchas noches en vela pensando en qué podía hacer para darnos lo que necesitábamos. Pero se dio cuenta tarde de que lo necesitábamos a él. Solo a él.

Kilian la escuchaba, pero no dejaba de llorar contra su pecho.

—Me prometiste que serías un buen hombre, mi vida. Y sé que lo eres. No hay nadie con un corazón tan generoso y bueno como el tuyo, pero tienes que dejar de tener miedo. Tienes que dejar de temer, o nunca serás feliz. ¿Me oyes? Kilian —le acarició la cabeza rapada con ternura—, la vida es una competición en la que todos perdemos y ganamos, y lo único que nos diferencia del resto es el modo en que hacemos ambas cosas. Si ganas, gana luchando. Si pierdes, pierde luchando. Vive tu vida desde la barca, no desde la orilla. No te rindas. Y por último...

—Por favor, mamá, no te vayas —se agarró con fuerza a ella.

—Chist. Tengo que irme. Pero escucha esto. Es lo más importante. Mírame —le ordenó.

—Sí.

—Tienes que perdonar. Tienes que perdonarte —le pidió con los ojos verdes rebosantes de amor—. Y empezar de cero. ¿Harás eso por mí? Perdona a tu hermano por no odiar a tu padre, por ser compasivo con él. Perdona a tu padre por no haber sabido demostrar que nos quería, aunque lo sintiera. Perdónalo porque solo tienes que mirarlo para saber lo arrepentido que está. Cúrate. Cura esas heridas. Y perdónate, sigue adelante, y quiere como solo tú sabes hacerlo. Eres un protector. Siempre lo has sido. Así que deja de utilizar tu escudo para cubrirte y empieza a usarlo para amar y cuidar a los demás. Porque tu mayor fuerza, es tu modo de querer —besó la cabeza de su hijo y lo abrazó fuertemente por última vez.

—Mamá —la voz se le entrecortaba—. A mí también me faltó algo por decirte.

—Dímelo ahora, aún tengo algo de lo que hablar con Armand.

A Kilian eso no le sentó mal. De repente, el odio y la inquina habían desaparecido de su interior, y ahora se sentía hueco y vacío.

—Te quiero, mamá.

—Lo sé. Me lo dijiste muchas veces —aseguró acariciándole las mejillas.

—Da igual. Te querré siempre por sentirte orgullosa de mí incluso cuando no había conseguido nada. Te echo y te echaré de menos todos los días de mi vida. Y...

—¿Sí? —Juliet reía y lloraba sin reparo.

—Desde el primer día, todos y cada uno de los goles que he marcado, te los he dedicado a ti. Siempre a ti.

—Y yo los veré desde donde esté —acercó su boca a su oído y le susurró—: Pero comparte esa alegría con personas que puedan abrazarte y decirte lo orgullosas que están de ti todos los días. Te amo, hijo mío. Ahora, dame la oportunidad de hablar con tu padre, por favor.

Juliet y Kilian se levantaron, aún abrazados. Él la besó en la mejilla, y a regañadientes, pero más en paz que nunca, la soltó.

Juliet se quedó de pie, frente a Kilian y a Sasha, que aún seguían con las manos entrelazadas.

—Necesito hablar con Armand —le dijo Juliet a Sasha—. Son demasiadas emociones para mamá Amanda, y no la quiero afectar demasiado.

Kilian asintió sin poner ningún impedimento a nada.

Sasha lo miró con la cara repleta de lágrimas y emoción y le dijo:

—T-tengo que soltarte, Kilian. Tu madre y tu padre tienen que hablar.

—S-sí —Kilian la observó queriéndole decir mil cosas. Pero estaba tan afectado que lo mejor era encontrar otro momento en el que todo lo que dijera sonara un poco coherente. Porque no sabía por dónde empezar.

Arrastrando los pies, agotado por aquel vendaval emocional, se dirigió hacia la llama del Norte, donde lo esperaban Geri y su padre Armand.

Geri arropaba a su padre con un brazo. Le parecía más pequeño, menguado, y de lo mucho que lloraba se le habían empañado las gafas.

Kilian se detuvo delante de él, y entonces sintió compasión, y recordó cuánto lo había idolatrado y querido de pequeño. Lo altísimo que le parecía cuando era un chiquillo, un gigante compañero de juegos. Pero, después, vino la separación, y todo se agrió. Y ya nadie pudo arreglar nada. Todo se enturbió y se volvió feo.

—Ella quiere hablar contigo —le dijo Kilian con la voz quebrada.

Armand se recolocó las gafas sobre el puente de la nariz y se secó las mejillas con el dorso de la mano.

—¿Puedo ir, hijo? —le preguntó Armand.

A Kilian esa pregunta lo dejó hecho polvo porque, él no se consideraba dueño de nadie, ni juez para levantar castigos, pero se dio cuenta que con su padre lo había sido. Porque el dolor y la decepción le había hecho actuar así. Entonces, avergonzado por su comportamiento, y humillado porque su padre le pidiera

permiso para algo a lo que todo el mundo debería tener derecho, asintió sin más y contestó:

—Claro que sí. Ve, ella te está esperando.

Y no quedándose satisfecho, dio un paso a su lado, y le ofreció el brazo, olvidando todo de un plumazo, abriendo una nueva puerta para ellos, sin importar quién había creado y cerrado la anterior.

Armand le sonrió desde el corazón, feliz por recibir esa pequeña redención por parte de su hijo que había rechazado sus apellidos, y se apoyó en el brazo de Kilian, sujetándose con fuerza.

—Ya lo acerco yo, Geri —le dijo Kilian, que estaba orgulloso como nunca de su hermano mayor.

—Está bien, Kil —le contestó Geri sorbiendo por la nariz.

Kil se volvió a emocionar, pero decidió seguir adelante hasta el centro del círculo, con su padre, al que no sabía qué le había pasado para estar tan desmejorado, cogido del brazo.

Y cuando lo dejó en frente de su madre Juliet, y permitió que Sasha entrelazara los dedos con él, se le erizó el vello del cuerpo al escuchar el modo en que su padre dijo a su madre «amor de mi vida».

No lo pudo soportar más. Salió del círculo corriendo y se fundió en un abrazo con Geri, que lo esperaba con los brazos abiertos.

Y ninguno de los dos pudo advertir la mirada que Nicole y Alegria le echaron a Kilian, entre lágrimas, barridas por la emotividad del momento.

Era una mirada que decía que todavía les quedaba un poco de fe en él.

Y eso era bueno.

Quería decir que habían hecho bien en darle una segunda oportunidad.

18

Las Balanzat habían recogido todos los bártulos del ritual, y ahora, todavía afectadas por lo sucedido y lo vivido, se habían reunido en el comedor, compartiendo una infusión relajante que Mamá Pietat había preparado.

Kilian, Geri y su padre Armand se habían retirado a un rincón del bosque a hablar a solas. Y ellas, en un tácito acuerdo respetuoso, se habían alejado para darles ese espacio.

Amanda, con los ojos enrojecidos, estaba feliz.

—Esa mujer tenía tanto amor... Y perdón. Mucho perdón —afirmó maravillada tomando de la bandeja su té en un vaso de *A Loja do gato Preto*. Aquel era un conjunto especial que había comprado Sasha en Portugal, después de ir a conocer a Nelly Furtado para trabajar con ella en un tema que se hizo famosísimo—. Y había tanto dolor en Kilian... Tanta impotencia. Esa mujer conocía a su hijo a la perfección —resumió maravillada.

—¿Y qué madre no conoce a su hijo? —incidió Pietat con una sonrisa de reconocimiento—. El cordón umbilical nunca acaba de romperse con nosotras.

—Sasha, ¿estás bien? —preguntó Nicole sentándose a su lado—. Has estado genial.

Ella la miró y le sonrió con pena, pero rápidamente se quitó la tristeza de encima. Estaba bien. Pero tenía el temor de lo que le dijera Kilian cuando pudieran hablar. Puede que aquello lo trastornara y no se lo perdonase jamás. No todo el mundo podía entender una experiencia de ese calibre.

Sasha había querido que fuera un regalo para él, para que su alma sanara. Para que dejara de protegerse y de tener rencor y pudiera amar sin riendas, aunque no fuera ella la afortunada. A pesar de que no fuera a ella a quien amara. Y debía amarlo muchísimo para tomar esa decisión de quererlo tanto como para dejarlo ir.

Ahora solo podía esperar a que la conversación entre Armand, Geri y Kilian fuera constructiva y no destructiva. Si ese encuentro emotivo con su madre hubiese sido todo lo fructífero que Sasha quería, Kilian debía tomar otro rumbo en su vida a partir de ahora. Tener otras prioridades y retomar el contacto con su familia, a la que todos tenían que dedicarle tiempo para unir las piezas despegadas por el abandono.

—Sí, estoy bien —contestó algo extenuada—. Ser el vínculo y la herramienta conductora entre un mundo y otro es... agotador. Pero al mismo tiempo ha sido tan emocionante.

—Ha sido precioso, Sasha. De verdad. Creo que el haber querido darle ese regalo a Kilian dice mucho de ti y de quién eres.

Sasha se encogió de hombros restándole importancia.

—Su madre contactó conmigo para salvarle. Si ella residía en la isla porque sus cenizas reposaban aquí, pensé que también acudiría a la invocación para sanar a su hijo.

Amanda, que limpiaba a mano las tazas de té sucias que habían en el fregadero, asintió concentrada en su tarea.

—Por supuesto que iba a venir —confirmó—. Juliet sabía que podía salvar a su hijo en el plano espiritual y emocional. Estuvo esperando durante muchos años su vuelta para poder contactar con él. Pero Kilian nunca regresó. Le dolía todo tanto que no quería volver a pisar este lugar —negó con la cabeza—. Pobre chico... —lamentó—. Es tan bueno que ni lo sabe. Pero mi hija Sasha ha logrado unir a toda la familia de nuevo —soltó orgullosa de ella—. Y les ha dado algo hermoso y único que recordar, algo que los ayudará a reencontrarse.

—Sí —dijo Alegra abrazando a su hermana pequeña por la espalda, por detrás del sofá rojo—. Kilian no sabe lo que se pierde —la besó en la mejilla—. Mi Sasha es la mejor de todas.

En ese momento, Sasha recibió un Whatsapp al móvil que miró inmediatamente.

De: Merwyn boys

Hola, somos los chicos que venimos a grabar. Ya estamos en el estudio. En unos diez minutos habremos acabado. ¿Vienes a chequear que esté todo bien o nos vamos? Te dejamos la maqueta hecha al lado de la mesa de mezclas. ¿Le dejamos las llaves de nuevo al de la planta de abajo?

De: Sasha B

Hola, chicos. ¡Vaya qué rápido! Ahora voy para allá. Así al menos os saludo. Hoy mismo me pondré con vuestro tema.

De: Merwyn boys

Ok. Entonces te esperamos y te damos las gracias.

De: Sasha B

Genial. En diez minutos estoy ahí.

Sasha se levantó del sofá de un brinco.

—Me tengo que ir —anunció—. Los chicos ya han terminado casi. Iré al estudio, los saludaré y seguramente me quede ahí trabajando toda la noche.

Amanda miró el reloj preocupada.

—¿Te tienes que ir ahora? ¿No es muy tarde?

—No, mamá. Está bien así. Además, necesito salir de aquí un rato.

—¿Y si llegan Kilian y Geri para hablar contigo? Necesitarán tus explicaciones, ¿no crees?

Claro que lo sabía. Pero tenía los nervios de punta al pensar en mirar a Kilian de nuevo después de todo lo que había pasado. Le iría bien salir de allí y pasar la noche en otro lado en el que no pudiera ser asediada ni por él ni por su hermano.

—Estoy en mi estudio trabajando. Geri ya sabe dónde es. Si quieren, pueden venir —aunque esperaba que no viniesen. Necesitaba coger fuerzas para mantenerse fuerte ante Kilian.

—Voy a ir contigo —dijo Nicole levantándose del sofá.

—No, Niqui —la detuvo Sasha—. No hace falta. Ya sabes que me gusta estar sola trabajando. En cuanto acabe, que si esos chicos lo hacen bien no será muy tarde, vendré para acá —se miró el reloj—. Puede que incluso llegue antes de las doce y nos podamos tomar algo juntos en el jardín.

—Está bien —dijo Nicole cediendo a su reclamo—. Pero no tardes mucho.

—No.

Sasha levantó la mano y se despidió de ellas recogiendo su bolsa que estaba en el perchero y metiendo la mano en ella para coger las llaves del Gordini.

—Ten cuidado —le advirtió Pietat con el gesto serio, mirando a través de la ventana que daba al jardín delantero.

Cuando Sasha desapareció del salón. Pietat miró a su nieta Nicole y le pidió con un gesto de su barbilla.

—Nicole, trae las cartas de la bruja gitana. Esta vez, las vas a tirar tú.

—Sí, abu —contestó solícita yendo a por su cometido.

—Alegra —continuó la abuela con los brazos cruzados y con una de sus manos acariciando su nudo de las brujas. Su pelo blanco y suelto caía como una cortina de plata por su espalda. Y sus ojos azules chispeaban con sabiduría a través del cristal de la ventana.

—Dime, abuela.

—Desde que llegaste a la isla tú fuiste el conductor de tu padre. No ha vuelto a aparecer desde ayer por la mañana. ¿Tampoco lo has visto?

—No —contestó preocupada—. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué crees que pasa?

—No lo sé. Pero, sea lo que sea, no ha afectado a Juliet, y es un espíritu como Ángel. En cuanto tiremos las cartas por última vez, daremos un viajecito a Es Vedrà. No me gusta. Siento algo aquí —se tocó el centro del pecho—. Tengo un mal presentimiento.

Amanda acabó de fregar el último platito y después se secó las manos en el trapo de la cocina que tenía estampado un gato negro.

Ella también tenía el mal presentimiento. Si afectaba a Ángel, que era el guardián y protector de Es Vedrà, también afectaba a la isla. Y como consecuencia, también las incluía a ellas.

Todo lo que era una amenaza para las Pitiusas, las incumbía. Y el peligro, esta vez, venía encubierto y no se dejaba ver. Necesitaban respuestas.

Diez años atrás, en la casita de la playa, Kilian le dijo a su padre que renunciaba a su apellido.

En ese entonces, ese chaval repleto de rabia e impotencia, asustado por el destino que podía sufrir su madre en las horas venideras, buscó hundir a su progenitor y devolverle los golpes, sin darse cuenta de que, al actuar de ese modo, se convertía en esa persona a quien no se quería parecer, y la misma de la que huía.

Sin embargo, en una historia así, ni el malo era tan malo ni el bueno era tan bueno. Toda historia tenía dos partes que se debían saber y comprender, con sus aciertos y sus errores.

Ahora, los tres en el balcón de la casa de verano que Geri quería comprar, motivo por el cual su hermano Kilian y él habían roto la relación, intentaban comprender esas caras que una misma moneda podía tener.

—Yo quería muchísimo a vuestra madre —Armand fue el primero en hablar—. Ella era mi motor, la razón por la que yo me deslomaba trabajando y peleaba por conseguir cada uno de mis objetivos, sin darme cuenta de que ella no quería esos éxitos, sino, que solo me quería a mí. Pensé que colmándola de regalos y dándole lo que necesitaba para que ella estuviera segura... —negó con la cabeza con mucho pesar—. Pensé que eso estaba bien. Ese era mi modo de quererla. Consintiéndola. Dándoselo todo... Y cuando se fue... me quedé sin luz. Fue como un apagón. No entendía por qué, si yo la quería tantísimo, y si jamás iba a haber otra mujer, ella era capaz de irse de mi lado. Porque yo me levantaba y me acostaba pensando en ella. Pero decidió irse. Y me llené de una ira oscura y autodestructiva hacia todo lo que ella representaba. Y busqué mil maneras de castigarla. Estoy muy avergonzado por ello, mucho. Os lo aseguro —bajó la cabeza y clavó los ojos en su pie derecho, donde se apoyaba el extremo de su bastón—. Lo que hice no me convierte en una buena persona, más bien al contrario. A ella lo que más le dolía era su familia. Sus hijos. Y yo, simplemente, fui incapaz de luchar por vosotros y por ella. No encontré el camino correcto, ¿comprendéis? —los miró y se encontró con los rictus demudados de sus dos hijos, que no osaron a interrumpirlo—. En vez de resarcirla, la condené —se detuvo para tomar aire y valor—. Kilian, todo esto ya lo he hablado con Geri. Él, a su manera, me ha escuchado. Pero es a ti a quien te debo las explicaciones. No espero que me perdones, aunque es lo que más me gustaría —reconoció—. Pero solo quiero que escuches mis disculpas, pues llevo mucho tiempo intentando dártelas. Me porté muy mal con vosotros dos y con ella. Pero a mí no me han enseñado otro modo de querer. Mi padre fundó la empresa que dirijo con el sudor de su frente —explicó. Sus ojos se fijaban en la calma marea que llegaba a la cala y en el modo en el que se posaba en la orilla, humedeciéndola lo suficiente para dejar marcas rayadas que el tiempo borraría—. A mí no me hacía mucho caso y me obligó a seguir con el negocio. Mi madre no fue feliz a su lado, pero no tuvo el valor de Juliet para abandonarlo. Eran otros tiempos y las mujeres no tenían tantas posibilidades para labrarse un futuro a solas sin la ayuda de un hombre.

—Mamá tampoco las tuvo —lo cortó Kilian controlando sus emociones—. Tuvo que multiemplearse para dárnoslo todo. Y tú, que todo lo tenías, no nos dabas nada.

Armand movió la cabeza afirmativamente y se sonrojó, pues esa acusación daba en la diana de su vergüenza.

—Sí. Tienes toda la razón, Kilian. Toda la razón —asumió—. Lo hice muy mal. Y lo hice a propósito, pensando que mi Juliet reaccionaría y regresaría a casa cuando viera que ya no teníais nada de lo que habías tenido.

—Ella era orgullosa y capaz —añadió Kilian alzando la barbilla.

—Sí. Me lo demostró.

—Lo fue hasta el día que murió.

Armand se mordió el interior de la mejilla y desvió la cara, a punto de echarse a llorar. Ese día fue terrible. El peor de su vida. El que todo lo cambió.

—Cuando viniste a buscarme, el mismo día que cumpliste los dieciocho y me dijiste todas esas cosas, yo sabía que me las merecía. Todas y cada una de ellas. Lo que no me podía imaginar fue que cargaría con la muerte de tu madre a mis espaldas el resto de mis días. Ese día, cuando ella murió, todo se acabó para mí —reconoció sujetando tembloroso el bastón con el que se ayudaba para caminar—. Todo. Mis objetivos, mi ilusión, mis ganas de seguir adelante, todo se esfumó, como se esfuman las cosas que no tienen ninguna importancia. Y... empecé a beber. Empecé a beber mucho —volvió a mirar a los ojos a Kilian, pues ya no tenía nada más de lo que avergonzarse, porque él ya había pagado por todo—. Fui alcohólico. Soy alcohólico —se reafirmó—. De hecho, llevo sobrio tres años —de eso sí podía estar orgulloso, aunque en realidad fuera algo ridículo—. Los cinco años siguientes a la muerte de tu madre ni siquiera los recuerdo, excepto cuando nadaba en el fondo de los litros de whisky que ingería al día. Perdí mucho peso. No comía, y fumaba como un carretero. Y un día... cogí el Lamborghini para ir a trabajar. Ciego. Ni siquiera me enteré de que era domingo. No vi un stop, y un camión me embistió por la derecha —se tocó la pierna como si aún recordase el impacto del metal, la herida cortante y la pierna partida en dos—. Me golpeé en la cabeza y estuve varios días en coma. En el hospital contactaron con Geri, porque tú ya te habías cambiado el móvil hacía años y yo nunca lo tuve. Y cuando desperté... lo primero que pensé fue que —su voz se apagó y sus ojos se tornaron pesados, sin luz—. Que no quería seguir vivo. Que no podía seguir así, viviendo de esa manera, pero como no lo sabía hacer de otro modo, estaba abocado a autodestruirme. Pero al mismo tiempo entendí que aquel era mi castigo. Una vida sin la mujer que amaba. Una vida sin ella. Eso era lo que me merecía —sus hombros se sacudieron y empezó a llorar sin filtro ni escudo

alguno—. Pero Geri no dejó que me quedara solo. No desistió. Y poco a poco me hizo ver que... ya era muy malo vivir sin vuestra madre, sabiendo que ella ya no estaba, como para vivir también sin vosotros —se cubrió la cara porque no quería que Kilian lo viera tan débil—. Geri es un buen psicólogo —le reconoció agradecido—. Él me ayudó a ver cosas que no veía, y a entender por qué tenía esa forma de ser. Hubo un momento en mi vida en el que pensé que no era un buen hombre, porque sentía que no os quería, por mi rabia y mi incompreensión hacia Juliet... Pero sí que os quiero. Porque tengo tres días favoritos en mi vida: cuando vuestra madre me dio el «sí quiero». Y los días de vuestros nacimientos. Esos —alzó el dedo dándole una importancia relevante—, fueron los mejores días de mi vida. Y a eso es a lo que me agarro ahora —resumió—. He perdido mucho. De hecho, lo he perdido casi todo. Posiblemente sea un hombre que no merezca nada, ni siquiera vuestro perdón. Pero he aprendido que el orgullo y el miedo no sirven de nada, y que no hay más batalla perdida que aquella que no se ha luchado —Armand dio un paso renqueante al frente—. Y estoy harto de ser el perdedor, hijo mío. Estoy harto de tener que ver todos tus partidos y no poder tener el derecho de decir: «ese es mi hijo». Por respeto a ti. Porque tú no me quieres. Pero yo sí quiero recuperarte. Aunque sea tarde...

—Joder, papá —murmuró Kilian con los ojos llenos de lágrimas.

—Quiero que sepas que le he dado a Geri esta casa. Es para vosotros dos. Sé que te enfadaste con él y le dejaste de hablar por ello. No quiero que eso sea así. No quiero ser el culpable también de algo tan triste y lamentable.

Kilian miró a Geri atribulado, pero este no tenía ni pizca de rencor ni de reproche. Porque Geri era todo amor, igual que él, a excepción de que su hermano sí supo alejarse del odio y aprendió a demostrar sus sentimientos. Kilian no.

—Mi hermano y yo a partir de hoy volveremos a ser lo que somos —lo dejaba todo atrás. Lo olvidaba todo a partir de ese día. Quería a Geri con toda su alma y se arrepentía mucho del distanciamiento entre ellos.

Geri se encogió de hombros emocionado, restándole importancia.

—Nunca has dejado de ser mi hermano, zoquete.

—He puesto todo a vuestro nombre —continuó Armand— y he vendido las acciones de la empresa. No quiero nada. Solo quiero tiempo para poder veros y estar con vosotros. Para recuperar todo lo que dejé escapar. Y ojalá —su padre le agarró del cuello en un gesto cariñoso y característico de hombre a hombre— ojalá me invites un día a verte jugar, Kilian. Nada me haría más feliz.

A Kilian se le cayó el mundo a los pies. No había tenido suficiente con ver a su madre de nuevo y vivir aquella experiencia más allá de los sentidos, que ahora, además, tenía que ver con sus propios ojos cómo el hombre de hierro que era su padre se deshacía y se presentaba como un ser mortal, de carne y hueso, con una mochila llena de errores, pero con algo muy honrado en los bolsillos; la capacidad de reconocerlos y de querer solucionarlos. Ver para creer. O creer para ver, diría Sasha. Porque si uno desea algo con fuerzas y hace por conseguirlo, al final, eso sucede. Y Kilian, sin saberlo, se había dado cuenta de que esperaba ese día con todas sus ganas. Y ahora que había llegado, era incapaz de darle la espalda a su padre y decirle: «te mereces todo lo que te ha pasado. Ojalá que te quedes solo». Ya no podía decirle eso. Después de todo lo que le había contado, después de haber tenido el inmenso regalo de ver a su madre y despedirse, cómo iba a ser tan desagradecido con la vida para agriarse y soltarle tremenda contestación.

No. Estaba aprendiendo. Había aprendido. Y debía aprovechar la oportunidad que se le daba, porque era para bien. Para sanar. Para unir. La sal desinfectaba las heridas, aunque escociera. Y esa isla, estaba repleta de sal. No podía rechazarla.

—De acuerdo, papá —Kilian dio el otro paso que faltaba y, tirando del cuello de la camiseta de Geri, se abrazó sinceramente a los dos y dijo entre lágrimas—: empecemos de nuevo.

Y ahí, los tres unidos supieron que, desde donde estuviese Juliet, ella se sentiría orgullosa y, esta vez, lloraría de la alegría, y se iría feliz. Porque los hombres de su vida por fin estaban juntos.

Como debía ser.

Como ella se merecía.

Sasha entró en el estudio de grabación al que había ido tan solo hacía unas horas, y se encontró con el grupo de chicos que le habían alquilado la sala a punto de irse.

El primer pensamiento que tuvo al verlos fue que iban a romper miles de corazones si alguna vez tocaban profesionalmente y hacían conciertos. Eran altos, rubios y de largas melenas, guapos como nórdicos, y al mismo tiempo, tan extrañamente delicados que parecían algo andróginos. Los cuatro.

Después, echando una rápida mirada a la sala principal y a la de grabación, pensó que además eran muy ordenados. Estaba todo tal cual lo había dejado.

Incluso las papeleras seguían vacías, señal de que no habían abierto la nevera ni comido nada. Sasha se lo permitía a los grupos que iban a grabar a su estudio, ella lo ofrecía todo y después lo reponía. No tenía ningún problema al respecto.

Y cuando el líder, que tenía unos ojos grisáceos preciosos le sonrió y se dirigió a ella con decisión para saludarla sin tocarla, le vino a la mente la imagen de un encantador de serpientes. Ese chico se llevaría a la cama a quien le diera la gana.

—¿Eres Sasha? —preguntó.

—Sí.

—Soy Frederick, y estos son mis compañeros. Somos el grupo Merwyn Boys.

Ni siquiera se dieron la mano. Así que Sasha se quedó asintiendo como una tonta, tiesa como un palo.

—P-pues e-encantada.

Frederick frunció un poco el ceño y después le sonrió como si fuera adorable.

—Tu estudio es genial. Muchas gracias.

—Me a-alegra que o-os guste —¿Por qué tartamudeaba tanto? ¿Y esos nervios? No entendía nada.

A Frederick le rodearon los otros tres gigantes, a cual más bello, y ella se sintió más pequeña e insignificante que nunca. De repente sentía vergüenza de todo, sobre todo de su manera de hablar. Y ellos incomodaban mucho. Le sacaban dos cabezas al menos.

—Te hemos dejado ahí la pieza que hemos grabado. El CD está abierto para que retoques lo que convengas. Necesitamos de gente experta como tú para que nos ayude a ofrecer a las productoras buen material —la miró de arriba abajo de un modo muy sexy.

Y Sasha se quiso cubrir, cuando a ella nunca le importó que los chicos la mirasen.

—Está b-bien. G-gracias. M-me pongo con ello.

—Tal vez te apetezca venirte a tomar algo con nosotros antes de ponerte a trabajar —sugirió Frederick y sus amigos modelos.

Ella miró a unos y a otros y sacudió la cabeza.

—N-no no. No p-puedo. Muchas gracias.

—Como quieras —Frederick se encogió de hombros—. Entonces, nos vamos. Gracias de nuevo.

Cuando los cuatro se dispusieron a salir de la sala, Sasha oyó nítidamente cómo Frederick le decía a su grupo en voz baja: «Qué mona es».

Cuando cerraron la puerta tras ellos, agradeció estar sola. Se había puesto muy nerviosa al hablar. Y no lo comprendía. Porque los ejercicios con Alegra la ayudaban mucho a corregir el tartamudeo, y solo se veía pronunciado en instantes de mucha tensión emocional. Pero ella estaba bien ahí. Aquel era su terreno, su estudio.

Entró en la cabina donde se encontraba la mesa de mezclas y justo delante del mezclador se encontró el CD metido en una funda transparente.

En él había escrito: «*MERWYN. Fire under my feets*».

Sasha sacó el CD con cuidado. No recordaba tener esa marca de discos compactos vírgenes en su estudio, y sin querer, se cortó en el lateral de la yema del dedo índice con el filo del vinilo. Jamás se había cortado con algo así.

—Maldita sea —murmuró llevándose el corte a la boca.

Se sentó en la silla e introdujo el CD en el equipo de música BOSÉ que completaba todo el equipo de audio.

—Veamos cómo suenan.

Ojalá, por un instante, le ayudaran a no pensar en Kilian.

Y entonces, presionó el botón digital del Play.

Las Balanzat escuchaban con atención las noticias. Nil, Lucas y David habían ido corriendo a verlas al enterarse de lo que estaba pasando y les habían pedido que encendieran la televisión para que se percataran de lo que tenía lugar en los alrededores de Ibiza.

Y ahora, eran ellas las que, con recelo y ni pizca de asombro, escuchaban lo que decían los telediarios.

—Un huracán por primera vez en Ibiza —decía el informador— que alcanzará unas velocidades hasta ahora nunca vistas en España. Más de doscientos kilómetros por hora. En las Pitiusas se ha implantado el estado de emergencia.

Las imágenes de los telediarios daban muestras de una fotografía real y meteorológica de un huracán cuyo centro era enorme, acercándose a la isla amenazadoramente y que llegaría por la mañana del día siguiente.

Los isleños tenían la orden de no salir de sus casas y cubrir ventanas y todo tipo de accesos a sus hogares con maderas y protecciones de toda índole.

Los comercios habían cerrado. Y todos se preparaban para fortificar sus hogares.

—Han emitido la noticia a nivel internacional —explicó Nil con el mando en la mano—. Si es verdad que algo así llega a la isla —negó con la cabeza— no tenemos buenas expectativas. Este lugar no está preparado para un viento huracanado con esa velocidad.

—Ese tornado no es natural —añadió Pietat agarrando la Wish Pottery de los deseos que colgaba de su cuello—. Es brujería. Nosotras cuidamos de que no pase nada parecido en un lugar como este. Y si se origina, no puede tener otro origen que no sea la oscuridad.

—Pero, ¿y por qué pasa? —señaló Alegra sin comprender—. ¿Quién lo provoca?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí —murmuró Amanda—. Ángel no está perdido. Ángel está retenido —concluyó—. Si esto es provocado, sabían que Ángel guarda a Es Vedrà y que él nos hubiera avisado de cualquier complicación. Esto confirma nuestras sospechas. Brujería —apoyó la moción de su madre.

—Brujería —repitió Pietat con la voz teñida de determinación—. Las cartas que ha tirado Nicole hablan de una mano negra. Y debemos descubrir de dónde viene. Reencuentro. Un viejo poder —mencionaba en voz alta todo lo que habían leído juntas—. Y la clave que guarda la bruja gitana.

—La bruja gitana no guarda nada —Nicole empezaba a perder la paciencia. Lo único que habían encontrado en su biblioteca era un cuadro en el que se mostraba una cena de brujas Balanzat en un jardín, con Es Vedrà de fondo y Kaitirin, la bruja gitana, en medio, alzando un dedo de cada mano y hablándoles de algo al resto de brujas comensales. Habían pelirrojas, rubias y algunas de pelo blanco como Pietat. Pero Kaitirin tenía el pelo negro y brillante y la tez más morena que el resto, aunque sus ojos eran amarillos, parecidos a los de Sasha. Se habían hartado de contemplarlo, pero Nicole, que leía símbolos y mensajes ocultos con facilidad, era incapaz de dar con la clave escondida—. Solo hemos encontrado este cuadro donde se la pueda ver a ella y a nuestras antepasadas —lo señaló, reposado en la cornisa

de la chimenea cuya estructura era un árbol con cara de duende, y cuya boca abierta era la entrada donde ardía la leña—. Y además de hacerles falta un buen fijador de pelo, no hay ningún mensaje en el reverso ni en el anverso de la pintura. Las cartas de la bruja insisten en que la clave la tiene ella y su reunión. Y como las cartas no tengan algo en braille, no entiendo qué puede ser... Mientras tanto, un huracán movido, creemos, por el dedo de un brujo y del tamaño de España se acerca a Eivissa. Y nos va a destrozar.

—Basta, Nicole —le pidió Amanda. Quería transmitir calma, y eso haría con sus palabras—. Estamos a tiempo de averiguar qué pasa. Nos queda toda la noche y la mañana hasta que el huracán llegue a nuestra casa. Mientras tanto no podemos desistir.

—Tal vez deberíamos hacer lo que todos y cubrir las ventanas mientras no encontramos la solución —sopesó Alegra con sus ojos garzos fijos en el retrato de Kaitirin.

Nil la sujetaba contra su cuerpo rodeándola con los brazos por la cintura y apoyando la barbilla en su hombro. Le dio un beso mullido sobre la curva en la que inicia el brazo.

—Deberíamos buscar un tipo de madera flexible para rebozar las ventanas —propuso dando su visión como arquitecto ecológico—. Será la manera de que aguanten la embestidas y los arreones del huracán.

Toc Toc.

Alguien golpeó con los nudillos la puerta exterior de la casa y después, le dio al timbre.

—Voy yo —dijo Nicole nerviosa como una leona enjaulada.

Cuando abrió, se encontró de bruces a Adelina y a Meritxell, ambas con caras desapacibles.

Nicole no tuvo que darles permiso para entrar, simplemente se hizo a un lado y ellas tomaron la iniciativa.

Adelina tenía las mejillas rosadas y sus ojos claros daban a entender que traía noticias que no podía callar más.

A su lado, Meritxell Roureda, más seria y comedida, fijó su mirada en la de Amanda, y esta no tuvo que preguntar nada más.

—Dinos qué sabes —ordenó la Balanzat.

Meritxell levantó los brazos como si quisiera poner orden a sus pensamientos y sus rizos negros se agitaron alrededor de su rostro.

—Es un poco complicado pero creo que todo tiene conexión. Hace unos días hubo un accidente múltiple de coches...

Meritxell se detuvo cuando escucharon el timbre de la puerta.

Nicole volteó los ojos y resopló. Ahí nadie podía estar tranquilo.

Cuando abrió la puerta se encontró con Kilian, con el rostro más relajado que nunca, como si hubiera liberado los demonios que lo poseían y por fin se sintiera en paz.

—Hola, Kilian —lo saludó Nicole.

—Hola. ¿Está Sasha? —preguntó nervioso pero con amabilidad.

Nicole negó con la cabeza.

—No está. Se ha ido a su estudio a echarle un ojo a una maqueta... —empezó a explicárselo pero como vio que él no sabía nada de eso, decidió que ya lo contaría en otro momento, no ahora cuando Meritxell y Adelina traían noticias—. No importa —lo agarró por la muñeca y lo hizo entrar en la casa—. Entra. Calla y escucha —le ordenó llevándose el dedo a los labios—. Luego te lo explicaremos todo —le dijo.

Kilian entró en el salón y se encontró con toda la gente reunida alrededor de la presidenta del Govern y de una mujer de rizos caobas claros, ojos verdes muy grandes y un rostro amable y pizpireto. También habían tres chicos con ellas, y supuso que el que abrazaba a Alegria era Nil, y los otros dos eran Lucas y David.

Ambos le saludaron con un gesto de la barbilla y él hizo lo propio, hasta que Adelina, con su simpatía y extroversión soltó.

—Ay, por Dios —se llevó las manos a la boca abierta—. Mi sobrino se va a volver loco cuando sepa que he estado contigo —le dijo.

Kilian sonrió y se sintió halagado y avergonzado. Estaba acostumbrado a que le dijeran esas cosas, pero que se lo dijeran delante de gente que él consideraba importantes le dio un poco de apuro.

—Ella es Adelina. Fue la persona que vino con el remolque para recoger tu moto antes de que las ambulancias y los medios asolaran la carretera —le explicó Nicole en voz baja.

—Ah... Encantado —la saludó Kilian.

—Yo sí estoy encantada —dejó ir guiñándole un ojo.

—Adelina... —le dijo Meritxell en voz baja—. Vamos a ir a lo que vamos.

Ella carraspeó y sonrió coqueta a Kilian.

—Sí, sí, claro.

—Lo que decía —continuó Meritxell—. En pocos días ha habido varios accidentes seguidos de tráfico, y algunos mortales. Además de extraños altercados y disputas en la isla que nunca se habían registrado antes, como la que dio lugar en la discoteca Amnesia ayer por la noche, a excepción de las típicas incidencias ocasionales que pudieran haber entre adolescentes ebrios. Nada nos haría pensar que algo como eso tiene un denominador común. Hasta que Adelina movió los hilos —le dio paso con un gesto de su mano. Se notaba perfectamente que era una política diplomada.

—Sí —dijo Adelina cerrando los ojos sonriente—. Moví mis hilos —movió sus dedos como si de ellos salieran chispas mágicas—. Resulta que uno de los chicos que sobrevivieron al accidente en Circunvalación explicó a la policía que cuando tuvieron el choque frontal escuchaban música a través del bluetooth de su móvil. Música que un compañero grabó en un concierto en Mallorca, donde también hubieron peleas. Los chicos que iban en ese vehículo —quiso dejar claro— tenían entradas para el concierto en Amnesia del viernes por la noche. Eso no tendría importancia alguna, si no fuera porque ayer noche, el tipo que te llevó por delante —miró a Kilian— según declaraciones a la policía —se detuvo y dijo—. Es que tengo un muy buen amigo subinspector. Bueno, resulta que les dijo que en el momento del accidente escuchaba música por el móvil. Un amigo suyo le envió un audio de un concierto al que asistía en Amnesia, el mismo al que iban a ir las víctimas del accidente de Circunvalación, finalmente, donde también acabaron habiendo peleas y altercados. Después, no recuerda muy bien lo que pasó. Solo que perdió un poco la noción de la realidad, se encontró mal y...

—Un momento. Puede que sea casualidad pero... —Kilian, que escuchaba con muchísima atención la narración de Adelina, la interrumpió de repente—. En ese concierto de Amnesia... Yo estuve ahí —señaló—. De hecho, me fui porque me empecé a encontrar realmente mal...

—¿Mal? —Pietat se acercó a él lentamente—. Define mal.

—Mal conmigo mismo. Muy desgraciado —contestó sin miramientos—. Cogí la moto sin saber muy bien adonde ir. Solo quería escapar. Huir... La letra de la canción de ese grupo no se me salía de la cabeza. Se repetía en mi mente como un disco rallado, en bucle... —Amanda y Pietat se miraron alteradas—. Y entonces, me encontré aquel coche de frente y... y el resto ya lo sabéis.

—Sí —alegó contundentemente Adelina—. Tu gran, enorme y moreno cuerpo serrano salió volando como...

—De acuerdo, Ade —la cortó Meritxell sonriendo con nerviosismo—. No hace falta ser tan gráfica.

—¿Recuerdas la letra de la canción? —quiso averiguar Amanda de modo circunspecto—. ¿Qué grupo es el que estaba tocando en Amnesia la noche anterior? ¿Alguien lo sabe?

—A eso voy —intervino Meritxell—. Le hemos preguntado a Ricard que mirase la agenda de conciertos en la isla y averiguase quién tocaba entonces y si era el mismo grupo que actuó en Mallorca, el día de las peleas. ¿Y a que no sabéis qué? Es el mismo grupo, cuyo líder se llama Frederick Clement. El nombre y el apellido no nos tendría que decir nada. Pero sí su segundo apellido —añadió intriga con una pausa muy bien estudiada y al final dijo—: Adon. Frederick Clement Adon. Ricard ha investigado y es familiar de Mario Adon. Su primo.

Alegra se soltó del abrazo de Nil. Su rostro perdía color a medida que se acercaba a Meritxell. No podía ser. La sensación que recorría su cuerpo la dejaba lívida y sin energía.

—¿Cómo se llama el grupo en el que toca Frederick? —exigió saber.

Kilian frunció el ceño y al percibir el tono de Alegra también se puso en tensión.

—Merwyn Boys —contestó Meritxell—. El grupo se llama Merwyn Boys.

En ese instante, las cuatro Balanzat se quejaron de un fuerte dolor en el pecho.

Y, abruptamente, el nudo de las brujas que siempre reposaba sobre la piel de su cuerpo, en el cuello, se elevó, dejando a todos los presentes sin habla.

—Sasha —dijo Nicole en medio de un lamento.

El nudo de las brujas de las Balanzat se incendió frente a sus ojos, con una llama rojiza intensa. Las cuatro no tardaron en agarrar el cordón del colgante y quitárselo por la cabeza hasta lanzarlo al suelo.

—Brujería —dijo Pietat horrorizada.

—¡Es Sasha! ¡Está en peligro! —gritó Alegra—. ¡Está con ellos! Los Merwyn Boys iban hoy a su estudio. Lo he leído en el Whatsapp que ha recibido antes de que se fuera.

Kilian endureció todos los músculos de su cuerpo y se llevó la mano al estómago, donde un miedo atroz se asentó. Corrió hacia Alegra y asiéndola de los hombros le ordenó:

—¡Llévame hasta allí! —sus ojos verdes eran los de una fiera— ¡Ahora, Alegra!

En menos de un minuto, todos en la casa subieron a los coches, y abandonaron Es Cubells en dirección a la Ciudadela, con Kilian como cabeza de grupo.

Nunca había rezado a Dios. Pero si existía, le rezaba para que no le sucediera nada malo.

19

No recordaba cómo empezó. No comprendía qué demonios había pasado. Solo tenía el vago recuerdo de haber introducido el CD de esos chicos en el equipo musical. Después le dio al Play y lo único que recordaba a continuación era los acordes del violín electrónico, que siempre le había parecido precioso, sobre todo el de Vanesa Mae, pero esa combinación de notas de ese en especial, le puso mal cuerpo y la mareó.

Y luego la letra. La letra que la quemaba a fuego y la sumió en una profunda inseguridad y depresión. El pecho empezó a hacerle presión y se sintió temerosa de todo. Tanto, que le dio una crisis de ansiedad que no era capaz de detener, y que la llevó a cotas tan altas de nerviosismo que estuvo a punto de perder el conocimiento.

*The witches are in danger,
the haunter walks around
there's no song for the singer
there's no peace under the ground.*

*Who dare to say NO to the King
And forbid to hold the Adon kingdom
Wil became a bad hache
will burn in loneliness.*

*Like you, you, you
My lovely
you, you
¡witch!*

*Las brujas están en peligro,
El cazador camina alrededor,
No hay canción para el cantante
No hay paz bajo tierra*

*Quien se atreva a decir No al Rey,
E impida abrazar el Reino de Adon
Se convertirá en un dolor
Y arderá en soledad.*

*Como tú, tú, tú
Mi querida
Tú, tú
¡Bruja!*

Le estaban cantando a ella. La llamaban bruja. Y hablaban del reinado de Adón, que nadie podía ni debía detener. ¿Mario Adón? ¿Pero quiénes eran esos chicos?

Después, apareció el fuego. Y no supo cómo ni dónde se originó. Pero ahí estaba.

Ahora, inconsciente, después de luchar por salir de su propio estudio cuya puerta estaba cerrada, rodeada de las llamas que simulaban horrendos rostros siniestros, Sasha lloraba inmóvil, sin oxígeno ni fuerzas para resistir. El equipo de música y los altavoces eran lo único que aún no ardía, como ella, a quien las llamas rodeaban sin miramiento alguno, como si quisieran alargar la agonía para reírse a su costa.

Iba a morir ahí. Quemada. Como una bruja. Como decía la canción.

Pero en ese momento, escuchó un fuerte golpe contra la puerta que ella era incapaz de abrir, pues el pomo ardía como el mismo infierno. Ya se había quemado las manos varias veces intentándolo antes de caer al suelo desmayada.

Después del primer golpe hubo un segundo. Y un tercero. Y un grito:

—¡Sasha!

Las Balanzat, encabezadas por Nicole, intentaron abrir la puerta, pero en cuanto se acercaron y escucharon la letra de la canción que estaba sonando, acompañada de aquella maligna armonía y endiablado ritmo, se detuvieron en seco. Pietat inmediatamente llevó sus manos a sus sienes y se desequilibró. Amanda se dio la vuelta para sujetarla antes de que cayera al suelo, pero ella no estaba mucho mejor.

Ni Alegria ni Nicole, que intentaban mantenerse en pie, pero una tras otra caían al suelo, incapaces de soportar la melodía. Incluso Nil, Lucas y David lo intentaron, pero a todos, sin excepción, que copaban el suelo del rellano de aquella planta de parque claro donde se encontraba el estudio de Sasha, les salía sangre por la nariz y se sujetaban la cabeza como si les fuera a estallar o a salirseles del cuerpo.

Pero a él no. A Kilian no. A él esas letras ya no le afectaban.

Entonces, clavó sus ojos en la puerta blanca a través de la cual salía humo y nadie en esa portería, extrañamente, lo había advertido, y con todas sus fuerzas, dio la última patada con la planta por delante, como si tuviera que alcanzar una pelota en el aire con un remate inverosímil y acróbata. Su pie, que calzaba unas zapatillas playeras, impactó con fuerza contra la madera.

Tenía que sacar a Sasha de ahí. No pensaba dejarla ahí sola, muriendo entre las llamas. Tenía que sobrevivir. Por él. Y por ella.

Y entonces la puerta se abrió. Y cuando encontró a Sasha ahí, con la cara sudorosa manchada de hollín, la nariz llena de sangre y las palmas de las manos en carne viva, por poco se le cae el alma al suelo.

—¡Por Dios, Sasha! —Kilian miró a su alrededor para apagar la música inmediatamente. Él había sufrido los efectos de esa canción, sabía lo que provocaba. Todos estaban adoleciéndose de sus influencias.

Acto continuo, y por arte de magia, las llamas menguaron lentamente, hasta que se consumieron como si no hubiera más oxígeno que quemar. Kilian se hacía cruces de todo lo que estaba viviendo.

Agarró a Sasha y la cargó en brazos. A la joven el cuello laxo se le cayó hacia atrás y su melena castaña se deslizó hacia el suelo como una cascada, cubriendo los fuertes antebrazos de Kilian.

—¡Despertad! —les gritó a todos con ansiedad.

Al desaparecer la música, Mamá Pietat, su hija y sus nietas se levantaron azorosamente. Se tocaron la sangre que regalimaba de la nariz a los labios y la miraron pasmadas. Inmediatamente alzaron los ojos a Kilian, y las cuatro corrieron a socorrer a Sasha.

Alegra tocó su pecho y empezó a toser.

—Tiene los pulmones negros. Hay que limpiárselos. Al coche —ordenó limpiándose ella misma su propia hemorragia nasal—, ¡vamos!

Sin pensárselo dos veces, antes de salir de allí corriendo, Amanda entró en el estudio que ya estaba libre de fuego y se dirigió hacia el equipo de música. Extrajo el CD tomándolo con la punta de los dedos y lo guardó en el bolsillo de su larga camisa blanca. Esa letra maligna hablaba de destruirlas y de implantar el Reino de Adón en la Isla. Pero ya lo detuvieron una vez. Volverían a hacerlo.

Debían salir de ahí cuanto antes. David había llamado a los bomberos y los Blanc se encargarían de todas esas gestiones mientras ellas se irían directamente hasta Sananda, donde se recuperarían y verían cuál era el siguiente movimiento de ese grupo llamado “Merwyn Boys”.

Con el CD en mano podrían hacer un hechizo de localización. Sea como fuere, esos chicos y su música, supieron perfectamente dónde atacar y estaban al tanto de quién era Sasha.

Lo que Amanda tenía muy claro era que no podían seguir tocando su música.

Eran brujos, súbditos de Adón y sus letras estaban hechizadas.

No para bien.

A Sasha la estaba recuperando Alegra.

Kilian había necesitado salir de Sananda e ir a un lugar a absorber la paz que en ese momento le hacía tantísima falta.

Se moría. Sentía que se moría cada vez que cruzaba su mente la imagen de Sasha tirada en el suelo.

En solo dos días, la isla de la que había huido hacía diez años para no regresar, le había abierto los ojos a bofetadas.

Unas bofetadas tremendas, sonoras y atronadoras.

No solo se había dado cuenta de que el tipo de vida que tanto le había costado alcanzar no era el que realmente quería, sino que además había descubierto que dentro de esa vida que él siempre había creído única y para todos iguales, coexistía otra realidad. Otras realidades donde habían brujas buenas, sanadoras, como Sasha y las Balanzat, y brujos malos, como esos que se hacían llamar Merwyn Boys.

Pero si existían ese tipo de vidas, las de magia y las de no magia, lo que por fin le había sido revelado era que en ambos mundos quería vivir con Sasha.

Por ese motivo, Kilian había decidido ir hasta la cabaña en la que le robó el primer beso a la pequeña Balanzat, para reencontrarse en ese lugar en el que su corazón supo que ella era lo que quería, pero su ambición y su cabeza le prohibieron tener. Porque entonces no se podía tener todo. Y él, joven e ignorante, y también rencoroso y orgulloso con el mundo en general, se alejó del polvo de hada de Campanilla y decidió crecer lejos de ella.

Y ahora, allí se encontraba. Mirando la obra de arte en la que se había convertido aquella cabaña mejorada con el tiempo, construida por Ángel con el amor devoto hacia sus hijas, y reformada tal y como dijo Sasha que haría. Tenía hasta unas escaleras automáticas que bajaban mediante un dispositivo conectado al árbol. Allí no podía subir nadie que Sasha no quisiera.

Kilian apretó el botón de acceso y las escaleras descendieron hasta donde él estaba. Con la curiosidad de un niño y el corazón en un puño, subió peldaño a peldaño, recordando el día en el que cumplió dieciocho años y se llevó el mejor regalo de todos: el primer beso de un hada.

Y cuando entró en la cabaña, ya no era un refugio de princesa a caballo entre la niñez y la adolescencia. Kilian se encontró con una auténtica casa de Reina moderna, con todo de madera y metal pero de última generación: cocina, camas, baño, oficina, habitaciones, y un altillo donde había un micro con una silla y una guitarra al lado. La guitarra que él le había regalado. La guitarra con la que ella componía.

Los ojos se le llenaron de lágrimas de emoción, y subió a ese altillo, cuya pared de madera estaba repleta de cuadros con vinilos enmarcados y lucían ahí puestos como trofeos.

Kilian frunció el ceño y se acercó a leer los títulos de esos discos.

Y si, por si no había tenido ya suficientes varapalos, en aquella cabaña, en aquel altillo, se llevó el mayor de todos.

Y lo peor era que había tenido que invadir ese espacio para descubrirlo, porque la humildad de Sasha nunca se lo hubiera desvelado.

Se sentó en aquel sillón que había frente al micro, y acarició la guitarra con la punta de los dedos. Como cuando alguien toca algo que está prohibido tocar.

Sasha lo había conseguido todo. Era él quien había perdido mucho en todos esos años.

Se agarró al micro con una mano y empezó a leer uno a uno los grandes éxitos que Sasha había compuesto para que otros cantaran.

Y todos y cada uno de ellos eran los favoritos de la lista musical de Kilian que llevaba en el iPhone. No faltaba ni uno. Todos estaban ahí.

Sin saberlo, Sasha había construido la banda sonora de su vida, y él había sido su primer fan, desde siempre, desde que las escuchó, idolatrando a esos cantantes,

rayando sus canciones y escuchándolas hasta la saciedad, creyendo que ellos eran buenos, cuando la artista siempre fue ella.

Sasha abrió los ojos y se incorporó de golpe, cogiendo aire todavía como si estuviera a punto de morir abrazada.

Pero los apacibles y calmantes ojos de su madre le sonrieron y posaron una mano sobre la suya para transmitirle tranquilidad.

—Estás bien, cariño. Ya ha pasado todo.

—La música, mamá. Es la música. Esos chicos son algo de Adón, y... —dijo atropelladamente.

—Lo sabemos —Amanda le retiró el flequillo de los ojos—. Nuestros nudos de las brujas se prendieron y supimos que estabas en peligro. Fuimos a buscarte.

—Entonces, ¿la escuchasteis? Si la escuchasteis —la miró de arriba abajo—, ¿no os ha pasado nada?

—Sí nos pasó —contestó Nicole que estaba en la barra americana del salón tirando la cartas de Kaitirin—. Pero Kilian ya había sobrevivido al hechizo de los Merwyn —explicó concentrada en su tirada—, y a él ya no le afectaba. Entró en el estudio como si le hiciera un placaje y una patada voladora a la puerta, apagó la música y te sacó de allí. Cuando le dio al Stop, nosotras pudimos levantarnos del suelo. Estábamos al borde de la inconsciencia.

—¿Y Alegra? —notaba el toque de su hermana en su cuerpo sanado.

—Alegra está aquí —dijo la susodicha mirando el cuadro antiguo de la cena de las Balanzat—. Estamos todos bien, Sasha —le sonrió para tranquilizarla—. Solo han sido unas quemaduras y una intoxicación, pero si hubiéramos llegado más

tarde... —negó con la cabeza reprobándose—. Da gracias a que llevábamos a Kilian con nosotros. Él ha roto el hechizo, y al salvarnos, ha hecho que nosotras seamos inmunes como él a la música de ese grupo.

—No tenía ni idea de que ellos... —Sasha se interrumpió cuando vio aparecer a su abuela, que tenía la camisa larga y roja, holgada y veraniega, manchada de hollín.

—Merwyn —anunció Pietat como si fuera a dar una clase con el libro de los brujos más populares del mundo en sus manos, recopilación de ancestrales generaciones de Balanzats. Golpeó el dedo índice contra la hoja ilustrada del incunable—. Ellos se llaman Merwyn Boys. Frederick es familiar de Mario Adon. Y ellos rinden culto a Merwyn, un mago maligno de la época medieval que decían hechizaba bajo música trovadoresca.

—¿Cómo sabéis que se llama Frederick? —dijo Sasha estupefacta.

—Porque nos lo ha dicho Meritxell. Estamos informadas de todo, cariño —le explicó Amanda—. Tenían una actuación en directo mañana por la mañana en la radio de Eivissa, pero le hemos dicho que la suspendan. Si esa música suena a través de los altavoces de teléfonos, radios y coches, no sé qué podría pasar —asumió preocupada.

—Pero están libres ahora —Sasha necesitaba levantarse y moverse—. Hay que encontrarlos. Yo tengo su t-teléfono... Mi móvil —se palpó el bolsillo del vestido marinero y echado a perder que llevaba y recordó que al desmayarse, se cayó y fue consumido por las llamas—. Maldita sea... Se lo comió el fuego.

—Estoy realizando un hechizo de localización mediante el CD que te dieron.

—Cuidado que co...

—¿Corta? —acabó la frase Amanda mostrándole un pequeño corte que, como su hija, se había hecho en el dedo.

—Sí.

—Demasiado tarde.

—Trae —Alegra apareció por su espalda, le agarró el dedo y lo frotó dulcemente. El corte desapareció.

Amanda le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—No gastes tu energía en nimiedades, querida.

—Eres mi madre —dijo ignorando su recomendación—. Nada es nimio contigo —prosiguió con su estudio del cuadro.

—Gracias, cielo —le dijo su madre orgullosa—. La cuestión es que el mapa y el péndulo nos dirán dónde están ahora los cuatro brujos de Merwyn. Pero de nada nos servirá enfrentarnos a ellos si no encontramos el modo de contrarrestar el poder de su música. A nosotras ya no nos afectará. Pero al resto de la isla sí. Y ellos quieren destruirla. Destruirnos. Frederick quiere acabar lo que empezó su primo y no va a parar hasta conseguirlo. Hay un frente huracanado a punto de tocar tierra en las Pitiusas. Lo esperan para mañana por la mañana.

—¿Un huracán? —Sasha no se lo podía creer.

—Sí. Lo han creado ellos —explicó Pietat—. Todo lo que ha pasado estos días en la isla es producto de sus poderes. Y tenemos que anularlos. Pero la bruja gitana no nos ayuda —sus nietas trabajaban sin descanso para encontrar la solución que Kaitirin decía que tenía en su poder. Pero ni cartas ni pintura decían nada más.

Sasha oteó el cuadro, colocándose al lado de su hermana Alegra. Y frunció el ceño al no comprender qué mensaje había en la pintura.

—Pues como no nos quiera decir que podemos vencerles bebiendo vino —señaló la cantidad de jarras doradas que habían en la mesa de aquella reunión de sanadoras — no sé qué más puede querer decirnos.

—Eso digo yo —se echó a reír Alegra.

—No tenemos tiempo, niñas —las advirtió Mamá Pietat—. Tenemos que hacer algo para evitar que ese huracán llegue aquí y detener a esos chicos.

Sasha se sentía tan nerviosa e intranquila como ellas, pero, si eso era así, si algo tan increíble como un tornado iba a barrer Ibiza, nadie estaría a salvo. Nadie.

—¿Dónde está Kilian? —preguntó súbitamente.

—En la cabaña —contestó Nicole volviendo a mezclar la baraja como haría una croupier experta. Sus ojos verdes titilaron por encima de los naipes.

—¿Qué hace ahí? —su tono de voz se mostró ansioso.

Nicole se encogió de hombros, aunque sabía perfectamente lo que hacía. Se estaba dando de cabezazos por haber sido tan ciego y tonto.

Sasha resopló, se dio media vuelta y salió escopeteada de la casa.

Si Kilian había entrado en la cabaña, ya no habría más secretos entre ellos.

Los habría descubierto todos.

Después de internarse en la parcela de bosque que era de su propiedad, llegó al árbol que sujetaba su cabaña. Una cabaña que había significado muchísimo para ella durante todos esos años, cuyo recubrimiento de madera no solo la había visto crecer como músico, también como persona.

Esa cabaña vio cómo ella se hacía fuerte, superaba su fracaso con Kilian, y aventajaba a sus miedos e inseguridades, convirtiéndose en la Sasha que era.

Tartamuda, cierto. Eso no se lo quitaría jamás, aunque Alegra la ayudara a mejorar. Pero era una mujer independiente que había creído en ella misma lo suficiente como para alcanzar sus sueños. Y eso no se lo iba a quitar nadie.

Cuando vio que la escalera tocaba suelo, comprendió que Kilian había estado ahí. Pero la luz de la cabaña estaba apagada, y eso quería decir que se había marchado.

Sin embargo, esa intuición que nunca le fallaba con él, le decía, no sabía por qué, que conocía el lugar en el que se encontraba.

Sasha se dio media vuelta y se alejó de la cabaña, no demasiado, solo lo suficiente para descender montaña abajo y llegar a esa localización.

Y allí se lo vio, de pie, vestido con aquella ropa que no era suya, pues aún no había ido a su casa alquilada, tocando, como si se tratara de un diamante de muchos quilates, la señal del infinito que una vez grabaron en el tronco de aquel árbol.

Ahí, en medio del bosque, bajo la luz de las estrellas y la luna, La Bestia se sometía al encanto de aquel símbolo de perpetuidad y eternidad. El modo en que con los dedos repasaba el dibujo tallado en la madera, hipnotizó y cautivó a Sasha que agarró el frasquito de los deseos que pendía de su muñeca, como si aún protegiera todo lo que una vez había pedido.

Tal vez aún creía en ello. Tal vez, nunca dejó de creer.

La joven se detuvo tras él, que parecía tan gigantesco como los árboles, o puede que ella se sintiera muy pequeñita.

Kilian no se dio la vuelta. Ya sabía que era ella. La sentía, como siempre había hecho.

—¿Qué haces a-aquí? —le preguntó Sasha.

Kilian se encogió de hombros sin dejar de tocar el símbolo. Tampoco se dio la vuelta.

—Necesitaba venir a este lugar.

Ella no se atrevía a acercarse más. Kilian parecía algo imprevisible en ese momento. Demasiado vulnerable.

—¿A qué?

—A pensar —se dio la vuelta y, esta vez sí, la miró de arriba abajo. Satisfecho, asintió al ver que no había un solo rasguño en su cuerpo y que estaba bien—. ¿No te duele nada? ¿Alegra te ha curado del todo? —preguntó preocupado.

—Sí. Estoy bien. ¿Y tú? —quiso saber ella. Nada la atemorizaba más que saber que Kilian no le perdonase la encerrona que había preparado con su padre y su hermano —. Kilian, yo... siento mucho haberte traído a tu padre y a tu...

Él negó con la cabeza y la detuvo en seco, alzando su mano.

—No. No te atrevas a disculparte por eso. Me has regalado algo que es impagable para mí. Algo impensable. Y me has... me has despertado —reconoció abiertamente. Sin apuro ni rubor en su rostro—. Llevo muchísimo tiempo dormido, Sasha. Y ni siquiera lo sabía.

Ella parpadeó una sola vez, y cogió aire al ver el modo en que él se aproximó. Con una decisión hasta entonces atípica en sus ojos verdes.

—Llevo tanto tiempo siendo una persona a medias...

—Kilian, por favor, n-no...

—¿No qué? —dijo él cerniéndose sobre ella. No podía demorarlo más—. ¿Que no te diga cómo me siento por ser tan ciego y gilipollas que no me di cuenta de lo que dejaba ir? ¿Por ser tan estúpido y sobreprotector que nunca creyó en tus posibilidades si no era con mi ayuda? ¡¿No qué, Sasha?!

—No sigas —el miedo de Sasha estaba ahí delante. En frente de sus narices. Tenía que encararse a él o no lo superaría jamás—. No te imaginas...

—¡¿Por qué no?! —gritó él arrollado por sus propias emociones—. ¡¿Por qué no puedo decirte que llevo cinco años rayando tus canciones, poniendo ritmo a mi día a día con ellas, sin saber que son tuyas?! ¡¿Por qué no te puedo decir que he llorado con ellas, sin saber por qué lloraba, hasta que hoy me he dado cuenta de que lo hacía por ti?! ¡Por haberte dejado marchar! ¡Por no haberme atrevido a decirte que tú le dabas sentido a mi vida! —la agarró por los brazos con vehemencia apasionada—. ¡Por miedo a perderte una vez como he perdido todo lo demás! ¡Por eso me alejo! ¡Soy un puto cobarde!

Que por fin reconociese aquello la hizo sentirse orgullosa de él. De quién era. Kilian siempre tuvo miedo a perderlo todo. Sus padres se habían separado, perdió el cariño de su padre Armand y después, perdió a su madre... Se forjó en acero, izó

muros infranqueables para que nada ni nadie le doliese. Y con ello, dejó de tener miedo, porque solo se tenía a sí mismo, nadie entraba en su fortaleza, y no tenía nada más que perder.

Hasta que ella fue a Londres.

Hasta que él regresó a Eivissa.

Todo cambiaba. Todo se movía. La vida eran ciclos de ida y vuelta, solo hecha para los bravos y valientes capaces de coger ese boomerang en vez de esquivarlo.

Kilian ya no quería esquivarlo más.

—Kilian...

—¿Por qué no puedo decirte, aunque sea demasiado tarde y me destroce el alma, que escuché *Reina de Corazones* tantas veces que creí volverme loco? Porque sabía que le había fallado a la Reina de mi corazón —le susurró con intensidad, tomándola ahora de las mejillas—. Que eras tú. Siempre has sido tú... Y resulta que esa canción es tuya, como tantas otras que he tarareado. De Nelly, de Kelly Clarkson, de Justin Timberlake... *All good things comes to an end, Einstein, Cry me a river*... Sasha... —juntó su frente a la de ella y añadió—: Dime por qué no puedo decirte que no me quiero volver a marchar de tu lado.

—Oh, Dios... Me da tanto miedo creerte... —las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y su corazón se expandió agarrándose con desesperación a la esperanza que siempre estuvo a punto de marchitarse, pero que nunca murió del todo.

—Créeme. Créeme, te lo ruego... Desde que estoy en esta isla me he dado cuenta de que la única cosa que necesito para ser feliz, es la única que no puedo tener. Y lo he descubierto mucho antes de saber la verdad. —Sus ojos implorantes parecían necesitados y tan sinceros como los del niño que una vez fue, falto de la codicia y la mentira del hombre adulto—. Y quiero recuperarla. Te quiero, Sasha. Te quiero —la besó en los labios y la abrazó con todas sus fuerzas, dejándola indefensa, caminando con ella contra el árbol en el que habían grabado el infinito—. No quiero perderte. No quiero dejarte. Te quiero y, simplemente, no recuerdo cuando no lo he hecho —hundió el rostro en su cuello, y se quedó ahí, quieto, con su

cuerpo pegado al de ella, respirando con dificultad, asfixiado ante la idea de que Sasha lo rechazara.

Entonces, notó cómo ella tiró fuertemente de la parte trasera del cuello de su camiseta, para apartarlo. Dios, era lo último que quería. No soportaría no ver ni una pizca de amor en sus ojos dorados.

Pero cuando la miró de frente, se encontró con la mirada de una fiera, dolida y también apasionada. No la esperaba ver así.

Sasha lo tomó del rostro de golpe, con fuerza y ferocidad. Su flequillo difuminaba su mirada ambarina, pero como hacía el sol, su luz atravesaba sus suaves hebras castañas.

—¿Me quieres? —se lamió el labio inferior con la lengua, mostrando sus rectos y blancos dientes.

—Sí.

—Pues te va a costar m-mucho que te diga algo parecido de v-vuelta.

Los ojos verdes de Kilian se transformaron en una fina línea.

—No me importa lo que me cueste —clavó la vista en su boca.

—D-demuéstramelo.

20

El beso que compartieron en aquel momento, el modo en el que los dientes mordían y las lenguas se batían no tenía nada de amable o cariñoso.

Fue un beso saturado de exigencia y ahíto de urgencia. Significaba que no podían pasar más tiempo el uno sin el otro. No podían dejar pasar tantas horas y minutos sin besarse y tocarse, y menos después de lo mucho que se desearon en Londres.

Se seguían deseando ahora, bajo aquel precioso y eterno árbol marcado con su símbolo.

Sasha rodeó su cintura con una de sus piernas y con la otra se puso de puntillas para permitir que Kilian profundizase más en su boca, y ella la acoplara mejor a la de él.

Kilian no podía dejar de abrazarla y tocarla. Le pasó las manos por todas partes: por el prieto trasero, por los pechos, por la cara...

Ella tampoco se quedó corta. Sus dedos repasaron cada uno de los músculos de su espalda y de su nalgas, atrayéndola hacia ella, hacia su entrepierna.

Decían que un huracán venía a la isla en unas horas. El huracán que ellos dos creaban cuando estaban juntos nada tendría que envidiar al meteorológico.

Sin dejar de besarla, Kilian introdujo las manos por debajo del vestido, hasta alcanzar sus braguitas, de las cuales tiró, hasta quitárselas por los tobillos.

Y mientras se levantaba, Sasha lo tomó del pantalón y se encargó de desabrochárselo y bajárselo, arrastrando con ellos sus calzoncillos.

Lo retiró un poco de ella empujándolo por el pecho, dejándolo como un lobo hambriento.

Sasha se pasó el pelo detrás de las orejas y contempló ávida su cuerpo esculpido.

Era increíble. Cuanto más años pasaba, más imponente, grande y moldeado estaba.

Sin embargo, cuando iba a mirarle el paquete, lo erguido y tieso que estaba, sus ojos detectaron algo que años antes no habían visto.

Y fue como si un rayo la atravesara.

No podía ser.

—¿Kilian?

—¿Qué?

—¿Desde cuándo tienes ese t-tatuaje? —le preguntó Sasha entre susurros. Su dedo lo acarició, maravillada. Estaba justo al lado de su vello púbico, entre este y el músculo marcado de los oblicuos, al lado de la cadera. Mediría unos diez centímetros de ancho y largo. Y era precioso.

—Me lo hice la semana después de que te fueras.

—¿La semana después? —no lo podía creer.

—Sí.

—¿Cuando te acostaste con Annette? —le dijo claramente afectada.

—No. Nunca me acosté con Annette mientras estuve contigo ni después —aclaró impetuoso—. Y esta cicatriz —se señaló la ceja—, nunca me la hice en un entrenamiento. Todo fue mentira. Pero debían preservar mi imagen. Me la hice cuando despedí a Paul por ser tan mezquino —confesó—. Me golpeó a traición con el sello de mafioso que llevaba en el anular. Y yo... le dejé en el hospital.

—¿Despediste a Paul? —Sasha se alegraba por ello.

—Sí.

—¿Le diste una paliza?

Kilian no parecía nada arrepentido.

—Soy agente libre desde entonces.

Sasha asintió. Le hacía bien oír aquello. Sobre todo porque lo creía. Creía a ese Kilian al que la isla tanto le había cambiado en pocos días.

Entonces acarició el tatuaje de nuevo. Y sintió un regocijo inexplicable.

—¿Sabes qué pájaro es?

—Sí. Es un agaporni.

Se había tatuado un agaporni.

Un agaporni.

—¿Y por qué has elegido este pájaro?

—Porque te representa a ti.

—¿A mí?

—Sí. Los agapornis no pueden vivir sin su pareja. Tú te fuiste y... —se encogió de hombros—. Decidí que te llevaría tatuada.

¿Tendría idea Kilian de que cumplía a la perfección con su amarre de amor? Ella siempre creyó que era su agaporni. ¿De verdad estaba por fin convencido de ello él también? Tendría que demostrárselo con el tiempo, pero nadie les iba a arrebatar ese momento.

Sasha lo atrajo hasta su boca de nuevo, aunque con más ternura.

Pero no sirvió de nada. De nuevo se vieron envueltos en su propio fuego, dejándose llevar por las llamas.

Kilian la cogió a horcadas y la obligó a rodearle con las piernas. Sasha lo hizo, al tiempo que le mordía en el cuello, presa de la pasión, y él se arrodillaba en el suelo, sobre el césped.

La tenía abierta y preparada para su intrusión, y la urgencia y el amor no eran pacientes. Agarrándola por la cintura, la dejó caer sobre su erección y, centímetro a centímetro, la penetró hasta el fondo.

Sasha cerró los ojos y gimió, cabalgando con placer y dolor, dispuesta a sufrir ambas cosas, porque para ella, el amor tenía mucho de las dos.

Kilian la tomó de las nalgas y empezó a poseerla, retirándole el pelo de la cara con una mano y posándola en su mejilla, hasta deslizársela debajo de la barbilla, donde la hizo descansar, como si la sujetara del cuello, pero sin ahogarla ni estrangularla.

Y cuando sus ojos conectaron, ninguno de los dos se atrevió a parpadear.

—Te quiero, Sasha. Dame tiempo y confía en mí. Te lo demostraré.

A Sasha los ojos se le llenaron de lágrimas y se mordió el labio inferior para no decir ninguna tontería. No iba a regalar esas palabras tan fácilmente. Ella le iba a dar tiempo para que se esforzara y la convenciera.

Su respuesta fue un beso que no cortó, ni siquiera cuando ambos se corrieron a la vez, ensimismados en el sabor de sus bocas, gimiendo en sus cavidades como si se tratase de un vacío infinito donde el eco de su sollozo siempre volvería para recordarles que estaban hechos el uno para el otro.

Kilian tenía a Sasha entre sus piernas, apoyada en su torso. Él a su vez descansaba en su árbol marcado hacía años. Un árbol que ahora era testigo de una promesa consumida y cumplida.

Él le acarició el lateral del cuello con la nariz, abrazándola con fuerza contra su pecho, y ella sonrió, acurrucándose y sujetando su antebrazo, cerrando los ojos ante aquella sutil caricia.

Era el paraíso. Estar juntos de aquel modo de nuevo, sabiendo que él la quería, era fascinante y gratificante para ella.

Lo amaba. Lo haría siempre.

Y él reconocía que siempre lo había hecho. Pero solo los días y el tiempo le dirían si eso era cierto.

Ahora, ninguno de los dos quería romper aquel silencio marcado por la confianza y la plenitud. Un instante esperado hace mucho y lleno de magia. Aunque no lo podían disfrutar como en realidad querían.

La isla estaba en peligro, ellos lo estaban.

Sasha debía ayudar a encontrar las claves que Kaitirin decía que tenía...

—Siempre me ha gustado ver las estrellas —reconoció Kilian disfrutando de la obertura que les ofrecían las copas de los árboles. Era como una ventana al universo solo para ellos—. De pequeño me imaginaba que eran notas musicales —las iba señalando como si dibujase corcheas o negras en el firmamento—. No puedo comprender cómo la magia puede crear un huracán que aisle a la isla, valga la redundancia. Hay tantas cosas que me tienes que explicar...

Sasha besó su antebrazo y miró a las estrellas.

—Y habrá tantas que n-no comprenderás, y en las que tendrás que creer a ciegas... —suspiró—. Hay cosas que no tienen explicación. Solo... son. —Entonces, se incorporó poco a poco, con los ojos fijos en el cielo luminoso y el pensamiento cruzó su mente como un rayo de iluminación—. Claro, Lian... ¡Claro!

—¿Qué?

Sasha se dio la vuelta y lo atrajo hacia ella para darle un enorme beso en los labios.

—¡Eso es!

—¿El qué? ¿Qué he hecho? —no entendía nada.

—¡Ven conmigo! ¡Vamos! —le urgió, incorporándose rápidamente y tomándolo de la mano—. ¡Vamos! ¡Rápido!

Kilian siguió a aquel polvorín con destellos de hada, y esta lo guió corriendo a través del bosque hasta Sananda.

Allí, una vez dentro, irrumpieron como una estampida y, ante el asombro de todos, los dos se plantaron frente al cuadro de las Balanzat, que todavía inspeccionaban Alegra y Nicole.

—¡Lo tenemos! —gritó Sasha ante el asombro de todo.

—¿Qué tienes?! —preguntó Nicole nerviosa.

Sasha acercó el rostro un palmo más al cuadro.

—¡Necesito una hoja vegetal! ¡Y un lápiz!

Pietat levantó la mano y anunció:

—Tenemos en la caseta de las Wish Pottery. Voy a buscarlo.

La abuela no tardó ni medio minuto en ir a por lo que le pedía su nieta. Una hoja de DIN A4 totalmente transparente, como las que utilizaban para hacer calcomanías.

Sasha se lo quitó de las manos y pegó la hoja al cuadro. Después con el lápiz, rodeó con un círculo las cabezas de todas las brujas sentadas en la mesa. Y trazó las líneas rectas horizontales que habían dibujadas sutilmente con objetos como las ventanas cuadradas del fondo con otras ventanitas en su interior, la mesa y la posición de los objetos sobre ellas.

Sasha se apartó dando un paso hacia atrás, y se chocó con Kilian y las Balanzat que se le echaban encima.

Todos observaron el cuadro con deslumbramiento y estupor.

Sasha sonrió de oreja a oreja y Nicole se pasó la mano por la frente.

—Ah, venga ya. No me lo puedo creer...

Frente a ellos, el dibujo se había convertido en una partitura donde las cabezas de la brujas conformaban notas, y Kaitirin no estaba señalando a ninguna con los índices de sus dedos... Las estaba animando a cantar. A entonar. Las brujas no hablaban entre ellas. Estaban cantando.

—Increíble —murmuró Amanda tomando a su hija por los hombros. Sonrió a su madre y Mamá Pietat le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo lo has averiguado? —preguntó Alegria impresionada.

Sasha entrelazó los dedos con Kilian y este la miro sin comprender nada. ¿Había llegado a esa conclusión solo por lo que le había dicho?

—Ha sido Kilian. Él me ha dado la respuesta...

—Ya —supuso Nicole con una ceja arqueada—. Y eso ha sido cuando estabais... —los señaló a los dos divertida.

—Cállate, Niqui —le ordenó Sasha.

—¿Y qué melodía cantan? ¿Se supone que esta melodía podrá contrarrestar la de los Merwyn? —preguntó Alegria.

—Sí. Pero dada la magnitud de lo que va a acontecer en la isla —explicó Sasha—, necesitamos que sea la misma isla quien la cante. Nuestras voces no servirán de nada contra un huracán que obedezca a las notas de su siniestra música. Nuestro mar tiene que cantar. La isla tiene que hacerlo. ¿Sabemos dónde están ellos? —quiso saber la cantautora.

Amanda se acercó al péndulo que, sujeto a un palo, se movía de manera antinatural sobre el mapa de las islas. Marcando un punto en especial.

—No es seguro, pero parece que se dirigen a la Torre del Pirata.

—Van a cantar desde ahí —supuso Mamá Pietat mirando cómo el CD que había rodeado con sal, no dejaba de vibrar al verse afectado por el hechizo de localización—. Meritxell ha suspendido sus conciertos y su cita en la radio para evitar que sus canciones las escuchen masivamente. Pero aunque no los escuchen

los pitiusos, ellos controlarán al huracán. Cantarán desde ahí. Es lo que quieren. ¿Qué crees que debemos hacer? —le preguntó a su nieta pequeña—. ¿Cómo puede cantar el mar?

—Sé lo que hay que hacer —contestó Sasha más segura que nunca. Por supuesto que lo sabía. Nadie conocía más posibilidades y soluciones musicales que ella. Pero necesitaba mano de obra rápida y eficaz, y a alguien especial que pudiera facilitar lo que buscaba—. Alegra.

—Dime, Sasha.

—Dile a Nil que lo necesitamos.

No había un instrumento musical más poderoso que las olas del mar, pero para oírlas cantar, necesitaban las herramientas idóneas para ello.

Nil era arquitecto ecológico y sabía dónde conseguir lo que Sasha buscaba. Con la ayuda de Meritxell, todos los pitiusos estarían dispuestos a colaborar en la labor de salvar la isla.

Un yate traía todo lo que había pedido: doce tubos metálicos, de tres metros de altura cada uno y de diferente grosor.

Todos debían ser instalados en Es Vedrà, donde Sasha dirigiría el ritual para contrarrestar la energía que los Merwyn habían impregnado al huracán.

Mientras Sasha pedía a los trabajadores que llevaba Nil con él, contratados por Meritxell, cómo debían colocar los tubos, explicaba a los demás por qué hacía lo que hacía.

—Quiero hacer una réplica del «Morske Orgulje». El órgano de Mar que hay en Croacia. Pero el mío solo constará de seis notas. Las notas que con las posiciones de sus cabezas marcan Kaitirin y las Antiguas de Iboshim —señaló controlando que todos los tubos estuvieran bien colocados, mirando al dibujo que había hecho sobre un folio representando el órgano que ella quería construir—. Solo que el de

Croacia consta de canales que conectan 35 tubos, a la vez conectados a distintas cadenas musicales. E-este solo constará de una cadena musical de seis notas. Las olas del mar, cuando llegan a la orilla, parecen dedos de las manos arrastrándose por un teclado. E-en el año 2005, Nicola Basic decidió utilizar esa repetición para crear música. Y e-esto, a pequeña escala, es lo que vamos a utilizar nosotros. Seis notas. Solo s-seis. Las olas del mar impactarán contra los tubos de manera aleatoria, y la vibración de estos ascenderán por los tubos superiores que irradiarán al aire con sus notas. Podremos escuchar al mar cantar —finalizó—. Cantará lo que cantaban las Antiguas en la cena con Kaitirin.

Nicole no daba crédito. Todas, de pie, en Es Vedrà, desde donde iban a hacer todo el ritual, se asombraban de la habilidad que había tenido Sasha para leer el cuadro.

Pero el más estupefacto seguía siendo Kilian, que ayudaba a Nil y a David a clavar bien los tubos entre la roca y el mar que rodeaba a Es Vedrà. El agua debía golpear los tubos y se aseguraban de que estuvieran fijados profundamente con el peso adecuado en su base. Nada que pudiera modificar su nota.

—Dan miedo, ¿verdad? —le preguntó Nil sin perder tiempo, fijando un tubo y poniéndose con el siguiente.

Kilian lo miró a él y después echó un vistazo a las Balanzat que conformaban un círculo de sal entre las rocas donde ellas y solo los que ellas eligieran podrían entrar.

—Es un miedo hermoso. Y yo ya le doy la bienvenida al miedo, tío —contestó Kilian agradecido con esa sensación. Por fin tenía algo que perder de verdad. Algo que quería con todas sus fuerzas. Y no tenía intención de ser él el perdedor. Iba a ganar.

—Entonces, ¿estás dispuesto a venir con nosotros para sorprender a esos hijos de puta? —quiso saber Nil, con su pelo rubio ondeante y agitado por la brisa marina que poco a poco se izaba sobre ellos—. Pietat y Amanda nos han dicho que al haber superado su hechizo musical y salir vivo de él, podemos enfrentarnos a ellos sin que nos afecte su magia.

—Desde que vi a Sasha tirada en su estudio y rodeada de fuego, es en lo único en lo que pienso —le aseguró Kilian—. En encontrármelos y meterles el micro por donde ya no suena.

—¿Sabes pelear? —le preguntó David con curiosidad, cargando él solo con el último tubo que quedaba.

—¿Y tú? —le respondió Kilian corriendo a echarle una mano.

David se subió las gafas por el puente de la nariz y contestó:

—Soy cinturón negro. Décimo Dan.

—Es la máxima titulación en kárate —explicó Nil orgulloso.

Kilian lo miró de arriba abajo. David parecía más un periodista hinchado a anabolizantes que un karateca. Pero por lo visto. Era las dos cosas.

—No lo parece, ¿verdad? —Nil se reía de la falsa apariencia de David.

—No. No lo parece —contestó Kilian con sinceridad, ayudando a sujetar el tubo que transportaba David—. Sé chutar cabezas. ¿Eso sirve?

David se echó a reír y se encogió de hombros.

—Servirá.

Lucas, con unos prismáticos, miraba al horizonte, vigilando el acercamiento del tornado.

El viento se levantó y el cielo se volvió cenizo y nublado, repentinamente oscuro y fuera de lo normal. Pero nada en lo que hubiera magia, fuera negra o blanca, era normal.

—¡Se acerca! —gritó Lucas.

Sasha afirmó con la cabeza y dijo:

—O nosotras o e-ellos —explicó mirando hacia la torre del Pirata.

Estaban allí. Protegidos por su música que ya tocaban. Porque Sasha podía escucharlos desde Es Vedrà. Ella y todos los que habían sobrevivido a su influjo.

—Esto ya está —anunció Nil subiéndose a la lancha.

Kilian corrió hasta el círculo donde las Balanzat rodeaban a Sasha y empezaban lo que fuera que iban a hacer y que él tardaría tiempo en comprender. Seguramente, nunca lo haría. Pero ya no le importaba.

—Sasha —la tomó de los hombros y la miró a los ojos, encorvándose sobre ella—. Prométeme que vas a estar bien.

—Lo estaremos. Tú no te m-muevas de mi lado —dijo ella protectora. Como si él fuera un cachorro y ella la dueña.

En cierto modo lo era, y eso a Kilian lo enterneció. Pero tuvo que negar con la cabeza.

—Sé que lo vas a conseguir. Pero yo no puedo estar contigo. Voy a ir con Nil a buscarlos. Somos los únicos que podemos sobreponernos a sus poderes.

Ella se horrorizó y se opuso vehementemente.

—¡No! ¡No debéis ir! ¡No te vayas! ¡Es peligroso!

Él la tomó del rostro con cariño y le dijo:

—Tenemos que cogerles. Tú haz lo que tan bien sabes hacer. Yo haré lo que se me da mejor. Patear y atacar. Sé que salvaréis la isla. No tengo ninguna duda. Creo en ti con toda la fuerza de mi corazón.

A ella aquellas palabras la emocionaron, y tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo que se aposentó en su pecho.

—Ten cuidado —le contestó ella—. Son altos, delgados, y muy guapos... —explicó.

—Intentaré no enamorarme de ninguno —dijo con ironía.

—No, tonto —se rio ella—. Quiero decir que, aunque sean hechiceros, no sabrán luchar. Dadles una buena paliza. Patea cabezas, Bestia.

—A sus órdenes, Bella —Kilian la acercó a él y dejó caer su boca sobre la suya.

Las Balanzat se miraron la una a la otra y se sonrieron. «Bueno, por fin Peter Pan sería guiado de nuevo por Campanilla», pensaron.

Cuando Sasha vio cómo la lancha en la que habían transportado los tubos volvía hasta la orilla sin ellas, pero con el hombre que amaba, decidió que pudiera ser que nunca diera un concierto en público y frente a miles de personas, pero le iba a regalar a Kilian aquel espectáculo privado.

Le iba a demostrar de lo que era capaz.

El tornado estaba a pocos metros de Es Vedrà, rayos y centellas se dejaban caer sobre el peñasco iluminando la oscuridad fugitiva en la que las Balanzat aguardaban.

El mar se empezó a mover de un lado al otro, meciéndose por obligación y orden de ese huracán que como un monstruo atroz amenazaba a las Pitiusas.

—Ahora —dijo Sasha cuando vio que el huracán se les echaba encima.

Las Balanzat se cogieron de las manos y las alzaron por encima de sus cabezas. El agua y el viento las salpicaba de arriba abajo, pero de allí, de ese lugar, serían inamovibles. Nadie las arrancaría de su tierra, y menos la magia de los Merwyn y los familiares de Adon. Si él no pudo, los demás tampoco.

Entonces, las cinco mujeres empezaron a realizar su invocación.

—«Desde donde la tierra es tierra, y el mar es mar, a este viento lejano vamos a moldear. No importa de dónde sople, ni dónde tuvo lugar, porque lo oscuro no manda, en mi isla llena de sal».

Las olas golpearon con fuerza a los tubos, y el canal subacuático de su interior se puso en marcha, entonando una melodía única y maravillosa, tan potente y meliflua que parecía que las alzaba y las abrazaba por encima del pico de Es Vedrà.

—¡Ahora! —ordenó Sasha—. ¡Recitad! Desde esta tierra que pisas al andar, llena de pinos y leyendas —no cantaban la canción al peñón, la predicaban como una gran plegaria. Fue Sasha quien escuchó la canción de Es Vedrà y quien la cantó por primera vez. Desde entonces era su saludo y su permiso para pisar aquella tierra mágica—. Hay una parte oculta bajo el mar, la que vigilan mis sirenas. ¡Ven y acércate a oírlas cantar! ¡Ellas borrarán tus penas! —alzaban más la voz con la proximidad del tornado—. ¡Soy la centinela de este hogar! ¡Y voy a hacer que tu magia lo sepa!

Se afianzaron clavando bien sus pies descalzos en las rocas, sujetándose con fuerza de las manos. El huracán rodeó Es Vedrà, y antes de que las golpeará, un agujero emergió del mar. Y empezó a absorber el aire y el viento que venían del cielo y el horizonte. El tubo del tornado se coló por aquel agujero. Era como si el mar lo apresara y no le dejara avanzar.

Al ver aquella manifestación de lucha entre fuerzas oscuras y de la luz, Sasha animó a las Balanzat a que continuaran orando.

—¡No paréis! ¡Desde esta tierra que pisas al andar! ¡Llena de pinos y leyendas! ¡Hay una parte oculta bajo el mar —que no era otra que los tubos musicales que nunca antes estuvieron, pero que ahora sí estaban—, la que vigilan mis sirenas! ¡Ven y acércate a oírlas cantar! —el tornado desaparecía poco a poco engullido por las notas musicales del órgano de mar—. ¡Ellas borrarán tus penas! —Esas y todas las que ese fenómeno de la magia y la naturaleza pudiera provocar—. ¡Soy la centinela de este hogar! —ellas eran las guardianas de Es Vedrà. Y a continuación, Ángel apareció dentro del círculo, con Sasha, asiéndola de las manos. La magia de los Merwyn lo había mantenido encarcelado y oculto, pero la música del mar y la oración de Sasha, lo habían liberado.

—¿Papá? —susurró Sasha feliz. La música del mar había roto el hechizo que lo mantenía oculto y encerrado en algún lugar. Allí parecía que hasta podía tocarlo.

—Sigue, Sasha —la animó mirándola con todo el amor paternal que sentía hacia ella—. ¡Soy el centinela de este hogar! ¡Y voy a hacer que tu magia lo sepa! ¡Desde esta tierra que pisas al andar...!

Y así, durante mucho rato, la familia Balanzat, con Sasha a la cabeza, proclamaron en voz alta la oración a Es Vedrà, tantas veces como fuesen necesarias, hasta que el huracán, cuyo viento venía espoleado por un tornado de terribles dimensiones, desapareció engullido por el remolino que había nacido en el mar. Y no solo eso, después, del mismo agujero, emergió un nuevo tornado de agua, rodeado de luz y de colores, iluminado por el sol de la mañana que ahora aparecía entre las nubes, y se dirigió hacia la Torre del Pirata, Des Savinar, por orden expresa y mental de Sasha.

La joven, sin soltar la mano de su padre, clavó su mirada en aquel punto entre Cap Blanc y Cap Llentrisca y lo llevó hasta allí. Porque si había algo que la isla debía hacer desaparecer, no solo de Ibiza, sino de la Tierra en general, eran hechiceros a las órdenes de la oscuridad y la magia negra.

Era su momento.

Cuando con la lancha llegaron hasta la orilla del peñón y ascendieron con toda la rapidez posible hasta llegar a la Torre del Pirata, Kilian podía escuchar a la perfección el sonido de la música abismal de los Merwyn. Era siniestra en realidad. Ninguna nota parecía concordar con la anterior y menos con la siguiente.

Miró hacia atrás, hacia el mar y Es Vedrà, y tuvo que luchar para salir de la hipnosis que le producía ver a las Balanzat, a Sasha en particular, vestidas de blanco, luchando y orando a su manera por su isla. Por su hogar.

Que también era el de él. Porque su hogar estaría siempre donde estuviera Sasha.

Pero al llegar arriba, a aquella torre llamada Des Savinar por los pitiosos, construida a doscientos metros sobre el nivel del mar, su determinación por ir a partirles la cara a esos góticos de canciones demoniacas se acentuó.

Desde ahí veía Es Vedrà i Es Vedranell. Podía ver como si fueran diminutas motitas blancas a Sasha y a las Balanzat. Y a... Joder. ¿Era Ángel el que estaba en el interior del círculo? Sus ojos se llenaron de alegría por ser tan afortunado como para haber visto que había vida después de la muerte. O que la muerte también era otro modo de vida.

—A la de tres —dijo Nil en voz baja, dispuesto a atacar.

A los pies de la Torre estaba Sa Pedrera de Cala d' Hort, conocida también como Atlantis.

Su cala, su mar, su isla... su mujer. En todo eso pensaba Kilian cuando los tres saltaron sobre el grupo de hechiceros como si fueran animales. Salvajes. Bestias.

Nadie tocaba a las Balanzat. Nadie.

Con esa premisa, Kilian se avalanzó sobre el cantante, sobre Frederick, y antes de que él se diera cuenta, al girarse, ya le había propinado un puñetazo que lo había alejado varios metros del micro.

—Ven aquí, barbie gótica —le espetó Kilian dándole un puñetazo tras otro, hasta que los nudillos se le ensangrentaron.

Frederick fue incapaz de ofrecer resistencia. Incapaz. No sabía de dónde le venían los golpes, pero le llovían uno detrás de otro. Sin detenerse.

Le venían a la cabeza imágenes de Sasha malherida, sin poder pedir ayuda... ¿Y si no hubiera llegado a tiempo? ¿Y si el nudo de las brujas nunca se hubiera incendiado? ¿Y si...?

Por cada «y si» un golpe.

Por cada «y si» un grito.

Hasta que David tuvo que ir a buscarlo y apartarlo de aquel saco de huesos ensangrentado que había dejado bajo su cuerpo.

Pero se quedó a medio camino, porque un tornado de agua, fino y delgado que conectaba el mar con el cielo, ascendió el peñasco hasta la Torre Des Savitar, hecha

de piedra, cuyas vistas eran espectaculares, y rodeó y empezó a bailar ante los ojos de todos, engullendo y haciendo desaparecer los cuerpos de los Merwyn Boys.

Kilian, arrodillado, cerró los ojos y permitió que ese remolino de agua y cielo también lo bañara con su fuerza.

David y Nil intentaron apartarse, pero el tornado no hizo movimiento alguno contra ellos, ni siquiera contra Kilian. Lo que hizo fue llevarse el cuerpo de Frederick, como los del resto de componentes del grupo demoniaco, y hacerlo desaparecer.

Y cuando limpió la superficie de esos individuos, entonces sí, bañó a Kilian de arriba abajo y lo absorbió.

El tornado se hizo cada vez más débil. El agua volvió al mar, y el viento al cielo.

Y cuando ya no quedaba nada de él, se pudo ver lo que había oculto en su interior.

Era Sasha. Mojada de arriba abajo, empapada como si hubiera salido del mar. Y en cierto modo así era.

Sasha abrazaba a Kilian, sentada sobre sus rodillas. Pero era ella quien lo mecía a él.

—Ya está. Ya ha acabado todo. Ya está... —le susurraba.

Le llenó la cara de besos, y él se dejó hacer. No tenía ninguna duda al respecto sobre ella y sus capacidades. Era una Diosa. Una Diosa en todos los sentidos.

Y la amaba más que nunca. No porque él aceptara sus limitaciones, que no las tenía. Lo de Sasha no eran limitaciones. Eran dones, que ciegos como él no sabían apreciar. Pero ya no le pasaría jamás.

Había aprendido la lección. Ella le había quitado la venda.

La amaba más que nunca porque ella, aunque no se lo dijera en palabras, lo seguía queriendo y había aceptado todos sus defectos y perdonado sus errores. Y eso que había cometido muchos. Tantos que necesitaría toda la vida para resarcirla.

Y estaba deseando hacerlo.

—Te quiero, Sasha —le susurró uniendo sus labios a los de ella—. Y me da igual que no me lo digas aún. Sabré esperar —le aseguró de rodillas en el suelo de la Torre del Pirata—. Tanto como tú esperaste por mí.

Ella no cabía en sí de la alegría. Se mordió el labio inferior y le contestó acongojada.

—Tendrás que dedicarme todos los goles a partir de a-ahora —le advirtió.

—Todos y cada uno de ellos serán para ti.

Y allí, con Nil y David de espectadores y Es Vedrà de testigo, la promesa de Kilian quedó sellada en el viento y en el mar.

Y sería irrompible. Como irrompibles eran todas las promesas que salían de un corazón despierto.

—El hombre que me quede, será el primero que me bese —le dijo en voz baja repitiendo el amarre que aún guardaba en su Wish Pottery—. Mi príncipe adorado, por una de mis canciones quedará embrujado —mientras lo repetía, se quitaba la pulsera de la que pendía el frasquito, y le quitaba el tapón con un fuerte pop. Había estado cerrado desde hacía muchos años—. El chico que esté a mi lado, de mí estará siempre enamorado —vació la arena del frasco en el suelo de la Torre del Pirata y lanzó el frasco al mar con todas sus fuerzas—. Y hasta el último de mis días, será mi agaporni, mi pájaro encantado.

Kilian la miraba embelesado. Cuando una vaciaba el frasco significaba que su deseo se había cumplido. ¿Él era su deseo?

—¿Me pediste a mí? —preguntó cautivado.

Sasha negó con la cabeza.

—Pedí a un hombre que siguiera esas condiciones sin trabas. Tú has puesto mil para que nada de eso se c-cumpliera. Pero me alegra, Killer —pegó su frente a la de

él—. Me alegra que lo pusieras difícil. Porque al final, lo complicado es lo que vale la pena.

—Entonces, ¿me quieres o no? —preguntó impaciente, aunque la respuesta le daba igual. Él sabía que sí.

Sasha lo besó en los labios, se encogió de hombros y le guiñó el ojo.

—Ya te he d-dicho que lo complicado vale la pena.

21

Dos semanas después

Todo en Eivissa volvía a su cauce, y de nuevo la armonía reinaba en Sananda. El huracán fue considerado un bluf y una gran cagada de las estaciones meteorológicas. Pero las Balanzat sabían que era su responsabilidad. Que ellas lo habían solucionado.

Del grupo Merwyn nunca más se supo. Fue como si se los hubiera engullido el mar. Y, secretamente, así había sido. Meritxell estaba al tanto de todo, y tampoco pidió más explicaciones. Las Balanzat cuidaban de la isla. Ergo, ella cuidaría de ellas.

Sentados alrededor de la tele de plasma, con un buen bol de palomitas, patatas, aceitunas, vinos y bebidas de todo tipo, las Balanzat al completo, con Nil, Lucas y David de invitados, veían el partido de ida de la Supercopa de España que disputaba el Barcelona contra el Sevilla en el Camp Nou.

Kilian, que había salido en la segunda parte sustituyendo a Neymar, había marcado un golazo de chilena que decían, que si hubiera sido en Liga oficial, sería el más bonito de la temporada.

Y todos lo habían celebrado con alegría y jolgorio.

Al finalizar el partido, habían querido entrevistar a Kilian y hacerle unas preguntas personales y después de contestar las típicas sobre el partido llegó la pregunta clave:

—¿A quién le dedica “La Bestia” los goles?

Kilian sonrió, miró a cámara, todo sudado, como un experto que controlase su entorno y contestó:

—Se lo dedico a muchas personas. A mi madre, que ya no está. A mi hermano que nunca me dio por perdido. A mi familia de Eivissa, que estará sentada en una casa mágica viendo el partido, y a mi padre, que hoy, por primera vez, está en la grada viéndome jugar —había tantísima sinceridad y verdad en sus ojos verdes, que traspasaba la pantalla—. Pero sobre todo, sobre todo —dejó claro—. Se lo dedico a mi chica.

—Oooohh —exclamaron Alegra, Amanda y Pietat—. Qué bonito.

—Bien dicho, tío —Nil brindó alzando su cerveza.

—Se lo dedico a mi Sushi, que está con mi padre en la grada —sonrió como un niño enamorado—. Ella es la Reina de Corazones, el amor de mi vida. Se lo dedico a ella por devolverme el polvo de hada y enseñarme a volar.

El periodista sonreía mirándolo como si estuviera loco. Un loco buenísimo en el campo. Así que daba igual sus excentricidades fuera de él.

Alegra extendió la mano hacia Nicole.

—Venga. Dame lo que me debes. Veinte euros. Te dije que no tardaría nada en decirlo.

Nicole puso los ojos en blanco y se levantó del sofá, después de ponerle veinte euros en la palma de la mano.

—Al final, valía la pena. Hicimos bien en tener fe en él.

—¿Quieres que te llevemos al aeropuerto, Nicole? —le preguntó Nil desde el comedor.

Nicole negó con la cabeza y agarró la maleta con la que hacía unas semanas había llegado a Ibiza.

—Gracias, pero no. Cogeré un taxi.

Después de besar a toda la familia, dar abrazos a los nuevos y achuchones a los que ya estaban desde siempre, el taxi de Nicole la vino a buscar a Es Cubells.

Pero antes de partir, se detuvo bajo el marco de la puerta y dijo:

—Quiero jugarme otros veinte euros.

—¿Conmigo? —preguntó Alegra divertida—. Los vas a perder.

—No. Contigo no. No tengo tanto dinero... Con David sí.

El periodista, que tantas noticias había cubierto y encubierto respecto a ellas, elevó las cejas y se quedó perplejo por la proposición.

—¿Conmigo?

—Sí —Nicole se echó mano al bolsillo trasero de su tejano y sacó otro billete—. Me juego veinte euros, a que eres incapaz de coger a Kilian y decirle que tú y Geri estáis enamorados.

Las Balanzat se quedaron con la boca abierta, pero David se echó a reír.

—Qué bruja es —murmuró encogiéndose de hombros y sonriendo a Nil.

Nicole se perdió la exclamación de Nil diciéndole a su hermano mayor.

—¿Eres gay?! ¿Por qué no sabía nada?!

Y también se perdió la de Lucas diciendo:

—Nil, eres muy tonto.

Por fin podía regresar a Inglaterra. Decían que los conflictos con los campos de trigo se habían solucionado y los cerealólogos y criptólogos por fin podían volver al trabajo.

Nicole tenía muchas ganas de poner su portátil en marcha y revisar toda la

información acumulada. Se acercaba un mes con muchísimo por hacer después de un verano muy movido en cuanto a señales. En septiembre se creaban *Crops Circles* inmensos y llenos de mensajes y ella adoraba verlos y estudiarlos en profundidad. Y más ahora, con la información en forma de clave musical que su hermana Sasha le había facilitado. Tal vez podría sacar algo en claro con ello.

En el taxi sonó la nueva canción de Roxette que había compuesto Sasha. *It just Happens...* Nicole sonrió y negó con la cabeza.

Su hermana era una romántica empedernida. Y esa canción la hacía llorar. Maldita fuera. Fue a coger un paquete de clínex de su bolso pero el taxi se detuvo a dos kilómetros del aeropuerto. Nicole lo veía de lejos, y no entendía por qué se detenía cuando estaba a punto de llegar.

—¿Hay algún problema? —preguntó Nicole extrañada.

El taxista se dio la vuelta y la observó. Tenía el pelo rubio muy corto, los ojos negros y la perilla muy bien recortada.

—¿Es usted Nicole Balanzat? —preguntó con acento inglés.

—Depende. ¿Quién lo quiere saber? —dijo la pelirroja con cara de armas tomar.

El hombre sacó una diminuta pistola con algo parecido a un dardo en su cañón.

Lo disparó contra Nicole y le dio de lleno en el cuello.

No sabría quién la buscaba.

La oscuridad la abrazó y se la llevó con ella.

CONTINUARÁ...

Ha llegado el momento de escribir tu deseo.

Consigue el frasco auténtico de las Balanzat y empieza a creer en que todo se puede hacer realidad, siempre que luches por tus propósitos.

«Una parte de los beneficios de Sananda se dirigirán al estudio y a la sostenibilidad de la posidonia».

«Nuestra tierra es nuestro mundo, y es nuestra responsabilidad y nuestro legado cuidarlo».

Fdo. Las Balanzat



Créditos

Primera edición: Octubre 2016

Diseño de la colección: Valen Bailon
Corrección morfosintáctica y estilística:
Editorial Vanir

De la imagen de la cubierta y la contracubierta:
Shutterstock

Del diseño de la cubierta: ©Lorena Cabo Montero, 2016

Del texto: Lena Valenti, 2016

www.editorialvanir.com

De esta edición: Editorial Vanir, 2016

Editorial Vanir
www.editorialvanir.com
valenbailon@editorialvanir.com
Barcelona

Edición digital: **Vorpal. Servicios de Edición Digital**

ISBN: 978-84-945475-7-7

Depósito legal: B 20453-2016

Impreso y encuadernado por: LIMPERGRAF SL

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.